DESCUBRIENDO EL
NIRVANA
ARANTXA ANORO
NIRVANA, 3
zafiro

ÍNDICE

Portada
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Notas
Créditos

Planetadelibros.com

¡Regístrate y accede a conteni

PlanetadeLibro

SINOPSIS

La fortaleza de las personas no se mide por la cantidad de fragmentos en los que te rompes sino por la capacidad de unirlos tantas veces como sea necesario.

Esto es lo que aprende Sara a base de tropezar y caer, equivocarse y perderse. Todo ello a causa de una idea utópica de lo que es el amor.

Pero alguien le demostrará el verdadero significado de esa palabra. Y que ese sentimiento no siempre se encuentra en tu pareja, sino en la persona que te descubre un nuevo mundo.

Sin perder los toques de humor y lágrimas a los que la autora nos tiene acostumbrados, Descubriendo el Nirvana nos muestra cómo las situaciones más comunes pueden convertirse en momentos mágicos de nuestras vidas. Y cómo la ilusión puede aparecer cuando menos te lo esperas.

PRÓLOGO

La vida es un sendero por el que a veces resulta difícil caminar, en el cual aparecen tramos en los que temes dar un paso en falso, tropezar, caerte de nuevo y partirte en mil pedazos, así que cierras los ojos y aguantas el temporal, esperando a que éste amaine.

Pero ¿qué sucede si todo sigue igual tras la tormenta? ¿Si nada ha cambiado a tu alrededor al abrir los ojos? Entonces piensas fríamente en lo que tienes y te das cuenta de que más rota y hundida no puedes estar. Por lo tanto... ¿qué más da que sean mil o dos mil los pedazos en los que te rompas?

Coges aire e intentas buscar la mejor manera de salir de ahí, pero estás tan desorientada que no encuentras el camino correcto. Y el no saber qué te espera más adelante no te tranquiliza.

«Sigue caminando, no te rindas», te dicen aquellos que te quieren, ¡pero es tan complicado avanzar cuando se está tan perdida! Aun así, lo haces, porque tropezar en cada tramo no significa retroceder. Deambulas por el sendero con la ilusión de que algún día aparecerá en tu vida alguien dispuesto a darte ánimos cuando estés cansada, a darte de beber cuando tengas sed, e incluso a tirar de ti si es necesario... con la esperanza de llegar a alguna parte y la confianza de hallar una señal que te indique qué dirección debes tomar.

¡Pero es tan complicado seguir soñando cuando en tus noches sólo te visitan pesadillas!

Sin embargo, llega un día en el que ese alguien aparece y te ayuda a ver ciertas señales y a descubrir quién eres en realidad. Y te percatas de que esa persona es lo mejor que te ha pasado a lo largo de tu existencia, porque ella te ha enseñado a valorar todo aquello que te rodea.

CAPÍTULO 1

Es medianoche y Lola se ha ido. No sé exactamente lo que pretende, ni las intenciones que tiene, pero, conociéndola, no resulta difícil de imaginar. Tal vez debería haber intentado frenarla, pero algo dentro de mí me lo ha impedido; algo dentro de mí quiere tener sus agallas, su fuerza y su seguridad para afrontar esto. Pero no. No nos engañemos, yo no tengo su valor, me digo a mí misma, arrastrando los pies hasta la ventana.

En las calles no hay un alma, hace una noche perfecta para soñar y yo obtengo todo lo contrario. Mis peores pesadillas, pienso mientras busco en la negrura de la noche a mi más fiel confidente, la que siempre ha escuchado mis llantos ahogados bajo la almohada, la que nunca ha reprendido ninguno de mis actos, por muy descabellados que éstos fueran, y a la que jamás he podido ocultarle nada. Y ahí la encuentro, en lo alto del cielo y radiante como nunca. Siempre me he sentido atraída por su brillo y he llegado a experimentar cierta conexión con ella. Es como si me animara día a día a no perder la esperanza, guiando mis pasos en la oscuridad, iluminándome el camino con su resplandor. Pero hoy, su belleza casi hipnótica no logra sobreponerme. Procuro rastrear el empuje que siempre me ha dado, pero no consigo hallarlo por mucho que lo intento. Y absorta en mi amargura, la contemplo mientras un tupido velo de lágrimas resbala por mi cara. Esta noche la veo tan sola allí arriba como yo lo estoy aquí abajo. Y todo porque alguien en quien yo había puesto tanta ilusión ha decidido destruir mi castillo de naipes, tirando por el suelo todas las cartas y pisoteando sin ningún escrúpulo mis sueños y, con ellos, mis sentimientos. Una ilusión que jamás había perdido hasta el día de hoy, en el que Mario ha corrompido hasta las más pequeñas chispas de algo utópico y fantástico como es para mí el amor. Algo que he deseado tener con tantas ganas a lo largo de mi vida que no me he dado cuenta del precio tan alto que estaba pagando por él, medito sin dejar de mirar la luna, mientras trato de averiguar cómo he podido llegar hasta este punto.

Nunca he sabido elegir, siempre me han atraído aquellos hombres

que venían cargados de problemas o a quienes realmente no les ha interesado lo más mínimo cómo me han hecho sentir cuando he estado a su lado. Todos excepto uno. Pero con él nunca llegué a nada. David, el jefe de Juan, un hombre que sabe lo que quiere, con una mirada intensa y tierna que me volvía loca. ¡Qué digo me volvía! ¡Me sigue volviendo loca! Pero sale con María, mejor dicho, vive con ella. Sé que con él me hubiera sentido querida, hubiera visto las estrellas y el sistema solar al completo, pero nunca llegué a comprobarlo. Me cuesta mucho romper el hielo, e insinuarme a alguien todavía más, y más aún si ese alguien me gusta de verdad. Soy tímida por naturaleza y torpe en ese mundo del coqueteo y las miraditas. ¡Las señales las veo, pero no las sé descifrar!, por lo menos cuando éstas van dirigidas a mí. Y eso es lo que dicen África y Lola que pasó con David; según ellas, él me enviaba carteles luminosos que tal vez sí que veía, pero jamás creí que fueran para mí; se había liado con Lola y, francamente, ¡¡es de Lola de quien hablamos!! ¿Cómo iba a fijarse alguien en mí después de haber estado con semejante fémina? ¡Imposible! Es como comparar un Ferrari con un utilitario de segunda mano. Además, él jamás me habló claro. África y Juan me decían que yo le gustaba, pero ninguno de los dos dimos el primer paso y, antes de que alguno se decidiera a probarlo, conoció a María, una depredadora en toda regla que no paró hasta conseguir cazar a su presa. Y aunque se puede decir que mi corazón se sigue desbocando cada vez que lo veo, jamás le diré nada. Cuando empezaron a salir, yo me resigné, y comenzó a pasar el tiempo. Supongo que se quedará en un recuerdo de lo que podía haber sido y nunca será. Lola no hacía más que decirme que lo llamara, que quedara con él, incluso me quitó el móvil y le mandó un wasap haciéndose pasar por mí. Aún recuerdo lo que le escribió: «Hola, David. Te sorprenderá mi mensaje, pero creo que deberíamos vernos y hablar. Llámame». No me llamó, pero sí contestó el mensaje. «La verdad es que sí que me ha sorprendido, pero no me importaría quedar, dime día y hora», pero yo nunca lo hice, no me atreví a contestarle. ¡Qué le iba a decir! Además, él tampoco me llamó, así que nunca sabré si realmente, con él, hubiese contemplado todo el sistema solar o simplemente una diminuta estrella fugaz. Tal vez si eso me hubiera pasado en la actualidad... ahora que estaba dispuesta a salir de mi cascarón y parecerme más a Lola, seguramente hubiera sido diferente. Por aquel entonces era idiota. Y en este momento, que estaba decidida a buscar algo que mereciera la pena... Soy imbécil. Porque, de tanto buscar y buscar, me obsesioné y encontré lo peor. Encontré a Mario. ¿Por qué siempre me fijo en los chicos inadecuados? ¡Es así, es cierto! Siempre termino interesándome por

hombres que tienen aspecto de malos, de rebeldes. Pero, en mi caso, no es sólo el aspecto lo malo... porque, en vez de elegir a aquellos que, aunque su pinta sea ésa, la de un tipo duro dispuesto a partirle la cara a cualquiera por proteger a su chica, acabo eligiendo a los que están dispuestos a partírmela a mí... En hombres que no tienen corazón o, si lo tienen, éste no les late a un ritmo vertiginoso cuando me ven o cuando me tocan. Tal vez por eso muy pocas veces disfruto en la cama y, las escasas veces que lo hago, creo no hacerlo como me cuentan Lola o África. No hay fuegos artificiales, ni música melodiosa producida por el jadeo de nuestros cuerpos. No sé exactamente cuál es el problema, si soy yo, son ellos o simplemente es que somos dos piezas de diferentes puzles, como me dice África. «Tan sólo debes buscar cuál es tu sitio y la ficha que encaja contigo y, cuando la encuentres, contemplarás la imagen que todas las piezas, juntas, conforman, y te darás cuenta de que esa imagen está creada por una mirada, una caricia, un suspiro o un beso. Todas ellas por separado no son nada, pero, si las unes en el momento adecuado con la persona correcta, verás acabado el puzle y podrás descubrir una foto perfecta, una imagen que te hará estremecer. Si ahora no lo ves es porque las piezas que te rodean no son las apropiadas para crear ese perfil; puede que sean parecidas, incluso que encajen contigo en momentos puntuales, pero no son las auténticas.» Creí haber encontrado ese fragmento con Mario, mejor dicho, me obstiné en pensar que Mario era la ficha clave, la que me faltaba... pero no ha sido así y así me ha pasado.

*

Volvía a casa después de haber pasado una noche con las chicas. África y Juan, por aquel entonces, estaban pasando por una mala racha, y ella estaba hundida. De pronto vi de lejos a un chico apoyado en la pared de mi portal. A primera vista me atrajo muchísimo. Rubio, piel clara y aparentemente buen cuerpo, pero lo que más me gustó de él fue su actitud. Parecía relajado y seguro de sí mismo. La forma en la que se fumaba un cigarrillo me transportó a los años cincuenta, esa época en la que los chicos eran rebeldes, llevaban tupé y vestían chupas de cuero. Justo entonces, cuando mi mente reprodujo una de las escenas de *Grease,* él se percató de mi presencia y nuestras miradas

se cruzaron. Tan sólo fue un instante, pero de tal magnitud que me vi obligada a desviar la mirada y, muerta de vergüenza, intenté disimular mi rubor buscando en mi bolso las llaves del portal, aunque lo que realmente me hubiera apetecido hubiese sido ocultar mi cabeza dentro de él, como haría cualquier avestruz.

—Está abierta —me indicó con un gesto de cabeza, divertido, al verme.

—¡Oh!, gracias —contesté con timidez, entrando rápidamente en el edificio, pero entonces tiró su cigarrillo y entró detrás de mí.

—¿Vives aquí? —me preguntó mientras esperábamos el ascensor —. Yo me acabo de mudar, estoy en el tercero B, así que ya sabes... si necesitas sal, aceite o lo que sea, no tienes más que pedirlo.

—Yo también vivo en el tercero —dije pulsando la tecla del ascensor.

—¡Qué casualidad, ¿no?! —exclamó con un brillo misterioso en los ojos—. Por cierto, me llamo Mario.

—Yo, Sara. —respondí al salir del cubículo.

—Bueno, guapa, lo dicho, si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que pedirlo —soltó dándole un doble sentido a sus palabras—. Mejor será que me calle, antes de que tu novio salga y me parta la cara por intentar ligar contigo.

«¡Joder, esto sí que es ir directo al grano! Ves, Sara, aquí no hay ni coqueteo, ni miraditas, ni señales malinterpretadas. Aquí hay lo que hay, un chico que está bastante bien y con el que, si tú no eres gilipollas y sales corriendo como de costumbre, puede que hasta surja algo.» Sin pensármelo demasiado, contesté.

—No hay nadie esperándome, vivo sola.

—¡Genial!, porque yo también; acabo de salir de una mala relación, pero me niego a pensar que no hay algo mejor... y, por lo visto, sí que lo hay —añadió escaneándome de arriba abajo.

Y creo que fue ese comentario y cómo me miró lo que me hizo pensar que él podía ser la pieza clave. Creo que malinterpreté sus palabras. Creí ver esperanza donde sólo había rabia; persistencia y obstinación donde sólo encontraría intransigencia, y pasión donde sólo había celos. Sentimientos imprescindibles para destrozar una relación. Lo que jamás se me pasó por la cabeza fue que él había sido el responsable de su anterior fracaso, cosa sobre la que, en la actualidad, no me cabe ninguna duda.

—Yo no tengo mucha suerte en ese aspecto, siempre acabo fijándome en la persona incorrecta —repliqué, agachando la cabeza.

—Sí, te entiendo perfectamente, a mí me pasa igual. Pero ya sabes lo que se dice... «Lo que unos no quieren, otros lo desean.» Y, ¿quién

sabe?, tal vez estés frente a la persona correcta en este instante —respondió seguro de sí mismo.

Y por segunda vez insinuó que yo le gustaba. Y lo supe porque usó palabras de fácil comprensión, como «ligar contigo», «otros lo desean» y «persona correcta»... Palabras directas y sencillas para que alguien como yo las entendiera. «Éste no se anda con rodeos ni nada por el estilo, éste va a lo que va, así que lo tomas o lo dejas, Sara», me dije. E ingenuamente pensé que la diosa fortuna se había acordado de mí y que, al parecer, los cien años de mala suerte estaban a punto de terminar. Y esa vez no iba a ser yo la que le pusiera trabas al destino. «No sé qué es lo que hice mal en mi otra vida, pero sin duda la deuda ha llegado ya a su fin», me animé mentalmente.

Y sin darme cuenta, me lancé a la piscina de lleno, sin prever que me haría falta alguien que me rescatara o, al menos, un simple flotador para evitar que me hundiera hasta el fondo.

—Se está haciendo tarde; tal vez tengas planes para cenar y yo te estoy entreteniendo —solté, sorprendiéndome a mí misma por mi atrevimiento.

—Todo lo contrario: odio cenar solo y, cuando digo «solo», lo digo en sentido literal, porque, por no tener, no tengo ni un triste sofá. Dos sillas, la cama y los muebles de la cocina y el baño, ésa es toda mi compañía —respondió apoyado en el marco de mi puerta, intentando dar pena.

«Te lo está poniendo en bandeja, Sara, así que haz el favor y piensa... ¿qué es lo que haría Lola? Ella hace rato que lo hubiese arrastrado hasta la cama, pero eso, para ti, es demasiado. Comencemos por cenar juntos, que eso ya es un salto con pértiga para ti», recuerdo que pensé.

—Si... quieres... podemos cenar juntos... en mi casa... y pedir unas pizzas —le propuse casi tartamudeando, debido a los nervios.

—¡Perfecto! —aceptó con un tono calmado, intentando transmitirme la seguridad que a él le sobraba y que a mí siempre me ha faltado.

Abrí la puerta y me acuerdo de que lo primero que hizo fue examinar mi piso. Y yo di gracias al cielo por tenerlo limpio y recogido. En el murete bajo que hay nada más entrar a la derecha, detrás de donde está el de la televisión, no había ningún bolso colgado como de costumbre. Así como tampoco había ropa sobre el respaldo del pequeño sofá negro situado frente a la tele, bajo el ventanal, cosa que me hizo suspirar de alivio. Menos mal que la puerta de mi dormitorio estaba cerrada, porque eso sí que ha sido siempre una auténtica leonera. Tierra de nadie, como dice mi madre. Aunque no

pudo evitar su irónico comentario cuando fue al baño y preguntó si por allí había pasado un tornado antes de irme. Qué ridícula me siento ahora al acordarme de aquello. A fin de cuentas, es mi casa y nadie tiene derecho a juzgar cómo la tengo. Mis amigas nunca lo han hecho. Entonces, ¿por qué me importaba tanto la opinión de Mario?

—¿Quieres tomar algo? —le pregunté nada más entrar, dirigiéndome a la cocina.

—Una cerveza, si tienes —contestó detrás de mí, apoyado sobre el tabique de cristal que separa el salón de la cocina.

—Sí, claro —respondí sacando dos de la nevera.

— ¡Bueno, cuéntame! ¿En qué trabajas?

—Llevo la contabilidad de una empresa, nada del otro mundo. ¿Y tú?

—Soy camarero del Capricho. Habrás oído hablar de él, seguramente.

—Sí, mis amigas y yo hemos intentado cenar allí varias veces, pero siempre está lleno. Dicen que se come de maravilla.

—También sirvo copas en el bar de un amigo los fines de semana.

— ¿Y cómo lo haces? ¡¿Sales del restaurante y te vas al bar?!

—A veces, sí, pero los fines de semana intento hacer el turno del almuerzo en el restaurante, de esa manera puedo trabajar en ambos sitios. Si quieres, te puedo avisar cuando me toque servir las cenas algún sábado y así puedes venir con tus amigas sin tener que esperar.

—¡¿En serio?! Eso sería estupendo. ¿Pedimos?

—Venga —contestó tranquilamente.

Llegaron las pizzas y las devoramos sobre el baúl del salón, yo sentada sobre un pequeño taburete y él, en el sofá.

—Y, dime, ¿por qué has roto con tu novia?

«¡Por Dios, Sara! ¿Por qué le has preguntado eso? Seguro que no le apetece hablar de ello», me reproché de inmediato, aunque ahora sé que debería haber indagado más sobre ese tema antes de meterme de lleno en todo esto.

Vi cómo sus ojos pasaron de un azul turquesa al azul profundo de las gélidas aguas del océano. «No le ha gustado mi pregunta.» Eso fue lo primero que pensé, aunque se esforzó en aparentar que no le había molestado, pero sus ojos lo delataron. Ahora lo sé.

—Digamos que veíamos la relación de manera diferente —contestó el muy cobarde.

«Pero claro... ¿qué querías que te dijera, Sara? ¡La verdad es que soy un hombre despreciable porque me encanta hacerles la vida imposible a las mujeres que me rodean! Eso, evidentemente, no iba a contártelo», me riño a mí misma.

—¿Y tú? ¿Qué es eso de que no tienes mucha suerte con los hombres? Porque no me creo que sea debido a que no tienes opciones. No hay más que verte —me planteó observándome con intensidad, con una mirada en la que se adivinaba una estrecha relación entre el peligro y la seducción.

Esa mirada que yo quise ignorar o, mejor dicho, que interpreté de forma incorrecta.

Rememoro lo nerviosa que me puse meditando la respuesta adecuada a esa cuestión, y recuerdo claramente lo que pensé. «¿Qué demonios le voy a decir? —me pregunté—. ¡¿Que la mayoría de los hombres con los que he estado han sido unos capullos integrales y que, por desgracia, ninguno de ellos me ha dado el viaje de mi vida?!» Ahora me río de mí misma y de lo estúpida que fui. Es extraño cuánto nos obcecamos a veces en ignorar determinadas actitudes, determinadas conductas o gestos que con el paso del tiempo y vistos con mayor objetividad resultan tan evidentes... los ocultamos o incluso llegamos a interpretarlos a nuestra conveniencia, llegándonos a engañar a nosotras mismas. Qué verdad es que el amor es ciego.

—Por lo que deduzco... —dijo observándome—... todos ellos eran unos auténticos capullos.

Yo me quedé perpleja y noté cómo un rubor se extendía por mis mejillas. Mario, al verme, se rio con suficiencia al comprobar que había dado en el clavo.

—Tu silencio me lo confirma —se regodeó con media sonrisa, recostándose en el sofá.

—Más o menos —respondí ofendida, agachando la cabeza.

—No te lo tomes a mal, Sara. Si realmente me alegro es porque, si no hubiese sido así, tú y yo, ahora, no estaríamos cenando juntos —dijo bajando el tono de voz y seduciéndome al mostrarme de nuevo esa mirada.

—No lo había visto de esa manera —contesté halagada.

La noche pasó rápido y, cuando me quise dar cuenta, eran las dos de la madrugada, nos habíamos bebido varias cervezas y yo estaba que me caía de sueño, así que, intentando ser lo más educada posible, le dije:

—Mario, me ha encantado cenar contigo, pero es tarde y me gustaría irme a la cama.

—Sí, claro, perdona. Estaba tan a gusto que no me he dado ni cuenta de la hora. Bueno, lo dicho, si necesitas cualquier cosa, me llamas; ya sabes dónde vivo —aceptó, levantándose del sofá.

—Sí, en el tercero B —respondí bostezando.

—Eso es. ¿Qué vas a hacer mañana? —me preguntó antes de abrir

la puerta.

—Mañana por la noche he quedado con mis amigas para dar una vuelta.

— ¿Y por dónde vais a estar? —añadió interesado.

—Supongo que a ese bar nuevo. ¿Cómo se llama? —dije intentando recordar.

—Te refieres a El Pingüino Helado.

—Sí, a ése. Si te apetece que nos veamos...

—No sé, seguramente tendré que ir al bar, pero dame tu número por si acaso.

—Apunta. —Le di el número.

—Vale, ya lo tengo —comentó guardándoselo en la agenda del móvil—. Ahora te haré una perdida y así te grabas el mío. En fin, me voy para que descanses —se despidió acercándose a mí poco a poco, anunciando lo que pretendía hacer.

Fue un beso lento que le permitió saborear mis labios. Yo no le correspondí, pero tampoco lo rechacé, tan sólo me dejé hacer. Me quedé tan estupefacta que una pregunta surgió de repente al quedarme sola... «¿A qué ha venido eso?», pensé desconcertada mientras me lavaba los dientes.

Pero no obtuve respuesta y desistí, porque ni la persistencia ni la obstinación son rasgos de mi personalidad, más bien me rindo con facilidad, así que el sueño se volvió a apoderar de mí.

CAPÍTULO 2

Lola aún no ha vuelto y eso comienza a preocuparme. Me he tomado ya tres valerianas que he encontrado en su cocina y no noto su efecto. «Voy a llamarla», determino dirigiéndome hacia mi bolso en busca de mi móvil.

Justo en ese momento, el teléfono de casa me sobresalta y me lanzo a por él desesperada.

—¿Lola? —pregunto sin darme tiempo a oír nada.

—¿¡Sara!? ¿Qué es lo que sucede? ¿Dónde está Lola? —quiere saber Yago al otro lado de la línea, confundido.

¡Ay! ¡Dios! ¿Y ahora qué le digo? No quiero preocuparlo, pero, si no le explico la verdad, ¿qué demonios le cuento?

—Hola, Yago. Lola acaba de salir, la han llamado del hotel para no sé qué asunto, nada grave. Pero ya la conoces... Yo había venido a hacerle una visita, pero, como ha recibido esa llamada, me ha dejado aquí porque ha dicho que no tardaría —invento sobre la marcha, intentando disimular.

Menos mal que no me ve, porque estoy temblando como una hoja desde que ella se ha ido. Y, aunque últimamente he mejorado mucho mi técnica del engaño, sé que estoy más roja que un tomate maduro, detalle que no consigo disimular cuando miento.

—¿Qué está sucediendo, Sara? Porque no me creo ni una palabra de lo que me has dicho. Para empezar, porque, de ser así, hubiera respondido a alguna de las mil llamadas que le he hecho, así que dile que me llame en cuanto aparezca.

—Tranquilo, en cuanto llegue, te prometo que es lo primero que hará.

—¿Todo va bien, Sara? —me pregunta con delicadeza, aunque no puede esconder su nerviosismo. Justo antes de contestarle, oigo cómo la puerta se abre y suspiro aliviada.

—Ahora mismo entra por la puerta, Yago; acaba de venir del hotel —le digo para que ella se entere de la excusa que he puesto—. Te la paso —añado a modo de despedida, evitando más preguntas.

—Hola, cariño —oigo que le dice ella tranquilamente—. No, he

tenido que ir a resolver cierto asunto con el imbécil del exnovio de Sara —le suelta sin quitarme ojo—. Nada, tú tranquilo, todo está controlado. —Al parecer él no se tranquiliza y Lola empieza a perder los nervios después de oír lo que Yago le dice—. ¡¿Me crees incapaz de tratar con esa garrapata!? —«No», supongo que le responde él—. Pues entonces —suelta ella, cortante. Por unos segundos Lola permanece en silencio y creo que Yago hace lo mismo, ya que no oigo nada; luego ella exhala el aire que contenían sus pulmones y prosigue con dulzura —: Cariño, te he dicho que no tienes de qué preocuparte. Todo está bien. Sara se quedará aquí el fin de semana y después ya veremos qué hacer. —Distingo la voz de Yago al otro lado de la línea, pero no consigo saber qué dice. Lo que sí sé es lo que Lola responde—. Sí... te prometo que no haré ninguna otra locura. Venga, mañana hablamos, ¿vale? Un beso.

Cuando cuelga, me declara a modo de explicación:

—¡Hombres! Se creen que son más machos si son ellos los que se encargan de resolver los problemas y no se dan cuenta de que algunas mujeres llevamos tanto tiempo cuidando de nosotras mismas que podríamos encargarnos de defender a muchos de ellos.

Al oír ese comentario, agacho la cabeza, avergonzada al percatarme de que yo nunca seré una de esas mujeres.

—¡Oh! Sara, no pretendía incomodarte —exclama abrazándome—. Simplemente hablaba conmigo misma.

—Lo siento —digo con lágrimas en los ojos, de nuevo.

—¿Por qué? —plantea preocupada—. Tú no tienes la culpa de nada, Sara.

—Siento no haberte hecho caso el primer día que me lo advertiste, siento haber creído todas y cada una de sus mentiras y siento haberte metido ahora en este lío.

—Para empezar, estaba deseando que este día llegase; es más, me hubiera enfadado muchísimo si me hubieses quitado el placer que he experimentado hace breves instantes —afirma con una sonrisa perversa—. Y el resto, no importa, lo importante es que te has dado cuenta de quién es. ¿Me hubiera gustado que fuese mucho antes? Por supuesto, y me molestó que lo creyeses a él antes que a mí, no te voy a engañar. Pero todo eso ya es pasado. Como dice Yago, las cosas suceden cuando tienen que suceder. Así que ahora mismo vamos a beber lo más fuerte que tenga en casa para celebrar este gran paso que has dado, y para que el alcohol anestesie nuestros cuerpos y consigamos dormir —anuncia dirigiéndose hacia la cocina en busca de su antídoto.

—¿Qué ha pasado, Lola? ¿Qué es exactamente lo que has hecho?

—le pregunto apoyándome en la pared.

—Digamos que me has dado la excusa perfecta para usar mi bate de béisbol.

—¡¿Qué has hecho, Lola?! ¡No me asustes! —grito poniéndome tensa de repente.

—No le he abierto la cabeza, si es eso lo que te preocupa. Aunque ganas no me han faltado al verlo —dice ofreciéndome una de las copas de whisky.

—Yo no bebo nunca esto —anuncio cogiendo la copa de todos modos.

—Ni yo, pero creo que ahora mismo es lo que necesitas, y no te voy a dejar beber sola, así que hoy nos iremos las dos a la cama bien servidas —replica encogiéndose de hombros mientras choca su copa contra la mía.

—¿Qué ha ocurrido cuando has llegado, Lola? —repito, ansiosa por saber, mientras me siento en una de las sillas de la cocina para escucharla atentamente. Lola hace lo mismo, deja su copa sobre la mesa y me mira antes de hablar.

—Nada que no tuviera que pasar, Sara —sentencia apoyando sus manos sobre las mías—. Creo que, cuando he entrado, Mario ha oído cómo se cerraba la puerta, porque la verdad es que no he sido demasiado delicada, pero le ha dado igual. Supongo que ha pensado que eras tú de nuevo y eso me ha envenenado la sangre. —Hace una pausa en su narración de los hechos y, antes de continuar, bebe otro trago—. ¡Joder! Pero ¡qué malo es esto! —Yo, al ver su cara, huelo mi copa, que atufa a alcohol que mata, pero aun así tomo un sorbo y confirmo lo que Lola ha dicho.

—Sí que está malo, sí. Igual deberíamos echarle un poco de Coca-Cola o hielo, al menos.

—Bien pensado —acepta dirigiéndose hacia el congelador. Añade dos cubitos a cada copa y continúa—: Bueno, como te iba diciendo, cuando he llegado seguían los dos en la cama. Y te juro, Sara, que no sé cómo has podido quedarte impasible al verlos ahí desnudos. El caso es que yo no soy como tú... así que, en cuanto los he pillado, no he podido refrenar el impulso de usar el bate de béisbol. Me lo he llevado sin intención de usarlo, simplemente como medida de protección, por si Mario se ponía chulo, pero me ha sido imposible contenerme. —«¡Madre mía, pero qué es lo que ha hecho está loca!», flipo asustada, abriendo los ojos e imaginándome lo peor, antes de seguir escuchando —. Lo que te voy a contar sé que no te va a gustar, pero te prometo que no lo he podido evitar. El caso es que... ya no tienes colección de perfumes. Sé cuánto te gustaban, pero, a veces, en un enfrentamiento

de estas características, se producen daños colaterales, y en esta ocasión han sido éstos los que han sufrido mi ira —me explica encogiéndose de hombros, intentando darle un toque de humor a toda la situación.

—¡Joder, Lola, vaya susto me has dado! Por un momento he pensado que le habías roto las piernas. —Suspiro aliviada, poniéndome una mano en el pecho y dándole otro trago a mi whisky.

«¡Dios, qué malo es este brebaje!», me digo al notar cómo quema al pasar por mi garganta.

—Eran los frascos de perfume o él, y creo que mi primera opción ha sido la más acertada. No veas el salto que han pegado cuando han oído el estruendo. ¡Pumba!, y un millón de diminutos cristales han salido disparados por todas partes. «¡Pero tú estás loca!», me ha gritado Mario. «Sí, y aún no sabes lo que soy capaz de hacer con un bate como éste», le he contestado, golpeándolo con todas mis fuerzas contra el colchón. «¡Así que coge tus cosas, a tu fulana y saca tu puto culo de esta casa!»

—¿Y qué es lo que te ha dicho entonces? —demando sin poderme creer aún lo que Lola ha hecho.

—Rápidamente se ha puesto los pantalones y ella, muy asustada, se ha vestido detrás de él. «Lola, espera un momento, déjame que te explique. Todo esto ha sido un error... pero lo puedo arreglar. Le pediré perdón a Sara y...» —dice Lola intentando imitar la voz de Mario—, pero yo no quería escuchar ni una sola palabra que saliese de su apestosa boca, así que le he soltado: «Te doy veinte minutos; todo lo que no saques de esta casa en ese tiempo puedes olvidarlo para siempre. Así que yo no perdería ni un segundo intentando razonar con una loca a la que le importan una mierda tú y tus absurdas excusas». Esto se lo he gritado muy cabreada, empujando con el pie un par de cajas que casualmente llevaba en el maletero y que he subido al piso. Entonces él, al ver que yo no cedería, ha optado por adoptar otra postura. «¡Esto no va a quedar así, tú no puedes echarme de esta casa! ¡Es Sara quien debe decirme eso!», me ha chillado amenazante.

Yo escucho atentamente su relato y noto cómo todo mi cuerpo permanece en una tensión constante. Bebo otro trago de whisky, intentando que me relaje, pero es complicado mientras escucho a Lola.

—«¡No intentes jugar conmigo, Mario, porque no tienes ni puta idea de con quién estás tratando, así que recoge tus cosas y lárgate! ¡Ah, y no olvides darme las llaves antes de irte!», le he exigido. Como ha visto que poniéndose gallito no iba conseguir nada, luego ha optado por suplicar... «Pero ¿a dónde quieres que me vaya? Llevo más de dos meses viviendo aquí y ahora no tengo a dónde ir. Hablaré con

Sara, ella sabe que la quiero», me ha implorado, pretendiendo darme lástima. Eso me ha puesto enferma. Ha creído que sus artimañas iban a funcionar conmigo, pero no, así que ya le he dicho que se olvide de ti, que reinicie su estúpido cerebro de insecto a partir de hoy y que haga como si nunca hubieras existido. «Y, sobre dónde vas a pasar la noche... francamente me importa una mierda dónde vas a aposentar tu sucio y mugriento culo.» En ese momento, Mario tenía tantas ganas de partirme la cara como yo de hacer un puré con su cabeza, porque ninguno de los dos hemos dejado de mirarnos amenazantes —añade Lola suspirando—. Menos mal que la chica ha empezado a tirar de su brazo y le ha propuesto que fuera a dormir a su casa hasta que encontrara dónde quedarse, porque, si no, no sé qué hubiera ocurrido. No me extraña que te haya tenido bajo sus botas, porque es difícil no acobardarse cuando mira así. Pero la chica ha estado espabilada y ha deducido que, si no intervenía, eso podía acabar mal. Mario ha pasado por delante de mí sin bajar la mirada ni un segundo, y ha pegado un enorme portazo antes de irse.

—Lola, no tendrías que haber hecho eso, tú no lo conoces cabreado. Podría haberte hecho daño. Todo es culpa mía, no tenía que haber venido aquí —exclamo nerviosa.

—Tú, por mí, no te preocupes, Sara, y no quiero volver a oírte decir que tienes la culpa de nada. Escúchame —me ordena cogiéndome de los hombros para que le preste atención—: prométeme que, si aparece por tu casa, me llamarás. ¿Me has entendido?

Asiento con la cabeza.

—Sí —contesto luego, asimilando todavía todo lo que ha sucedido esta noche.

—Perfecto —responde satisfecha—. No me ha devuelto la llave, así que mañana llamaremos a un cerrajero para que pase por tu casa. Le he pedido a Silvia, la señora que limpia, que se encargue de recogerlo todo y de abrirle la puerta. Ya le he explicado lo que debe hacer. No me fio ni un pelo de ese tipo. En cuanto a ti, te quedas aquí unos días. Yago no vuelve hasta el domingo y así me harás compañía.

—No hace falta que hagas eso, ni tampoco me voy a quedar aquí el fin de semana. Mañana me iré a mi piso. Ya has hecho bastante por mí. No quiero meterte en líos. No te los mereces.

—Nada de peros. Aún no comprendo qué es lo que viste en él.

—Ni yo. Si te soy sincera, ahora tengo que esforzarme en recordar lo que al principio me gustó de él, porque hace tanto de eso que casi se me ha olvidado. Supongo que me enamoró la manera que tenía de mirarme, cómo me desnudaba con los ojos cuando me observaba de arriba abajo. O cómo conseguía que perdiera la cabeza cuando me

hablaba como sólo él sabe hacer. Es más, creo que, si me prometiera de verdad que todo volvería a ser como antes, tal vez lo perdonaría, pero no creo que eso vaya a suceder —comento recordando cada beso, cada sonrisa y cada caricia... recordando cómo conseguía que todo mi cuerpo se estremeciera bajo sus manos cuando se lo proponía.

—Ni se te ocurra pensar así. Lo que pasa es que apareció en tu vida en el peor de los momentos —replica Lola levantando un dedo en el aire a modo de advertencia—. Pero es un embaucador y un embustero. Te utilizaba, Sara. No te dabas cuenta, pero hacía lo que él quería. Todo era premeditado, tenía un fin... y era lograr que tú perdieras la razón.

—No sé, Lola... Cuando esta noche he venido a tu casa, deseaba que este infierno acabase, pero ahora que veo que realmente ha terminado, creo que no voy a ser capaz de vivir sin él.

—¡No digas tonterías! Sé que es difícil aceptar los cambios, pero, ¡mírame a mí!, ¿quién me iba a decir que podría mantener una relación normal con otra persona que no fuese Marcos? Si llegan a preguntarme esto hace un año, te aseguro que mi respuesta hubiese sido un no rotundo y, sin embargo, ahora ya ves: estoy a punto de casarme. O fíjate en África, dentro de nada va a ser mamá. ¿Y quién lo hubiera dicho? La vida cambia, Sara, y nosotros debemos cambiar con ella. No te quedes atascada en un punto que no lleva a ningún sitio y que no te hace feliz. Sólo tenemos una oportunidad para serlo, y muchas veces dejamos pasar el tiempo pensando que éste lo cura todo... y esperando algo que no sucederá jamás. No te engañes... Si tú no cambias, si tu actitud y tu forma de pensar e incluso de actuar es la misma, el tiempo es sólo eso, minutos que transcurren sin darnos cuenta, llenando los días vacíos, de momentos insípidos y que no te aportan nada. Para ser feliz no basta con desearlo, hace falta creer que mereces serlo y luchar por conseguirlo.

—Tú no eres como yo. Lo has dicho tú misma. Yo no tengo tu seguridad, ni tu valor a la hora de enfrentarme a la vida. Como tampoco tengo el equilibrio que tiene África. Yo tan sólo soy... yo —contesto apesadumbrada.

—Exacto, y por eso mismo eres especial. Puede que tú no lo veas, pero te aseguro que tienes otras cualidades. Eres dulce, leal y soñadora. Y sé que vas a encontrar a ese alguien que te haga soñar, si eso es lo que deseas. Pero las cosas no hay que forzarlas, Sara —me dice con dulzura, acariciándome la mejilla.

—Lola, ¿por qué crees que siempre me fijo en la persona equivocada? —le pregunto, desanimada.

—Porque estás obstinada en encontrar el amor verdadero y no te

das cuenta de que eso llega por sí solo cuando menos te lo esperas. Te lo digo por experiencia.

—¿Tan desesperada se me ve?

—No siempre ha sido así, pero, cuando lo conociste, sí... No sé si ha influido el hecho de que yo, la oveja negra y descarriada, haya encontrado a alguien especial, o si simplemente tenía que pasar, pero te has empeñado tanto en que esa relación debía salir adelante que has dejado de ser tú.

—Puede que haya sido un poco de todo. Os veía a las dos tan bien que tal vez me sentí un poco desplazada, fuera de lugar... y me centré en Mario —explico encogiéndome de hombros.

—Bueno, la cuestión es que eso ya ha terminado, así que, a partir de ahora, vamos a disfrutar de lo bueno que nos depara la vida —argumenta intentando animarme.

—Si es que hay algo bueno —respondo negativa.

—¡¡Por supuesto que lo hay!! Sólo es cuestión de abrir bien los ojos y prestar atención a las señales.

—Hablando así me recuerdas a África y su rollo del destino —comento con una tímida sonrisa.

—Tienes razón. Está consiguiendo contagiarme su forma de pensar, pero en el fondo eso me gusta —contesta riéndose.

Son las tres de la madrugada y no consigo dormir. Mi mente no permite que me olvide de Mario y de cada momento que he vivido con él. Mientras contemplo la luna a través de la ventana, rememoro el día en el que él y Lola se conocieron.

*

Aquella noche las tres habíamos cenado juntas, pero África decidió irse a casa, así que Lola y yo nos fuimos a tomar una copa a El Pingüino Helado. Fue allí donde Mario y ella se conocieron. Él, en cuanto la vio, se quedó fascinado. A mí no me importó demasiado, todos los hombres tienen la misma reacción cuando la conocen y él no tenía por qué ser diferente. Además, Mario en ningún momento hizo nada que me hiciera sospechar que pretendía algo con ella, pues no me quitaba ojo, como de costumbre. Aunque, si tengo que ser sincera conmigo misma... nada más irse ella, Mario me hizo toda clase de preguntas sobre Lola, cosa a la que en ese momento no le di mayor

importancia, porque creí que era mera curiosidad. Sin embargo, ahora, desde la distancia y conociéndolo como lo conozco, sé lo que pretendía. Lo que nunca se imaginó fue la clase de mujer que es Lola y que siempre ha sido ella quien ha decidido cuándo, dónde y, sobre todo, con quién. Pensó que él podría hacerse un hueco en la larga agenda de conquistas de Lola, pero no fue así. Porque ella tendrá sus defectos, como el resto de los mortales, pero también tiene unos valores inquebrantables y el ser amiga de sus amigas es uno de ellos. Para Lola, somos su familia.

Y así me lo hizo saber ella al día siguiente, cuando comimos juntas y le conté lo que había sucedido en el parque.

—¡No empieces a fantasear! A mí no me parece tan encantador, más bien lo vi un poco... no sé cómo decirlo de forma delicada... ¡posesivo!

—Bueno, puede que tengas razón; uno de sus amigos se me acercó y él se puso celoso, pero, en el fondo, ¿no son los celos una muestra de amor?

—Querrás decir de control.

—No. ¡Unos pocos dan cierta chispa a una relación y te hacen hacer locuras! —repliqué, ilusa de mí. Lo que no imaginaba entonces era la clase de locuras que estaría dispuesta a hacer en nombre del «amor».

La noche anterior, Lola hacía rato que se había ido y Mario y yo estábamos en la barra cuando dos amigos suyos se acercaron a saludar.

—¡¿Qué pasa, Mario?! Cuánto tiempo. ¿Quién es esta preciosidad? —me piropeó uno de ellos, mirándome de arriba abajo. Cuando Mario se percató del repaso que me había pegado su amigo, me atrajo hacia él y rodeó mi cintura de forma posesiva.

—Esta preciosidad es Sara y está conmigo —contestó cortante, dedicándole una mirada amenazante.

—Vale, tranquilo —respondió su colega alzando las manos—, creí que era una amiga de Daniela.

—Daniela y yo ya no estamos juntos —aclaró Mario completamente tenso y, sin presentarme al grupo, dijo que nos íbamos. Se despidió de manera escueta de sus amigos y nos marchamos.

—¿Quién es Daniela? —le pregunté al salir.

—Mi ex —respondió, molesto por mi curiosidad.

Entonces, para intentar animarlo y sin saber aún muy bien cuál era la razón de su mosqueo, comencé a besarlo. Recordé que en una ocasión me comentó que le ponía hacerlo en los lugares públicos y,

como yo últimamente estaba descontrolada y no pensaba muy bien lo que hacía, decidí hacer algo que le hiciera olvidar aquello que le había molestado. Así que cogí su mano, obligándolo a detenerse. Cuando lo hizo, lo besé como jamás había besado a nadie hasta entonces y él lo sintió, porque empezó a acercar sus caderas a las mías para que notara lo excitado que estaba, y, por si quedaba alguna duda, me lo dijo.

—Sara, como vuelvas a besarme de esa manera, te juro que te lo hago aquí mismo.

—Entonces tendré que volver a besarte, porque estoy dispuesta a descubrir mis límites y quiero que seas tú quien me ayude a experimentar hasta dónde soy capaz de llegar —lo provoqué, dirigiéndome hacia una de esas casitas de madera que suele haber en los parques infantiles mientras él seguía mis pasos.

Aquella noche estaba dispuesta a todo, necesitaba saber hasta dónde me atrevería a llegar. Ahora sé que eso no fue nada en comparación con lo que he llegado a renunciar por él. He cedido tanto de mí misma que hay momentos en los que ni siquiera me he reconocido. Incluso ahora, en este preciso instante, no me identifico con la persona que era antes de que Mario se cruzara en mi camino.

Esa noche quería demostrarle que era el tipo de mujer que él necesitaba, y que era capaz de hacer cualquier cosa por él. Al poco de comenzar a salir juntos, Mario me confesó que le excitaba practicar sexo en lugares en los que podía ser pillado, y entonces le contesté que yo sería incapaz de hacer algo así, pero aquella noche, en el parque, como en otras muchas ocasiones posteriores, quise demostrarle todo lo contrario. Pensaba que de esa forma conseguiría mantener el brillo y la intensidad con la que me miraba al principio. Pero estaba equivocada.

Y todos aquellos razonamientos de los que estaba tan segura meses atrás, los fui perdiendo a los pocos días de conocerlo. Y situaciones que pensaba que no sería capaz de aguantar, se fueron convirtiendo en cotidianas. Porque, cada cosa que yo me negaba a hacer rotundamente, él se las ingeniaba para que, de una manera o de otra, acabara haciéndola. Y lo peor de todo es que constantemente conseguía que pareciera que había sido idea mía, cuando en realidad siempre había sido él quien había dirigido los hilos de mi pequeña marioneta.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente me despierto sobresaltada al oír un fuerte ruido. Desorientada y confusa, miro hacia ambos lados. La luz que se filtra a través de la ventana me deja ver con claridad dónde estoy. Me levanto con la sensación de que mi cuerpo pesa una tonelada y, perezosamente, me dirijo hacia el lugar de donde procede semejante escandalera.

—Buenos días —saludo a Lola.

—¿Te he despertado? Lo siento. Estaba preparando el desayuno. ¿Qué tal has dormido?

—No muy bien. Supongo que el alcohol no tuvo el efecto deseado —respondo mirando el caos que hay en la cocina—. ¿Qué estás haciendo?

—Quería hacer unas crepes, pero, como no me han salido —dice enseñándome la masa ennegrecida que hay en la sartén—, me he decantado por unas tostadas.

—Lola, eres un horror entre fogones. Anda, déjame a mí —le propongo, apartándola de la vitrocerámica y retirando de la sartén la masa calcinada.

—¿Supongo que esto no lo habrás preparado tú, verdad? —le pregunto desconfiada, señalando la mezcla de color amarillento que hay en una fuente.

—No, lo hizo Silvia. Ayer debí haberlo congelado para cuando Yago volviera, pero... A él le encantan y, como imaginas, es él quien las hace —me explica mientras comienza a remover la mezcla.

—Sí, sobre eso no tengo ninguna duda —contesto mientras echo un poco de la mezcla en la sartén y la voy extendiendo hacia el exterior. Una vez que los bordes han cambiado de color, le doy la vuelta con cuidado y, cuando ésta se empieza a dorar, la pongo en el plato.

Nos sentamos y veo cómo Lola baña su crepe con chocolate fundido y nata.

—Están riquísimas, Sara —exclama poniéndose otra en su plato—. ¿Tú no comes más? —pregunta al ver que ni siquiera me he comido la

mía entera.

—La verdad es que no tengo mucha hambre. ¿Te acuerdas de dónde dejé ayer el móvil? —le pido cambiando de tema—. Me desperté a media noche a cogerlo, pero no lo encontré en mi bolso. Pensé que me lo había dejado aquí, pero tampoco lo veo por ningún sitio.

—Lo tengo yo. Pero no me lo pidas, porque no te lo voy a dar —asegura con firmeza.

—¿Por qué no? —planteo ofendida.

—Porque te ha estado llamando el Chucho y no quiero que hables con él.

—No voy a contestar ninguna de sus llamadas, Lola, pero no puedes dejarme sin teléfono. ¡Lo necesito! —intento convencerla.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Para estar comunicada con el exterior.

—Ahora no me vengas con ésas. ¿Hace cuánto que no tienes mundo exterior? Él se encargó de alejarte de todo y de todos. Incluso de nosotras. ¿Cuándo fue la última vez que quedamos las tres solas?

No le respondo, no tengo excusa. Lola tiene razón. Mario fue cerrando mi círculo social hasta hacerme creer que sólo lo tenía a él. Me doy cuenta de cómo, poco a poco, ha conseguido que dudase de todo aquel que me rodeaba y cómo ha logrado hacerme creer que sólo podía confiar en él. La primera persona de la que me hizo desconfiar fue de Lola y ahora me siento avergonzada, porque es a ella a quien he acudido cuando el problema me ha explotado en la cara.

*

Recuerdo que estábamos en El Cultural y, poco antes de irnos, Lola me arrastró a los baños para contarme que Mario había intentado ligar con ella.

En un principio no daba crédito a lo que ella me estaba diciendo, pues no quería admitir que podía ser cierto. Nunca he tenido motivos para desconfiar de su palabra, pero necesitaba que fuese él quien me lo confirmara. Porque, por alguna extraña razón, mi cabeza se negaba a aceptar lo que ella afirmaba. Así que, al salir de El Cultural, le pregunté.

—¿Qué es lo que ha pasado con Lola?

—¿Qué te ha contado? —me respondió con otra pregunta, de manera impasible.

—Mario, te estoy preguntando qué ha pasado. Tengo su versión, ahora necesito saber cuál es la tuya. Debo decidir a cuál de los dos creer y sé que es algo que no me va a gustar porque, si te creo a ti, estaré admitiendo que ella miente, y si la creo a ella, serás tú el que miente. Y no es agradable encontrarme en esta situación —le expliqué, nerviosa.

—¿Y por qué das por hecho que alguno de los dos está mintiendo? ¿Puede que las dos versiones coincidan? —replicó con chulería, comenzando a molestarse por el tono de mi voz.

—¡¿Me estás diciendo que has intentado liarte con una de mis mejores amigas, a la que tan sólo hace unas horas que conoces y, encima, a escasos dos metros de donde yo estaba, porque no te ha importado?! —protesté perdiendo los nervios y sin dar crédito a lo que yo misma decía.

—No, te estoy diciendo que me gustas demasiado y que necesito comprobar si tú sientes lo mismo por mí —me espetó con firmeza, mirándome peligrosamente a los ojos.

—¿¡Qué!? No entiendo lo que pretendes decirme. ¿A qué viene eso ahora?

—Mira, Sara, yo lo he pasado muy mal con Daniela, y no estoy dispuesto a perder el tiempo con alguien que no busca lo mismo que yo en una relación, alguien que no se comprometa. Ahora necesito a una persona a mi lado que no dude de lo que siento por ella —dijo montándose en su moto. Ofendido, la arrancó y me dejó en mitad de la calle, sola.

Confundida y sin dar crédito a lo que acababa de pasar, comencé a caminar de regreso a mi casa. Se suponía que la que debía estar enfadada era yo, pero al parecer él era quien se había disgustado y realmente aún no entendía el porqué. Sin embargo, cuando llevaba un cuarto de hora caminando, oí detrás de mí el sonido de su moto.

—Sara, móntate —me ordenó con firmeza, tendiéndome el casco. Al ver que yo seguía andando, volvió a insistir—: Sara, monta en la puta moto. ¡Ya! —Esta vez obedecí. Estaba muy enfadada, pero, aun así, cogí el casco y me subí detrás de él. Al llegar al garaje seguía cabreado, al igual que yo, pero, en cuanto bajamos del vehículo, Mario se abalanzó sobre mí y me acorraló entre su cuerpo y una de las columnas. Me agarró la cara por la mandíbula con una sola mano y me advirtió antes de apoderarse de mi boca desenfrenadamente y con brusquedad—: No vuelvas a dudar de mí.

Aquella noche fue la primera vez que me hizo sentir diminuta,

para posteriormente hacerme creer que, incluso así, siendo tan poca cosa, le importaba. Me quería a su lado y por eso volvió a por mí después. Al llegar a casa tuvimos un encuentro sexual apasionado y comprendí el significado de la palabra «lujuria». Y eso me hizo olvidarme de cuánto había disminuido.

*

—Un, dos, tres ¡despierta! —me dice Lola chasqueando los dedos delante de mi cara—. ¿En qué piensas?

—En nada —miento encogiéndome de hombros.

¿Cómo le voy a decir que en Mario? Y lo peor de todo, ¿cómo hacerle comprender que, aun sabiendo que no se ha portado bien conmigo, lo echo de menos? Ella no lo entendería.

—Sé que algo atormenta esa cabecita que tienes, pero también sé que llegarás a controlar eso que te tortura, porque, aunque no lo creas, todo pasa, Sara... Lo bueno, lo malo, el dolor, la felicidad... Todo, absolutamente todo, pasa. Nada es eterno en esta vida y mucho menos lo que te martiriza en estos momentos —me suelta, sabiendo perfectamente en quién pensaba—. ¿Quieres que vayamos a ver a África? —me propone cambiando de tema.

—Debería pasar antes por casa. Y también quiero mi teléfono, Lola. —Mi amiga me mira; está decidida a pasar por encima de quien haga falta para protegerme, pero no es ella quien debe hacerlo. He tomado una decisión y voy a mantenerla, por mucho esfuerzo que eso me suponga—. Lola, te agradezco todo lo que intentas hacer, pero debo ser yo quien se enfrente a él. Lo de ayer fue una excepción, no puedo correr a esconderme debajo de tus faldas. —Como sigo sin convencerla, añado—: ¿Y qué vas a hacer, te lo vas a quedar el resto de tu vida?

—No, sólo el fin de semana.

—Con eso lo único que vas a conseguir es posponer lo inevitable. Mario no se va a cansar de llamarme. Lo conozco y te aseguro que la persistencia es una de sus mejores armas.

—Está bien —claudica sacando el móvil de uno de los cajones de la cocina—, pero tienes que prometerme que no vas a volver a caer en sus redes. Es un manipulador, Sara; te dirá y hará lo que sea para conseguir que cambies de opinión.

—Lo sé. Pero esta vez es diferente —afirmo apagando el móvil delante de ella sin ni siquiera mirar ninguno de los mensajes que aparecen en pantalla.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —contesto decidida.

Justo en ese instante, Lola recibe una llamada, atiende brevemente y cuelga.

—Era Silvia —me anuncia.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupada.

—Cree que deberíamos ir a tu casa.

—Lola, ¿qué es lo que ha sucedido?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Sólo me ha pedido que vayamos.

Nada más llegar a mi piso, un fuerte olor a perfume invade mis fosas nasales, pero eso es lo que menos llama nuestra atención cuando entramos por la puerta. Todo está revuelto, parece que hubiera entrado un tornado. La estantería del salón se encuentra completamente vacía y contemplo horrorizada cómo mis pequeños tesoros están malheridos en el suelo.

—¡¡Qué hijo de puta!! —oigo que suelta Lola detrás de mí.

Me agacho y recojo una a una las hojas arrancadas y, con lágrimas en los ojos, abrazo las cubiertas de mis novelas preferidas. Ha destrozado todos mis libros de literatura romántica; sabía que esto era lo que más daño me iba a hacer, tenía claro que de esta manera me dejaría en el más profundo de los vacíos, privándome de mi pequeño paraíso, ya que era el único sitio en el que yo era completamente feliz cuando en el mundo real nada funcionaba bien. Y por eso lo ha hecho. En la cocina, los armarios y los cajones están abiertos como si hubieran estado buscando algo. Y en mi dormitorio, lo primero que llama mi atención al entrar es el sonido que producen los cristales rotos al pisarlos. Es imposible no mirar hacia abajo y observo, horrorizada, la multitud de diminutos cristales que hay por el suelo. Después miro a Lola, que me pide disculpas con la mirada, pero la imagen que contemplo a continuación hace que mi estómago se contraiga y un repelús recorra toda mi espalda. El armario está vacío y toda la ropa se halla amontonada en un rincón; sin embargo, el resto de la habitación está perfecta, a excepción de que, sobre la cama, hecha, están mis zapatos rojos de tacón colocados meticulosamente alineados junto con una rosa roja y una nota:

Pensaba que sólo te comportabas como una puta cuando los llevabas puestos. Ahora me doy cuenta de que me equivocaba.

Al leerlo, toda la ira contenida en mí se desata y, con rabia, abro la puerta de la terraza y los lanzo lo más lejos que puedo.

—¿Por qué has hecho eso? —me pregunta Lola, perpleja por mi arranque, cogiendo el papel que he tirado al suelo.

—Me los regaló él —le explico sintiéndome orgullosa por mi acción.

—¿Y hay algo más que te haya regalado esa garrapata?

—Sí, esto —le indico abriendo uno de los cajones de la cómoda que está a mano izquierda, junto a la puerta, para mostrarle varios conjuntos de ropa interior, a cuál más bonito.

—Tiene gusto para la lencería, ese capullo, pero a la mierda que va todo esto también —espeta cogiendo con ambas manos todas las prendas y repitiendo lo mismo que he hecho yo.

Al contemplarla no puedo evitar reírme y una especie de libertad mezclada con indignación y desprecio hacia él aparece en mi cara, salpicada por unas cuantas lágrimas que salen de mis ojos sin consuelo. Una combinación de derrota, rabia y frustración se instala en mi cuerpo, dejándome el corazón vacío y con la sensación de haber vivido durante demasiado tiempo en una auténtica mentira. Ella, al verme, me pregunta con dulzura:

—¿Me dejas llamar ahora al cerrajero? —Respondo con la cabeza que sí—. Sara, creo que también deberíamos llamar a la policía.

—No, eso no. Con eso conseguiría enfadarlo más, y ahora lo único que quiero es recoger todo esto y recuperar mi vida.

—No creo que tu vida vaya a mejorar si no lo denuncias —me advierte con firmeza.

—Tampoco creo que lo haga si lo denuncio.

—Sara, por favor, escúchame. Esto se te ha ido de las manos, y hay que denunciarlo; quieras o no quieras, hay que hacerlo.

—No, Lola. Por una vez, escúchame tú a mí: no pienso denunciarlo y te prohíbo que lo hagas tú. ¡¿Me has entendido?! No quiero que nadie sepa lo miserable que era mi vida.

—Sara, no tienes por qué avergonzarte de nada. Es a él a quien debería darle vergüenza. Tú no tienes la culpa.

—¿Todavía no lo comprendes, verdad, Lola? ¡No ves que aquí la única responsable soy yo! He permitido que todo esto suceda y por eso la culpa es mía y de nadie más. Llevo demasiado tiempo consintiéndole que me humille, que me degrade hasta límites que ni siquiera sospechas y que me haga sentir tan insegura de mí misma... hasta el punto de que, aún ayer, dudaba de si sería capaz de rehacer

mi vida sin él, pese a la mierda de relación que él me ha proporcionado. Porque lo nuestro sólo ha sido eso, un miserable y tortuoso cuento de hadas que yo me he empeñado en vivir, salpicado con alguna pizca de pasión y varios ingredientes principales: la ilusión de que él, mañana, sería mucho mejor si yo me esforzaba más; la esperanza de que todo cambiaría si yo no le llevaba la contraria, y el miedo a enfrentarme a él por perder algo que ni siquiera tenía... una relación de verdad.

—Ni se te ocurra volver a repetir eso. Ya es la segunda vez que te oigo decir que tú eres la culpable de lo que te ha sucedido y te juro que, si te vuelvo a oír culpabilizarte de todo lo que te ha ocurrido, me voy directa a comisaría y me da igual cuánto llegues a enfadarte o que me dejes de hablar el resto de tu vida; no quiero volver a oírte decir eso. Es a él a quien se le tendría que caer la cara de vergüenza por tratarte como lo ha hecho.

—Pero es cierto, yo he alargado todo esto hasta que no he tenido fuerzas para soportarlo más. Sólo quiero que entiendas por qué lo digo.

—Claro que lo entiendo. Le has permitido adueñarse de tu vida y ahora se cree con derecho a controlarla a su antojo. Pero, aun así, Mario es el único responsable de su comportamiento. Ya es suficientemente mayor como para diferenciar lo que está bien de lo que está mal, lo que es justo de lo injusto; tendría que saber distinguir entre respetar y denigrar y, sobre todo, entre amar o poseer. Vale, quizá tú hayas permitido que esto dure más tiempo del que le correspondía, pero tal vez sea porque hasta ahora no te has sentido capaz de enfrentarte a todo ello. Así que no lo excuses, a menos que quieras que vaya directa a la policía, aunque eso signifique romper nuestra amistad para siempre —me advierte amenazante, señalando la puerta.

—No, ahora lo que necesito es a una amiga que me escuche. —Y es en ese instante, al percibir el dolor en mi voz, cuando Lola se calma y me presta atención.

»Cada vez que él se enfadaba, por ridículo que fuera el motivo, mi mente lo registraba para evitar repetirlo, y de esa manera conseguí adaptarme a sus necesidades sin tener en cuenta que estaba perdiendo las mías. O, lo que es peor, le estaba permitiendo ser dueño y señor de mis necesidades. Llegué a un punto en el que no era capaz de pensar por mí misma, pues le cedí el poder sobre mis pensamientos. Cambié mi vida, mi forma de vestir, incluso mis amigas —le confieso con tristeza en los ojos—. Logró apartarme de vosotras y, en el trabajo, me llamaron varias veces la atención por su comportamiento... pero todo

porque se lo permití, Lola. Pensaba que de ese modo recuperaría para siempre al hombre amable que en determinados momentos me mostraba y te juro que, cuando ese hombre se dejaba ver, era la persona más cariñosa que jamás he conocido y el hombre con el que siempre he soñado —explico mirando algunas de las novelas destrozadas que todavía sostengo entre las manos—. Pero nunca era suficiente y cada vez eran menos las veces que ese hombre aparecía, por mucho que yo me esforzase. Poco a poco dejé de hacer cosas tan sólo porque sabía que a él le molestaban. Incluso dejé de leer. Pero lo de ayer me sirvió para darme cuenta de que Mario jamás cambiará y que la persona de la que yo creí estar enamorada no existe, porque él sólo lo empleaba para hacerme creer que me quería... porque no se hace sufrir tanto a la persona que se supone que amas.

Lola, tras escucharme, respira hondo, me abraza muy fuerte y, con ojos vidriosos, me contesta.

—Está bien, lo haremos a tu manera, pero quiero que sepas que no estás sola.

—Lo sé —le digo de corazón.

—¿Me dejarás, al menos, hacer unas fotos? —Al ver que no respondo a su pregunta, insiste con dulzura—. Tan sólo por si acaso.

—Está bien —acepto derrotada, recogiendo del suelo pedazos de historias de amor que siempre he deseado vivir.

—Sólo las usaremos en caso de extrema necesidad —reitera Lola.

—¡Y siempre con mi consentimiento! —le aclaró.

—Lo juro —dice alzando la mano derecha.

—Está bien —cedo entonces.

Cuando entramos en el baño, la palabra «puta», escrita con carmín rojo, preside el espejo, y los cajones y los armarios están abiertos, igual que en la cocina. Nada está fuera de su sitio excepto en el salón, que Lola y Silvia ya han comenzado a recoger para intentar poner algo de orden en mi casa, pero sobre todo en mi vida. En el resto del piso es como si hubiera estado buscando algo. ¿El qué? No lo sé. Tal vez algo que le indicase dónde encontrarme o una excusa para odiarme.

CAPÍTULO 4

Mientras Silvia, Lola y yo intentamos poner remedio a todo este caos, mi mente va recordando cada una de las situaciones en las que he consentido que se saliera con la suya. Como cuando me regaló los zapatos. Fue después de lo que pasó con Lola en El Cultural. Mario me llevó a una pequeña casita de madera en mitad de la sierra.

*

—¿Es tuya? —pregunté antes de salir del coche. Se veía preciosa entre los árboles.

—No, de Jaime, el amigo al que ayudo a servir copas los fines de semana. Era de sus abuelos y a él, con el bar, no le queda mucho tiempo para poder venir, así que yo soy el afortunado que puede disfrutar de todo esto de vez en cuando.

—¿Y vienes mucho? —planteé, curiosa.

—Sólo cuando quiero impresionar a alguien —me dijo con sarcasmo.

Cuando entramos, vi una enorme chimenea presidiendo la estancia; frente a ella, un sofá y un sillón. A la izquierda, una pequeña cocina junto a una mesa redonda de roble. A la derecha, dos puertas.

—El baño y el dormitorio —me indicó, señalándolas.

Me dirigí hacia una de ellas y, al abrirla, descubrí una cama de madera oscura con dosel y sus mesillas a los lados.

—¡¡Has visto esto, Mario!! ¡¡Es preciosa!! —exclamé maravillada.

—Sí, ya te he dicho que aquí es donde impresiono a las chicas —dijo rodeándome por la espalda—. ¿Quieres que la probemos?

Nerviosa y emocionada, contesté que sí. Ésa era su manera de pedirme perdón y yo no iba a ser quien iba a decirle cómo debía hacerlo. Así que comenzó a deshacerse de su ropa y yo lo imité.

Cuando los dos estuvimos completamente desnudos y el uno frente al otro, me agarró en brazos y me dijo:

—¿Es así, no? Es así como pone en esos libros que tanto te gustan cómo se debe conquistar a una mujer.

—Sí, más o menos así es —respondí embelesada, antes de que los dos nos dejáramos caer sobre la cama y sus manos se perdieran en mi cuerpo.

Aquella mañana comenzó bien; no hubo fuegos artificiales, pero ya estaba acostumbrada. Lo importante fue que disfruté de sus muestras de cariño y para mí eso era suficiente. Además, teníamos todo el fin de semana por delante y se preveía aún mejor. Mario preparó la comida mientras yo permanecí tumbada en el sofá con una de mis novelas.

—Cuando lees, no me haces caso —me comentó seriamente.

—¿Estás celoso de los hombres que aparecen aquí? —me mofé de él.

—No seas ridícula, por favor. Sólo digo que no me gusta que me ignoren —contestó ofendido.

—¡Está bien...! Si lo que pretendías era que te ayudara a hacer la comida, tan sólo tenías que pedírmelo —le dije con dulzura.

Las horas pasaron volando y, poco antes del atardecer, me propuso dar un paseo que yo acepté encantada. Vi que cogía una mochila de monte, pero no le pregunté qué era lo que llevaba en ella; imaginé que sería agua y algo para comer. Cuando apenas habíamos andado media hora, llegamos a un claro precioso por el que pasaba un pequeño riachuelo unos metros más allá.

—Vamos a parar aquí a descansar un ratito —me indicó, sacando de la mochila una gran manta. Nos sentamos sobre ella y anunció—: Tengo una sorpresa para ti. —Luego me entregó un paquete.

Yo no podía creer lo afortunada que era; estaba comenzando a vivir algo digno de un *best seller*. Me encontraba en un lugar de ensueño junto a un hombre del cual me estaba enamorando perdidamente y que, encima, cuando se lo proponía, era el ser más detallista del mundo. Eso pensé mientras desenvolvía con sumo cuidado el regalo.

Al quitar el papel, vi una caja de zapatos y primero pensé que me había comprado unas botas de montaña, pero, cuando la abrí y contemplé lo que contenía, me sorprendí.

—¡Son preciosos! —exclamé emocionada.

—¿Te gustan?

—¡Me encantan! —afirmé, acariciándolos y sin poder apartar la vista de ellos.

Eran unos zapatos espectaculares y nada baratos. Tanto el tacón

como la pequeña plataforma que tenían estaban decorados con miles de diminutos cristales rojos que le daban un toque muy elegante. El resto del zapato estaba forrado de seda y tenía una pequeña abertura delantera.

—¡Pruébatelos! —me animó.

—¡¿Aquí?! —solté con asombro, mirándome de arriba abajo; no llevaba la ropa adecuada para ese tipo de calzado. Además, los tacones se iban a clavar en la tierra y no quería estropearlos.

—¿No te gustan? —dijo oscureciendo la mirada.

—¡Estás de broma! ¿Cómo no van a gustarme?

—Entonces... ¿por qué no te los pruebas? Estoy deseando verte con ellos puestos.

—Está bien —accedí entusiasmada, quitándome las deportivas.

—Ponte de pie y déjame que te vea.

Hice lo que me pidió, pese a que la estabilidad ahí era un tanto complicada, pero, aun así, desfilé como la mejor de las modelos sobre la manta.

—Se te ve preciosa con ellos puestos y... ¿sabes lo que me gustaría de verdad? —planteó recostándose sobre un codo.

—¿El qué? —contesté ilusionada, recostándome sobre él y rodeando su cuello con mis brazos.

—Verte sólo con los zapatos puestos —me susurró cerca de los labios.

—En cuanto lleguemos a casa, me los vuelvo a poner —respondí antes de besarlo.

—Sara, no me estás entendiendo. Es aquí donde te quiero ver así —aclaró con esa mirada peligrosa que me volvía loca.

—¡Aquí! Pero es de día y podría vernos alguien —argumenté más roja que un tomate maduro, mirando en todas las direcciones.

—Está bien, Sara; si no quieres, no lo hagas —replicó deshaciéndose rápidamente de mi abrazo y poniéndose de pie.

— ¡Espera! No te enfades.

—No me enfado —contestó cortante—. Lo que pasa es que te acabo de regalar unos zapatos de más de cuatrocientos euros con los que llevo soñando verte desnuda frente a mí desde que te los compré y me parece muy desconsiderado por tu parte que no me lo agradezcas. Pero no pasa nada, Sara; vámonos.

Al oírlo pensé que tenía razón, que tampoco me estaba pidiendo tanto. No nos encontrábamos en medio de la Gran Vía. Allí sólo estábamos él y yo. Además, días antes estuve a punto de hacerlo en un parque. ¡Claro que llevaba unas cuantas copas de más, pero, ¿no me había dicho a mí misma que quería nuevos retos...?!, me recordé

mentalmente.

—Tienes razón, perdona —anuncié decidida.

—Sara, no quiero que te sientas obligada, lo que pasa es que me hace mucha ilusión...

—No quiero irme, los zapatos son fantásticos, esto es precioso y, además, estamos solos, ¿no es cierto? —argumenté insegura, encogiéndome de hombros, pero decidida a complacerlo. Notaba cómo los nervios se acumulaban en mi interior y aún los siento ahora al recordar ese momento. Porque, pese a todo lo cretino que puede llegar a ser, me excitaba cuando Mario me miraba deseando algo de mí y más cuando al fin lo conseguía.

Entonces él volvió a recostarse para ver cómo, poco a poco, me quitaba la ropa. Mis movimientos resultaron torpes, pero ver cómo Mario disfrutaba al observarme me infundió el valor suficiente como para seguir haciéndolo. Cuando por fin estuve completamente desnuda, me puse de nuevo los zapatos y dejé que me observara detenidamente mientras mis brazos intentaban cubrir mis pechos y mis manos escondían mi pubis. Yo permanecía de pie, nerviosa y expuesta en medio de la naturaleza. Los pájaros contemplaban curiosos la escena, mientras no paraba de pensar a qué estábamos esperando o qué era lo que debía hacer a continuación. Su excitación era evidente a través del pantalón, pero Mario no hacía nada, excepto mirarme. Así que, después de un rato, le pregunté, inquieta y con timidez:

—¿Me puedo vestir ya? Estoy comenzando a tener frío.

—Chist... —susurró, poniendo su dedo índice sobre sus labios, haciéndome callar—. Separa las piernas y pon tus brazos a ambos lados de tu cuerpo. Déjame verte y disfrutar de este momento —me ordenó sin apartar la vista de mi cuerpo. Después de un rato, que a mí se me hizo eterno y en el que me sentí demasiado incómoda, añadió —: Ven, túmbate aquí a mi lado, pero no te los quites —me indicó cuando hice amago de desprenderme de ellos.

Me tumbé boca arriba y Mario cubrió mi cuerpo con el suyo. Y al sentir el contacto de sus brazos, me relajé un poco. Él notaba la tensión de mi cuerpo y estoy segura de que eso le encantaba. Saber el efecto que llegaba a tener en mí era algo que alimentaba su ego y lo hacía sentir poderoso. En esos instantes yo no lo veía así, pero ahora no me cabe duda de que siempre ha sido de ese modo. Porque nunca decía nada para tranquilizarme cuando percibía que me sentía tensa en determinadas situaciones. Él simplemente se dedicaba a mirarme a los ojos con tanta intensidad que lograba desarmarme. Era entonces cuando yo le entregaba mi cuerpo completamente, para que él se

adueñase de mi ser de la marera que considerase oportuna. Parecerá una locura, pero me gustaba ese control que ejercía sobre mí, porque sabía que merecía la pena abandonarme en sus manos cuando me miraba así. Y cuando por fin notaba que yo era toda suya, comenzaba a adueñarse de mis sentidos.

Mario lamió uno de mis pezones con delicadeza y éste, al percibir el contacto con su lengua, se endureció.

—Abre las piernas, Sara —me exigió sin levantar la voz, mientras comenzaba a quitarse la camiseta y los pantalones—. Más —insistió con una sonrisa perversa al ver que tan sólo las había separado un par de centímetros—. Quiero que las abras tanto como puedas —me exigió con voz ronca, disfrutando de la rigidez que manifestaba mi cuerpo y de su control sobre mí.

Aun así, recuerdo como si fuese ahora mismo que estar allí, abierta de piernas exageradamente, desnuda, a la luz del atardecer, con la sensación de poder ser pillados en cualquier momento y observada por una multitud de pájaros desde las copas de los árboles, me excitó. Me excitó ver cómo me miraba Mario, como si hubiera soñado con ese instante y no terminase de creerse que lo que estaba sucediendo era real. Notar cómo acariciaba mi piel y la delicadeza que sus dedos desprendían provocó en mí algo que hasta entonces jamás había experimentado. A continuación hundió su lengua entre mis muslos y, minuciosamente, jugó con ese punto que hasta el momento estaba entumecido, consiguiendo que anhelara perdidamente que estuviera dentro de mí. Ya no me importaba nada. Creo que en ese instante me hubiera importado más bien poco que un millón de personas contemplara lo que Mario me estaba haciendo sentir, lo que nadie hasta entonces había conseguido que sintiera. Logró despertar en mí algo que yo ni siquiera sabía que poseía, algo que llevaba demasiado tiempo dormido. En mi interior una quemazón aumentaba por momentos y él era el único que sabía cómo extinguir ese fuego que abrasaba mis entrañas. Llegué a pensar que, como siguiese así, llegaría a perder el conocimiento. Justo en ese instante entró dentro de mí, con fuerza, haciendo que yo me derritiera entre sus brazos con cada embestida. Sus caderas arremetían contra las mías y lentamente volvía a salir para repetir la operación una y otra vez. Hasta que ya, por fin, mi cuerpo desmadejado estalló de placer, y él conmigo. Permanecimos un par de minutos así, en silencio, hasta que Mario se puso de pie y comenzó a vestirse. Fue entonces, después de regalarme el orgasmo más intenso de mi vida, cuando me dijo mirándome desde arriba:

—Los zapatos son perfectos, el lugar ideal y tú estás increíble con ellos puestos, pero... ¿sabes lo único que ha fallado en todo esto?

—¿¡El qué!? —pregunté perpleja, saliendo de golpe de mi burbuja, mientras lo observaba sentada, desde abajo. Para mí había sido algo maravilloso; las veces anteriores me había gustado, pero lo que me hizo sentir aquel día fue algo impresionante y pensé que él también había sentido lo mismo, por eso no comprendí a qué se refería.

—Que no vas completamente depilada. Me gusta sentir la suavidad de tu piel. Pero no me hagas caso, tan sólo es una sugerencia. Ha sido perfecto, Sara. Quítate los zapatos y vístete —terminó diciendo al ver cómo me encogía.

Escuchar eso después del esfuerzo que me había supuesto desnudarme en mitad de la nada y de lo que habíamos compartido posteriormente me pareció algo absurdo. Fue humillante, porque me hizo sentir estúpida y borró por completo el momento mágico que yo había sentido hasta entonces.

—Lo siento —contesté con un hilo de voz, abrazándome las piernas para esconder aquello que a él le había molestado.

—No me hagas caso, no tiene importancia. Ya nos ocuparemos de ese asunto la próxima vez —me dijo reclinándose para besarme en la frente y dándome unos suaves golpecitos con una mano en la cabeza con naturalidad.

«Y, si no la tiene, ¿por qué me lo ha dicho?», me pregunté desconcertada. Pero, aun así, en vez de mandarlo a la mierda, consideré que era algo que se podía corregir y, por lo tanto, no debía darle mayor importancia. «No voy a volver a permitir que un poco de pelo me prive de nuevo de mi momento mágico», me animé interiormente, decidida a rasurarme en cuanto llegase a la cabaña para darle una sorpresa. Pero, incluso así, la siguiente vez que me vio desnuda no hizo ningún tipo de mención al detalle de que allí abajo ya no había vello. Sólo lo hacía cuando éste crecía. Incluso hubo una ocasión en la que se negó a acostarse conmigo si no me rasuraba antes. El pelo me había crecido un par de milímetros y, al parecer, eso era repulsivo...

—Entiéndelo, es como comer mierda en una vajilla de oro. Verte así no me hace disfrutar —me soltó, mientras pasaba una cuchilla por mi pubis. Aquella vez, la que no disfruté fui yo... y fue la primera de muchas otras veces.

*

—¿Otra vez en tu mundo? —me pregunta Lola sacándome de mis pensamientos.

—¡¿Eh?! Sí, otra vez —contesto abatida.

—¿Y me vas a contar qué es lo que se cuece por esas tierras?

—No creo que te gustase saberlo.

—Tú prueba.

—No, mejor no.

—Sara, no soy tonta, sé que estabas recordando algo que te hizo el Chucho. No hay más que verte.

—Estaba pensando en lo diferentes que veo las cosas, en cómo antes le restaba importancia a detalles que en este momento me parecen enormes. Incluso evitaba verlos, ignorándolos por completo cada vez que aparecían, y, ahora que tengo una visión más amplia de la situación, me doy cuenta de lo ciega que he estado. Me sorprendo a mí misma.

—¡¿Ves?! Oírte decir eso me ha gustado mucho. Incluso me siento orgullosa de que pienses así —me contesta, alegre.

—¿Quieres que te cuente una cosa sobre los zapatos rojos? Son su perdición. Se los ha regalado a todas las mujeres con las que ha estado. Cuando me obsequió con ellos, yo no lo sabía, pero, semanas después, Daniela vino a casa y me lo explicó. Entonces me acordé de que, al poco de conocerlo, vi a una mujer salir de su casa con esos mismos zapatos, clavados a los míos. Cuando le pregunté luego si era cierto, si les regalaba esos zapatos a todas las mujeres con las que había estado, me contestó que sólo a las que le importaban de verdad. ¡Lola, ni siquiera se molestó en mentirme! Lo adornó un poco y yo, idiota de mí, encima me sentí privilegiada por ser una de ellas. ¿Cómo les puedes regalar los mismos zapatos a diferentes mujeres? Con el tiempo, lo entendí: cada vez que me los ponía, su forma de hacerme el amor era completamente diferente a cuando no los llevaba, y supe que, al llevarlos, pensaba en ella —le aclaro con tristeza.

—¿Y aun así te los seguías poniendo? —exclama, estupefacta.

—Sí; es patético, ¿verdad? —reconozco, compadeciéndome.

—No, cariño —me dice con mimo, haciendo un gran esfuerzo por controlar su rabia.

—No sé... Creí que tal vez algún día sería capaz de hacer que se olvidara de ella. Sólo debía esforzarme un poco más, pensaba constantemente, pero para él nunca era suficiente. Es más, jamás valoraba todo lo que estaba sacrificando por él. Pero, aun así, lo quería, Lola; incluso había momentos en que creía que él sentía lo mismo por mí. Pero lo de ayer... lo de ayer fue lo que me hizo abrir los ojos. No se le hace eso a la persona que uno ama, ¿no es cierto? —

le planteo hundida en mi miseria, gimoteando.

—No, cariño, eso no es amor —me responde abrazándome con fuerza.

—Sabía que no te iba a gustar —le digo intentando calmarme.

—Tienes razón, no me ha gustado. Pero hay cosas en la vida que es preferible saber, aunque te duelan; eso es mejor que vivir en la ignorancia.

En ese momento el teléfono de las dos suena, avisándonos de un wasap.

África: Me acabo de enterar, y no por mis amigas, de que una de ellas tiene serios problemas, y estoy muy cabreada. ¿Se puede saber cuándo pensabais contármelo?

—¿Tú se los has explicado? —le pregunto a Lola.

—¡No! No me ha dado ni tiempo.

—Entonces... ¿cómo lo sabe?

—¡Lo mato! ¡Yo a este hombre lo mato! —comienza a vociferar Lola—. Ha tenido que ser Yago. He hablado con él antes y, luego, le he mandado alguna de las fotos para que viera lo que había pasado. O se las ha enviado a África, aunque espero por su bien que no haya sido así, o ha hablado con Juan.

Nuestros teléfonos vuelven a sonar.

África: ¿Ni siquiera vais a contestarme? ¡¡Que esté embarazada no significa que no pueda ayudar!!

Sara: Lo siento, en serio que te lo pensaba contar. Lo que pasa es que, entre una cosa y otra... Además, el médico te ha dicho que este último mes debías tomarte las cosas con más calma, que pensaras en dejar de trabajar y descansases. Por eso no te hemos explicado nada.

África: ¡¡Estoy de oír eso hasta el moño!! Y si no fuese porque tengo aquí al lado a Juan como un bulldog inglés para impedir que me mueva de mi jaula de cristal, ahora mismo estaría allí con vosotras, ayudándoos.

Lola: Lo sabemos, pero no te preocupes; todo está controlado.

África: Nada de eso, no pienso quedarme al margen. A las dos os espero en mi casa para comer y no quiero excusas. ¡¿Entendido?!

Lola: Te estás pareciendo a tu madre... ja, ja, ja, ja.

África: Lola, estoy muy cabreada, así que no me toques las narices.

Sara: Vale, comeremos juntas. Tú ganas.

África: Así me gusta. Luego nos vemos.

A eso de la una del mediodía, Lola se deja caer sobre el sofá y anuncia:

—Bueno, yo creo que por hoy ya hemos hecho suficiente y nos hemos ganado nuestro bien merecido descanso.

La cosa es que entre las tres lo hemos recogido prácticamente todo. Sólo queda la ropa de mi armario, pero eso lo iré haciendo yo y así aprovecharé para hacer limpieza y tirar cosas que ya no me pongo, pienso al cerrar la puerta de mi piso con mi nueva llave.

Al pasar por el tercero B, un escalofrío recorre mi espalda al recordar que ahí era donde vivía Mario antes de mudarse a mi casa y me digo que, de todas las malas decisiones que tomé y las cosas que acepté, ésa es la única de la que ahora puedo sacar beneficio, pues sería muy difícil tenerlo de vecino en estos momentos.

CAPÍTULO 5

Acabamos de llegar a casa de África. Juan nos abre la puerta y por la escalera veo bajar un camión cisterna con la cara de mi amiga.

—¡Joder, Afri! Pareces una ballena —le suelta Lola tranquilamente, mientras Juan le pega un pisotón en el pie, adrede—. ¡Ay! —se queja ella, dándole un golpe en el hombro.

—No hagas caso. Estás preciosa —le digo acercándome a ella para abrazarla.

—Lola tiene razón, parezco una mesa camilla —confirma África mientras se oye decir a Lola: «Yo siempre tengo razón», haciendo un gesto de satisfacción—. Y, ahora, cuéntame qué es lo que ha pasado —me pide sentándose en el sofá.

Yo comienzo a explicarle lo de ayer y, después, lo que hemos estado hablando hoy en el piso. Juan, al igual que Lola, insisten en que debería denunciarlo, pero no quiero verme envuelta en ningún jaleo más y que esto siga creciendo. Lo único que deseo es volver a mi casa, olvidarme de todo lo que he vivido junto a él y recuperar mi vida.

—Quiero continuar con mi vida como si Mario nunca hubiera formado parte de ella, y necesito borrar de mi mente todo lo que tenga que ver con él, lo bueno y lo malo —sentencio firmemente.

—No digas eso, Sara. De las malas decisiones se llega a aprender mucho más que de las cosas buenas. Porque, si las cosas salen bien, ¿para qué cambiarlas? En cambio, cuando te das cuenta de lo equivocada que estabas, empiezas a plantearte las diferentes opciones que tienes para que todo vuelva a funcionar como es debido —interviene África, haciendo una breve pausa para comprobar que la estoy escuchando de verdad—. Ahora tienes que ser constructiva y procurar buscar el lado positivo de la situación y aprender de él. Porque de los errores es de lo que más se aprende.

—Pues saca papel y boli, guapa, porque creo que Mario ha sido el gran error de su vida y convertir las cosas malas en buenas le va a permitir editar una enciclopedia. Ya veo el título: «Aquellos detalles que te abren los ojos, tomo 1».

—Hay muchos detalles, Lola, la diferencia es cómo los veo ahora. Antes decidía pasarlos por alto y no me daba cuenta de lo que todos ellos escondían. Sin embargo, lo que ahora descubro es un iceberg todavía más grande que aquel contra el que chocó el *Titanic*. Lo veo todo en conjunto y aún no me acabo de creer hasta qué punto he estado engañándome a mí misma.

—Todas nos engañamos en algún período de nuestra vida y vemos la realidad distorsionada. Me ha pasado a mí, a Lola y ahora a ti. Le pasa a todo el mundo en determinados momentos. Lo importante es ser consciente de ello y rectificar —replica África.

—La cuestión es cuánto deseaba yo vivir en esa mentira. Lola me lo advirtió una y otra vez, pero nunca quise escucharla. Como la noche en que África nos dijo que llevaba una niña y que su nombre iba ser Alma. Recuerdo la tensión que se produjo en la pista de baile. Vosotros ya os habíais ido; tú estabas cansada y os marchasteis —le aclaro a África—. Al parecer Lola no era la única que no se fiaba de Mario, pues, según me dijo él, tú también le habías advertido de que se portara bien conmigo. Eso me molestó mucho. ¿Por qué no dejabais de meteros en mi vida?, me preguntaba. De Lola me lo esperaba, pero, de ti, no, y eso me mosqueó todavía más. Así que tiré del brazo de Lola para exigirle que dejara de hacerlo. «No pienses que de ésta os vais a librar tan fácilmente las dos. Sé lo que pretendéis y os ordeno que dejéis de conspirar a mis espaldas. Estoy con Mario os guste o no, y eso es decisión mía. Vosotras, lo que deberíais hacer, es manteneros al margen», te dije —comento mirando a Lola.

—Sí, y debo confesar que me sorprendió mucho tu reacción —contesta Lola al recordarlo.

—Aun así, no me hiciste caso —respondo.

—No. Ya sabes lo terca que puedo llegar a ser —replica ella, orgullosa.

—Sí, pero con el tiempo te rendiste. Y ahora me apena.

—Sara, si lo hice fue porque lo creías a él antes que a cualquiera de nosotras y, todo lo que yo te decía, Mario se las arreglaba para desmentirlo o para usarlo en nuestra contra, así que le hice caso a Yago y decidí esperar a que tú me pidieras ayuda... porque sabía que ese día llegaría. Lo que nunca imaginé fue que aguantases tanto. Aquella noche de la que hablas te juro que, si no llega a ser por Yago, le corto el cuello. Pero él tenía razón y no se puede poner gafas al que no quiere ver.

—Aquella noche me demostraste que siempre estuvisteis a mi lado, aunque yo no os lo permitiera. Y conseguisteis sacarme una sonrisa en los peores días. Sois como un rayo de sol en un día nublado y

agradezco que, pese a la distancia que he interpuesto entre nosotras, quieras seguir estando junto a mí.

—No hay nada que agradecer, tonta. Sabes que, para mí, vosotras sois mi familia.

—Aun así. Quiero que sepáis lo agradecida que estoy de que consigáis despejar las nubes que hay en mi atormentada cabeza. Recuerdo cómo te las ingeniaste para conseguir que mi cabreo se esfumase con ese estúpido baile. Cuánto me pude reír cuando te vi hacer los pasos de Uma Thurman. Pero la diversión duro poco —añado con tristeza.

—Sí —responde Lola.

—Yago se tronchaba desde la barra al vernos bailar a las dos y, sin embargo, Mario... Cuando mis ojos se cruzaron con los suyos, supe que no le estaba haciendo tanta gracia como a nosotros. Cambié mi forma de bailar disimuladamente para que no te dieras cuenta de lo que sucedía, pero eso no fue suficiente, porque, en menos que canta un gallo, Mario se acercó a mí.

—¿Disimuladamente? Por favor, Sara. Creo que vivimos dos realidades paralelas. Fue como si su mirada te hubiese dado un latigazo y, antes de que yo reaccionara, ya lo tenías encima. Si no llega a ser por Yago, te juro que aquel día me lo como. ¿Qué fue lo que te dijo?

—«¡Quieres dejar de menear el culo como una furcia!»

—¡¿Qué?! ¡Mierda! Debí haberle golpeado en la cabeza con el bate ayer.

—Para mis adentros recé al cielo para que no hubieras oído lo que me dijo.

—Y no lo hice, o te prometo que ése no sale vivo esa noche.

—Vi cólera en tus ojos y pensé que lo habías oído, por eso decidí acompañarlo y así evitar un enfrentamiento entre titanes. Pero, aun así, la tensión era palpable. Una parte de mí se sentía mal por hacer enfadar a Mario y, otra, sentía que te decepcionaba a ti al permitirle que me humillase de esa manera... por elegirlo a él en vez de a ti, y me preocupaba que pensases que Mario era más importante para mí que tú. Justificaba mi comportamiento pensando que a él debía demostrárselo; sin embargo, tú ya sabías lo importante que eras para mí. Pero lo que más rabia me daba era que no alcanzaba a entender qué era aquello que había hecho tan mal y por lo que había conseguido que su humor mutase en décimas de segundo. Luego vi cómo Yago bailaba contigo estilo *Pulp Fiction* y eso me hizo sonreír con tristeza. Envidié vuestra relación. Una relación que ni siquiera habías buscado y, en cambio, yo... —Suspiro antes de proseguir—. Se

os ve tan compenetrados que me alegro muchísimo por vosotros. Por las dos, sois afortunadas al haber encontrado a la persona perfecta.

—Tú también la encontrarás —afirma África con esperanza e ilusión.

«No veo cómo», pienso para mí, desanimada.

—No os podéis imaginar lo persistente que puede llegar a ser Mario. No me lo va a poner nada fácil, lo sé. Y en ese momento, cuando lo tenga frente a mí en lugar de a vosotras, estaré sola. Porque vosotras ya tenéis vuestras vidas, con vuestros problemas y preocupaciones, y yo no os puedo cargar con los míos ni reprocharos nada, porque es ley de vida a fin de cuentas. La rutina nos arrastra a nuestras monótonas existencias y la mía hace tiempo que, aparte de aburrida, ha sido un calvario.

«Así que me parece imposible que esto vaya a mejorar tan sólo porque haya cambiado la cerradura de una puerta —me digo mentalmente mientras en mi estómago va creciendo el miedo al instante en el que tenga que volver a ver a Mario—. Porque, aunque no lo quiera ni pensar, sé que ese momento llegará y, cuando lo haga, no sé si tendré fuerzas para enfrentarme a él.» En eso cavilo mientras el recuerdo de aquella noche comienza a crecer con todo lujo de detalles.

*

—¡Sólo estábamos divirtiéndonos un poco! No era nada más que un baile —intenté explicarle a Mario cuando me arrastró hacia la barra, de mal humor.

—Sara, estabas poniéndote en evidencia delante de todo el mundo. ¿No te has dado cuenta de que se estaban riendo de ti?

—¿Quién? —pregunté, confundida.

—Todos —respondió señalando a la gente que nos rodeaba. Yo no daba crédito a lo que me decía, así que añadí—: Entonces, ¿quieres decir con eso que también se estaban riendo todos de Lola? —Planteé esa cuestión intentando ver lo que él había visto cuando era yo la que bailaba a su lado.

—Por favor... no es lo mismo —me contestó cortante.

—¿Por qué no es lo mismo? —demandé, contemplando la entrañable y divertida escena que en ese momento protagonizaban

Yago y Lola.

—No te lo tomes a mal, cariño; a mí me gustas tal y como eres, pero, seamos justos... a su lado no tienes nada que hacer. Por eso me pareció que debías moderarte un poco en la forma de bailar, porque las comparaciones son odiosas y a su lado parecías un esperpento. Ahora bien, si quieres que todo el mundo piense eso, allá tú, yo sólo lo he hecho por tu bien —me respondió mirándome con desdén e invitándome con la mano a que regresara a la pista de baile.

Pero al escuchar su respuesta toda la seguridad que tenía mientras mi cuerpo se meneaba alegremente junto a Lola desapareció. Algo dentro de mí se encogió, y me dije a mí misma que Mario tenía razón. Era como comparar el brillo de un diamante con el de una circonita, concluí desanimada.

*

—¡Sara! —me llama África.

—Lleva así desde ayer. Está más en su mundo que en el nuestro. Cuéntanos... ¿Cuál es el capítulo que ocupaba tu mente en este instante?

—¡Qué más da! —contesto restándole importancia.

—Claro que nos importa —replica África indignada.

—No quiero aburriros con el mismo tema. Ya os he mostrado parte de mi denigrante relación. No quiero seguir compadeciéndome de lo tonta que he sido y de cómo no me he dado cuenta antes de lo que estaba sucediendo. Hay millones de situaciones como esa que he vivido junto a Mario, pero siempre acaban igual. Yo rindiéndome a sus pies por una muestra de cariño sincera.

—Si te sirve de algo, Sara, a mí también consiguió engañarme —me confirma África.

—Gracias, me hace sentir un pelín menos estúpida —le agradezco sonriendo levemente—. Es que no me lo puedo quitar de la cabeza, los recuerdos se agolpan en ella una y otra vez. Veo pequeñas reproducciones de mi vida junto a él. Detalles que ahora me parecen tan evidentes y que antes ignoraba. Esto que me ha pasado me parece tan surrealista... ¡Todavía no alcanzo a entender qué es lo que he hecho mal! ¿¡Cuál es mi problema!? Porque es evidente que tengo un problema. Siempre me sale todo mal, pero tengo que reconocer que

esta vez ha sido catastrófico —murmuro con los ojos humedecidos.

—¡Y dale! ¿Cómo te voy a hacer entender que aquí el único que tiene un problema es el Chucho? —interviene Lola, exasperada, alzando las manos al cielo.

—¿Y cómo te voy a hacer entender que yo me tenía que haber dado cuenta de que era una garrapata, como tú dices? Debí escuchar tus advertencias, pero me negué a creer nada de lo que me decías.

Lola se queda sin palabras; no puede rebatir mi argumento en esta ocasión.

—Tal vez tengas razón, Sara, pero hay momentos en los que, por mucho que los demás nos adviertan las cosas, nosotros vemos lo que queremos ver. Y no hay que darle más vueltas —declara África.

—¿Cómo que no hay que darle más vueltas? ¡Me es imposible parar la cabeza! Es como si en ella estuvieran proyectando una pésima película de esas que dan de madrugada. Ahora mismo me estoy acordando de la noche en que fuimos a cenar al italiano donde trabajaba Mario.

—No me recuerdes esa velada, por favor —pide Lola.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que pasó aquella noche? Todo iba bien y de repente... —digo sin poder terminar la frase.

—Es mejor que lo dejemos así, Sara, en serio. No remuevas más la mierda, porque al final termina salpicando —me aconseja Lola, poniéndose de pie, nerviosa.

—¡No! Me niego a quedarme con la duda, porque esa noche marcó un punto y aparte en nuestra relación. A partir de ahí, tú evitabas por todos los medios estar con Mario; si estaba él, tú no estabas. ¿O crees que no me daba cuenta? Él nunca me lo quiso explicar y a ti no me atreví a preguntártelo por miedo a la verdad. Pero ahora quiero saberlo, Lola. Habíamos quedado para cenar y Mario trabajaba de noche, así que decidimos ir allí, aunque tú no estabas de acuerdo. África y yo insistimos tanto que al final accediste. Todo parecía ir bien, nos estábamos divirtiendo y Mario estaba encantador.

—Si tú lo dices... —me interrumpe Lola, con cara agria.

—¡Yo así lo recuerdo! —me defiendo, desconcertada.

—Aquí voy a darle la razón a Lola. ¿Realmente no te percataste de lo que sucedió?

—¡¡Pero ¿qué sucedió?!!

—¡Joder, Sara, verdaderamente estabas más ciega de lo que yo pensaba! —me espeta Lola, mosqueada.

—Gracias —respondo, ofendida.

—¡Es cierto! ¿En serio nos quieres hacer creer que, cuando se presentaron Arturo y Félix a saludar, no te diste cuenta de que el

Chucho apareció como por arte de magia a marcar su territorio?

—¡Ah, eso! —susurro bajando la voz, mientras en mi mente aparece la escena.

*

—¡Hola, guapísimas! ¿Qué hacen semejantes bellezas aquí solas? —nos saludó Félix, apoyando sus manos sobre mis hombros de forma inocente. Notar el contacto de las manos de otro hombre, aunque fuera gay, sobre mi cuerpo me hizo ponerme en alerta y buscar a Mario con la mirada para asegurarme de que no nos estaba mirando. De momento no se había dado cuenta y eso permitió que me relajase un poco.

—Hola, chicos. ¿Cómo vosotros por aquí? —les preguntó África, levantándose a darles dos besos. Lola también se levantó y yo hice lo mismo, pero cruzando los dedos para que Mario no viese la escena. Como siempre, Félix abrazó a África con demasiado entusiasmo. Lola le tocó el abdomen a Arturo, que cada vez estaba más cuadrado, y yo intenté pasar lo más desapercibida posible. Les di dos escuetos besos e intenté volver a sentarme, pero Félix posó su mano en mi espalda para impedirlo.

—Hemos venido a cenar con unos amigos, pero está completo, así que nos vamos —respondió Arturo, señalando a los tres chicos que estaban esperando a un lado de nuestra mesa.

—¿Qué hacéis los gais, que cada día estáis más buenos? —bromeó Lola sin poder apartar la vista de los tres jóvenes que sobresalían del resto.

—Uno de ellos es hetero —replicó Félix, decepcionado—. No ha cruzado aún al lado oscuro, porque sabe que todo el que va, no vuelve —añadió divertido.

—¡Qué desperdicio! —comentó Lola sin poder apartar la vista.

—¡Oye, guapa! Que todos tenemos derecho a comer.

—¡Qué pena estar prometida! —bromeó Lola dejándose caer sobre la silla mientras suspiraba. Yo aproveché para hacer lo mismo.

—Te quejarás de lo que tienes en casa —le reprochó Félix.

—Para nada. Es más, hay que comparar para apreciar lo que tenemos en casa.

Justo en ese momento, Mario se acercó a nuestra mesa.

—¿Todo bien, cariño? ¿Qué tal lo están pasando mis chicas? —preguntó con un tono formal, intentando disimular.

—Estupendamente; como puedes ver, estamos muy bien acompañadas —le respondió Lola, lanzándole una mirada fulminante. Yo noté la rigidez de sus dedos en mis hombros y cómo, poco a poco, fue aferrándose con más fuerza, llegando a hacerme daño. Un silencio pesado, tenso y espeso se instaló en nuestra mesa mientras Lola y Mario se retaban con la mirada.

—Bueno, nosotros nos vamos —se despidieron Arturo y Félix al percibir la tensión del ambiente.

*

—Pero no pudo ser sólo eso —planteo intentando averiguar por qué Mario actuó de esa manera posteriormente.

«Tuvo que haber algo más», pienso desorientada.

—¿De verdad quieres saber lo que sucedió después, Sara?

—¡Claro que quiero! Necesito comprender a qué se debían sus cambios de humor.

—Veamos: yo resuelvo una de tus dudas y tú resuelves una de las mías.

Sé lo que me va a preguntar, porque en su día lo hizo y no le contesté, pero a estas alturas me da igual que sepan lo bajo que he llegado a caer o las locuras que he llegado a cometer escudándome en que lo hacía por amor.

—Está bien —acepto, confiando en que de esta manera podré entender alguna de las reacciones que Mario tenía.

—Arturo y su cuadrilla de dioses se acababan de ir y nosotras estábamos esperando a que tu Chucho nos trajera los postres, pero yo me negaba a volver a verlo. Me estaba poniendo enferma y sabía que en cualquier momento le iba a soltar cualquier barbaridad y lo único que iba a conseguir con ello sería que tú te enfadaras conmigo y él se regodeara en el placer de ver cómo se salía con la suya. Así que me fui al baño para evitar verlo de nuevo... no me imaginé que él vendría detrás. —Al oírle decir esto, estoy a punto de pedirle que no continúe, que no quiero saber más. Pero en el fondo necesito hacerlo, así que realizo un gesto con la cabeza para que prosiga—. Bien —confirma ella al entender lo que le pido—. Sabes que, entre la cocina y los

servicios, hay una especie de almacén. —Asiento de nuevo—. Supongo que la sanguijuela estuvo esperando a que yo abandonara el servicio, o quizá salió casualmente de la cocina. No lo sé, el caso es que, cuando lo hice, alguien tiró de mí y me metió en el almacén, tapándome la boca. Me empotró contra la pared con su cuerpo y me preguntó, antes de que quitara su sucia mano de mi cara: «¿De verdad quieres comparar? Pues yo te facilitaré la comparación. ¿O prefieres a esos prototipos de musculitos? Seguro que no dices a nada que no. Sé cuánto te hubiera gustado hacer una cama redonda con todos ellos y ser tú la reina de la fiesta. Conozco muy bien a las mujeres como tú, temperamentales, insaciables y a las que en la cama les gusta que las domine un hombre de verdad, uno con un par de huevos». Todo esto me lo dijo frotando su erección contra mis caderas. Tuve que fingir que estaba en lo cierto, que lo deseaba. Incluso creí que debía hacer el esfuerzo de besar a semejante babosa, pero es más estúpido de lo que pensaba y, con tan sólo relajar mi cuerpo y frotar mis caderas contra las suyas, él aflojó la presión que ejercía sobre mí. En ese instante deslicé mis manos suavemente por su pecho hasta llegar a su bragueta y, cuando el Chucho se dejó hacer, lo agarre con tanta fuerza que sentí cómo sus pelotas casi explotan en mi mano. Mario se quedó inmóvil y contuvo la respiración. «¡Reza todo lo que sepas para que tu virilidad siga intacta, montón de mierda! Que te quede claro que cualquiera de los hombres que había ahí es mucho más hombre que tú y que, para llegar a su altura, te va a hacer falta mucho más de lo que tienes aquí abajo», le espeté enfurecida. Entonces lo empujé con todas mis fuerzas, tropezó y cayó al suelo, momento que aproveché para abrir la puerta. «Una cosa más te voy a decir: me gusta el sexo, y mucho, pero que te quede claro que siempre he sido yo quien ha decidido, y tú nunca estarás dentro de mi lista. Es más, espero que desaparezcas muy pronto de la de Sara», le grité con resentimiento. Me hubiera gustado que no te hubieras enterado de esto, pero has querido saber y yo estoy deseando mostrarte el tipo de garrapata con el que has estado.

—Eso lo explica todo —confieso en voz baja.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que ocurrió después? —se interesa África, pero, como no contesto, pues sigo atando cabos en mi cabeza, ella relata su percepción de los hechos—. Acababan de servirnos los postres y tú volviste del baño, pero venías tan cabreada que ni siquiera te sentaste. «¿Qué te pasa?», te pregunté, pero tan sólo dijiste que había surgido un contratiempo en el hotel y que debías irte. Así que yo decidí acompañarte.

—Pero... ¿por qué no nos contaste lo que había pasado en realidad? —planteo ingenua, pero, antes de que ninguna de ellas

responda, lo hago yo con voz de ultratumba, aún en trance por lo que acabo de descubrir—: Porque Mario apareció en ese instante. Además, Lola sabía que él conseguiría convencerme para que lo creyera a él antes que a ella, como sucedió en El Cultural.

—Exacto —corrobora ella—. Bueno, y ahora, cuéntanos, ¿qué sucedió cuando nosotras nos fuimos?

—Mario salió antes de lo previsto; discutió con su jefe por algo que había pasado en el almacén, me dijo, y ahora sé a qué se refería. Seguramente pensó que os lo habíais montado allí los dos... a Mario le da morbo que lo pillen y estoy segura de que no era la primera vez que desaparecía con una mujer en dicho almacén. Es más, supongo que ése fue el verdadero motivo por el que lo despidieron. El caso es que no tuve que esperarlo demasiado y, cuando accedimos a la parte de atrás, donde estaba estacionada su moto, consiguió aquello que no obtuvo de ti.

—¡Os lo montasteis en mitad de la calle! —exclama África, escandalizada.

—¡Ay, África, me haces sentir como una guarra!

—Y tú a mí como una mojigata, y nunca he pensado que lo fuera.

—Tu turno —anuncia Lola, antes de formularme la gran pregunta. Pero esta vez, como la anterior, no me siento preparada para contestarla, aunque en esta ocasión estoy dispuesta a hacerlo.

—Antes de que me preguntes nada, creo que es evidente la respuesta. Mario tan pronto era capaz de hacerme sentir la mujer más querida como la más odiada. Era capaz de hacerme mucho daño si se lo proponía, pero también al contrario. A veces incluso llegué a pensar que sufría un trastorno bipolar. Ahora creo que simplemente sigue amando a Daniela y que a mí me ha hecho pagar el dolor que ella le ha causado. Y por eso la respuesta es sí: en muchas ocasiones he aceptado hacer cosas tan sólo porque a él le gustaban, aunque tengo que reconocer que algunas de ellas, con el tiempo, me acostumbré a hacerlas y, lo que antes me causaba aversión, aprendí a aceptarlo.

Veo cómo los ojos de Lola se incendian y su respiración se acelera. Es impresionante el instinto de protección que ha desarrollado con nosotras. Al fin y al cabo, somos todo lo que tiene y sé que lo defiende con uñas y dientes. Contemplo cómo África también se da cuenta de que Lola está a punto de explotar y posa una mano en su pierna, procurando que se calme. Pero supongo que eso es algo tremendamente complicado para ella y, al final, consiguiendo regular su ritmo respiratorio, interviene.

—Lo que más me fastidia no es que hayas hecho cosas tan sólo porque a él le gustaban, ya que eso es algo que hacemos todas por

nuestras parejas de vez en cuando, pero lo hacemos porque, aunque a nosotras no nos agrade, sabemos que eso los hace felices a ellos y que, más tarde o más temprano, ellos harán lo mismo por nosotras. El problema aquí es que tú lo aceptaras como algo normal. Él no hizo nunca nada que a ti te agradase y a él no. Es un egoísta y jamás ha pensado en ti por encima de sus necesidades.

—Lo siento, Sara, pero en esto no puedo contradecir a Lola, ella tiene razón. Para que una relación funcione, ambas personas tienen que tener claro desde un principio que es cosa de dos y que hay que estar dispuesto tanto a dar como a recibir. No es posible que funcione si tan sólo es uno el que aporta y el otro quien exige. Al final, eso no es una relación, sino una dictadura.

Al oírles decir eso, vuelvo de nuevo a aquella noche, cuando Lola y África ya se habían ido...

*

—¡Vámonos!

—¡¿Ya?! ¿Qué es lo que ha pasado? —le pregunté al notar cierta hostilidad en su forma de hablarme.

—He discutido con mi jefe —respondió al salir del restaurante, dirigiéndonos hacia la parte de atrás de éste, donde estaba aparcada su moto.

—¿Por qué?

—No preguntes —me ordenó tajante.

—Sólo pretendía ayudar —contesté agachando la cabeza.

—¿De verdad quieres ayudarme? —espetó tirando de mi brazo y colocándome frente a él, mientras me miraba profundamente a los ojos.

—Sí, claro —respondí acercándome a él para intentar calmarlo. Le acaricié la cara con delicadeza, pero Mario estaba demasiado cabreado como para dejarse amar. Aun así, posó su cara sobre mi mano cerrando los ojos para sentir la dulzura con la que yo lo tocaba, pero, cuando fui a besarlo, se retiró bruscamente, como si estuviera despertando de una ensoñación y, al encontrarse conmigo, su enfado hubiera aumentado todavía más.

—Si realmente quieres ayudarme, déjate de chorradas y agáchate —me dijo comenzando a desabrocharse los pantalones.

—¡Aquí! —exclamé abriendo los ojos como platos. Era una calle sin salida y por allí no pasaba nadie, pero desde donde estábamos se podía ver cómo la gente caminaba por la acera a unos metros de distancia.

—¡Déjalo, Sara! —vociferó furioso cuando vio que yo retrocedía—. Lo que no puedes hacer es ofrecerme tu ayuda y, cuando te digo cómo conseguirías hacerme sentir mejor, ignorarme por completo —me recriminó, comenzando a abrocharse los pantalones y dispuesto a subirse a la moto.

—No es eso. Quiero ayudarte, pero aquí nos puede ver cualquiera —argumenté obligándolo a mirarme.

—En eso está la gracia, Sara —me respondió con cariño—. Ya sabes cuánto me gusta eso y es lo único que ahora lograría relajarme.

—Lo que pasa es que para mí no es igual que para ti... y esto no es como cuando estuvimos en el campo —repliqué nerviosa.

—Lo sé, y eso aún me excita mucho más —concluyó orgulloso de sí mismo, sin dejar de contemplarme con esa mirada hipnótica que empleaba en determinadas ocasiones.

Entonces acarició mis labios con su pulgar, para posteriormente apoderarse de mi boca. Después desabrochó sus pantalones de nuevo y dirigió mi cabeza hasta sus caderas. Dócilmente, me dejé guiar. Me postré sobre el asfalto y abrí la boca. Mario colocó ambas manos sobre mi cabeza y comenzó a moverla adelante y atrás, adelante y atrás. Notaba cómo mi garganta se llenaba y cómo, cada vez, la profundidad era mayor; percibí la rabia en sus movimientos y cómo descargaba su ira en mí. Las lágrimas me invadieron, aunque intenté contenerlas con todas mis fuerzas. Era agónico notar esa sensación. Procuré inútilmente alejar sus caderas con mis manos, porque cada vez me costaba más respirar, pero él, al notarlo, me agarró del pelo y empezó a moverse aumentando el ritmo de sus embestidas, sin importarle otra cosa que su propio placer. Mario estaba extasiado, supongo que imaginando que no era mi boca la que rodeaba su erección. En aquel instante creí que era en Daniela en quien pensaba, hoy sé que era en Lola. Y con ese pensamiento, las lágrimas comenzaron a resbalar por mi cara sin control, deseando que ese suplicio acabara lo antes posible. Pero los minutos se hacen eternos cuando te das cuenta de lo poco que le importas a la persona que tú crees amar. Me sentí como una muñeca hinchable... sucia, desinflada y parcheada. Una muñeca rota a la que nadie quiere, a la que usan para desahogar su rabia y su propia frustración... abandonada en cualquier lugar oscuro, frío y siniestro. Aunque la luz llegó cuando noté el sabor agrio de su semen en la boca y, entonces, las arcadas fueron irrefrenables... pero no por

la sensación que produjo en mi garganta, sino por la humillación que sentí en aquel instante. Me di asco a mí misma por no tener el valor de negarme a aquello, y esa repugnancia hacia mi persona es algo que sentí en diversas ocasiones a partir de ahí.

*

Juan entra por la puerta y yo cambio de tema rápidamente. No quiero volver a revivir más aquella noche. Fue dolorosa y lo está siendo ahora. África y Lola notan mi necesidad y comenzamos a hablar de los preparativos de la boda de Lola.

Otro episodio que marcó un antes y un después en nuestra relación. Pues en la invitación de la ceremonia, sólo aparecía mi nombre. Ella se negó a invitar a Mario y ahora lo entiendo perfectamente, pero en su momento eso me supuso una gran discusión con él. Aunque, dadas las circunstancias, hoy me alegro de que Lola no cediese ante mis suplicas de que lo tuviera en cuenta, pienso mientras las oigo hablar en segundo plano.

CAPÍTULO 6

El fin de semana ha pasado lenta y tortuosamente entre recuerdos desagradables y otros magníficos... como cuando me llamaba al trabajo sólo porque me echaba de menos o cuando sentía la necesidad urgente de estar conmigo y aparecía allí donde yo estuviera antes de irse al restaurante o después de salir de él. Una de aquellas veces, recuerdo que terminamos haciéndolo en uno de los departamentos de mi oficina. Cuando eso sucedía, sé que era en mí en quien pensaba, era a Sara Jiménez a la que le hacía el amor, y eso era fantástico, porque conseguía que me olvidara de las otras veces en las que pensaba en Daniela o en quien fuera. Lograba compensar todas aquellas ocasiones en las que no me hacía feliz. Con el tiempo fueron distanciándose más unas de otras, terminando por vivir en un constante sentimiento de nostalgia y esperando recuperar lo que me había hecho enamorarme de él. Pero la espera se fue eternizando hasta que llegó un punto en el que me fue insoportable reponerme de los fuertes golpes que causaba en mi pobre corazón. Aun así, siempre viví esa relación con la esperanza de que tarde o temprano cambiaría, pero eso nunca llegaba. Eso es en lo que pienso mientras me levanto de la cama y me dirijo a la cocina como una zombi.

—¿Otra vez en tu mundo? —me pregunta Lola chascando los dedos al sentarse frente a mí, con una taza de café con leche en las manos.

—Sí, supongo que sí —respondo sistemáticamente—. Hoy viene Yago, ¿no?

—Sí.

—Entonces, hoy me dejarás recuperar mi libertad.

—Te dejaré volver a tu casa, pero quiero informes constantes. Te conozco, y vas a estar como alma en pena por los rincones. ¡Si has sido una acompañante pésima este fin de semana!

—Lo siento —digo agachando la cabeza.

—Pero ¿por qué te disculpas por todo? Es normal que lo estés pasando mal y que tengas una jaula de grillos en la cabeza. Cada uno te damos nuestra opinión y puede que eso te confunda todavía más.

Pero debes sacar fuerzas para volver a ser la de antes.

— ¿Y cómo era antes?

—Una chica encantadora, dulce, alegre y divertida, que, en cuanto sonaba un acorde, su cuerpo comenzaba a bailar, pero, por encima de todo, amiga de sus amigos. Demasiado sensible para el mundo de hoy.

—Y ahora... ¿cómo soy ahora?

—Triste, callada... Vale que antes no eras muy habladora, pero es que ahora pareces una tumba. Siempre estás pensativa, encerrada en tu universo. Y antes de que te encontraras al Chucho en la cama con otra y tu estado de ánimo cayera en picado, eras puro nervio, pendiente del móvil constantemente y sin apenas tiempo de tomarte un café con tranquilidad, porque estabas en una tensión constante. ¡¡Joder, pero si llegaste a no beber Coca-Cola porque a él no le parecía correcto que las mujeres se tirasen pedos!!

Yo sonrío, porque su comentario es gracioso y ridículo, pero tristemente cierto.

—¿Qué pretendes decirme?, ¿que cuando las tres hacíamos concurso de pedos y eructos, estaba más contenta? —replico centrándome en el punto divertido de la conversación.

—Esos concursos eran los mejores —afirma riéndose—, pero lo que pretendo decirte es que, aunque ahora no lo tengas claro, es la mejor decisión que has tomado. Y quiero que sepas que, aunque pases momentos en los que la casa se te hunda nada más entrar por la puerta y sientas la necesidad de tenerlo a tu lado, eso tan sólo es la rutina, la costumbre de tenerlo cerca y que formara parte de tu vida. No se debe estar con una persona por comodidad y mucho menos por miedo a romper ese bucle en el que te habías metido. Yo lo hice, y me acostumbré tanto a que Marcos estuviera ahí que pensé que seguía enamorada de él, pero lo que sentía por él nada tenía que ver con lo que siento por Yago. Y eso que yo en ningún caso creí que, cuando Marcos estaba conmigo, pensaba en su mujer. Así que, cuando estés confundida, acuérdate de estas palabras, Sara. Piensa en cómo te hizo sentir cuando lo viste en la cama con otra y sigue adelante, porque, cuando menos te lo esperes, ese hombre que anhelas desde hace tanto tiempo llegará, lo sé.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque me llegó a mí sin ni siquiera buscarlo. ¡¿Cómo no te va a llegar a ti?! —Justo decir esas palabras, oímos el ruido de la cerradura de la puerta de entrada.

—¡Buenos días, princesas! ¿Cómo están hoy mis chicas? —pregunta Yago sonriente, acercándose a Lola, a quien se le acaba de iluminar la cara al verlo—. Contigo tengo que hablar muy seriamente,

camorrista —le susurra antes de darle un beso de infarto.

Es estupendo ver así a Lola. Creí que no llegaría el día en que la viera de esta manera, relajada, enamorada y disfrutando de la convivencia en pareja. Realmente es algo que ella nunca buscó y, sin embargo, apareció en su camino. ¿Por qué en el mío tuvo que aparecer él? ¿Por qué no pudo presentarse alguien como Yago? ¡Joder, si es que soy un imán para los tipos problemáticos!, me quejo mentalmente mientras veo cómo Lola le cuenta a Yago lo sucedido.

—¡Eres un peligro, cariño! Que no se te ocurra volver a repetir algo así si no estoy yo —la advierte levantando el dedo índice mientras apoya su frente en la de Lola.

—¿Y qué hago?, ¿me cruzo de brazos a esperar a mi Superman? —replica melosa, acariciándole el cuello.

—Soy más de Spiderman, pero, por ti, soy el superhéroe que quieras que sea —susurra con voz ronca, acercándose a sus labios.

—Bueno, yo creo que debería irme —anuncio bajándome del taburete.

—¡Nooo! ¿Por qué? —pregunta Lola, empujando a Yago para alejarlo de ella.

—Porque sí, Lola. Ha sido un fin de semana muy extraño y quiero recuperar parte de normalidad en mi vida, si es posible. Además, vosotros lleváis tres días sin veros y tendréis mucho de que hablar.

—Y de lo que no es hablar, pero eso puede esperar —interviene Yago, agarrando por la cintura a Lola mientras le guiña un ojo. Entonces ella le da un codazo y él me pregunta—: ¿Por qué no te quedas a almorzar? Puedo preparar algo —propone abriendo la puerta de la nevera.

—Tiene razón, no tienes ninguna prisa —lo apoya Lola.

—Gracias, pero no. Quiero irme a casa.

—Sara, en serio, quédate a comer con nosotros —me repite Lola con sinceridad.

—¡Pero si prácticamente acabamos de desayunar!

—Ahora son las doce del mediodía y sólo serán un par de horas más. Así no estás sola en casa tanto rato, hazlo por mí —me suplica haciendo pucheros.

—Te lo agradezco mucho, Lola, pero necesito irme a mi casa. Gracias por todo —le digo dándole un beso en la mejilla.

—¿Estarás bien? —me demanda preocupada, sabiendo que no debe convencerme.

—Estaré bien, tranquila.

—Llámame si me necesitas para cualquier cosa.

—De acuerdo, lo haré —la tranquilizo dirigiéndome hacia la

puerta.

—Sara, ¿quieres que te lleve? —se ofrece él.

—No, gracias, Yago; me apetece pasear. Adiós.

—Luego te llamo —oigo que dice Lola al cerrar la puerta.

De camino a casa me encuentro diferente, nerviosa. No sé qué es lo que me voy a encontrar cuando llegue. Ni siquiera he sido capaz de encender el teléfono. Sé que Mario no tiene llave y eso me tranquiliza, pero, aun así, conforme voy acercándome al piso, mi respiración se altera y debo parar varias veces. Camino con miedo y cada dos por tres miro hacia atrás por si alguien me sigue. Parece ridículo, pues Mario nunca me ha pegado, pero sus golpes psíquicos han sido tan fuertes que cualquiera diría que me ha dejado marcada toda la piel. Cuando diviso el portal al fondo de la calle, el latir de mi corazón se acelera y la imagen del primer día que lo vi ahí, apoyado fumándose un cigarrillo, retumba en mi cabeza. Ese pensamiento me hacer volver a recordar esa fatídica noche.

Subo en el ascensor agarrándome a la barra metálica que hay en él mientras algo me oprime el pecho. «Es el miedo —me digo a mí misma—, pero ¿a qué...? ¿A abrir la puerta y encontrarme la casa vacía? ¿A que esté esperándome en el rellano? ¿A mirarlo a los ojos y no ser capaz de separarme nunca de él?»

—¿A qué? —suelto en voz alta cuando las puertas del ascensor se abren. Y, aunque parezca absurdo, no salgo; el miedo me lo impide y las puertas se cierran de nuevo. El sudor se acumula bajo las palmas de mis manos y la opresión del pecho aumenta; aún no me explico cómo reúno las fuerzas suficientes para pulsar de nuevo el botón que abre las puertas. Arrastro un pie varios centímetros y después el otro... y así, poco a poco, consigo dejar el cubículo a mi espalda. Cuando al fin estoy fuera y veo que no hay nadie esperándome, mi corazón comienza a sosegarse. Rápidamente saco la nueva llave de mi bolso y abro y cierro la puerta. El piso está tal y como lo dejamos Silvia, Lola y yo. Impoluto, como le gustaba a Mario. Digno de una revista de decoración; nada fuera de su sitio y todo bien organizado. Sin embargo, no lo encuentro igual. Es una sensación extraña, pero es así; algo falta y no son mis novelas de la estantería. «¿Será él? ¿Será Mario lo que me falta?», me pregunto mentalmente. No obstante, me niego a que eso sea verdad. Recorro mi piso buscando aquello que no me cuadra, pero no lo encuentro. Me desplomo en el sofá y, al dar un último vistazo al salón, me doy cuenta de cuál puede ser la causa de esta sensación que tengo. De un salto me levanto del sofá y, como una auténtica loca, voy corriendo a mi dormitorio, cojo varias prendas de ropa y las dejo sobre la cómoda, donde ya no hay rastro de perfumes.

Sobre el tabique del salón, junto a la tele, cuelgo un par de bolsos. Vuelvo a entrar en la habitación y saco del zapatero varios pares; lanzo un par por los rincones y otro debajo de la cama. Estoy eufórica y dispuesta a seguir con mi locura transitoria. Me dirijo al baño y dejo sobre el lavabo el cepillo de dientes, la pasta abierta y el neceser de maquillaje. Abro el grifo de la ducha y mojo la mampara y, por supuesto, no pienso secar luego las gotas. Ya en la cocina, repito el mismo proceso, llevando al extremo mi locura. Lleno el fregadero con dos platos en los que vierto un chorro de kétchup y dos vasos en los que echo Coca-Cola. Como todavía no me parece suficiente con eso, saco el mantel perfectamente planchado, lo arrugo entre mis manos con rabia y lo coloco sobre la mesa. Desde la puerta contemplo mi gran obra y, satisfecha con el resultado, decido celebrarlo. «Ahora sí parece un hogar, *mi* hogar», me animo mientras abro una botella de vino blanco y me sirvo una copa.

—Ven ahora a decirme que vivo en una pocilga, Mario. Dime cuánto mejor me iría si fuese la mitad de guarra en la cama —suelto en voz alta, alzando mi copa y dirigiéndome al sofá con la botella en la mano.

Antes de que él llegase a mi vida, mi piso no siempre estaba todo lo limpio y ordenado que podía estar. Pero, a fin de cuentas, vivía sola y, dentro de mi desorden, siempre había un orden, pues encontraba las cosas. Luego, cuando Mario vino a vivir conmigo, se puso muy estricto con ese tema y me martirizaba si dejaba un plato en el fregadero o una pulsera sin recoger en el joyero. Como siempre, yo me esforzaba porque él se sintiera mucho más cómodo que yo en mi propia casa.

Después del rato de gloria y tras varias copas, sigo teniendo una sensación extraña, pero esta vez es algo diferente a lo anterior lo que percibe mi cuerpo. Escaneo el salón intentando averiguar la causa y en el trayecto diviso mi bolso, que está al lado de la tele. Lo observo detenidamente y una duda muy tentadora y peligrosa asalta mi cabeza. Así que, decidida, me levanto y cojo el móvil. Me sirvo otra copa de vino y, mientras degusto el sabor de este líquido que me enturbia la mente, lo enciendo para comprobar cuántas llamadas y menajes tengo de Mario. La pantalla se ilumina, tecleo el código pin y el procesador comienza a funcionar. Cuando al fin termina, veo que tengo treinta y una llamadas perdidas, dos de ellas de mi madre y una de mi hermana; el resto son de Mario. También descubro un montón de wasaps, todos de él, excepto uno de mi hermana Nieves, en el que me dice que la llame en cuanto lo lea. Antes de hacerlo no puedo controlar el impulso de leer el resto de mensajes.

Mario: Llevo más de media hora llamándote. ¡Sara, cógeme el teléfono!

Mario: La entrometida de tu amiga se ha presentado en casa como una loca.

Mario: Sara, estas cosas deberíamos solucionarlas entre tú y yo. ¿Por qué has tenido que ir contando por ahí nuestros problemas?

Mario: ¡Sara, haz el favor de coger el puto teléfono!

Mario: Si no piensas descolgar, al menos dime dónde coño estás para que pueda ir a buscarte. Necesitamos hablar de lo ocurrido.

Mario: ¿Estás con ella, verdad? Es Lola la que te dice que no contestes mis llamadas. Me odia y sabes que hará cualquier cosa por separarnos.

—Aquí el único que ha hecho todo lo posible por separarnos has sido tú y tus estúpidas paranoias —le hablo al móvil.

Mario: Por favor, dime tan sólo que estás con ella y no con algún otro.

Mario: No podría vivir pensando que es otro quien te toca.

Mario: Sólo de imaginarlo, me pongo enfermo.

—Tú y tus celos... tus celos enfermizos por todo aquel que me miraba, que me hablaba o que trabaja conmigo; incluso de tus propios amigos has llegado a tener celos —suelto desesperada.

Mario: Es normal que estés enfadada, pero tienes que saber que todo esto es por tu culpa: me obligas a hacer cosas que no quiero hacer. Si me hubieses hecho caso, todo esto no hubiera sucedido.

«¡Que yo lo obligo! Sólo me faltaba leer esto...», pienso recordando cómo empezó lo que me empujó a darme cuenta de que nuestra relación nunca iba a cambiar; es más, a percibir que cada vez iba a ir a peor.

*

Samira me había invitado a tomar algo después del trabajo. Yo, como de costumbre, por no enfadar a Mario, me negué, pero tanto insistió que al final accedí a una cerveza rápida. Además, él tenía que ir a ayudar a Jaime al bar, así que, con suerte, no se enteraría y así me evitaría una discusión. Últimamente nuestra relación no funcionaba como al principio. Cada día estaba más obsesionado con que yo tenía algún lío con mi jefe y no le entraba en la cabeza que él estaba felizmente casado y con tres hijos. Pero, aun así, se empeñaba en que le mentía cada vez que no salía a mi hora del curro. No entendía que a veces debía quedarme a terminar algún documento que, según Mateo, era de vida o muerte, como él mismo decía, y no podía esperar a mañana. Según Mario, era la excusa perfecta para acercarse cada vez más a mí. Y aunque muchas de las veces Mateo ni siquiera se quedaba conmigo en la oficina, eso a Mario no le interesaba procesarlo, porque en su mente ya se había montado su película y no había quien le hiciera cambiar de opinión, por mucho que yo me esforzara en explicárselo. La cosa es que hubo varias ocasiones en las que se presentó en la oficina hecho una furia, con la buena suerte de que, en la mayoría de esas ocasiones, yo estaba sola y todo acababa de la mejor de las maneras. Al principio me gustaba. En cierto modo me recordaba esas películas de amor en las que el protagonista se muere de celos y llega a cometer locuras como las que Mario cometía. Pero, poco a poco, sus extravagancias fueron en aumento, al igual que su desconfianza hacia mí. Llegó a un punto en el que me era muy complicado cumplir sus exigencias. En ocasiones resultaba imposible complacer sus locuras y era en esos casos cuando sabía a ciencia cierta que íbamos a discutir. Así que aquel día recé con todas mis fuerzas y todo lo que supe para que Mario estuviera ya en el bar y tuviera tanto jaleo que no pudiera llamarme a la hora que salía del trabajo. Pero, como de costumbre, la diosa fortuna se olvidó de mí de nuevo y puntualmente, a las seis de la tarde, sonó mi móvil.

—Hola, cariño —lo saludé lo más natural y cariñosa que pude.

—Hola. ¿Aún estás en la oficina?

—No, acabo de salir ahora mismo. En un rato estoy en casa.

—Muy bien, aquí te espero.

—¿No tenías que ir a ayudar a Jaime?

—Sí, pero espero a que llegues y me voy.

—Esto... ¿qué te iba a decir...? No hace falta que me esperes, me está comentando Samira de ir a tomar una copa juntas y como tú trabajas...

—¿Vas a salir? Ya sabes que no me gusta que salgas sin mí.

—No vamos a salir, cariño, tan sólo es una cerveza rápida y hacia

las siete, a más tardar, estaré en casa. —Ya lo tenía medio convencido cuando oí a Mateo que le comentaba a Samira: «Si vais a tomar algo, me apunto. Hoy no es buen día para llegar a casa pronto, mi suegra viene de fin de semana». Rápidamente tapé el altavoz del teléfono, pero al parecer no lo suficientemente rápido.

—¡¡Va a ir también tu jefecillo!! Sara, no quiero que te quedes a tomar nada.

—Pero si ya le he dicho a Samira que sí. Además, ya hemos hablado sobre este tema un millón de veces y deberías confiar más en mí.

—¿Cómo pretendes que confié en ti si me mientes? Me dices que sólo vais tú y Samira y luego me entero de que va también tu jefe. No tienes suficiente con estar ocho horas trabajando con él como para que, encima, te tomes unas copas con el tipejo. Babeas y flirteas con todo hijo de vecino cuando bebes.

—¡Yo no flirteo con nadie!

—Sara, tal vez tú no te das cuenta, pero, cuando bebes, pierdes el control por completo, y tu percepción de la realidad es completamente diferente a lo que está sucediendo en verdad. Lo veo cada noche en el bar: os tomáis un par de copas y os creéis auténticas *pole dance*. Sólo os falta la barra, abrir las piernas y frotaros contra ella.

Ahora sé a qué se refería con esas palabras.

—Sabes perfectamente que trabajo con él y con tres personas más, cariño. Además, nunca te he dado motivos para que pienses así y llevo mucho tiempo saliendo por ahí con mis amigas y jamás me han ofrecido trabajo como *stripper*. Por si eso fuera poco, siempre he hecho todo lo posible para tener el mínimo contacto con Mateo fuera del trabajo, porque sé que a ti te molesta. No es culpa mía que hoy haya decidido quedarse con nosotras a tomar una cerveza cuando ni siquiera se lo hemos propuesto.

—No te hagas la listilla conmigo, Sara, porque, si de verdad pensaras en mí, ahora mismo podrías decirles que has cambiado de opinión y que te vienes a casa.

—No me hagas esto, Mario. No me puedes pedir eso.

—¿Y por qué no?

—Porque está mal, y porque no hay ninguna razón lógica para que no me quede.

—¡¡¿Qué no hay ninguna razón?!! ¡¿Me estás diciendo que yo no soy razón suficiente?! ¿Es eso lo que me estás diciendo, Sara?

—No, lo que pretendo decirte es que resulta absurdo que te enfades por algo así, que dudes de mí constantemente y que...

—¡Sé muy bien lo que pretendías decirme! —me cortó antes de

que pudiera acabar la frase—, así que no hace falta que digas nada más, Sara. Tú haz lo que quieras, que yo haré lo que considere que debo hacer —me espetó, enfadado, antes de colgar.

Al final, por cabezonería, me quedé, pero me hizo sentir tan culpable que estaba incómoda, tensa y pensando constantemente en él. Sabía que era capaz de cualquier cosa, pero nunca imaginé que iba a ser testigo de la mayor de sus locuras. Me fui con intención de arreglar las cosas con Mario, de pedirle perdón incluso sin saber cuál era mi pecado, pero consciente de que, admitiendo mi culpa, él estaría dispuesto a hacer las paces, pero... ¿hasta cuándo? Ésa era la pregunta del millón. ¿Cuánto tiempo estaría dispuesta a ser yo la que me acercara a él, la que renunciase a mí misma, a mi dignidad, por él? ¿Cuánto de mí le había permitido que controlase? Demasiado. Me di cuenta nada más entrar por la puerta de casa.

*

Tras pensar en todo eso, se me han pasado las ganas de seguir leyendo sus mensajes, pero, aun así, sigo porque algo dentro de mí me impide mandarlo a la mierda.

Mario: He vuelto a casa y no estás.

Mario: ¡¿Se puede saber dónde coño te has metido?! ¿Y con quién?

Mario: Te estoy llamando, así que haz el favor de ¡¡¡¡coger el puto teléfono!!!!

Mario: Sara, por favor, son las tres de la mañana y me estoy volviendo loco; si no me coges el móvil, no respondo de mis actos.

Mario: No te encuentro en casa, no respondes a mis llamadas ni tampoco a mis mensajes, y consigues que mi cabeza comience a imaginar cosas.

Mario: He revisado por toda la casa buscando qué se yo... alguna pista que me indique dónde estás y con quién.

Mario: Me estoy volviendo loco, Sara; por favor, contéstame.

Instintivamente echo un vistazo a mi alrededor, comprobando que de nuevo todo está como debe estar. «Justo como antes de que Mario llegase a mi vida, en la que lo único que estaba patas arriba era mi piso y de momento así quiero que siga siendo», me digo mentalmente, satisfecha al verlo todo desordenado.

Mario: ¿Has cambiado la cerradura?

Mario: Sara, contéstame o te juro que me vas a obligar a hacer alguna estupidez mayor de la que he hecho. Venía con intención de arreglar lo nuestro y me encuentro con que me dejas ¡¡en la puta calle!! ¿Qué pasa?, ¿te quieres deshacer de mí como de un perro al que se le da la patada y se lo abandona en la cuneta?

Mario: Sois todas iguales. Sois un nido de culebras con piel de ángel; jugáis con los sentimientos de los hombres, nos chupáis la sangre hasta dejarnos sin nada, hasta que encontráis un sustituto al que poder sorberle los sesos de nuevo y darle la patada al anterior. Por eso estoy seguro de que hay otro.

Mario: Si ya no querías saber nada de mí, sólo tenías que decírmelo: descolgar el teléfono y responder a tan sólo una de las mil llamadas que te he hecho.

Mario: Eres una guarra, fría y frígida.

Mario: ¿Te crees que él te va a follar mejor que yo? ¿Te crees que él va a conseguir que te corras? Sabes tan bien como yo que eso es imposible, porque sabes perfectamente que sólo lo consigues cuando se te trata como lo que eres, una perra.

Leer esto me hace daño, porque sé que en el fondo tiene razón. Porque, aun sabiendo lo que significaban los zapatos rojos, me los ponía cada vez que él me lo pedía. Porque, aun sabiendo que me engañaba, yo lo negaba mirando para otro lado. Y porque dejé que me humillara en más de una ocasión. Pero también me hace ver la clase de persona que verdaderamente es Mario; no es que no lo supiera, pero siempre encontraba una excusa para justificar sus actos y engañarme a mí misma, permitiéndole de esa manera que se adueñara de mi espacio, de mi vida, incluso del aire que yo respiraba. «¿Cómo he podido estar tan ciega?», me regaño, apoyando la cabeza contra el respaldo del sofá, abatida.

Sin encontrar una explicación coherente, continúo torturándome leyendo cada uno de sus mensajes.

Mario: Sara, perdóname, me he dejado llevar. Olvida todo lo que te he dicho: te necesito y sabes que tú también a mí. Coge el móvil, por favor.

Mario: Sabes perfectamente que yo no me hubiera acostado con esa chica si tú hubieras venido directamente a casa del trabajo. No me gusta que te quedes a tomar una copa si no estoy contigo. Tienes que entender que los celos me consumen y que, cuando eso pasa, hago cosas irracionales.

Mario: Puede que esta vez haya llevado al límite la situación, puede que me haya dejado llevar por la desesperación de pensar que estabas con tu jefecillo. Pero, si me hubieras hecho caso, mi mente no hubiera comenzado a imaginar cosas y no hubiese cometido semejante estupidez.

Mario: Tienes que entender que esto me pasa tan sólo porque te quiero y... cuando pienso que estás con otro hombre... se me llevan los demonios.

Mario: ¡Joder, Sara, contéstame, lo estoy pasando fatal!

«¿Y qué hubiera solucionado? Nada, porque, si no hubiéramos discutido por eso, hubiésemos discutido por otra cosa. La cuestión es que tú nunca estabas conforme con nada de lo que yo hacía, nunca veías cuánto cedía por ti porque nunca dejabas de sospechar, manipular la realidad a tu antojo con el único fin de someterme a cada uno de tus deseos, por extravagantes que éstos fueran. El problema aquí es que yo te lo consentía», pienso derrotada.

CAPÍTULO 7

El sonido de mi móvil me sobresalta, pero, al contemplar la pantalla, una sensación de alivio me invade.

—¿No sabes leer? ¡Llámame en cuanto leas el mensaje! Y sé que lo acabas de hacer. Llevo pendiente del WhatsApp todo el puñetero fin de semana. Mamá me telefoneó, preocupada porque no te localizaba. Mario la había llamado muy alterado. Así que, cuando no me respondiste, me puse en contacto con tus amigas para enterarme de lo que estaba sucediendo. Ese capullo tiene suerte de que tu hermana pequeña viva a kilómetros de distancia, porque, si llego a estar cerca, le corto las pelotas y me hago un bonito collar de perlas con ellas.

Al oír su voz, no puedo contener las ganas de llorar y, entre sollozos, le digo:

—He vuelto a meter la pata, como de costumbre. No sé elegir a los hombres, Nieves, y esto va a peor, porque cada vez encuentro a uno que supera negativamente al anterior.

—Sé que igual no es el mejor momento para darte la razón, pero tengo que reconocer que es así. Aunque, si te consuela... tampoco es que yo tenga una lista de la que enorgullecerme.

—Tú tienes a Gus, que es un encanto.

—Sí, es cierto. Pero ¿cuánto hace que estoy con él?

—¿Toda la vida?

—Como amigo, sí, pero ¿a cuántos gilipollas he tenido que aguantar hasta darme cuenta de que era él el único que merecía la pena?

—A muchos —afirmo acordándome de la noche en que comenzaron a salir.

—Lo llevamos en la sangre, hermanita, no hay más que ver el padre que teníamos —me responde mientras mi mente vuelve a divagar, pero en esta ocasión hacia un recuerdo bonito.

*

Fue exactamente cuando Lola y África se fueron a Tenerife y yo hacía poco que conocía a Mario. A Nieves le acababan de ofrecer un puesto de trabajo en el extranjero que no podía rechazar. Esa misma mañana había venido para despedirse de nosotros, porque, en dos días, cogía el avión. Esa noche cenamos todos juntos en casa de mis padres. Mi madre lloró a moco tendido y a mi padre se le reblandeció un poco ese duro corazón de acero que tenía. Su hija pequeña se marchaba durante dos años como mínimo y, aunque no lo quisiera reconocer, la iba a extrañar. Después de cenar, me empeñé en irnos las dos solas a tomar una copa. Nieves no lo dudó un segundo; estaba cansada, pero prefería estar en cualquier otro lugar en el que no estuviera mi padre. Ellos dos nunca se llevaron bien, así que siempre ha estado viajando de un lugar a otro, interponiendo entre ellos cuantos más kilómetros mejor. Pero esta vez se iba fuera de España y, si antes verla era complicado, ahora resultaría más difícil todavía. Por eso a mí me hacía falta una noche para nosotras solas, para hablar de nuestras cosas, así que nos fuimos a El Cultural.

—Te voy a echar mucho de menos. ¿Lo sabes, verdad? —le dije con tristeza cuando Luca trajo nuestras copas.

—No digas tontadas; tienes a tus amigas y por fin vas a poder librarte de la lapa de tu hermana pequeña. En el fondo lo estás deseando. Lo sé porque más de una vez discutías con mamá porque te obligaba a llevarme con vosotras.

—Sólo lo hacía porque así se aseguraba de que llegase a mi hora.

—No te enteras de nada, Sara. Contigo nunca tuvo de qué preocuparse. Eras la hija perfecta: llegabas a tu hora, hacías lo que se te ordenaba... tan responsable y prudente como siempre. Realmente lo hacía por quedarse sola y tranquila. Vivir con papá no resulta fácil y tener un par de horas de calma en soledad le permitía recuperar las fuerzas necesarias para cuando él volviera del trabajo. ¡Aún no entiendo cómo no se han separado!

—Aunque te parezca extraño, creo que se quieren —respondí con sinceridad.

—Extraño, no; incomprensible, sí. Sé que es nuestro padre, pero nunca hemos tenido ninguna muestra de afecto por su parte y es algo que no entenderé jamás. Ni siquiera hoy me ha dicho que me va a echar de menos.

—Créeme, lo hará. Lo que pasa es que la manera que tiene de demostrar que las personas que lo rodean le importan no es la habitual, pero eso no quiere decir que no nos quiera. Ya lo conoces,

siempre intenta que seamos las mejores en todo, que no nos conformemos con lo que tenemos, sino que nos superemos y seamos exigentes con nosotras mismas, y eso no es malo.

—Tampoco es bueno. Pretende que seamos como él, pero nadie puede ser tan recto, exigente y disciplinado, y por eso desprecia a todo aquel que no sigue sus pasos. ¿Por qué, para él, nunca ha sido suficiente lo que hemos logrado? Se supone que un padre debe estar orgulloso de lo que sus hijos consiguen, valorando el esfuerzo que les ha costado alcanzarlo, sea lo que sea. Pero, para papá, nunca ha sido suficiente porque, según él, siempre se podía superar. Vivir así es una amargura, sufriendo por lo que no tienes y sin disfrutar de lo que has logrado. Y lo peor de todo esto es que arrastra, con ese pensamiento tan negativo, a los demás. Es agotador vivir con alguien así a tu lado, tú lo sabes mejor que nadie, porque tú más que yo te has dejado la piel esperando su aprobación. ¿Y cuándo la has obtenido? —No respondí, Nieves tenía razón; mi padre no era un mal hombre, pero todo lo que ella dijo era cierto; al no negar lo evidente, ella prosiguió —. Nunca nos ha dado una palmada en la espalda felicitándonos por lo que hemos conseguido, sino todo lo contrario. Cuando al fin lográbamos aquello que nos habíamos propuesto, ya había otra nueva meta que alcanzar... y eso es agotador, porque jamás nos ha permitido disfrutar de lo que habíamos logrado hasta entonces. ¡Pero, bueno, es algo que a estas alturas de la vida no vamos a cambiar! —Suspiró y luego dio un trago a su copa, pensando en lo que iba a decir después —. Eres igual que mamá, siempre defendiéndolo. Tú lo ves de una manera, y yo, de otra, y no vamos a llegar nunca a un término medio, así que mejor cambiemos de tema. Siempre hemos tenido una visión muy diferente de lo que es justo y lo que no, de lo correcto y lo incorrecto, y jamás nos vamos a llegar a entender en ese aspecto, así que dejemos este asunto —propuso encogiéndose de hombros—. ¿Qué tal con ese chico del que me hablaste, tu vecino?

—No hay nada que contar. Porque ya ha acabado lo que aún no había empezado; me ilusioné demasiado pronto. El sábado pasado pasó la noche con una chica espectacular, así que ya puedo ir olvidándome de él.

—¿Los viste?

—Me avergüenza contarte esto, pero oí cómo Mario entraba con alguien, oí su puerta y la risita de su acompañante. Yo estaba en mi habitación y nuestros dormitorios estaban separados por el mismo tabique, así que me puse de rodillas sobre el colchón y pegue mi oreja a la pared. Lo sé, es ridículo, pero aún no sabes lo peor —confesé al ver la cara de mi hermana—. Como no oía nada, corrí a la cocina a

por un vaso, que puse en la pared, pero, aun así, nada. Debían de estar en el salón, porque era imposible saber lo que decían o hacían. Diez minutos después yo seguía en la misma posición, con la oreja dolorida debido a la presión y sin conseguir salir de dudas. «Será un hombre o una mujer, y... si es una mujer... es una amiga o una *follamiga,* como dice Lola», pensaba viéndome a mí misma patética. Así que me derrumbe sobre la cama con la espalda pegada al cabezal de forja, el vaso entre las piernas y dándome de cabezazos al ver lo idiota que había sido por ilusionarme.

—Estás desesperada, hermana.

—Eso parece, pero eso no es lo peor —respondí para que escuchase el resto de la historia—. A la mañana siguiente salí de dudas. De repente, en el silencio de una mañana de domingo, mientras daba vueltas a mi café con leche, oí cómo la puerta del tercero B se abría de nuevo y no pude evitar correr hacia la mirilla como una tonta para ver quién salía. La sangre se me congeló al descubrir la imagen que mi retina recogía, al confirmar que la diosa fortuna se había vuelto a olvidar de mí por completo y, en su lugar, había venido quienquiera que fuese su archienemigo, el dios de la mala suerte. Vi a Mario sin camiseta, mostrando su perfecto torso y con unos vaqueros a medio abrochar; se notaba que se los acababa de poner deprisa. Una mujer lo agarraba de la mano y tiraba de él para besarlo, cosa a la que él no opuso ninguna resistencia. Era una chica, pero no conseguí verle la cara porque Mario se la acariciaba mientras le daba un pequeño beso antes de que llegara el ascensor y ella entrara dentro. «¿Me llamarás?», le preguntó sujetando la puerta del ascensor con uno de sus zapatos rojos exquisitamente caros. «Dalo por hecho», respondió él. «¿Me lo prometes?», insistió melosa. «Siempre te llamo, eres tú la que tiene la última palabra», le contestó algo molesto. Al cerrarse las puertas, Mario miró hacia la mía como si supiera que yo estaba al otro lado y me dedicó una sonrisa torcida que me hizo apartarme de inmediato. Te juro que pensé que me había visto.

—¡Eres increíble, Sara! —soltó sorprendida, sin poder creerse mi reacción.

—¡Mira quién habla! Pues no es que a ti te haya ido muy bien siendo mucho más decidida que yo.

—No, pero al menos nunca me he quedado con la duda. ¿Por qué no llamaste a su timbre después de conocerlo? ¡Es tu vecino! Cualquier excusa era buena.

—Pues te puedo asegurar que voy a cambiar el chip. Me voy a liar la manta a la cabeza y te vas a escandalizar de lo que seré capaz de hacer.

—Te voy a contar lo que yo hubiera hecho en tu lugar. Al poco de conocerlo, ya que siempre hay que dejar un par de días de cortesía para darle la oportunidad de que sea él quien tome la iniciativa y no parecer desesperada —explicó—, me hubiese puesto un conjunto de ropa interior mono y, encima, el albornoz un poco flojo; entonces hubiese tocado a su timbre y le habría dicho: «Tengo la sal, pero me falta la pimienta. ¿La pones tú?» —soltó como si me contase un secreto milenario—. Te aseguro que no falla, Sara.

—Ése no es mi estilo, pero algo tengo que hacer.

—Y rápido, porque está visto que se te han adelantado —añadió volviéndose a reír, mientras alzaba su copa—. Vamos a hacer una apuesta. Hoy tenemos que conseguir que hagas una locura.

—¿Qué tipo de locura? —pregunté con desconfianza.

—No sé... Deberías llamar a Mario por teléfono y ponerle las cosas claras. Le dices que te gusta y a ver qué sucede.

—Eso ni lo sueñes.

—Imagina que esto es como un ritual de iniciación, algo con lo que romper el hielo. —La miré vacilante y ella, al ver que no pensaba mover ficha, añadió, antes de levantarse a bailar—: Me encanta esta canción, hacía años que no la oía. Sara, baila conmigo, muéstrame un poco de esa locura de la que te hablo. Sé que lo estás deseando —me propuso estirando los brazos, invitándome a que yo hiciera lo mismo —. Eres una rajada, hermanita. La vida es para vivirla, Sara, y para hacer locuras. Para hacer lo incorrecto cuando todo el mundo espera que hagas lo correcto. Arriesgarte. Debes vivir una aventura que te haga sentir viva, aunque sepas que va a durar lo que dura un suspiro. Al menos, cuando acabe, tendrás la sensación de haberlo vivido intensamente.

—De eso nada —protesté cruzándome de brazos, ofendida por lo que me había dicho, aunque me moría de ganas de bailar *Corazón partío,* [*] de Alejandro Sanz.

—¡Ves como eres una rajada! ¿Por qué no quieres bailar con tu hermana, a la que no vas a ver durante mucho tiempo? —me suplicó poniéndome ojitos y haciéndome reír.

—Nieves, te está mirando todo el mundo.

—¡¿Y qué más da?! —exclamó encogiéndose de hombros y girando sobre sí misma—. Ése es tu principal problema, hermanita, que te importa más lo que la gente opine que lo que realmente te apetezca hacer a ti.

—Nieves, siéntate, has bebido y creo que eso te impide pensar con claridad. Además, aquí no se baila —la reñí cuando vi cómo no le quitaba ojo el chico que estaba en la barra hablando con Luca.

—¿Y quién lo dice? —me preguntó sin hacerme caso.

—Yo lo digo —replicó una voz ronca a su espalda, mientras la cogían de la cintura. Ella intentó darse la vuelta para verle la cara, pero él se lo impidió y oí cómo le decía—: Recuerdo que en una ocasión te dije que es un delito que bailes sola.

A Nieves, al oír esas palabras, se le iluminó la cara y, sin pensárselo ni un segundo, se abrazó a él.

—¡Gustavo! ¿Qué haces tú aquí?

—Eso mismo podría preguntarte yo. ¿Cuándo has vuelto?

—Hoy, esta mañana.

—¿Y no pensabas llamarme? —preguntó sin soltarla.

—Sólo he venido a despedirme de mi hermana. Me voy a trabajar a Alemania.

—¿¡Y no pensabas llamarme!? —repitió molesto.

Entonces ella, ignorándolo, se volvió hacia mí.

—Sara, ¿te acuerdas de Gustavo?

—Sí, claro. Cómo no voy a acordarme —contesté levantándome para darle dos besos, mientras él seguía sin soltar a Nieves.

Mi hermana y él eran amigos de toda la vida, los típicos colegas que sienten una fuerte atracción entre ellos pero que, por miedo a estropear esa amistad, a perder la confianza que los une, nunca se han liado. «Aunque es evidente que los dos se desean», pensé al ver la mirada de mi hermana.

—Has pedido tú esa canción, ¿verdad? —le planteó Nieves, melosa.

—Cómo me conoces. Sabía que, si la escuchabas, te iba a resultar imposible no bailarla —respondió con una sonrisa torcida. Antes de sentarnos, les pregunté qué querían tomar y luego me acerqué a la barra para pedir otra ronda. Cuando volví con las bebidas, Gustavo y Nieves estaban recordando viejos tiempos y riendo sin parar. Él se la comía con los ojos y ella... ¡Uff! A Nieves le iban a salir llamaradas por las pupilas a ese paso, pero ninguno de los dos se atrevía a lanzarse. Y luego decía que era yo la retraída. En ese momento, Nieves comenzó a relatar una historia y pensé que la cosa empezaba a ponerse interesante al ver la reacción del chico.

—Siempre has sido mi guardián, Gustavo —soltó Nieves acariciándole la cara con dulzura—. Recuerdo una noche en la que, si no llega a ser por ti, no sé ni lo que hubiera sido de mí. ¿Sabes de cuál te hablo?

—Sé perfectamente a qué noche te refieres.

En ese instante Gustavo cambió la expresión de su cara, y en su mirada se advirtió cómo se transportaba a ese momento exacto,

paladeando todo lo que pasó aquella noche.

«Es como si soñara despierto, pero es un sueño que está sin terminar», deduje al oír la conversación.

—Aquella noche había discutido con papá y estaba dispuesta a irme de casa. Pero ¿a dónde podía ir? Bueno, la cuestión es que bebí más de la cuenta y tú me encontraste en un parque, sentada en un banco, sujetándome la cabeza entre las manos y sin parar de vomitar. Recuerdo que te portaste muy bien conmigo. Tus padres se habían ido de vacaciones y me llevaste a tu casa, cuidaste de mí... y eso es algo que nunca olvidaré.

—¿Seguro que te acuerdas exactamente de lo que pasó aquella noche? Me sorprende que puedas acordarte de algo. Cuando te encontré, no te tenías en pie.

—Claro que me acuerdo —contestó Nieves, ofendida, mientras yo escuchaba intrigada—, fue la noche en que me rechazaste.

—Eso no es del todo cierto, porque yo jamás te rechazaría —replicó él, mirándola a los ojos con una intensidad que derretiría hasta el frío hielo de la Antártida.

—¡¿Cómo que no?! Me metiste en la ducha y después me vestiste con una camiseta y unos bóxers tuyos; dormimos juntos. Me acuerdo como si hubiera pasado hoy mismo. Recuerdo que, cuando estábamos en la cama, te pregunté: «Si me deseas tanto como yo creo, ¿por qué ahora no has intentado nada? ¡Me acabas de ver desnuda, me has duchado! ¿Es que no te gusto?». Pero tú... —se interrumpió Nieves, bajando la mirada.

Entonces Gustavo terminó la frase.

—Yo te contesté: «Claro que me gustas, Nieves, más de lo que tú te imaginas, pero el día que nos acostemos quiero que estés consciente». —Se lo dijo acercándose mucho a su boca y sin dejar de mirarla.

Era una imagen perfecta y yo me moría porque mi hermana reaccionase como ella misma me había dicho. «¡Pero qué fácil se ven las cosas cuando no es una misma la implicada!», pensé en ese momento, y sigo pensándolo ahora.

Al ver que ella no reaccionaba, Gus le preguntó:

—¿Crees que ese día puede ser hoy, Nieves?

«¡¡¡¡Joooder!!!! Pedazo de declaración de amor. ¿Por qué a mí nunca me pasan estas cosas tan románticas?» Flipé visualizando en mi mente el beso de película y oyendo la banda sonora de fondo... pero el beso no llegó y Nieves respondió.

—¿Me estás diciendo algo así como que tengo una deuda contigo? ¡¿Que te lo debo y es lo mínimo que puedo hacer por haber cuidado de mí?! —soltó manteniendo la misma distancia entre ellos.

«Ya ha aparecido la aguafiestas de Nieves. ¿Por qué no se calla y lo besa? —pensé enfadada—. ¿No se supone que es ella la lanzada, la que salpimienta los rellanos de las escaleras de los vecinos? Vaya, al parecer la cosa cambia cuando se trata de Gustavo, ¡¿eh?!», me dije a mí misma, contemplando la escena.

—Eso lo has dicho tú, no yo. Pero, ya que lo dices, creo que es lo mínimo que podrías hacer por tu *guardián* —replicó remarcando esa última palabra—. Además, que yo recuerde, aún no me has devuelto mis bóxers, y eran mis preferidos —añadió sabiendo que esas palabras no sólo iban a golpear sus labios.

Resultaba divertido contemplar aquella situación y observar cómo en la cara de Gustavo se dibujaba esa sonrisa traviesa que sólo saben poner los hombres, esa con la que las mujeres caemos rendidas, provocando un fuego incandescente en nuestro interior. Al ver cómo al fin mi hermana reaccionaba y abría la boca para besarlo, estuve a punto de dar palmadas y marcarme un taconeado flamenco, de la ilusión que me hizo verlos así a los dos. Era su última oportunidad, y yo estaba feliz de ser testigo de que la aprovechaban.

Carraspeé sabiendo que era el momento de irme y dije:

—Bueno, Nieves, yo me voy a casa. Supongo que tú te quedas, tenéis mucho de qué hablar. Mañana me llamas y me cuentas antes de llevarte al aeropuerto.

Me dirigí a la puerta, pero, antes de llegar, Nieves me llamó.

—¡Sara, espera! —Entonces me volví y ella me abrazó antes de decirme—: Ésta era nuestra última noche juntas; sé cuánto te apetecía y ahora llega él y tú te vas. Te lo he dicho antes, siempre piensas en todos menos en ti y ésa es una costumbre muy mala que deberías corregir, aunque para los que te rodean sea una bendición.

—No seas tonta o me harás llorar. Ve y diviértete, esto es algo que debería haber pasado hace mucho tiempo. No sé si ha sido el alcohol, tu viaje o qué, pero el caso es que hoy quizá habéis empezado algo muy importante entre vosotros y no debes desaprovechar la oportunidad. Llámame mañana para que te lleve al aeropuerto —le repetí, para luego darle un beso en la mejilla.

—Eres una romántica empedernida, ¿lo sabes, verdad?

—Sí, lo sé. Pero es porque creo que por amor se puede llegar a perder la cabeza y tiene que ser maravilloso sentir esa especie de demencia.

—Lo es —me confirmó antes de despedirse—. Ve y haz una locura como la que voy a hacer yo. Te quiero, hermanita.

—Y yo a ti —le contesté muriéndome de envidia; una envidia sana, pero envidia a fin de cuentas.

«¿Por qué a mí nunca me suceden estas cosas? —me pregunté recordando el beso de película que acababa de sentir Nieves—. Un beso tan intenso que el día que yo experimente algo así, seguro que muero», pensé entrando en el portal de mi casa sin poder quitarme esa imagen de la cabeza. Así que, justo cuando inserté la llave de mi puerta, una loca idea asaltó mi mente y, azuzada por las últimas palabras de Nieves y el alcohol que corría por mis venas, decidí llevarla a cabo. Me dirigí a la puerta de Mario y di unos ligeros golpecitos con los nudillos; la puerta no se abrió y tampoco oí ruidos dentro. Normal, me dije al comprobar que era muy tarde; sin embargo, justo cuando estaba a punto de olvidarme de mi absurda idea, la puerta se abrió... y me encontré con un perplejo Mario y su perfecto torso desnudo.

—¡Bésame! —le exigí antes de arrepentirme por esa locura.

—¡¿Cómo?! Sara, ¿estás bien?

Pero antes de que pudiera preguntarme nada más, me abalancé sobre él sin saber aún muy bien qué era lo que quería demostrar, ni mucho menos a quién. Su respuesta no se hizo esperar y Mario se dejó besar, abrió sus labios y me ofreció su boca. Y fue una sensación tan liberadora la que me produjo ese simple beso que quise más, así que lo hice retroceder sin parar de besarlo y cerré la puerta de un puntapié.

—¿Qué es lo que te sucede, Sara? ¿Has bebido? —me preguntó desconcertado.

—Nada y sí, son las respuestas a tus preguntas, y ahora... ¿quieres dejar de preguntar y seguir besándome? —le pedí, buscando esa intensidad que había contemplado hacía unos instantes en El Cultural.

Mi exigencia lo volvió loco, lo vi en su mirada. Sus ojos eran pura lujuria y me regaló una mirada tentadora, incandescente y peligrosa. Una mirada que hasta entonces nadie me había mostrado, pues nadie la había utilizado conmigo o, al menos, yo no me había dado cuenta. Tal vez no me temblaron las rodillas, pero sí consiguió que quisiera más. Así que, sin previo aviso e intentando demostrarme a mí misma que podía ser como cualquier otra mujer, una chica desinhibida y sin miedo, dispuesta a divertirme y a sentir algo intenso y chispeante, me acerqué a él, atrapé su cara entre mis manos y degusté de nuevo su boca hasta la saciedad. Entonces Mario me agarró por la cintura, me giró para colocarse detrás de mí y me estrujó los pechos como si de dos naranjas se tratasen y quisiera hacer zumo con ellos.

—¿A qué viene todo esto, Sara? —me susurró cerca del oído.

—¿Sinceramente? —le pregunté sin saber muy bien cuál debía ser mi respuesta.

—Sinceramente —repitió él.

—Me apetecía, he bebido y, cuando bebo, no pienso mucho en lo que hago, tan sólo he obedecido a mi cuerpo.

—Entonces sólo tengo que decir que me encanta que seas tan obediente. Y, dime, ¿hay algo más que te pida el cuerpo? —soltó con doble intención.

—No sé... En estos momentos no lo estoy escuchando.

—Entonces, déjame que sea yo quien lo averigüe.

Y al notar su erección a través de mi falda, mi interior respondió instantáneamente. «Quiero hacerlo... quiero desmelenarme sin importarme nada. Quiero ser una tigresa como Lola y disfrutar del sexo sin cohibiciones. Quiero ser Nieves por una noche y olvidarme de lo correcto y lo incorrecto o de las consecuencias. Y quiero ser África y sentir que el mundo retumba bajo nuestros cuerpos.»

—Venga, Sara, vamos a descubrir qué es lo que quieres exactamente —propuso mientras sus manos empezaron a desabrochar cada uno de los botones de mi blusa, de camino al dormitorio. Pero justo en ese momento fue como si ese angelito que tengo en mi cabeza me sermoneara y me hiciera entrar en razón, impidiendo que hiciera aquello que había ido a buscar y, antes de darme cuenta, mis pies se clavaron en el suelo.

—Lo siento, Mario, creo que esto se me ha ido de las manos. He bebido demasiado y me he dejado llevar, pero no sé si quiero esto, no así.

—Venga, nena, si lo estás deseando —dijo metiendo su mano por debajo de mi sujetador.

—No estoy segura, la verdad —repliqué intentando zafarme de él —. Pensé que esto era lo que quería, pero ahora no. Lo siento, me dejé llevar.

Mario se puso frente a mí y empujó mi cuerpo con el suyo hasta que mi espalda chocó contra la pared.

—Pues déjate llevar ahora también —me exigió con mirada siniestra, cogiendo la costura de mi falda y subiéndomela a la cintura. Y al inmovilizar mi cuerpo con el suyo, me puse nerviosa y comencé a empujarlo con todas mis fuerzas para librarme de él.

—¡Déjame, Mario! ¡Por favor, déjame! Me he equivocado, no sé en qué estaba pensando, pero no quiero esto, así no —supliqué, angustiada.

—¡¿En serio?! ¿Me lo estás diciendo en serio? ¡¡Vamos, no me jodas!! ¡¡¿Vienes aquí, a mi casa, y me tocas el timbre a las doce y media de la noche para nada?!!

—Lo siento... Tienes derecho a enfadarte, pero es un error — contesté abrochándome los botones de la camisa, avergonzada.

—¡Joder, Sara, esto no se hace! —gruñó golpeando la pared con un puño—. Me pones como una moto y luego pretendes que me quede así, con este calentón —añadió señalando su entrepierna con las manos.

Por unas décimas de segundo todo se quedó en silencio y tan sólo se oyó la respiración acelerada de Mario. En mi cabeza aparecieron las dudas. «Sara, tal vez deberías terminar lo que has empezado y cometer una locura por una vez en la vida... Él lo está deseando y tiene razón, eso no ha estado nada bien. Así que deberías entrar en ese dormitorio y darle lo que le has ofrecido, aunque ahora tú no tengas claro lo que quieres de verdad», pensé por un segundo.

Mario, al ver que yo estaba paralizada por su reacción, se dirigió a la puerta de su casa, la abrió y me invitó a que me fuera. Entonces hice lo propio y, agachando la cabeza y, deseando morirme en ese mismo instante, me marché.

—Lo siento de veras, Mario —susurré al pasar a su lado.

—Más lo siento yo —apuntilló antes de cerrar de un portazo.

Cuando salí al rellano, me di cuenta de que las llaves de mi piso seguían en la cerradura.

«¿Qué es lo que no funciona en mí? ¿Cómo lo he podido dejar así?», me recriminé, frustrada, entrando en mi piso para derrumbarme en mi cama.

Tal vez, sólo tal vez, inconscientemente mi cuerpo quiso advertirme de algo aquella noche. Quizá éste se percató del odio que residía en su mirada. Otra cosa es que yo decidiera hacerle caso.

*

—¡Sara, ¿me estás escuchando?! —dice Nieves al otro lado del teléfono.

—Sí, perdona, me estaba acordando de esa noche. Y me acabo de dar cuenta de que yo debo abstenerme de hacer locuras. Aquella noche fue el principio...

—No, lo que debes hacer es alejarte de los hombres inadecuados.

—Y eso, ¿cómo se hace? ¿Por qué, por *a* o por *b,* siempre me fijo en ellos? Quizá debería volverme lesbiana; creo que por ese camino me iría mucho mejor.

—¡No digas tonterías, Sara!

—Lo digo en serio, Nieves; la pena es que, hoy por hoy, las mujeres no me resultan atractivas.

—Lo que debes hacer es olvidarte de ese cretino y esconder la tarjeta de crédito. Que, conociéndote, seguro que la dejas temblando.

—Es el único buen consejo que me has dado.

—¿Cuál? ¿Que te olvides de Mario?

—No, que esconda mi tarjeta —bromeo intentando reírme—. Nieves... ¿cómo se hace para olvidar a alguien?

—Ojalá lo supiera, hermanita, ojalá...

—Estaría bien que estuvieras aquí —declaro con pena.

—Sí, estaría muy bien.

—Tengo que dejarte, Nieves; quiero llamar a mamá, debe de estar preocupada.

—Estaba bastante nerviosa, pero, después de hablar con África, se quedó más tranquila. Aun así, querrá oír tu voz.

—Sí, ahora la llamaré. ¿Qué tal con Gus?

—Todo genial desde que se ha venido a vivir aquí. ¿Sabes?, a veces las locuras tienen su recompensa y su parte buena.

—Eso le pasa a la gente normal, a mí no. Ya lo has visto.

—Qué ceniza que eres, hermanita. Lo que deberías hacer es cambiar de actitud. ¿Cómo te van a salir las cosas bien pensando así?

—Pienso así porque hasta la actualidad mis experiencias con los hombres han sido nefastas, y ésta me ha hecho ver decentes las anteriores, porque Mario se ha llevado la medalla de oro. Comienzo a creer que las historias de amor idílicas sólo existen en las novelas rosas y que lo demás son cuentos chinos.

—¡No seas estúpida, Sara! No tienes tan lejos un ejemplo de que se puede conseguir. Mírame a mí o a Lola. ¿Quién te iba a decir que Lola se iba a casar algún día?

—Eso es porque vosotras habéis nacido con estrella, y yo, estrellada; ésa es la gran diferencia.

—Pero ¿qué estrella me ha tocado a mí, si yo he vivido bajo el mismo techo que tú? Cuando te pones en plan melodramático, no te aguanto, Sara. Cuando vuelvas a ver las cosas como realmente son, hablamos. Todas tenemos nuestros problemas, guapa, no eres la única a quien le pasan estas cosas, e incluso peores, así que haz el favor de dejar de autocompadecerte y coge las riendas de tu vida de nuevo. Esto tan sólo ha sido un bache en el camino, cariño.

—Más bien un socavón, diría yo.

—Lo que sea, pero hay que seguir caminando. No quiero que escondas la cabeza como un avestruz y comiences a gastar sin control como haces siempre para llenar ese vacío. Yo ahora no estoy allí, pero

sabes que puedo bloquear tus cuentas igualmente. Así que sal y diviértete con tus amigas.

—Ellas tienen sus vidas: África está a punto de ser mamá y Lola está irreconocible.

—¿Acaso fue África una carga para Lola y para ti cuando rompió con Juan?

—No.

—¿Entonces?

—¡Pero era distinto! Ellas ahora tienen otras obligaciones.

—¡No seas ridícula! No creo que se hayan apartado de tu lado porque su vida haya cambiado.

—No, eso no. Pero no quiero ser una carga.

—Eso no es cierto y lo sabes. Siempre habéis estado muy unidas las tres. Ojalá contase yo con amigas la mitad de buenas que las tuyas. En ese aspecto eres muy afortunada, Sara.

—Lo sé.

—Ahora lo que tienes que hacer es reconstruir tu vida o confeccionar una nueva. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —le contesto para despedirme de ella, aunque realmente no tengo ni idea de cómo voy a conseguir cumplir esa promesa.

CAPÍTULO 8

Después de hablar con mi madre, mi mente vuela al pasado, cosa que no puedo evitar por mucho que lo intente. Constantemente, en cualquier conversación o estando sola, me acuerdo de todo lo vivido con Mario, de todas las señales que estaban ahí desde el principio, indicándome que no era la persona adecuada para mí... pero yo me negaba a verlo. ¡Qué idiota! Ahora mi cerebro recrea la escena de aquella primera vez en que me acosté con Mario. Fue justo un día después de mi visita sorpresa.

*

Tuve un día horrible en la oficina; el gran jefe indio decidió que necesitaba colgarse la cabellera de alguien sobre los hombros y la elegida fue la mía. Así que salí del trabajo con ganas de quemar la tarjeta de crédito, pero me reprimí. Por eso me dirigí directa a casa. Una vez allí, me puse ropa cómoda y me enfrasqué en la última novela que estaba leyendo, *Cincuenta sombras de Grey*. «¡¿De verdad hay hombres así...?! Que te buscan y se preocupan por ti en todo momento, pretendiendo ser ellos y sólo ellos el centro de todo tu universo. No me importaría nada vivir algo por el estilo; de hecho, creo que hasta me gustaría que me mostrara su mundo y me enseñara a disfrutarlo con él», suspiré soñadora y, mientras fabulaba con eso, el timbre de mi puerta me sobresaltó. Me acerqué sigilosamente a la mirilla y vi a Mario al otro lado, pero, como no le abría, mi teléfono comenzó a sonar escandalosamente desde el sofá. Mario lo oyó. Lo supe porque pegó su oreja a la puerta. El teléfono no paraba de sonar una y otra vez. Me planteé la posibilidad de lanzarme en plan plancha sobre él, pero pensé que seguramente, por el camino, tiraría la tele o cualquier otra cosa, así que decidí quedarme quietecita donde estaba y

controlar lo que Mario hacía.

—Venga, Sara, abre la puerta, sé que estás ahí. Estoy oyendo el teléfono —me recriminó a través de la puerta, pero, como no le contesté, siguió insistiendo—. Sara, por favor, abre de una vez; vengo en son de paz. Además, debería ser yo quien estuviera enfadado, y no lo estoy, así que ábreme ya.

«Tiene razón», reconocí abriendo la puerta, avergonzada y roja como un tomate maduro.

—Hola —me saludó nada más entrar, besándome justo al lado de la comisura de los labios y manteniendo el contacto más tiempo de lo habitual. Después se dirigió tan tranquilo hacia la cocina—. Traigo pizza y cervezas. ¿Tienes hambre?

Yo me quedé petrificada. ¡Entró con toda la naturalidad del mundo después de lo que le había hecho la noche anterior! «Este hombre no es normal», me dije.

—Piensas quedarte ahí todo el día o vienes a cenar —añadió sacándome de mi perplejidad.

Avancé hasta la cocina, le arrebaté una cerveza de las manos y, sin decir nada, me bebí media de un trago mientras Mario me miraba divertido al ver que estaba tan nerviosa o más que el día que lo conocí.

—Siento lo de ayer, Mario. No sé qué me pasó, pero...

—No tienes por qué darme explicaciones, Sara. Lo que pasó, pasó, y no hay que darle más vuelta. Además, yo tampoco me comporté como es debido; perdí los nervios y eso no estuvo bien. Así que tema zanjado. Ahora vamos a cenar.

La noche transcurrió normal, como si el ayer no existiera, y no dejé de sorprenderme. Las cervezas se acumulaban sobre el baúl del salón y yo empezaba a notar los efectos del alcohol.

«Tal vez debería dejar de beber, o haré alguna tontería de la que luego me avergonzaré el resto de mi vida», me aconsejé.

—Me gusta lo que haces cuando bebes —me comentó acercándose a mi boca para besarme—. Además, pretendo acabar lo que anoche comenzaste.

—O sea, que ése es tú propósito... emborracharme para poder aprovecharte de mi cuerpo.

—No, satisfacer tu cuerpo para que te enamores de mí.

En ese momento no lo rechacé, sus palabras me conquistaron. Pero, cuando se intentó recostar sobre mí, en un acto reflejo, me retiré un poco, sin dejar de mirarlo.

—¡Venga, Sara! ¿Hoy también pretendes dejarme a medias? —me preguntó con voz lastimera.

—No... sí-sí... Ma-Mario, yo... —empecé a tartamudear.

—Chist —me mandó callar antes de que sus labios se unieran a los míos. Nuestras lenguas se acariciaron, degustando cada uno el sabor del otro y, sin saber cómo ni por qué, le permití seguir.

Mario metió su mano por debajo de mi camiseta y atrapó uno de mis pechos, e inconscientemente di un respingo; entonces él me susurró, sin separar mis labios de los suyos:

—Tranquila, Sara, sólo vamos a divertirnos.

Yo respondí con un movimiento de cabeza afirmativo; no pude hablar, ya tenía bastante con intentar detener las dudas que se agolpaban en mi cabeza. Entonces noté cómo atrapaba unos de mis pezones entre sus dedos y comenzaba a jugar con él, provocando que mi interior empezase a calentarse. «Esto te gusta, Sara, así que relájate», me repetía mentalmente una y otra vez, concentrándome con todas mis fuerzas en lo que estaba a punto de pasar.

—Quítate la ropa —me ordenó de forma delicada mientras él comenzaba a desnudarse.

—Mario, no estoy segura de esto; creo que he bebido más de la cuenta y tal vez deberíamos dejarlo —le propuse reuniendo el valor suficiente como para plantearle mis dudas—. ¿Tú crees que esto es buena idea? Somos vecinos y si no sale bien... —añadí tímidamente.

Pero él, sin contestar a lo que yo le exponía y con una mirada entre el peligro y la lujuria, se puso frente a mí y, diestramente, metió las manos debajo de mi camiseta y desabrochó mi sujetador mientras me decía con voz ronca y seductora—: Te quiero desnuda, Sara.

Sin plantearme otra opción y con timidez, me quité la camiseta y los pantalones cortos de algodón que llevaba. Dejé caer por mis brazos el sujetador y me quité el tanga. Él, sin embargo, no tuvo ningún problema en exhibir su cuerpo, sino todo lo contrario. Se mostró orgulloso cuando mis ojos se pasearon de arriba abajo recorriendo su piel y, al detenerse en su erección, sonrió. Yo, avergonzada, desvíe la mirada, encontrándome de lleno con sus intimidantes ojos y la forma en que me observaba, replanteándome de nuevo lo que estaba haciendo. Mario, al verme, pareció leer mi pensamiento y, acercándose a mí, me susurró, seguro de sí mismo y acariciándome con suavidad el rostro:

—Tranquila, pequeña; sólo relájate y disfruta.

Mis nervios resultaban evidentes y a él parecía gustarle que yo me sintiera así. De hecho, creo que le hacía sentirse poderoso y eso le producía satisfacción. Pero no iba a ser yo quien lo rechazase de nuevo. Estaba dispuesta a dejarme llevar esta vez. Y se me había presentado la ocasión perfecta. No fue algo impulsivo, como lo de la

noche anterior, sino que esta vez Mario se había propuesto seducirme y yo quería que lo hiciera. Me agarró de las muñecas, levantando mis brazos por encima de mi cabeza, y yo, en un acto reflejo, cerré las piernas al notar su cuerpo sobre el mío; él se rio al apreciar mi vulnerabilidad y, regodeándose por mi estado, comenzó a besar mi boca.

—¿Estás seguro de esto, no? Porque, si sale mal, todo se va a complicar —conseguí decir, con la respiración agitada, cuando sus labios se dirigieron a mi pecho y sus caderas se hicieron hueco entre mis piernas. Entonces me miró intensamente a los ojos y, mostrándome esa mirada peligrosa, me contestó.

—Me gustan las complicaciones y no pienses ni por un segundo que lo vamos a dejar esta vez. Que ahora no estés segura no quiere decir que no lo desees —soltó, convencido de cada una de sus palabras —, ¿o acaso no es esto lo que querías, Sara? ¿No es esto lo que viniste buscando anoche? —me preguntó con un certero movimiento de caderas, abriéndose camino en mi interior, con un tono de voz autoritario que no daba opción a las dudas. No sé si fue el tono de voz que empleó o su forma de hablarme, pero logró que algo comenzase a surgir de mis entrañas. Entonces se retiró, se puso un preservativo y, antes de entrar en mí de nuevo, me exigió—: Contéstame, Sara.

Mis palabras se agolpaban en mi garganta sin poder salir, pero Mario no estaba dispuesto a pasar por alto mi respuesta, así que volvió a repetir su movimiento de caderas, pero esta vez mucho más potente, reclamándome una respuesta.

—Dime, ¿es esto lo que buscabas, sí o no? —me volvió a plantear, con las pupilas dilatadas.

—Sí —contesté al final, haciendo un gran esfuerzo y con la respiración entrecortada. Cuando lo hice, me besó de forma posesiva, provocando en mí una explosión de deseo inimaginable. Fue entonces cuando entró de nuevo en mi interior con una fuerza desmesurada, arrancándome un grito de placer desconcertante que hizo que todo mi cuerpo se retorciera. Enrosqué las piernas a su cintura, exigiéndole que repitiera sus movimientos.

—Eso es, pequeña, así me gusta, déjate llevar —me invitó entre sus brazos mientras entraba y salía con potencia, aumentando el ritmo de las sacudidas.

Creí que iba a explotar, que estaba a punto de tener el orgasmo de mi vida. Sus sacudidas eran agresivas y enérgicas y, para mi sorpresa, eso me encantaba. Nunca había tenido un sexo tan salvaje, tan primario, y eso estaba consiguiendo que todas mis entrañas abrazasen a Mario con más fuerza cada vez que él entraba dentro de mí. Una y

otra vez, mi cuerpo quería más, y cada vez lo necesitaba más profundo. Y fue entonces, en las dos últimas envestidas, cuando contemplé una estrella fugaz en mitad de la noche y eso me creó esperanza. No habían sido fuegos artificiales, pero sí habían disipado la oscuridad. Mario había terminado y yo tan sólo degusté lo más parecido a aquello que tanto me cuesta alcanzar. Salió de mí, se echó a un lado y, tras suspirar profundamente y darme un rápido beso en la frente, me dijo, satisfecho:

—¡Ves como lo estabas deseando! A veces os gusta haceros de rogar y un «no» se convierte en un «sí». Simplemente hay que saber leer entre líneas y coger las riendas del juego con decisión para saber lo que realmente queréis cuando ni vosotras mismas lo sabéis —añadió como si estuviera hablando consigo mismo—.¿Todo bien? —me preguntó cuando terminó su monólogo.

—Sí —le contesté moviendo la cabeza sin salir de mi asombro.

No sabía que otra cosa decir, seguía perpleja. ¡¿Realmente me había excitado tanto que Mario decidiera por mí?! Me gustaba que poseyera todo el control de mi cuerpo, nublando por completo mi mente, evitando de esa manera que yo pensase. Mi respuesta en aquel momento fue afirmativa. El problema llegó cuando ese control que ejerció aquel día sobre mi cuerpo lo trasladó a mi vida.

*

Cabizbaja y pensativa, arrastro los pies hasta mi dormitorio, corro las cortinas y me derrumbo en la cama para contemplar la luna. Ella me aporta paz y desde aquí mi mente vuelve a abstraerse del presente para llevarme de nuevo al pasado.

*

Pocos días después de que Mario y yo nos acostáramos, volvía del trabajo cuando, al salir del ascensor, oí un fuerte ruido contra la puerta de Mario. Instintivamente me paré, agudicé el oído y escuché...

—¡Quieres darme de una vez la ropa, Mario! ¡Tengo que irme ya!

—gritó una voz femenina.

—Vete así —le contestó él seriamente.

—¡Buena idea! Creo que lo haré —oí que le respondió, mientras el pomo giraba y luego se abría un poco la puerta. Entonces, antes de que yo pudiera reaccionar, oí otro gran golpe contra la puerta, como si Mario embistiera a la chica otra vez, y, a consecuencia de ello, se cerró de nuevo. Me sobresalté y di un par de pasos hacia mi piso, intentando disimular, pero me detuve de nuevo cuando Mario le respondió con voz ronca.

—Eso ni lo sueñes, preciosa, eso sería atentar contra la vía pública, porque seguro que provocarías más de un accidente y no estaría bien, ¿no te parece? —le preguntó. Y fue en ese momento, al escuchar sus palabras, cuando decidí que ya no quería enterarme de nada más, así que, con paso firme y resoplando como una mula, entré en casa dando un portazo.

—¡Dios! Qué idiota eres, Sara. Si ya te lo decía Lola: «Buscas ser la princesa de tu propio cuento de hadas, pero hace tiempo que los cuentos pasaron a ser simples fantasías que nunca se hacen realidad, y el "fueron felices para siempre y comieron perdices" dejó de existir hace siglos, porque la princesa se atraganta en medio del banquete con el hueso de una perdiz al enterarse de que su príncipe es un estúpido sapo que se lía con la rana de al lado y que lleva una corona roñosa, así que, antes del gran baile, la princesa le presenta la demanda de divorcio y al final se queda sola, sin castillo y con los sueños hechos añicos» —dije en voz alta, imitando el soniquete que a veces me soltaba Lola, desplomándome sobre el sofá y tirando el bolso a un lado con desgana. Estaba cabreada, irritada y enojada. Estaba harta de guardar las apariencias, de ser siempre tan mojigata, tan ingenua, tan estúpida. Y, decidida a dar un cambio de ciento ochenta grados a mi vida, salí de casa sin pensármelo dos veces para liberarme de esa sensación.

Nada más entrar en el centro comercial, la rabia que antes se apoderaba de mi cuerpo fue disminuyendo y la adrenalina que fluía por mis venas desapareció, dejando paso a otras sustancias mucho más placenteras, como la dopamina, la serotonina o las endorfinas, y es que fue tal la felicidad que sentí que mi tarjeta de crédito empezó a dar saltos de alegría dentro de mi cartera. Después de probarme varias cosas, me decanté por una falda de tubo gris que se ceñía a mis caderas y una camisa vaporosa blanca y negra muy sugerente, pues me aportaban la seguridad que en esos momentos necesitaba; en otra ocasión ni me hubiera fijado en esas dos prendas, pues su precio era desorbitado, pero entonces me urgía tenerlas en mi poder. «Es lo

típico que llevaría Lola un día de trabajo y esa imagen es exactamente la que yo estoy decidida a mostrar a partir de ahora», pensé al comprarlas; nunca imaginé que no tendría oportunidad de lucirlas.

*

«Idiota de mí, no engañé a nadie; yo no tenía ni el valor, ni la determinación, ni mucho menos la personalidad de Lola. Seguía siendo yo, intentando aparentar ser otra persona completamente diferente a mí, y llegando tan sólo a confundirme a mí misma porque no quería ser quien era pero tampoco tenía el arrojo para ser otra persona y, entre lo que quería ser y lo que era. Mario aprovechó la oportunidad para moldear a la Sara que él deseaba, consiguiendo confundirme por completo», reflexiono mientras me imagino a mí misma reflejada en multitud de espejos. Me veo perdida y desconcertada en un laberinto. Es como si estuviera soñando, aunque estoy despierta. Mil y una imágenes de mí se proyectan en ellos, mil y una imágenes con diferentes estados de ánimo. Sara triste, Sara diminuta, Sara fuerte, Sara melancólica, Sara decidida, Sara cobarde, Sara sensual, Sara atrevida, Sara vengativa, Sara defraudada, Sara humilde, Sara soberbia... Pero ¿cuál de todas esas proyecciones son las que conforman la verdadera Sara? Lo difícil ahora es averiguarlo. Porque estoy tan desorientada que en ninguna de ellas me reconozco. Mario se ha encargado muy bien de anular por completo mi personalidad, porque me identifico con todas y con ninguna en concreto, pienso mientras imagino cómo todos los espejos estallan, haciéndose añicos. Lloro desconsoladamente sobre la almohada, lamentándome por haberle permitido apoderarse de todo mi ser. Y cada lágrima que derramo duele tanto como si la solución salina que humedece mis ojos lacerase mi piel y mutilase mi alma. «¿Por qué has hecho esto conmigo? ¿Por qué has entrado en mi corazón para corromperlo, para destruirlo?», grito desconsoladamente a la nada. Porque eso es lo que hay en mi corazón ahora mismo, nada. Un vacío demasiado grande. Mario ha sido como una epidemia; se instaló en mi vida para ir corrompiéndome poco a poco. Ha sido como la gangrena que se apodera de los tejidos sanos y que, por mucho que amputes la parte infectada, puede que vuelva a reproducirse, contaminando nuevas capas. Había días en que era un hombre tan encantador y

detallista que me hacía pensar que todo había sido una mala racha. Era como convivir con el doctor Jekyll y míster Hyde. Me gustaba creer que, cuando era Jekyll quien me abrazaba, era en mí en quien pensaba. Esas veces en las que me mostraba al hombre del que me enamoré un día y me permitía reencontrarme con él eran fantásticas. Me llenaban de esperanza después de haber visto el semblante más sombrío de Hyde. Al pensar eso, me viene a la cabeza uno de esos momentos.

*

Acababa de llegar a casa. África, Lola y yo habíamos salido y se suponía que Mario debía de estar trabajando en el bar de Jaime, pero fue introducir la llave en la cerradura y, como un ser omnipresente, aparecer él.

—Dijiste que no ibas a salir.

—Hola, cariño —le contesté agarrándome a su cuello un poco más efusiva de lo normal.

—¿Has bebido?

—Sólo un poquito —reconocí, separando un pelín mi dedo índice del pulgar.

—Sabes que no me gusta que bebas si no estoy yo. No controlas lo que haces cuando bebes, Sara, y no me gusta —respondió cortante, apartándome de delante de la puerta para acabar de abrir él.

—Pensé que eso era lo que más te gustaba —repliqué sin poder contener el hipo.

—Pues te equivocas —soltó seco, incitándome a entrar.

—No es cierto, lo recuerdo perfectamente. Dijiste que el alcohol me desinhibía, que me estimulaba a hacer cosas que en estado normal nunca haría y que eso te encantaba —insisto gruñendo como un felino y haciendo un gesto con una mano como si fuese una tigresa.

—¡Joder, Sara, estás borracha! —protestó cabreado, apresando mi brazo con sus manos, marcando cada uno de sus dedos en mi piel, para luego llevarme hasta el baño—. Para empezar, te dije que no salieras y vas tú, te plantas esa falda con la que se te ve hasta el carné de identidad y te vas de juerga. Vuelves más tarde que yo y, encima, borracha. ¡¿A saber qué habrás estado haciendo y con quién?! Parece que te gusta hacerme enfadar —me espetó, abriendo el grifo de la

ducha y empujándome dentro de ella.

—¡Pero ¿qué dices?, estás loco! ¡Con quién voy a estar sino con mis amigas! —le dije intentando escaparme del chorro de agua fría y forcejeando con él en vano.

—¡¡Estate quieta, Sara!! ¡¡Joder, estate quieta de una puta vez!! —me gritó, aplacando mis inútiles intentos de liberación mientras me agarraba las muñecas con una mano y me empotraba contra los azulejos de la pared, poniendo todo su cuerpo sobre mi pecho mientras me sujetaba la cara entre sus fuertes dedos, obligándome a mirarlo a los ojos—. No vuelvas a salir sin que yo lo sepa, ¡me has entendido! —Asentí meneando la cabeza, sin poderme creer lo que estaba sucediendo—. Y mucho menos bebas alcohol cuando yo no esté para controlarte —añadió aflojando su presa cuando vio en mis ojos el miedo.

Cuando por fin me liberó por completo, salí de la ducha empapada y con la cabeza gacha, tratando de ocultar mis lágrimas de amargura. No tenía intención de mostrarle esta vez lo vulnerable que me había hecho sentir con su desmesurada reacción.

Fue la primera vez que vi el lado más oscuro de Mario, la primera vez que él me mostró a míster Hyde.

—Perdóname, no he debido comportarme de esa manera... He perdido los nervios —se disculpó suavemente, acercándose a mí.

—¡Déjame! —respondí sacudiendo los hombros para deshacerme de sus manos, mientras luchaba por contener mis lágrimas para no enseñárselas. Entonces Mario me envolvió con la toalla y, cariñosamente, me abrazó.

—Estás empapada, Sara, ¿no ves que lo único que pretendo es cuidar de ti? No te enfades, Sara, lo siento de verdad. ¿Te crees que a mí me gusta comportarme así? Pues no, pero hoy he discutido con Jaime. Es mi mejor amigo, me sentía mal y necesitaba tu consuelo, tu comprensión. Sin embargo, tú no estabas en casa y tampoco respondías a mis llamadas y eso me ha enfurecido mucho más. Entiéndelo —me pidió con ternura, haciendo su aparición el lado más dulce, el doctor Jekyll.

Dos opciones pasaron por mi mente en décimas de segundo: una, gritarle lo más alto que pudiera que era un malnacido y desaparecer de allí como alma que llevara el diablo... o, dos, aclararle que eso no era excusa para comportarse de esa manera y menos con la persona que quieres. Pero ninguna de las dos respuestas fue la que él escuchó, principalmente porque me sentí tan culpable de su reacción que creí razonable que se hubiera enfadado. Tal vez había exagerado, sí, pero era porque me necesitaba y, pensar que acudió a mí ante un problema,

me gustó. Me hizo sentir importante. Y por ello, con mucha paciencia, le contesté.

—Yo también siento no haberte avisado, pero, aun así, no debías preocuparte. Si no te cogí el teléfono fue porque no lo oí. ¿No confías en mí? —le pregunté mirando a la nada, de espaldas a él.

—Claro que confío en ti, cariño. De quien no me fio es de los que te rodean, de cómo te miran y de lo que buscan cuando se te acercan. Quieren lo que es mío y eso me mata —me susurró al oído sin soltarme.

—Soy toda tuya, Mario, soy tuya y de nadie más —afirmé girándome para mirarlo a los ojos.

—Me hace tan feliz oír esas palabras. Pero la próxima vez avísame de que tienes intención de salir —me pidió acercando sus labios a los míos, mientras deslizaba sus manos hacia mi trasero por mi ropa completamente pegada a mi cuerpo—. Estás preciosa —añadió al ver cómo se transparentaba mi sujetador a través de la fina tela—. Y me parece algo increíble que una mujer tan hermosa como tú quiera estar con alguien tan loco como yo —agregó, para luego besarme de nuevo, mezclando su sabor con el mío y logrando con sus palabras que, poco a poco, me olvidara de lo que había sucedido apenas unos instantes antes.

Mario se arrodilló, introdujo los dedos por la cinturilla de mi falda y tiró de ella, pero ésta se negaba a bajar, y a cada centímetro que avanzaba sobre mi piel húmeda, se enrollaba más sobre sí misma. Me hizo gracia verlo tan concentrado luchando contra un trozo de tela y una risita tonta surgió de mi garganta.

—No te rías. Estoy a punto de ir en busca de unas tijeras y deshacerme de ella por completo. Tiene parte de culpa de nuestra discusión y merece que la aniquile —soltó con semblante serio, pero sin rastro de oscuridad en su mirada.

—No seas así, la falda no tiene la culpa de que tú seas un gruñón —contesté sentándome sobre sus piernas y abrazándolo, echando el peso de mi cuerpo sobre el suyo, hasta que conseguí tumbarlo por completo en el suelo del baño.

*

Aquella noche, como muchas otras, me hizo sentir la mujer más

desgraciada del mundo para después provocar que me sintiera la más afortunada por tenerlo a mi lado. Enturbiaba mi mente y sabía cómo quitarle importancia a lo que había sucedido, incluso lograba hacerme sentir responsable de su enfado, llegando a pensar que me había ganado a pulso su cabreo por haberlo desobedecido. Todavía no me explico cómo lo conseguía, no alcanzo a entender cómo ejercía tal poder sobre mí. No sé si era la forma en que me tocaba o el hecho de sentirme rescatada desde el más profundo de los infiernos al que él mismo me había arrojado segundos antes, pienso desde mi cama, sin hallar respuesta, mientras el peso de mis párpados me obliga a cerrar los ojos.

CAPÍTULO 9

Son las cinco de la madrugada y no paro de dar vueltas sobre el colchón una y otra vez. Llevo toda la noche en ese estado en el que el sueño no es profundo y la mente se apodera de él, obligándote a permanecer en una vigilia constante, donde el peso de los pensamientos, o en este caso de los recuerdos, cobra protagonismo.

*

Volvía a casa después de trabajar. Cuando llegué, frente a la puerta había una bolsa colgado del pomo y una nota. Lo miré todo con determinación y, cuando lo cogí, leí qué ponía.

Pon a enfriar el vino, llegaré en una hora con la cena. Mario

Estupefacta no, lo siguiente es cómo me sentí al entrar en el piso. Esa misma mañana habíamos discutido. Era viernes y yo pretendía salir con mis amigas, pero él, como de costumbre, se negaba. Las cosas ya estaban tirantes entre Lola y Mario y yo me encontraba entre la espada y la pared. Si decidía salir con las chicas, Mario se cabreaba y, si me quedaba con él, yo misma me encargaba de mortificarme. África y Lola no me decían nada, pero era consciente de que entre ellas hablaban de mi relación con Mario. Anteriormente Lola me lo había dicho bien claro, pero yo nunca quise escucharla y, con el tiempo, dejó de insistir. Así que, con ese eterno debate entre lo correcto y lo incorrecto, lo que realmente me apetecía hacer y lo que sabía que debía hacer si no quería ver de nuevo a míster Hyde, me encontraba a diario últimamente... y así iban pasando los días, más rápido de lo que yo esperaba.

—Hola, preciosa —dijo aquella tarde cuando llegó a casa,

dándome un beso rápido cuando le abrí la puerta, y entró directo a la cocina, dejándome completamente desconcertada—. Hoy tenemos lasaña recién hecha y traída del Capricho a tu mesa por un servidor —anunció mostrándome de nuevo esa mirada que me volvía loca y que, al contemplarla, conseguía que todo lo anterior desapareciera. Aquella mirada lograba crearme muchas dudas en mi cabeza. Dudas que la parte diabólica y calenturienta de mi cerebro interpretaba como deseo y lujuria. Pero la otra parte, la racional y coherente, comenzaba a desconfiar. Esa parte analizaba minuciosamente cada uno de sus gestos para llegar a la conclusión de que sólo usaba esa mirada cuando le interesaba. Mario sabía perfectamente el efecto que ejercía sobre mí y la utilizaba en mi contra para su beneficio. Pero... ¿cuál de las dos partes tenía razón? ¿La que ansiaba con todas sus fuerzas que fuese pura pasión y desenfreno o la otra? Ésa era la gran pregunta, hoy sé cuál es la respuesta. Puede que anteriormente también lo supiera, pero a veces resulta más fácil creer en aquello que anhelamos y engañarnos a nosotros mismos que querer abrir los ojos para ver la realidad.

—¿Piensas quedarte ahí de pie todo el rato o vas a poner la mesa? —añadió, sacándome de mi mundo interior.

—Sí, perdona —respondí aún desorientada—. Mario, esto... ¿qué te iba a decir...? Pensé que ya habíamos hablado y recuerdo que te comenté que hoy salía con las chicas.

—No, Sara, la que hablaste fuiste tú. Yo en ningún momento te dije que me pareciera bien. Siéntate a la mesa —me ordenó con determinación. Orden que yo acaté sin rechistar, sin ni siquiera plantearme otra opción.

—Bueno... creo que eso no lo deberías decidir tú —repliqué dubitativa.

—¿Estamos saliendo juntos o no? —me preguntó cortante.

—Sí —respondí sin saber a qué venía esa pregunta.

—Entonces deberíamos aprovechar para estar juntos el mayor tiempo posible. Nuestros turnos no coinciden y, cuando no trabajo, debemos dedicarnos a mimar nuestra relación, ¿no te parece?

—Sí, pero tú últimamente ya no sueles ir a ayudar a Jaime.

—¿Y por qué crees que no voy? Porque deseo estar contigo a todas horas. Y me duele que tú no sientas eso mismo por mí. Además, que yo sepa, esta mañana no hemos llegado a un acuerdo, ¿no?

—No.

—Entonces cenaremos juntos y tema zanjado.

—Pero no es justo, yo ya había quedado.

—En ese caso deberías llamar a tus amigas para informarles de que no vas a ir, Sara. Deseo cenar con mi novia, ¿acaso eso es tan malo?

—No —contesté con la cabeza gacha, pensando detenidamente en lo que me decía. Pero, justo cuando comenzó a cortar la lasaña para servirla, añadí—: Hace un siglo que no estoy con ellas y es demasiado tarde para avisarlas. Hemos reservado mesa para cenar; te lo comenté esta mañana y te dije que esta noche iba a salir. Me apetece muchísimo estar con ellas, lo necesito; no puedes hacerme esto ahora —le imploré con arrojo, levantándome de la silla.

—¡Sara! Sienta tu puto culo sobre la silla. Te lo he pedido por las buenas y sabes que no me gusta repetir las cosas. Te he dicho que hoy cenaremos juntos, así que no hagas que me enfade o será peor.

—Pero era algo que teníamos planeado desde hace mucho tiempo. Era una cena de chicas y tú lo sabías.

—A veces las cosas no siempre salen como uno planea. Además, no entiendo a qué viene eso de «sólo chicas». ¿Qué es lo que pretendéis hacer para que no pueda ir yo?

—Sabes que a mí me encantaría que vinieras, pero ni Yago ni Juan van a ir y quedaría raro que yo me presentara contigo. Sólo vamos a tomarnos un par de copas y a echarnos unas risas —le expliqué zalamera, intentando camelarlo. Realmente yo era la primera que no quería que viniese, porque necesitaba recuperar un poco de mi espacio, de mi tiempo libre, para hacer lo que a mí me diera la gana.

—Sabes que no me gusta que bebas y menos si no estoy yo para cuidar de ti —contestó bajando el tono de voz.

«Querrás decir para impedir que beba y haga algo que te moleste, ¡como el simple hecho de divertirme!, algo que necesito como el aire que respiro, porque hace tanto que no salgo que se me va a olvidar el significado de esa palabra. Cenar con África y Lola significa risas aseguradas, baile desenfrenado y estupideces a discreción, pero eso con Mario no lo puedo hacer —argumenté interiormente con tristeza —. Además, cuando nos conocimos, no pensabas así», le contesté para mis adentros... Sin embargo, lo que dije fue muy diferente.

—Si es ésa la razón por la que no quieres que vaya, te prometo que no beberé y que volveré pronto.

—¿A qué hora vendrás?

—No sé... A la una o las dos de la madrugada como muy tarde.

—Mejor que sea la una, Sara.

—¡Entonces, ¿no te enfadas si me voy?!

—Sólo si pruebas la lasaña antes de irte. Es lo menos que puedes hacer, ya que la he traído para ti.

—Está bien —cedí mientras Mario me servía un trozo de aquel manjar que engullí sin demora para irme lo antes posible. Si me daba prisa aún podía llegar a tiempo, sólo tenía que cambiarme de ropa y

listo.

»Deliciosa, cariño, muchas gracias —le dije saliendo disparada a mi dormitorio. Con anterioridad había pensado ponerme un vestido corto sin tirantes que aún no había tenido ocasión de estrenar desde que me lo compré, pero sabía que, si Mario me veía con él, volvería a protestar. Así que me decanté por unos *leggins* y una camisa de cuadros entallada. Me puse unos zapatos de tacón, cogí mi bolso y, cuando salí, me encontré con una mirada que me escudriñó de arriba abajo desde el sofá, valorando si el atuendo que llevaba era el adecuado. Suspiré aliviada al ver que él no decía nada y me alegré de haberme decantado por eso en vez de por el vestido.

—Estaré de vuelta antes de lo que imaginas —le dije dándole un beso rápido en los labios antes de irme.

Hacía siglos que no nos lo pasábamos tan bien. Llevábamos mucho tiempo sin quedar las tres y, para ser sincera, cuando África lo propuso no lo dudé ni un segundo. Ambiente relajado, risas aseguradas y no sentirme constantemente observada a través de una lupa era lo que más me apetecía. Cuando quedábamos los seis juntos no podía hablar con tranquilidad. Lola apuñalaba a Mario con la mirada cada vez que él abría la boca, aunque nunca le decía nada, pues se mordía la lengua por respeto hacia mí, pero sé que por dentro se la llevaban los demonios. Él lo sabía perfectamente y, dependiendo del día, optaba por provocar un ambiente tenso e irrespirable con su silencio y su desgana o criticar todo aquello que yo bebía, decía o hacía, consiguiendo con eso último que Lola se crispase por completo. O, al menos, yo así lo percibía. Yo, en cambio, casi prefería oírlo protestar a que se callase, resoplase y me mirase con cara de asco. Porque, cuando hacía eso, estaba más pendiente de que se sintiera a gusto que de la conversación con mis amigas. Estaba más pendiente de él que de mí misma, incluso. Sabía que un giro de sus pupilas hacia la derecha quería decir «Vámonos de una puta vez», o que, si comenzaba a hacer crujir las articulaciones de sus dedos, significaba «Me aburro y estoy perdiendo el tiempo con esta panda de gilipollas». O, cuando se frotaba con fuerza las sienes insistentemente, me indicaba «Esto es una tortura y ya no aguanto más, ¿nos vamos?», pero si a la vez expulsaba aire por la nariz, eso expresaba: «Mi paciencia se agota y comienzo a cabrearme», cosa que no era nada difícil que sucediera en cualquier momento. No importaba el motivo, porque posiblemente no lo hubiera, puede que un triste pelo se posase en su hombro sin pedir permiso y Mario lo considerase en ese instante como una ofensa y creyese que todo el planeta conspiraba en su contra. Cuando se ponía así, era mejor responsabilizarse del pelo, afirmar que había sido yo la

que lo había puesto ahí, agachar la cabeza, aceptar su mal humor y esperar a que se le pasase lo antes posible mientras me alejaba todo lo capaz que fuese. Por eso, cuando veía que estaba en ese plan, optaba por disculparme ante mis amigas y rechazar su invitación o irnos a casa con cualquier excusa. Porque, con su actitud, no sólo conseguía amargarme la vida a mí, sino que también lograba hacerlo a todo el que nos acompañaba. En esas ocasiones tenía que hacer verdaderos esfuerzos. Por una parte, debía disimular ante mis amigas que me lo estaba pasando bien, pero fingir que me dolía la cabeza o que estaba cansada y, a la vez, debía hacer todo lo posible por contentar a Mario y que cambiase de humor. Al principio lo conseguía fácilmente, tan sólo debía sentarme en sus rodillas y morderle el lóbulo de la oreja mientras le susurraba: «Si mi pequeño gruñón cambia esa cara, te prometo que, cuando nos vayamos, dejaré que me lleves donde tú quieras y consentiré que hagas con mi cuerpo lo que tú consideres»; eso siempre me funcionaba. Sabía cuánto lo excitaba mi proposición y que él accedería tan sólo por hacerlo en un baño público, en los probadores de una tienda, en un parque o incluso en un rincón de una discoteca llena de gente. Llegué a pensar que, a través de su juego, siempre conseguiría dominarlo; lo que nunca imaginé fue que sería él quien me sometería a su voluntad poco a poco. Porque cada vez me gustaba más sentir sus manos sobre mi piel. La manera que tenía de tocarme cuando lo hacíamos en lugares públicos o cuando me subía sobre los ocho centímetros de tacón rojo no era para nada igual que como cuando lo hacíamos en casa y sin zapatos. Creo que logró instaurar en mí una necesidad que jamás había experimentado antes. Me hizo creer que, si yo le daba todo lo que él consideraba que le correspondía, él liberaría en mi cuerpo todo ese torrente de hormonas que yo tanto deseaba sentir. Esa reacción química entre estrógenos, adrenalina y endorfinas que conseguirían despertar mis terminaciones nerviosas e inducirme al tan deseado para mí, y difícil de alcanzar, orgasmo. La cuestión es que muchas veces conseguía fusionarlas en el momento adecuado y de la forma correcta para que yo sintiera esa explosión interior de la que hablaban África y Lola. Aunque otras muchas provocaba el efecto contrario. He llegado a pensar que, en esas otras ocasiones, Mario era perfectamente consciente de mi insatisfacción e interiormente se recreaba al saber que poseía ese control sobre mí. Incluso creo que a veces se dejaba llevar sabiendo que yo aún no estaba a punto tan sólo para dejarme a mí con las ganas. Estas ocasiones eran después de una discusión o cuando yo me rebelaba, y creo que dejarme a mí con esa insatisfacción lo hacía disfrutar. Consiguió que yo dependiera de él y, lo que es peor, que yo

cambiara mi forma de ser para adaptarme a sus exigencias y me comportara según su estado de ánimo. Y por eso aquella noche era tan importante para mí, porque por una vez desde hacía mucho tiempo necesitaba volver a ser yo misma. Una Sara a la que estaba olvidando por momentos. Una Sara de la que Mario se estaba encargando que desapareciera, anulándola por completo.

Así que, cuando mi teléfono sonó a las doce y media, me negué a descolgar y lo silencié. Y cuando a las doce y cuarenta vibró en mi bolso, lo ignoré, y eso provocó que, a la una y cinco, Mario entrara por la puerta de El Cultural con cara de pocos amigos. Cuando nuestras miradas se cruzaron, el corazón se me paró por un instante. Mi primera intención fue vaciar el contenido de mi copa en las de mis amigas, pero ya era demasiado tarde, así que cogí aire e intenté capear la tormenta de la mejor forma posible. A fin de cuentas, me lo había buscado al no responder a sus llamadas.

—Hola, chicas —saludó al sentarse con una sonrisa que yo sabía que no era real—. Te he estado llamando, cariño —dijo acercándose a mi cuello e hincando sus dientes a modo de advertencia en el lóbulo de mi oreja.

—¡¿Ah, sí?! Perdona, no lo he oído —contesté bajo la atenta mirada de mis amigas, disimulando la sensación de dolor.

—¿Cómo tú por aquí, Mario? Se supone que hoy es noche de chicas —le soltó Lola, bebiendo de su copa con chulería y fulminándolo con la mirada.

—Sí, ya lo sé. Salí a dar una vuelta, fui al bar de un amigo y ahora me iba para casa. Por eso te llamaba, Sara, para ver si querías que te acercase.

—Acabamos de pedir —respondió Lola por mí.

—Malibú con piña, si no me equivoco. Pensé que teníamos un acuerdo —exclamó mirándome con frialdad, frotándose la sien mientras expulsaba aire por la nariz.

No cabía duda de que estaba cabreado, no había más que verlo.

Me encontraba en el punto de mira. Sabía que si Mario había ido hasta allí no era precisamente para compartir un rato agradable con nosotras y que, si no hacía algo al respecto, no guardaría las apariencias por mucho más tiempo. Yo me negaba a reconocer ante mis amigas lo difícil que me resultaba permanecer a su lado y que pensaba que estaría mejor sola que en mala compañía, como me dijo una vez África. Pero ya sabía lo que era estar sola, ya sabía lo que era desear con todas mis fuerzas estremecerme entre los brazos de un hombre que no existía, y ahora que lo tenía me negaba a ver lo evidente: que sus brazos tenían un precio demasiado elevado y que no

siempre merecían la pena.

—Es de África. Se lo ha pedido porque tenía un antojo, pero luego se ha sentido culpable y me lo he tenido que beber yo.

Era la primera vez que le mentía delante de África y Lola, pero la situación lo requería. Ya me ocuparía más tarde de explicarles a ellas el porqué de esa excusa. Mario miró a África con recelo, pero ésta, aunque no salía de su asombro, me siguió la corriente.

—Esta niña se ha enterado de que hoy teníamos reunión de chicas y se nos ha querido unir. Creo que me va a salir peleona, porque no veas lo difícil que es resistirse a sus peticiones. El otro día tuve antojo de encurtidos y ahí me tenías, a las dos de la madrugada, con un bote de pepinillos en vinagre frente al televisor —dijo lo más convincente que pudo mientras Mario no me quitaba ojo.

—¿Y hoy te ha pedido Malibú, no? —soltó Mario con ironía.

—Así es, pero no se lo digas a Juan o la castigará de por vida antes de nacer —bromeó riéndose, mientras cogía mi copa y le daba un trago.

—En fin, nosotros nos vamos —anunció hablando en plural y sin preguntarme siquiera lo que quería hacer.

—¿Cómo que os vais? —espetó Lola—. Sara, ¿tú también te vas?

—Sí. No me había dado cuenta de la hora y ya es tarde. Ya hablaremos, ¿vale?

—Como quieras —respondió Lola decepcionada, cruzándose de brazos mientras Mario se despedía triunfante.

Aquella noche pensé que lo iba a oír gritar, que se iba a enfadar como nunca, pero su indiferencia total me dolió mucho más que su posible bronca. Intenté disminuir la tensión calzándome los zapatos de tacón rojos que a Mario tanto le gustaban; me presenté frente a él tan sólo con ellos puestos. A pesar de ver su frialdad, de su apatía, me acerqué y procuré que me perdonara por algo que en realidad no llegaba a comprender muy bien, pues desconocía cuál era el motivo de su enfado exactamente. No entendía qué problema había en que saliese con mis amigas o que bebiera, pero, aun así, insistí porque no me gustaba notar esa tensión entre ambos. Me arrodillé entre sus piernas y comencé a desabrocharle el pantalón mientras él no apartaba los ojos de la televisión.

—Sara, no estoy de humor para esto —me espetó con brusquedad.

—Perdóname, cariño; sé que te he fallado, te prometí algo que luego no cumplí y sé cuánto te duele eso. Pero me lo estaba pasando tan bien que perdí la noción del tiempo —dije con voz melosa, mientras mis manos se sumergían dentro de sus bóxers.

—No es sólo eso, Sara —contestó apartando con rudeza mis manos

de su entrepierna—. Lo que no soporto es que me mientas y que, encima, pretendas hacerme creer que no oías el móvil o, lo que es peor, que te rías en mi cara delante de tus amigas —me vomitó al ver mi cara de desconcierto—. ¡¡No me mires con esa cara!! ¡¿O te crees que me he creído que el Malibú era de África?! Por Dios, Sara, que no nací ayer —añadió poniéndose de pie y mirándome desde arriba con repugnancia—. Estoy muy enfadado, Sara, así que deja de hacer el ridículo, quítate los zapatos y vístete. Creo que lo mejor será que me vaya.

Me miró de tal manera que consiguió hacerme sentir que no era merecedora de su cariño. Aquella noche Mario creó una lista de sentimientos desagradables y cada vez iba añadiendo uno nuevo. Esa noche me sentí más desnuda de lo que estaba... me sentí vulnerable, sucia, culpable y diminuta. Jamás me había hecho sentir así cuando me alzaba sobre los ocho centímetros de tacón, sino todo lo contrario. Cuando me ponía esos zapatos, era como si la mismísima diosa del deseo se presentase ante sus ojos o, al menos, hasta ese día. Así era como me sentía yo cuando me miraba de esa forma que tanto me gustaba y que nunca nadie había utilizado conmigo.

—Lo siento, lo siento de verdad. Te prometo que no lo volveré hacer —le supliqué tirando de su mano, intentando que se volviera a sentar y rogándole entre lágrimas que no se fuese porque lo que más necesitaba en ese momento era volver a ver esa mirada de deseo en su rostro.

—No me creo ya ninguna de tus promesas; para mí, tu palabra ya no tiene ningún valor. No es la primera vez que me mientes, Sara, y estoy seguro de que no será la última.

—Por favor, Mario, quédate; haré lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera? —preguntó maquinando algo en su cabeza que jamás hubiera imaginando.

—Sí, lo que tú quieras. Sabes que no soporto que nos enfademos.

—Está bien. Quiero que dejes de ver a tus amigas.

—¡¿Qué?! No me puedes pedir eso, sabes que ya apenas las veo porque no aguantas a Lola, pero que deje de verlas por completo...

—¡Has dicho lo que quiera! ¿Ves como no puedo confiar en ti? ¿Ves como me demuestras una y otra vez que una promesa tuya no vale nada? Me engañas continuamente, siempre estás inventando excusas, y eso es ofensivo.

—Tal vez no te engañaría si no censurases cada uno de mis actos —susurré bajando la cabeza, derrotada y pensando que no me oiría.

—¡¿Qué has dicho?!

—Nada —balbucí temerosa, con los nervios contenidos en mi

garganta.

—¿Has dicho que yo censuro tus actos? Lo que me faltaba por oír —exclamó enfadado, levantándose del sofá de nuevo—. ¿Y no te has preguntado alguna vez por qué lo hago? Si te digo que no bebas es porque, cuando lo haces, pierdes el control, Sara, y haces el ridículo si no estoy yo para impedirlo. Estoy seguro de que, si no lo hiciera, te frotarías con cualquiera bailando. Créeme, lo veo todos los sábados en el bar de Jaime. Mujeres enfundadas en sus microscópicos vestidos esperando agarrarse al mejor mástil y luego... ¿Para qué? Para nada. Porque lo único que pretendían era calentar al personal o, como dicen ellas, echar unas risas y pasar un buen rato. Pero los hombres tenemos otro concepto completamente diferente de pasar un buen rato y, cuando propones echar un polvo después de que han estado a punto de comerte la boca, aun encima se sienten insultadas y te tratan de obsceno o, lo que es peor, de salido. Así que no me cuentes historias de lo que haces cuando sales con tus amigas a echar unas risas, porque lo veo cada fin de semana. Y más cuando vas con Lola, que estoy seguro de que te intenta endosar al primer pringado de turno. Creo que son una mala influencia para ti, Sara. No te das cuenta de que lo único que pretenden es que nos separemos.

Yo me quedé sin palabras al escuchar el desprecio con el que me hablaba. No entendía por qué teníamos que terminar siempre nuestras discusiones hablando de mis amigas y concretamente de Lola. Pero, aunque las preguntas se agolpaban en mi mente, no dije nada porque las palabras se negaban a salir. Me dolió tanto lo que me dijo y, sobre todo, cómo lo dijo, con esa mirada fría y siniestra, que me quedé paralizada a sus pies, contemplando cómo se ponía de pie y se abrochaba el pantalón.

—No me mires así, Sara, no eres tan santurrona como pretendes hacerme creer. Sois todas iguales, un nido de serpientes y, tu amiga Lola, es la peor —sentenció cerrando la puerta de golpe tras de sí.

*

Yo me quedé atónita al oírle decir eso. Pero ahora entiendo lo que quería lograr con sus palabras. Poco a poco me iba lavando el cerebro, iba consiguiendo que yo empequeñeciera y que, de esa manera, pensase que era yo la que lo hacía enfadar, que era culpa mía que él

se comportara como un auténtico ogro, porque era yo la que provocaba ese comportamiento. Y eso lo conseguía... porque siempre, después de una discusión, me llegaba al trabajo un enorme ramo de flores que me ablandaba el corazón y me convencía de que, si se comportaba así, era porque me quería demasiado y no soportaba estar separado de mí. Así que, cada vez más, me esforzaba con ahínco en cumplir sus peticiones para que míster Hyde no apareciera. Ahora me doy cuenta de que, con mi actitud, cada vez añadía un ingrediente más a su poderosa fórmula para que Hyde permaneciera a mi lado por más tiempo y ejerciera mayor poder sobre mí, pienso entre sueños.

CAPÍTULO 10

Es lunes y, aunque he pasado una noche infernal porque los recuerdos no dejaban de colarse en mi cabeza, cuando el despertador ha comenzado a sonar no lo he dudado ni un segundo y me he levantado al primer pitido. Al ponerme de pie, me siento agotada, las piernas me pesan una tonelada y tengo la sensación de cargar el peso de otra persona sobre mi espalda. Así que a duras penas arrastro los pies hasta la ducha, donde decido abrir el grifo del agua fría y entro sin pensármelo dos veces. Cuando el agua humedece mi piel, es inevitable aguantar la respiración y comenzar a dar saltos mientras las gélidas gotas se clavan en mi cuerpo como millones de diminutas agujas. Es una tortura soportar la temperatura que siento y tengo que concentrarme en respirar para olvidarme de la rigidez de mis extremidades. Pero sé que es la única forma de espabilarme antes de ir a trabajar y eliminar ese peso sobre mi espalda. Cuando al fin salgo de la ducha, me envuelvo rápidamente en una toalla y comienzo a recuperar el calor necesario para apreciar los dedos de los pies. Camino hasta la cocina y me preparo un café bien cargado para despejar la mente. Después busco entre mi ropa algo que ponerme. Un vestido ajustado abotonado de arriba abajo en un lateral y cerrado de cuello. Tal vez demasiado corto para Mario, y que censuraría para ir a la oficina, pero él ya no está en mi vida y hoy es la prenda que necesito, pienso añadiendo los complementos necesarios. Me aplico un poco de maquillaje para disimular la tristeza y me contemplo en el espejo para comprobar mi aspecto. Hoy necesito verme guapa, algo que no consigo desde hace tiempo. Me parece tan lejana esa época que casi la tengo olvidada, pero deseo recuperarla con todas mis fuerzas. Así que hoy, aunque esté podrida de dolor por dentro y lo único que me apetezca sea enterrar mi cuerpo bajo las sábanas, debo pasar página, así lo he decidido y debo mantenerme firme en mi decisión. Es la mejor forma de afrontar esta situación. Aunque no me sienta tan resplandeciente como aparenta la imagen que veo reflejada, me ayuda a encontrarme mejor y más segura de mí misma. Mientras he estado con Mario no me he permitido ponerme esta clase de ropa. Aunque

nunca he dejado de vestir bien, no le gustaban aquellas prendas en las que se transparentaba mi ropa interior a través de la fina tela de una camisa, se dibujaba mi silueta debido a lo ajustado que era un vestido o se veía más carne de lo estrictamente necesario, como decía él. Poco a poco mi forma de vestir se fue adaptando a lo que era correcto para él, sin que yo renunciara al gusto por la moda. Así que en mi armario fui arrinconando prendas como las que llevo hoy. No es que vaya llamando la atención como lo haría Lola, pero siempre me ha gustado la moda y los complementos; son mi debilidad. Y eso es lo que me ha permitido no perder la cordura en este tiempo. Había ocasiones en las que me compraba prendas aun sabiendo que luego no me las iba a poder poner y las escondía porque eso me hacía sentir que recuperaba parte de mi vida anterior. Interiormente he llegado a pensar en mi forma de vestir como en un disfraz para ocultar lo que realmente soy, algo que me permitía salir a la calle ocultando cada una de las inseguridades que padezco. Mi problema es que siempre me ha importado más la opinión del resto del mundo que la mía propia y he cedido tantas veces para que los demás se sientan a gusto que he dejado de escucharme a mí misma hasta llegar al punto de perder mi voz interior. Por eso, desde hace algún tiempo, me camuflo con el entorno e intento pasar lo más desapercibida posible, como hace un camaleón. Pero ahora más que nunca necesito decir al mundo que Sara ha vuelto y que estoy aquí, le pese a quien le pese. En eso medito mientras me pongo los zapatos de tacón. Pero al salir al rellano y pasar frente a la puerta del que antes era el piso de Mario, esa seguridad se va esfumando y, mientras salgo del garaje, se pierde por completo cuando al doblar la esquina me parece ver por el espejo retrovisor la moto de mi ex. Conduzco con la respiración agitada y continuamente miro por el retrovisor, pero no vuelvo a ver la moto, así que me digo a mí misma para tranquilizarme que son fantasmas en mi cabeza. Aun así, no lo consigo porque siento su mirada tras mi espalda continuamente y esa sensación me aterra.

Cuando al fin entro por la puerta de la oficina, me calmo al ver a Mateo a través del cristal de su despacho, tras su mesa, y a Javier hablando con él. Ambos me saludan con un movimiento de cabeza, mientras me observan más de lo estrictamente necesario hasta que ocupo mi lugar. Nada más sentarme, recibo un wasap de Lola.

Lola: No hagas planes después de trabajar; te pasaré a buscar y nos iremos a tomar algo.

Sara: No sé si me apetece hacer nada.

Lola: Entonces haremos «nada» juntas y no hay más que hablar.

Al leer eso, confirmo lo que Nieves me dijo, que soy afortunada al contar con ellas. Después me doy cuenta de que es con Lola con la que hablo y que es imposible que le haga cambiar de opinión, lo que ella dice va a misa. Así que termino accediendo a lo que sea que tiene pensado.

Sara: Está bien, nos vemos luego.
Lola: Así me gusta.

Leo su respuesta mientras enciendo el ordenador e intento centrarme en el trabajo, pero justo cuando voy a enfrascarme en mis quehaceres metiendo la cabeza entre mis papeles, hace su aparición Samira. Saluda como de costumbre a Mateo y a Javier, con un aleteo de pestañas y una sonrisa resplandeciente. Ellos se la devuelven mientras la desnudan con la mirada. Yo suspiro mirando al techo al ver todos los días la misma escena.

—¿Por qué haces eso? ¿Por qué coqueteas con ellos si no te interesa ninguno de los dos?

—No lo sé —reconoce encogiéndose de hombros—. Que no me interesen ahora no quiere decir que en un futuro siga siendo así. Además, ya sabes que no me gusta cerrar ninguna puerta —me contesta sin dejar de mirarme de arriba abajo—. ¿¡Qué es lo que te ha sucedido este fin de semana!?

—Nada, ¿por qué lo dices?

—Por Dios, Sara, eso díselo a esos dos que están ahí dentro sin dejar de observarnos como dos lechuzas —susurra de espaldas a ellos y con un leve gesto de cabeza—. No hay más que verte para saber que algo ha ocurrido. Tu forma de vestir ha cambiado de la noche al día y tengo que decir que a mejor. Sin embargo, tu expresión no dice aquello que intenta decir tu ropa. Tienes un aspecto horrible, Sara.

—Gracias, Sam, muchas gracias por el cumplido.

—De nada. Ya sabes que a mí me gustas de todas formas, pero hoy concretamente estás hecha unos zorros, Sara. Y eso que ese vestido te queda de infarto —añade sin quitarme ojo.

—No he tenido un fin de semana muy bueno, la verdad.

—Y eso... ¿qué ha pasado? ¿Os habéis vuelto a pelear Mario y tú?

—Más o menos.

—Ves, eso te pasa por empeñarte en estar en el lugar incorrecto para ti —afirma convencida—. Pero seguro que dentro de nada llegará un repartidor con un ramo de flores estupendo y todo volverá a ser como antes.

Y dicho y hecho. Justo en ese momento llega el típico ramo de flores de Mario; un ramo de rosas espectacular. Las dos nos miramos, pero, cuando el chico va a entregármelas, las rechazo.

—No las quiero. Llévatelas.

—¿Cómo que no las quieres? Pero si son preciosas —exclama Samira, sorprendida.

—No. No las quiero. Siento haberte hecho venir hasta aquí para nada, pero no quiero las flores —le aseguro al repartidor, que no sabe qué hacer con el ramo.

—¡Pero ¿ni siquiera vas a leer la nota?! —me regaña Samira.

—Ya sé de quién son, y no me interesa nada de él.

—Bueno, eso no es asunto mío; lo que hagas con ellas es cosa tuya, como si quieres tirarlas, pero yo te las tengo que entregar, en eso consiste mi trabajo —comenta el repartidor.

—No, no las voy a coger. Llévatelas y, si en un futuro te encarga otro ramo la misma persona, te puedes ahorrar el viaje.

—Está bien, como tú quieras, pero al menos fírmame la hoja de entrega.

Firmo el papel y el chico sale.

—Algo muy gordo ha tenido que pasar este fin de semana —dice acercando la silla a mi mesa—, así que ya me estás contando con pelos y señales qué es lo que ha ocurrido.

Antes de que yo pueda responderle, suena el teléfono de mi mesa.

—¿Sí?

—¿Ni siquiera vas a aceptar un regalo? —Oír su voz me paraliza por completo y no atino a contestarle, así que él continúa hablando—. Sara, sé que he metido la pata hasta el fondo. Esta vez he traspasado el límite y no veas cuánto me arrepiento, pero necesito que me perdones. Sabes que te quiero y que no soporto estar lejos de ti. Si nos separamos, me volveré loco. —«Ya lo estás», sentencio mentalmente —. Dime que me perdonas, necesito saber que todo va a volver a ser igual que antes.

«¿Antes? ¿Antes de qué? ¡¿Antes de que me encerrases en casa para impedir que saliera con mis amigas¿! ¡¿Antes de que controlases todas mis llamadas, mis mensajes y mis redes sociales?! ¡¿Antes de que quisieras convertirme en un clon de Daniela?! ¡¿O simplemente antes de que ella optase por salir de tu vida y tú arruinases la mía?!», pienso con rabia, aunque sólo atino a decir: —Lo siento, Mario, hace

tiempo que ya nada es igual que antes. —Y cuelgo.

El teléfono vuelve a sonar, pero esta vez descuelgo y acto seguido vuelvo a colgar.

—¡¡¡Primero el vestido y luego esto!!! —exclama Samira, abriendo los ojos como platos.

A ella siempre le ha gustado Mario, tanto como ella a él. De hecho, si no llega a ser porque Mateo acaba de salir de su despacho y nos ha recordado que, para hablar, tenemos la cafetería, porque aquí se viene a trabajar, me hubiera preguntado de nuevo qué es lo que ha sucedido. Pregunta de la cual no voy a librarme tan fácilmente. Y esa idea hace que me transporte a cuando ella y él deseaban hacer un sándwich, siendo yo el relleno.

*

Sé que hubo un tiempo en el que Mario intentó algo con Sam, pero a ella no le interesaba éste. A ella siempre le he atraído yo. Eso es lo que creían mis amigas y es lo que Sam me confirmó después de la tarde que nos quedamos atrapadas en el ascensor las dos solas.

Fue cuando Samira y yo comenzábamos a llevarnos bien y Lola por fin había decidido vivir con Yago. Llevaba en la oficina varios meses y doña globos aerostáticos, que era como la llamaba yo antes, se preocupaba más de menear su culo de un lado a otro que de hacer bien su trabajo. En cuanto Samira hacía su aparición, el buitre leonado y el cóndor de los Andes levantaban sus cabezas y la divisaban desde sus mesas sin perder detalle, haciendo un recorrido minucioso por cada una de sus curvas, como de costumbre. Ella encaja con el perfil de la típica secretaria que sale en las películas, que pretende quedarse para hacer horas extras en privado debajo de la mesa del jefe. Hasta que éste la llamó a su despacho. Conociendo a Mateo, estoy segura de lo que le dijo... «Seamos francos, Samira; me encanta ver cómo meneas tu trasero de un lado a otro. Eres como una bonita pieza de museo que uno no se cansa de mirar, pero te contraté para que ayudases a Sara, porque creo que tienes potencial. Aunque, si prefieres hacer un desfile de modelos, hay diversas agencias que seguramente estarían interesadas, pero aquí se viene a trabajar.» Y es que, nos guste o no, nuestro jefe no se anda con rodeos. Sam nunca me ha dicho lo que aquel día le dijo Mateo, pero su actitud cambió

por completo. A partir de ese momento dejó de mirar el móvil constantemente y yo dejé de repetirle las cosas ochenta veces. Tengo que reconocer que, una vez que se sienta en su mesa y se centra, es una máquina. Pero es despegar su trasero de la silla y contonearse como un flan de gelatina, tanto su cuerpo como su cerebro.

Aquella tarde fue un caos en la oficina y Sam y yo debimos quedarnos para terminar unos informes. Yo había llamado a Mario para avisarlo de que me tenía que quedar trabajando y que lo más probable era que no nos viéramos, ya que él trabajaba de tarde. Así que, cuando me propuso tomar algo mientras bajábamos en el ascensor, me pareció una idea estupenda. Mario aún no vivía conmigo y nadie me esperaba, así que no había problema. Pero justo cuando tan sólo nos quedaban dos pisos para llegar abajo, el ascensor decidió quedarse colgado. Los servicios de emergencia nos dijeron que iban a tardar, así que, después de un rato, nos sentamos en el suelo una frente a la otra.

—Siento haber borrado los archivos y haber retrasado así los informes que debíamos entregar.

—No pasa nada. Lo importante es que ya lo hemos solucionado.

—Sí, pero al final nos hemos tenido que quedar dos horas más para recuperarlos y todo por mi culpa. No veas la rabia que me da.

—Bueno... le puede pasar a cualquiera. No te preocupes.

—Menos mal que Mateo está de viaje, porque, con la mala uva que gasta, si se llega a enterar, me pone de patitas en la calle.

—Conociéndolo, no me extrañaría.

—Es un amargado, siempre anda chillando. A ése lo que le hace falta es un buen polvo para recuperar la sonrisa.

«Y tú eres la que se lo va a proporcionar», pensé antes de que ella misma me lo confirmara.

—Yo misma le haría el favor, pero en estos momentos... no es mi tipo y eso que enrollarse con tu jefe tiene su puntillo, pero me gusta más otra persona.

—¿Quién? ¿Javier? ¡¡Buah!! Pues con las ganas que te tiene... como se enteré, no se despegará de ti ni con una espátula.

—No, Javier no —respondió tajante, mirándome directamente.

—Pues como no estés pensando en los de las oficinas de al lado, ya no sé quién puede ser —respondí, ingenua de mí.

—No, tampoco me interesa nadie allí, aunque Jorge está como un queso, eso hay que reconocerlo.

—Pues estoy perdida.

—Sara, mis preferencias son diferentes. ¿En serio no te lo imaginas?

—¿Cómo diferentes? No entiendo a qué te refieres.

—Me refiero... —dijo algo nerviosa y pensativa—. Mira, para que me entiendas, si tuviera que elegir entre Mateo y tú, te elegiría a ti.

—¡Eeeh! ¿Me estás diciendo que te gustan las mujeres? —le pregunté directamente, desconcertada—. Nunca lo hubiera imaginado. Siempre he pensado que te gusta Mateo.

—A ver cómo te lo explico, Sara. A nadie le amarga un dulce, pero si puedo elegir... —sugirió acercándose a mí. Yo, al ver sus intenciones, pegué todo lo que pude mi espalda contra la pared del ascensor y estoy segura de que, si tuviera un poco más de fuerza, hubiese abollado la chapa para evitar lo que creía que iba a pasar, pero, por una vez, la diosa fortuna se apiadó de mí y el servicio técnico se oyó al otro lado.

—¿Se encuentran bien? En un par de minutos las sacamos de ahí.

—Sí, estamos bien —contesté, más desesperada de lo que quería sonar, poniéndome de pie. Samira se retiró al otro lado y ninguna de las dos mencionamos nada al respecto.

En cuanto los del servicio técnico abrieron las puertas, me despedí poniéndole la excusa de que había recordado que tenía algo urgente que hacer y aceleré el paso hasta entrar en mi coche. Lo primero que hice nada más cerrar la puerta fue contárselo a mis amigas.

Sara: Nos os vais a creer lo que me acaba de pasar.

Lola: Dime que te has liado con el macizorro de tu jefe y le das la patada a Mario.

Sara: No.

Lola: Qué decepción. Al final me voy a rendir, y eso será mucho peor.

Sara: Samira, mi nueva compañera de trabajo.

Lola: ¡¡¿No me digas que ella te ha hecho cambiar de idea?!! ¡¡Dios, la voy a poner en un pedestal!!

África: Por favor, cállate ya, Lola, que, si no, no lo cuenta.

Sara: Es lesbiana.

Lola: ¿Te lo ha confirmado?

Sara: Sí, me lo ha dicho ella. Aunque realmente creo que no hace ascos a nada.

Lola: ¿Cómo que te lo ha dicho ella? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Sara: Nos hemos quedado encerradas en el ascensor y, no sé cómo ni por qué, me lo ha soltado. No entiendo por qué me lo ha dicho. ¡Tampoco tenemos tanta confianza!

Lola: ¡Buah, Sara! A ésa le gustas.

Sara: ¡¡Pero qué dices!!

Respondí al leer aquello que yo misma lo había pensado después de lo del ascensor, pero que, al decirlo Lola, me pareció una locura.

Lola: Te lo digo yo. No hablas de tu sexualidad tan abiertamente si no es porque quieres dejar las cosas claras de lo que te interesa.

África: Tú sí lo haces.

Lola: Yo soy una especie única y sin catalogar.

Sara: Creo que me ha intentado besar.

Lola: ¡¡¿Qué?!! ¡Veis! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Si es que siempre tengo razón.

África: Madre mía, Sara, esto no nos lo puedes contar así. Tenemos que quedar.

Miré el reloj y, como aún era pronto, decidí que era lo mejor. Después de todo, Mario salía tarde, así que, para cuando él llegase a su piso, yo ya estaría en casa. Y necesitaba despejar mis dudas y quién mejor para ello que mis amigas.

Sara: Está bien, en El Cultural dentro de quince minutos.

África: Ok, allí estaremos.

Lola: Yo igual tardo un poco más, pero ir, voy.

Y justo cuando terminé de leer lo que Lola había escrito, recibí un wasap de Samira.

Samira: Sara, perdona si te he violentado. Me hubiera gustado contártelo de otra manera o incluso darte una explicación a lo que sabemos que hubiera pasado si no hubiese llegado el servicio técnico, pero has salido tan deprisa que no me has dado oportunidad de explicarme. En fin. Sólo quería decir que lo siento. Espero que esto no complique nuestra relación en la oficina, ahora que comenzábamos a entendernos.

Sara: No te preocupes, no pasa nada. Es sólo que no me lo esperaba.

Samira: Normalmente no hago así las cosas; para hacer esto me lo pienso mucho, pero no sé si ha sido estar en un sitio tan reducido durante tanto rato, el calor que allí se estaba concentrando o qué, pero me he dejado llevar. Puede que no me creas porque en la oficina aparento todo lo contrario, pero es cierto. Sólo actuó así con los hombres.

Sara: De verdad, Samira, no te preocupes.

Samira: Vale, pero igualmente me gustaría poder explicarme para que me entiendas. Mañana, si quieres, conversamos más tranquilas.

Sara: No. Preferiría no hablar sobre el tema. Te entiendo, has tenido un impulso que no has podido controlar. Le pasa a mucha gente, pero ya está. Olvidémoslo y sigamos como hasta ahora. Como has dicho, comenzamos a entendernos en el trabajo y quiero que siga así, por eso te pido que olvidemos lo que ha sucedido hoy, ¿vale?

Samira: Está bien. Hubiera preferido poder hablar sobre esto con calma, pero, si tiene que ser así, así será. Mañana nos vemos... y lo siento de verdad.

Sara: Gracias y hasta mañana.

Justo al aparcar, me sonó el WhatsApp.

Mario: ¿Ya estás en casa?

Ni por asomo le iba a decir que había quedado con las chicas. «Éste es capaz de presentarse aquí», pensé mientras tecleaba mi respuesta.

Sara: Estoy aparcando.

Escribí eso pensando que de ese modo tampoco le estaba mintiendo.

Mario: Yo llegaré más tarde de lo que pensaba, hoy tenemos mucho jaleo aquí, así que dormiré en mi piso.

Al leer su mensaje me entraron ganas de bailar la danza de la alegría alrededor del fuego como los arapahoes, y no tardé en contestar.

Sara: Ok, no te preocupes, mañana nos vemos.
Mario: Hasta mañana, entonces.
Sara: Hasta mañana.

No podía creer lo que esa noche me estaba sucediendo. Por una vez, la diosa fortuna se había acordado de mí y la velada me estaba saliendo redonda. Eso me decía entrando en el bar, dispuesta a tener una charla con mis amigas, relajada y tranquila. Pocos minutos más tarde llegó África, a quien ya se le empezaba a notar la barriga.

—¿Has pedido? —me preguntó desde la barra con un gesto.

—Sí —respondí levantando mi Coca-Cola—. ¿Cómo te encuentras? —quise saber cuando llegó a mi lado.

—Pesada y cada vez más gorda —comentó ajustándose la camiseta para que contemplase cómo había crecido su tripa y, sin poder contenerme, le acaricié la redondez de su abdomen—. Juan no hace más que insistirme en que debo ir pensando en bajar el ritmo porque llego a casa agotada y eso que ahora sólo trabajo por las mañanas.

—Juan tiene razón. África, en estos momentos debes cuidarte.

—¡¡Otra igual!! ¡Por Dios, que no soy de cristal! —soltó resoplando mientras levantaba las manos hacia arriba.

—Nadie ha dicho eso.

—Pues te juro que a veces me da esa sensación. Por una parte está mi madre... «Tienes que hacer una dieta más equilibrada, África, o te pondrás como una foca y luego no habrá manera de quitarte esos kilos. Además, si no te cuidas, tendrás un tocino en vez de una hija y te tendrán que hacer cesárea», me dice. —No pude evitar reírme, porque lo de Marta es exagerado, pero a África no le hizo ninguna gracia y censuró mi risa con una mirada estilo Lola que todavía me hizo más gracia. Así que, dándose por vencida, continuó diciendo—: ¡Y Juan! Otro que me tiene frita, a veces le da miedo hasta echar un polvo, no vaya a ser que le haga daño a la criatura. Te acuerdas de ese chiste en el que el bebé, al nacer, le da unos golpecitos en la frente al padre y le dice: «¿A que jode?» —me contó entre risas, golpeándome la frente—, pues creo que Juan piensa que Alma le va a hacer eso, porque, mientras lo hacemos, no para de preocuparse y te juro que tengo más ganas que nunca de echar un polvo salvaje. Me doy miedo, Sara, estoy más salida que Lola y eso es preocupante —añadió sin parar de reírse.

—Eso son las hormonas. Y sabes que tu madre y Juan sólo se preocupan por vosotras, es normal —le dije intentando calmarla.

—Pues, si se preocuparan un poquito menos, no nos pasaría nada. Por primera vez creo que ambos se han compinchado para hacerme la vida imposible —comentó hastiada—. Te juro que, cuando has comenzado a contar lo que te ha sucedido, se me ha abierto el cielo y he pensado «por fin puedo mantener una conversación normal, como una mujer normal, y no como una futura mamá», por eso he dicho de quedar. No es que me queje, pero últimamente todas las conversaciones giran en torno a mi futura maternidad, los preparativos que eso conlleva y el cómo me va a cambiar la vida a partir de ahora y, la verdad, estoy un poco hasta la peineta. Cuando llegue, llegará, y lo disfrutaré o me agobiaré entonces, no ahora.

—Te noto un poco... como lo diría yo... ¿irritada? —le pregunté

con ironía.

—Muy irritada, diría yo. Estaba en casa de mis padres porque mi madre se ha empeñado en que fuese a ver no sé qué cosa que le había comprado a la niña, pero no le he hecho ni caso porque me satura, Sara; últimamente me satura.

—¿Y cuándo no lo ha hecho?

—Pero ahora más que nunca, y lo peor es que tiene el apoyo de Juan.

Justo en ese momento Lola se dejó caer sobre los cojines, con su copa en la mano.

—¿A qué hemos venido, a hablar de hijos y embarazos o vamos a hablar de algo realmente interesante?

—De algo realmente interesante —respondió África, entusiasmada.

—No te ofendas, gordi, pero hoy el Chucho la ha dejado salir de casa y tenemos un tema muy importante que tratar —soltó sin quitarme ojo.

—Primero, Mario no me impide salir de casa —mentí— y, segundo, deja de llamarlo así.

—Lo siento, Sara, es la costumbre.

—Pues no me gusta.

—Está bien, tienes razón y lo siento, pero no hemos venido aquí a hablar de Mario, ¿no? —dijo recalcando su nombre, antes de dar un sorbo a su copa.

—No —respondió África frotándose las manos.

—Pues desembucha de una vez, que estamos ansiosas por saber. ¿No lo ves? —comentó mirando a África.

Yo comencé a relatarles lo sucedido y lo que posteriormente me dijo Samira por WhatsApp.

—No es por nada, pero te lo dije. Está loquita por tus huesos —comentó Lola chocando de forma cariñosa nuestros hombros—. Y fíjate que hasta me atrae la posibilidad de que te líes con ella, si eso consigue que recuperes la cordura y dejes de una vez por todas al Chucho —comentó pensativa.

—¡Lola! —la reñí por volver a llamar a Mario de ese modo.

—Lo siento, lo siento... —dijo alzando los brazos— Es la costumbre. Quería decir... Mario.

—No voy a liarme con Samira. De hecho, ya le he dicho que no quiero volver a hablar del asunto.

—Haces bien, Sara. Tú tienes clara tu sexualidad, lo que te gusta. No hace falta probar ciertas cosas para saber que no te van a agradar —intervino África.

—Cierto, pero a veces te puedes llegar a sorprender de lo que una

mujer puede conseguir que sientas. —Al decir eso, las dos miramos a Lola inquisitivamente.

—¿Qué es lo que quieres decir? ¿Acaso lo has probado y no nos lo has dicho? —planteó África, ávida de información.

—En mi época oscura. Poco antes de que vinieras a vivir a casa —explicó refiriéndose a mí—, conocí a un tipo al que le gustaban los tríos y me propuso hacer uno con una chica... pero no me gustó. En la cama necesito ser la reina de la fiesta y la competencia me sobra. No me gusta compartir. Aunque, si os digo la verdad, ella me excitó más que él, porque sabía exactamente cómo y dónde tocar. Siempre he pensado que era porque una mujer sabe lo que le gusta y cómo le gusta a otra, aunque luego he encontrado hombres que también lo saben y, la verdad, me garantizan un placer mayor —nos contó tan tranquila, como si nos estuviera explicando que se había hecho la manicura.

—Yo alucino contigo, Lola. ¿Algún día nos dejarás de sorprender? —le pregunté tan asombrada como África.

—Espero que no —respondió riéndose.

De camino a casa no paré de pensar en lo que me había sucedido y en eso que comentó Lola: «Te puedes llegar a sorprender de lo que una mujer puede conseguir que sientas». ¿Qué hubiera sentido si Samira me hubiese besado? ¿Hubiera descubierto algo nuevo? ¿Algo que me hiciese disfrutar por completo?, me pregunté, intrigada después de oír lo que había dicho Lola. Pero al instante me obligué a olvidarme de esas estúpidas ideas.

La semana pasó en un desasosiego constante. Esos días Mario estaba de peor humor que de costumbre y la tensión en la oficina entre Samira y yo era palpable. El caso es que no conseguía olvidarme de esas reflexiones con tanta facilidad como pretendía en un principio y, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, mis preguntas invadían mi cabeza. Todo esto provocó que continuamente buscase pequeños detalles que consiguieran arrojar algo de luz a esas ideas locas y absurdas que tenía sobre Samira y yo. Me fijaba en sus labios, en sus curvas... para saber si había algo en Samira que me atrajese, pero no encontraba nada que de verdad me hiciera cambiar de idea respecto a mi sexualidad. Y, aunque hablaba con las chicas sobre ese tema, ninguna me aclaraba mis dudas. Así que, una noche en que Mario estuvo más cariñoso de lo habitual, cometí el terrible error de contarle lo sucedido en el ascensor y mis absurdas dudas, pero, en vez de tranquilizarme y desbaratar mi teoría, al muy capullo se le abrieron los ojos como platos. Creo que de aquella conversación su cerebro sólo registró la posibilidad de cumplir uno de sus sueños y hacerlo

realidad. A partir de ese día, quiso conocer a Sam con un solo objetivo en mente: acostarse con dos mujeres a la vez.

CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente, después de ver el deseo en los ojos de Mario y el interés que tenía por conocer a Sam, necesitaba urgentemente hablar con alguien. Y ese alguien tenía muy claro que no iba a ser Lola, así que quedé para comer con África cerca de su trabajo.

—Dame dos minutos y enseguida estoy contigo —me pidió a modo de saludo cuando me vio aparecer por su centro.

—Tranquila —le contesté sentándome en la sala de espera.

Diez minutos más tarde apareció con una sonrisa resplandeciente y, agarrándome del brazo, me dijo:

—Esperaba tu llamada.

—¿Ah, sí? —dije sorprendida, mientras caminábamos hacia el restaurante.

—Llevas toda la semana dándole vueltas al mismo tema y supuse que, si decidías hablar con alguien sobre este asunto, sería conmigo, ya que Lola no es neutral. No me malinterpretes, no la estoy criticando ni mucho menos, pero ya la conocemos y, al igual que yo acudí a ti antes que a ella, pensé que tu harías lo mismo.

—Tienes razón —respondí encogiéndome de hombros—. Es demasiado impulsiva y extremista; además, cree que siempre tiene razón. Y así está ahora. Ha dado con la horma de su zapato, porque Yago, ni mucho menos, se amilana. Está dispuesto a conquistarla y, por mucho que ella lo frene, él sigue ahí dispuesto a todo. No se da cuenta, pero debería sentirse afortunada de tener a alguien como él. Que un hombre sea capaz de remover cielo y tierra por enamorarte tiene que ser extraordinario.

—Si te soy sincera... creo que ése es el verdadero problema, que, por mucho que ella lo niegue, está enamorada hasta la saciedad. Pero no has venido a hablar de Lola, ¿no?

—No, ni mucho menos. Ayer hablé con Mario —le solté sin previo aviso.

—¿Con Mario? —repitió África, desconcertada.

—Sí. A veces te juro que creo que estoy loca, África, porque hay momentos en los que es una persona completamente diferente a la que

vosotras conocéis. Sé que eso te puede parecer absurdo o que estoy ciega, pero te prometo que en ocasiones es el chico ideal para mí. Me escucha, me seduce y me hace el amor como nadie. Tengo que reconocer que esos momentos no son muy abundantes, pero, puestos en una balanza, pesan mucho más que el resto de las situaciones que me muestra cada día. A veces me parece que vivo con el doctor Jekyll y míster Hyde. —Suspiré derrotada—. El caso es que le conté que Samira es bisexual y que intentó besarme. Ahora sé que debería haberme callado, ¡no pasó nada entre nosotras! Pero, aun así, me sentía culpable por ocultárselo, no tenía la conciencia tranquila, me sentía como si lo hubiera engañado... y ayer se dio uno de esos instantes mágicos. Era el momento perfecto para acallar ese sentimiento de culpabilidad que tenía. Sé que esto que te cuento te sonará ridículo, pero es así. Estábamos en la cama porque acabábamos de hacer el amor; no fue sólo sexo como otras veces, y me pareció el instante oportuno para contárselo. «¿Quieres saber lo que me pasó esta semana en el trabajo?», le dije. «Sorpréndeme», me respondió risueño, ya que le cuento lo menos posible para evitar sus celos. «El otro día, cuando me quedé terminando unos papeles con Sam, al irnos a casa nos quedamos encerradas en el ascensor e intentó besarme», le expliqué. «Sam, ¿quién coño es Sam? —contestó mosqueado, soltándome de sus brazos—. No me habías dicho que tenías compañero nuevo en el trabajo. Ahora ya no sólo debo preocuparme por esos dos chupasangres que trabajan contigo, sino que tengo que añadir otro más a la lista.» Me hizo gracia su reacción y no pude evitar reírme. Así que me dijo: «¡Borra esa estúpida sonrisa de tu cara, Sara; no entiendo de qué cojones te ríes ahora!». Estaba enfadado y se estaba poniendo cada vez más nervioso, cosa que, por una vez, me hizo mucha gracia porque sabía que lo iba a sorprender cuando le dijese que me refería a Samira... Lo que no pensé fue que la sorprendida iba a ser yo. Cuando le aclaré la confusión, fue como si le hubiera tocado la lotería. Se acurrucó de nuevo a mi lado y me susurró al oído: «Eso lo cambia todo, cariño; querías ponerme celoso porque en el fondo te gusta. Te gusta que reclame lo que es mío, lo que me pertenece», me dijo girándome la cara para que lo mirase y luego abrazándome con fuerza. «¡¿Te das cuenta de cómo eres?, pura tentación! ¿Entiendes ahora por qué pierdo los nervios cuando alguien se te acerca? Porque hay verdaderos motivos, Sara. Eres un caramelito que todo el mundo desea degustar sin mi permiso, ya lo has visto. Hasta a tu compañera le ha sido imposible resistirse al impulso de saborear tu dulce boca —comentó acariciándome los labios antes de besarme—. Y me apuesto el cuello a que no le importaría nada hacer

esto», añadió deslizando la mano hacia abajo, hacia mi interior, intentando reavivar mi cuerpo de nuevo. «Pero lo mejor de todo es que a ella sí le permitiría hacerlo; disfrutaría muchísimo viendo sus manos en tu cuerpo», añadió mientras yo me retorcía de placer. Fue oír eso y como si un jarro de agua fría cayera sobre mí, África. «¿Pretende que hagamos un trío?», pensé nada más oírlo. «Estoy seguro de que a ti también te gustaría, y yo estoy dispuesto a que lo probemos», apostilló, mientras su excitación aumentaba al pensar en aquella posibilidad y comenzó a besarme para recuperar la mía, pero eso le fue imposible después de lo que me acababa de decir.

África no dijo nada al escucharme, supongo que necesitaba asimilar lo que le acababa de contar. Pero el silencio se prolongó más de lo que yo deseaba, así que, nerviosa, la achuché.

—¡Di algo, por Dios, África! Te acabo de contar con pelos y señales lo que Mario me ha propuesto sin pasar por alto el detalle más importante: que él también ha pensado que puede que me gusten las mujeres.

—¿Cuándo has dicho eso? Yo lo único que he oído es que quiere hacer un trío, ¡para nada ha pensado en lo que a ti te apetecería hacer!

—No me refería a eso.

—¿Y a qué te referías, Sara?

—Me refiero a que ha dado por hecho que me gustaría tener una relación sexual con Samira y que disfrutaría de ello. Tal vez haya pensado eso porque sabe perfectamente que no siempre llego al orgasmo; aunque no me lo diga, sé que lo sabe. Y tal vez él también se ha planteado la posibilidad de que yo no termino de disfrutar por completo porque...

—¡Joder, Sara! Te prometo que estoy intentando seguirte y ser objetiva. Te juro que me estoy esforzando en comprenderte. Pero me es muy complicado creer que de verdad pienses eso. Yo lo único que veo, y en esto le tengo que dar la razón a Lola, es que es un capullo que no quiere más que sacar provecho de la situación. No sé si te atraen las chicas o los chicos, y tampoco te puedo ayudar a descubrirlo. Lo que sí sé es que te estás echando toda la culpa a ti y nunca te has planteado que tal vez sea culpa de ellos. De él, en este caso. Quizá realmente no te tratan como deberían. Tú misma me acabas de decir que, cuando se comporta como a ti te gusta, es el hombre ideal, y que en esas ocasiones logras disfrutar a nivel sexual. Por lo tanto, puede que el problema sea que él que no se esfuerza lo suficiente. Y otra cosa te voy a decir: me parece fatal que se haga el sueco cuando tú no lo consigues. Hacer el amor es muy satisfactorio,

no te lo voy a negar, pero no sólo por el placer que se experimenta mientras lo haces, sino por lo que tú consigues que sienta la otra persona.

—Te estás fijando sólo en una parte de la conversación, África.

—Me estoy fijando en la conversación por completo, cosa que creo que tú no has hecho... porque, si lo hubieses hecho, te hubieras percatado de que ni siquiera te ha preguntado si tú estarías dispuesta a hacer un trío. Automáticamente ha dado por hecho que lo harías tan sólo porque él así lo quiere, y eso es lo peor de todo, Sara.

—Estás hablando como Lola.

—Tal vez es porque me estoy dando cuenta de que ella tiene más razón de la que yo pensaba.

—Prométeme que no se lo vas a contar a Lola.

—Te lo prometo. Pero tan sólo si tú me haces otra promesa a cambio.

—¿Cuál?

—Que no harás nada mientras no estés absolutamente segura de que de verdad lo quieres hacer.

—Te lo prometo. Debo irme, es tardísimo y ya debería estar de camino a la oficina —me excusé para evitar escuchar su rapapolvo.

—¡Sara! Te lo digo en serio. Tal vez haya perdido un poco los nervios al exponer mi punto de vista, son las hormonas las que alteran mi temperamento, pero creo firmemente que, si al final decides hacer un trío, tienes que hacerlo por ti y no por él. Para meter a un tercero en una relación debe haber una confianza plena entre ambos miembros de la pareja y dudo de que ése sea tu caso, Sara. Ya oíste lo que nos contó Lola: en esos casos hay que estar dispuesta a compartir, pero también opino que es muy importante saber quién pertenece a cada uno y marcar ciertos límites. De la misma manera que pienso que, si lo que quieres es comprobar si te gustan las mujeres, creo que lo correcto sería que lo descubrieras poco a poco y en la intimidad. Y no creo que bajo la atenta mirada de Mario consigas crear ese clímax que en tu situación considero que es imprescindible. Prométeme que vas pensar en lo que te acabo de decir.

—Que sí, que te lo prometo. Adiós —me despedí mirando el reloj.

Al final resultó que África tenía razón, que sólo pensaba en su disfrute personal y así me lo ha ido demostrando día tras día.

*

—¿Pensando en mí? —me pregunta Sam dejándome unos papeles sobre la mesa.

—No, más bien pensando en lo estúpida que he sido.

—Es una pena, que no pensases en mí, digo. Y sobre lo otro... tú no eres estúpida. Lo que pasa es que eres demasiado buena.

—De buena a tonta va un paso, y yo ya he rebasado la línea con más de diez zancadas, así que imagina lo rematadamente idiota que me puedo llegar a sentir en estos momentos.

—¿Te apetece que lo hablemos luego? ¿Te invito a una copa?

—Gracias, pero hoy he quedado con Lola... quizá mañana.

—Perfecto, entonces mañana.

Los segundos pasan como si fuesen horas y que Mario me llame varias veces no ayuda a que los minutos pasen más deprisa. Cuando al fin son las seis, los nervios comienzan a crecer en mi estómago. Le he colgado tres veces el teléfono y no he contestado ninguno de sus mensajes. De hecho, los he borrado antes de leerlos. «El cabreo que llevará debe de ser monumental y supongo que estará esperando a que salga para volver a llamarme», reflexiono mientras oigo cómo parlotean Javier y Samira en el ascensor. No me imaginaba que iba a encontrármelo sobre su moto, frente a la puerta.

Nada más verlo, la respiración se me colapsa y las piernas se me bloquean, impidiendo que dé un paso más. Nuestras miradas se cruzan y, al comprobar la intensidad con la que me observa, inevitablemente empiezo a temblar. En esa mirada que antes veía pasión, que veía algo peligroso pero tentador, ahora no consigo adivinar más que furia, rechazo. Veo cómo sus ojos recorren cada centímetro de mi cuerpo mientras niega con la cabeza, desaprobando mi corto vestido. Intento ponerme en movimiento y camuflar mi miedo, pero apenas puedo dar un paso tras otro. Él percibe ese miedo como un depredador, nota el pánico de su presa antes de ser aniquilarla, y su ego se alimenta de ese temor. Intento buscar en mi interior el impulso que esta mañana conseguí al colgarle el teléfono o rechazarle las flores. «Pero esta mañana él no estaba delante de mí», pienso mientras camina hacia mí, confiado y soberbio.

Pero justo en ese momento, cuando ha recorrido un metro de distancia, un fuerte ruido de ruedas rechinando en el asfalto hace que nuestra atención se centre en el coche que ha aparcado junto a su moto. Aunque no puedo ver quién lo conduce, no me hace falta, porque sé perfectamente de quién es.

—¡Eh! Ni se te ocurra dar un paso más o te juro que te puedes ir despidiendo de tu mierda de moto —le grita mientras sale del vehículo como una loca, sacando un bate de béisbol del maletero.

Yo me quedo alucinada y con la boca abierta. Lola ahí, empuñando un bate de béisbol como un auténtico caballero de la Edad Media empuñaría su espada. Pero ella, como armadura, ha elegido una gabardina Dolce & Gabbana roja escarlata que resalta su cintura, una falda de tubo negra que se asoma tímidamente y unos taconazos de escándalo. Es una imagen surrealista la que registran mis ojos: Lola amenazando a Mario con hacer añicos su moto, pero a la vez tremendamente sexy y perfecta, como siempre.

Mario reconoce su voz tan bien como yo, pero, al contrario de lo que me pasa a mí, él no se alegra de ver allí a Lola, sino que la fulmina con la mirada, no sin antes repasarla de arriba abajo.

—¿Es una percepción mía o realmente siempre te estás entrometiendo en mi vida? —le espeta dirigiéndose hacia ella, desafiante.

—Mientras tu vida tenga algo que ver con la de mi amiga, no será una percepción, sino una realidad inevitable —responde altiva, mirándolo a los ojos con odio mientras lo señala con el bate.

Y por muy sorprendente que me parezca, Mario se queda callado, se sube a su moto y me dice, amenazante:

—Ya hablaremos tú y yo en otro momento.

Sé que Lola está esperando a que le conteste a Mario, pero él sabe que no lo haré, al igual que sabe que no siempre estará ella. Por un instante nuestras miradas se cruzan y es tal la furia que veo en sus ojos que me es imposible no agachar la cabeza. Él, al ver mi gesto, sonríe exultante antes de ponerse el caso y arranca su vehículo.

—Pero ¿por qué no le has contestado? —me recrimina Lola, perpleja y enfurecida a la vez.

—¿Y qué querías que le dijese? —me defiendo, encogiéndome de hombros.

—No lo sé... cualquier cosa. Olvídate de mí, vete a la mierda, que te jodan... la lista es interminable. Pero no, te has quedado ahí callada. ¿Dónde está la Sara que yo conozco? Esa que fue capaz de plantarle cara a la bruja de Andrea y su escoba infernal.

—Si la encuentras, me la presentas —le digo entrando en su coche, enfadada conmigo misma.

—Mira, Sara, sé que Mario te ha hecho mucho daño, mucho más de lo que imagino. Pero ahora que has tomado la decisión de romper por lo sano, no debes mostrarle tus inseguridades. Ahora más que nunca debes enfrentarte a él, aunque por dentro estés muerta de miedo. Puede que no te reconozcas en estos momentos... pero nunca, bajo ningún concepto, y esto es fundamental, debes hacerle creer que él tiene control sobre ti y jamás debes manifestarle lo vulnerable que

eres. Debes hacer todo lo contrario, sacar valor para afrontar estas situaciones, porque, hasta que él no vea que ya no le tienes miedo, seguirá buscándote y no te dejará en paz. Demuéstrale que estás dispuesta a todo por sacarlo de tu vida. Enséñale tu odio y no tu dolor, exhibe con orgullo tus cicatrices y no tus heridas sangrantes. Descúbrele tu capacidad de superación y de levantarte después de haberte caído. Y jamás, jamás, vuelvas a permitirle que te humille, que te pisotee o que te menosprecie. Tú vales mucho, Sara, ahora sólo debes confiar en ti.

Oír a Lola hablarme así hace que me dé cuenta de lo estúpida que he llegado a ser permitiéndole adueñarse de mi vida y unas lágrimas de impotencia resbalan por mis mejillas.

—¡¿Y cómo se hace eso, si no tengo valor ni para mirarlo a la cara?! —confieso cubriéndome la cara con las manos.

—Empezando por el exterior; está demostrado que nuestro cuerpo manifiesta con sus gestos lo que sentimos, nuestras emociones. Así que tú debes centrarte en ocultarle a Mario lo que sientes. Sara, aunque estés cagada de miedo, no se lo debes mostrar jamás. Se acabó eso de agachar la cabeza y desviar los ojos. Cuando lo vuelvas a ver, debes mantener la mirada y el cuerpo firme y nunca retroceder. Si poco a poco vas corrigiendo tu postura, terminarás reduciendo tu miedo —me explica Lola arrancando el coche.

—¿A dónde vamos? —le pregunto intentando tranquilizarme y limpiándome las lágrimas del rostro con una mano.

—De compras. Últimamente lo único decente que te compras son bolsos y zapatos. Incluso me ha extrañado verte con ese vestido, pero luego te he mirado hacia arriba y mis retinas aún están dañadas. ¡Por Dios, Sara! ¡Las monjitas de nuestro cole enseñaban más carne que tú últimamente! —dice mirándome de arriba abajo y desabrochándome los cuatro primeros botones para que la solapa del vestido caiga sobre mi escote y deje ver parte de él.

—Lola, no necesito comprarme más ropa. Es lo único que hago desde hace tiempo —me quejo lamentándome.

—Ya, pero tu criterio de lo bueno, bonito y atractivo está seriamente dañado y con lo que te compras ahora pareces una monja, Sara; reconócelo. Lo único con gusto que te compras últimamente son zapatos y bolsos.

—Lola, este vestido es nuevo. Me lo compré hace un mes.

—¿Y por qué no te lo has puesto antes? No, mejor no quiero saberlo. No me lo digas que me enciendo, Sara. ¡Qué hijo de puta! Me dan ganas de estamparle los sesos en su preciosa moto. ¡Joder, Sara! ¿Cómo le has permitido tanto?

—No lo sé, Lola. Supongo que pensaba que así conseguía que me quisiera más y que lo hiciera como yo deseaba que lo hiciese. Como te quiere Yago a ti o Juan a África —contesto derrotada.

—Sara, el amor no se debe forzar. No hay que cambiar tu forma de ser para que la otra persona te quiera más. Tu pareja te debe querer tal y como eres. Si intenta cambiarte es porque realmente no te quiere.

—Sí, pero tú has cambiado.

—Tienes razón, Sara, he cambiado, pero te aseguro que Yago jamás me ha pedido que cambie por él. En todo caso, hemos cambiado juntos, los dos, un poco él y otro yo. Eso es una relación de verdad. Cuando las dos personas siguen una misma dirección, no cuando una le impone a la otra qué dirección debe tomar y la velocidad a la que debe avanzar. Pero bueno... eso creo que te ha quedado claro ahora.

—Demasiado claro. Si algo tengo que sacar bueno de este calvario, es eso. Mario me ha enseñado claramente lo que no quiero en mi siguiente relación. Aunque, si te digo la verdad, no sé si quiero ninguna otra relación más.

CAPÍTULO 12

Recorremos las tiendas del centro comercial, pero realmente a mí, por raro que parezca, no me apetece comprarme nada. Es como si ya no tuviera esa necesidad de desahogo que sentía días atrás. Veo cómo Lola se prueba ropa e incluso me insiste en que yo haga lo mismo, pero en estos momentos no me siento con ganas de ello y mi mente no hace más que transportarme al pasado una y otra vez.

—¿Te gusta éste? —me pregunta mi amiga saliendo del probador, sacándome de mis pensamientos. Lleva un vestido entallado de escote barco largo hasta los pies, con dos aberturas laterales hasta la rodilla y manga tres cuartos. No es tan despampanante como lo que suele llevar Lola, pero hay que reconocer que le sienta muy bien.

—¡Es precioso, Lola!

—Pruébatelo tú.

—Ya te he dicho que no me voy a comprar nada, tengo la tarjeta de crédito en la UCI.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé; ya me lo has dicho —refunfuña tirando de mí hacia dentro del probador sin hacerme caso. A regañadientes, me meto dentro del vestido y, sin mirarme al espejo siquiera, me giro hacia ella para que vea cómo me sienta.

—Así te quiero ver a partir de ahora. Sencilla pero atractiva —declara obligándome a mirarme en el espejo—. Necesito que vuelvas a ser tú, Sara —añade poniendo su barbilla en mi hombro y pegando su mejilla a la mía, mientras las dos contemplamos mi silueta—. Éste te lo regalo yo, no te lo quites —me pide dándome un cachete en el culo antes de salir del probador.

—¿A dónde vamos? —demando al salir de la tienda y ver cómo acelera el paso tras responder a un mensaje.

—Hemos quedado con África y ya llegamos tarde.

—No entiendo a qué tanta prisa. Tampoco se va a mover de casa, así que...

Salimos del ascensor y, justo cuando estamos a punto de tocar el timbre, se abre la puerta y me encuentro de lleno con la persona que menos me esperaba encontrar. Un manojo de nervios comienza a

acumularse en la boca de mi estómago, como me pasa cada vez que él está cerca, y empiezo a entender a qué venía tanta urgencia.

—¡Sara! ¡Menuda sorpresa! —dice mirándome de arriba abajo—. Hola, Lola —saluda dándole un beso en la mejilla sin apenas rozarla.

—Hola, Julio —responde de igual forma.

Mis ojos pasan de Lola a África y de África a Lola, hasta que se centran en los labios de esta última. «A mí no me mires, esta vez fue idea suya», se defiende sin emitir sonido alguno, levantando las manos mientras señala a África. Aún no me puedo creer lo que han tramado.

Entonces miro de nuevo a Lola, que me muestra una sonrisa radiante y, antes de entrar, me da un beso en la mejilla y me susurra al oído:

—Aunque, como comprenderás, yo no me he opuesto, así que aprovecha la ocasión que te ofrecen tus amigas, Sara.

—Llegáis tarde —oigo que protesta África por lo bajini, tirando de Lola para dejarnos solos.

Justo en ese momento, Julio, para captar mi atención, se dirige a mí.

—Hace demasiado tiempo que no sé nada de ti. ¿Acaso me estás evitando?

Giro la cabeza y, con cara de sorpresa, lo miro a los ojos, pero no puedo aguantar la intensidad con la que él me escruta y agacho la mirada. Entonces Julio pone su dedo índice bajo mi barbilla y, obligándome, a mirarlo, me dice:

—Jamás bajes la mirada por un hombre. Ni siquiera por mí, bombón —añade en un tono meloso pero firme, acercándose a mi oído y acariciándome con cada una de sus palabras antes de darme un beso muy cerca de la comisura de la boca. Mi cuerpo reacciona inmediatamente y, antes de que mi cabeza registre lo que estoy haciendo, me doy cuenta de que mi lengua busca su sabor justo donde antes estuvieron sus labios. Es algo inconsciente, pero que él percibe con claridad, y se ríe satisfecho al comprobar cómo mi cuerpo responde cuando él está cerca.

—Hola, Julio —lo saludo con voz entrecortada y la respiración agitada.

—¿Tengo razón o estoy equivocado? —plantea sin soltarme la barbilla para que mire a sus profundos ojos verdes.

—Perdona... ¿Qué me has preguntado?

—Que si me estás evitando —responde con una sonrisa divertida.

—No, para nada. Lo que pasa es que he andado muy liada últimamente.

—Humm —emite con la garganta sin estar muy convencido de mi

respuesta—. ¿Y vas a seguir liada los próximos días? Echo de menos esas conversaciones tan reveladoras que teníamos.

Es oírlo decir eso y buscar a Lola con la mirada.

Y como por arte de magia, en ese preciso instante casualmente Lola sale de detrás de la puerta, lo que me hace sospechar que estaba escuchando, y responde:

—La verdad es que Sara ahora tiene una agenda totalmente libre, porque ha decidido pasar página de una vez por todas. ¿Verdad, cariño?

La fulmino con la mirada mientras noto cómo el calor asciende por mis mejillas, pero ella hace caso omiso y se mete dentro de casa de África, intentando contener la risa.

—¿Eso quiere decir lo que imagino? —demanda Julio resplandeciente, volviendo a mantener el contacto visual.

—Sí, supongo que sí —contesto encogiéndome de hombros.

—Entonces ya no hay ninguna razón para que no te llame —afirma metiendo sus llaves en la cerradura de su puerta.

—No, creo que no —suspiro derrotada.

—Perfecto. Me encantaría seguir charlando contigo, pero debo irme; he quedado y todavía tengo que ducharme. Llego tarde —se excusa antes de entrar por la puerta de su casa—. Ya nos veremos, ¿vale? —se despide con un rápido beso, esta vez en los labios.

Antes de entrar, cojo un poco de aire para intentar recuperar el control de mi cuerpo. Respiro profundamente y expiro un par de veces. «No puedo creer lo que acaba de suceder», me digo al entrar en casa de África y, pensando en cómo mis amigas han organizado todo esto, mi mente recrea la primera vez que lo vi.

*

Mario aún no vivía conmigo, así que yo disponía de un poco más de libertad y eso me permitía no tener que darle tantas explicaciones. Aquella noche Lola y yo habíamos quedado para ir a El Pingüino Helado. África se retiró después de cenar y Yago tenía un viaje, así que sólo estábamos Lola y yo. La velada prometía, porque Mario trabajaba en el turno de cenas y luego se iba al bar de Jaime. Aquella noche lo estábamos pasando bien. Lola me había prometido no sacar el tema de Mario, pero, así como quien no quiere la cosa, no hacía

más que presentarme a chicos y obligarme a que me fijase en todos y cada uno de los que había a nuestro alrededor.

—¿Has visto a aquel de la camisa a cuadros? Ese chico con gafas que tiene un aspecto muy intelectual y atractivo...

—¡Lola, ¿cómo te puedes fijar en todos?! Estás planeando cómo pedirle a Yago que se case contigo, por Dios —la reñí, molesta.

—Sara, los ojos los tenemos para mirar y disfrutar de lo que con ellos podemos ver —respondió observando a un chico de arriba abajo sin ningún pudor.

—Cierto, pero podrías ser un poco menos descarada —protesté cuando vi cómo él se percató de la manera en que Lola lo miraba.

—¿Por qué? ¿No miran ellos sin ningún disimulo?, pues yo hago lo mismo. Piénsalo de esta manera: imagina que estás en una galería de arte y tienes a todos esos hombres expuestos en sus vitrinas. ¿No los contemplarías de arriba abajo y de izquierda a derecha? Pues aquí igual; hay que mirar bien la mercancía antes de comprarla —me contestó, girándose hacia mí bebiendo de su copa.

—Ya, pero yo no quiero comprar nada.

—¡Y eso qué tiene que ver! Cuando vas a una galería no cierras los ojos para impedir ver los cuadros o las esculturas que allí exponen porque tú ya tienes cuadros en tu casa, sino que haces todo lo contrario. Contemplas esas obras de arte detenidamente, disfrutando de las maravillosas curvas de una figura. Te quedas extasiada al observar la belleza de esa obra y lo que te consigue transmitir con sólo mirarla. Pues esto es exactamente lo mismo, Sara, así que deja de cerrar los ojos y disfruta contemplando estos monumentos que la madre naturaleza ha creado para nosotras —argumentó cogiéndome de los hombros y girándome sobre mí misma para que mirase la pista de baile en vez de a ella.

Y fue en ese instante cuando lo vi por primera vez. Allí, en mitad de la pista, rodeado de chicas y con una sonrisa radiante, pícara y seductora que me enloqueció nada más verlo. Llevaba el pelo revuelto, como si nunca se hubiera peinado, pero se notaba que ésa era la impresión que le gustaba dar: la de un chico desenfadado y seguro de sí mismo. Cuerpo atlético, pelo castaño, ojos verdes y una sonrisa traviesa y seductora. El tipo de hombre que nunca se fijaría en mí, fue lo primero que pensé. Justo en ese instante, nuestras miradas se cruzaron y me fue imposible apartar la vista. Entonces él me guiñó un ojo y yo, rauda, me giré avergonzada.

—¡¿Qué?! ¿Te gusta?

—¿Quién? —pregunté aún ruborizada.

—¡¡El de la camisa de cuadros!! —respondió Lola sin percatarse de

que ni siquiera me había fijado en él.

—No es mi tipo —respondí para luego pegar un trago a mi copa.

—¡Uff! Desisto. Cuando quieras abrir los ojos, me avisas. Vamos a bailar, anda —propuso tirando de mí.

Estuvimos muy cerca de aquel chico alto de espalda ancha y con un cuerpo que me calentaba tan sólo de ver cómo movía sus caderas. Nuestras miradas se cruzaron en varias ocasiones, pero yo no le comenté nada a mi amiga, pues sabía que sería capaz de hacerse hueco entre las chicas que lo rodeaban tan sólo para presentármelo.

*

—¿Estás bien? —me pregunta Juan al terminar su partida en la PlayStation, devolviéndome a la realidad.

Yo le respondo con monosílabos, porque ahora toda mi atención está en lo que África y Lola cuchichean en la cocina.

—No te lo podía decir, Lola, se lo prometí. Si no te lo ha querido contar es por esto mismo. Porque tú observas, interpretas y después actúas sin ni siquiera preguntar. Eres demasiado impulsiva y, a veces, eso nos arrolla.

—¿Nos? —se defiende Lola.

—Sí, nos. No me malinterpretes, pero a veces tomas decisiones que no te corresponden. Tienes la suerte de que casi siempre suelen salir como tú esperas, pero aun así...

—África, lo hago por su bien. Demasiado me he contenido ya o, mejor dicho, me han contenido —responde refiriéndose a Yago.

Justo cuando decido que es el momento de intervenir, el móvil suena dentro de mi bolso. Rebusco dentro de él y, cuando lo localizo, no reconozco el número de teléfono. Un pensamiento fugaz pasa por mi mente. ¿Será Mario con otro número? Aun así, descuelgo, pero temerosa.

—¿Sí?

—Hola, bombón.

—¿Cómo has conseguido mi teléfono? —pregunto mirando a Juan, y el muy cobarde desaparece escaleras arriba al oírme hablar.

—Tengo mis métodos y te advertí de que me gusta jugar sucio.

—Sí, pero también me dijiste que no te gustan las complicaciones y toda yo soy...

—¿Un bombón? ¡Cierto! Un bombón que estoy deseando probar. De hecho, mi madre se acaba de ir. Así que estoy solo en casa, y estaba pensando en que estaría bien que pasases a enjabonarme la espalda. —Me quedo boquiabierta al oír lo que me acaba de proponer. La seguridad y el atrevimiento que tiene me dejan pasmada.

—¿No habías quedado?

—Sí, pero los planes se pueden cambiar en el último momento. Siempre pueden surgir imprevistos, Sara. Tú, por ejemplo, también has quedado con tus amigas, pero te acaba de surgir un imprevisto por el que deberías cambiar tus planes.

—¡Y ese imprevisto eres tú, claro!

—Veo que vas captando la idea.

—¿Y qué te hace pensar que voy a ir?

—Nada; de hecho, sé que no lo harás aunque lo estés deseando, pero aun así debía intentarlo.

—¿Y por qué estás tan seguro de ello? —pregunto mirando a la puerta.

—Sara, hay cosas que se saben sin más y ésta es una de ellas. Aunque no pierdo la esperanza de que algún día me sorprendas. —«Me repatea que tenga razón», pienso recordando que ya en otra ocasión la tuvo—. Bueno, como no has aceptado mi proposición, debo dejarte. Guarda mi número, esta semana te llamo —se despide antes de colgar.

Cuando entro en la cocina, Lola me pregunta con quién hablaba.

—Con Julio, pretendía que le enjabonase la espalda. ¿Tú le has dado mi número? —demando señalando a África con el móvil todavía en la mano.

—Juan me preguntó si se lo podía dar y yo...

—Espera, espera... —la interrumpe Lola—. ¿Estás diciendo que te acaba de llamar míster yogurín? —suelta Lola, sorprendida.

—Sí —le confirmo.

—¡¡¿Y qué coño haces aquí?!! No lo entiendo, Sara, no puedo llegar a procesar cómo has podido rechazar semejante oferta. Si yo fuese tú... —añade dejando volar su imaginación y dejándose caer sobre una silla.

—Ya, pero no lo eres y yo tampoco soy como tú y lo sabes. Además, ¡no estábamos hablando de eso! No cambies de tema. ¿Por qué le has dado mi número? —le pregunto a África, queriendo encauzar de nuevo la conversación.

—La que me estaba sermoneando hace un momento por meterme en mitad de su conversación. Sí, ya veo lo bien que observas tú desde la grada... —interviene Lola dirigiéndose a África.

—No es lo mismo, Lola. Yo sólo le proporcioné el número, tú quieres empujarla a sus brazos —replica señalando hacia la puerta para rememorar el momento en el que Julio y yo nos hemos encontrado—. Además, me lo pidió hace mucho tiempo.

—¿Que yo qué? ¿Quién insinuó que estaría bien que Julio y Sara coincidieran?

—Sí, pero sólo fue una sugerencia.

—Porque sabías que, en cuanto me lo propusieras, yo iba a estar más que dispuesta.

—Mi idea era proporcionarles la oportunidad de que se viesen de nuevo, luego eran ellos los que debían decidir si quedar o no. En cambio, tú has forzado la situación, como haces siempre.

—Si no llego a intervenir, la conversación se hubiese quedado en un hola y adiós.

—¡Bueno, da igual, dejaos ya de tonterías! Acabo de salir de una relación muy complicada y, aunque no voy a negar que Julio me atrae, de momento sólo me interesa como lo que ha sido hasta ahora, un buen amigo —aclaro con un tono de voz muy firme y convincente.

—¡Más que amigos, diría yo! ¿Se puede saber cuándo pensabas contarme que ya habéis quedado anteriormente?

—Yo no he quedado nunca con él. Hemos coincidido en el parque en varias ocasiones, pero yo aún no sabía que él era Julio. Tan sólo hablábamos, nada más —le respondo alterada, alzando la voz.

—Pero ¿qué os pasa? ¡Esto parece un gallinero! Queréis dejar de discutir y hablar las cosas como buenas amigas —participa Juan en tono conciliador, rodeando a África por la espalda y acariciando su barriga de forma entrañable y cariñosa—. Esto no es bueno para mis niñas y tampoco para vosotras, así que dejad de tiraros los trastos a la cabeza y hablad de lo que os preocupa con sinceridad, sin buscar culpables. Como siempre lo habéis hecho.

—Tienes razón, cariño —acepta África, acariciándole la mejilla y girando la cabeza para darle un pequeño beso—. Lola, si no te dije nada de ese encuentro que tuvo Sara fue porque ella me lo pidió y sabía que, cuando ella estuviera preparada, te lo hubiese contado. Y sí, yo también he estado preocupada por la relación que mantenía con Mario. Es más, ha sido una alivio que lo dejases —añade mirándome a mí—, pero, si te doy la razón, no tengo forma de frenarte, Lola, y francamente, si te dan carta blanca, eres temible... y hay veces que las cosas deber ir resolviéndose poco a poco. —Lola guarda silencio, reflexiona sobre lo que África está diciendo y ella continúa—. Mira, Lola, te voy a poner un ejemplo: si a las dos nos mandasen tirar un muro para liberar a alguien, tú cogerías una grúa y lo derribarías en

un segundo, pero, tal vez, a la persona que se encontrase detrás de ese muro le abrumaría la sensación de libertad. Eso no quiere decir que dicha persona no esté deseando ser libre, sino que quizá aún no está preparada para ello. En cambio, yo primero le hubiera abierto una ventana para que pudiera contemplar el exterior y prepararse para su futura libertad. Después no te digo que hubiese ido a por la grúa, pero no sin antes permitirle que se fuera haciendo a la idea, que se adaptase a lo que le esperaba, a ese cambio. Con esto no quiero decir que tus métodos no sean eficaces, pero necesito que comprendas que no con todas las personas se pueden emplear. Y Sara es una de ellas.

—No te pongas en plan terapeuta conmigo, África. Entiendo lo que dices y puede que tengas razón, pero, aun así, me hubiera gustado enterarme.

—Hagamos la prueba. Te voy a contar lo que pasó esa noche y luego me vas a responder sinceramente lo que hubieses hecho, ¿vale? —le propongo mirándola a los ojos.

—Para esta conversación creo que no debe faltar una copa entre las manos. Tú, una infusión —le señala Juan con una sonrisa a África, intuyendo lo que voy a contar.

—¿Y una cerveza? La levadura de cerveza es muy buena para la leche —suplica tocándose los pechos.

—Está bien, la ocasión lo merece. Id al salón, yo os lo llevo y os dejo tranquilas. Luego me iré a comprar. ¿Os quedáis a cenar?

—No, yo no. Yago saldrá en un par de horas y quiero pasarme antes por el *gym*.

—¿Y tú, Sara?

—Quería pasar a ver a mi madre. No sé... ya veré.

Juan nos sirve unas cervezas, unas patatas y unas olivas para picotear. Le da un beso rápido a África y después besa su barriga.

—Cuida bien de tu madre mientras yo no estoy —le dice a Alma a modo de despedida, antes de salir por la puerta.

CAPÍTULO 13

Las tres nos sentamos alrededor de la mesa baja del salón y yo comienzo a relatar la noche que coincidí con Julio en el parque.

—Mario y yo llevábamos varios días barajando la posibilidad de que se viniese a vivir a mi piso. Ya sabéis que él estaba de alquiler en el apartamento de al lado y desde hacía tiempo me insistía en que veía absurdo estar pagando un alquiler cuando la mayor parte del día estaba en el mío, y puede que tuviera razón, pero que él tuviese su espacio y yo el mío a mí me permitía disponer de un poco más de libertad. Jamás imaginé que llegaría a pensar así, pero lo cierto es que, aunque desde siempre he deseado formar una pareja consolidada con alguien y compartir mi vida con esa persona, había algo en Mario que me frenaba a dar ese paso. El caso es que esa semana tuvimos una gran bronca. Mario insistió tanto y yo me negué tanto que pensó que si no aceptaba su propuesta era porque había una razón. Por supuesto que sí que la había, pero la razón que él barajaba no era la misma en la que yo me basaba para negarme a que viniese a vivir conmigo. Aquel día, antes de irme a trabajar por la mañana, me dijo: «Si no quieres que venga a vivir contigo, sólo puede ser porque realmente no estás apostando por nuestra relación tal y como yo pensaba. Así que pienso que mejor hagamos como tú dices, cada uno en su casa, y hagamos lo que nos venga en gana a cada uno». Yo no le di importancia a sus palabras, pues nunca pensé que lo que me acababa de decir fuera una amenaza. Ahora que lo conozco de verdad sé que eso era un ultimátum. Salí de casa, cogí el coche y me fui a trabajar. Lo que no me imaginaba era encontrarme con la escena que me encontré al volver del trabajo —digo haciendo una pausa para beber de mi cerveza. Ni África ni Lola añaden nada, tan sólo me miran expectantes, esperando a que continúe—. Al llegar al garaje, aparqué en mi plaza como todos los días, pero justo cuando iba a salir del coche, Mario apareció con su moto. Entonces, como un acto reflejo, cerré rápidamente la puerta y me quedé dentro del vehículo. Una columna me impedía una visualización completa, pero eso también me permitía permanecer oculta. Sólo debía ladear un poco la cabeza

para ver que Mario llevaba a una chica detrás. Estoy segura de que él sabía que yo iba a estar allí y creo que por eso actuó como lo hizo; de hecho, en varias ocasiones nuestras miradas se cruzaron, pero eso no le impidió llevar a cabo lo que él había planeado. Cuando los dos se apearon de la moto, Mario dejó los cascos en el suelo, la besó y la levantó para sentarla en el asiento frente a él, abrió sus piernas y deslizó una de sus manos por el muslo de la chica. En ese momento estuve tentada de cerrar los ojos para evitar ver lo que éstos me mostraban, pero no lo hice... y él lo sabía. Otra hubiese salido del coche y lo hubiera mandado a la mierda; por supuesto es lo que tú hubieras hecho, Lola —añado antes de que me interrumpa—. Igual eso era lo que él buscaba, pero no fue ésa mi reacción. Simplemente me quedé allí, mirando cómo ella arqueaba su espalda mientras él introducía sus dedos dentro de su minúsculo pantalón. Le hizo disfrutar tanto como a mí cuando llevaba los zapatos rojos. Zapatos que en ese momento ella también llevaba, y eso me hizo pensar que a todas se los regalaba. Fue repugnante averiguar aquello y decidí que ya tenía suficiente. No quería ver más... pero tampoco quería subir a casa y escuchar a través de un vaso cómo ella se apoderaba de los orgasmos que me pertenecían, así que, a hurtadillas, salí del garaje y me fui al parque. No podía quitarme esa imagen de la cabeza y me sentí hundida al darme cuenta de lo que siempre habían significado los zapatos. No me los compró a mí, sino que los compró para verla a ella mientras era mi cuerpo el que tocaba, y eso me dolió muchísimo. Eso estaba meditando, ahogando mis penas mientras mecía mi cuerpo hecha un ovillo en un banco. Justo en ese instante apareció Julio. «¿Estás bien? ¿Te puedo ayudar en algo?», me preguntó, sentándose a mi lado al verme acurrucada, con las rodillas flexionadas y los brazos cruzados sobre ellas para poder enterrar mi cabeza. Yo no dejaba de llorar y puso una de sus manos sobre mi espalda, intentando consolarme. «No, no estoy bien, pero tampoco me puedes ayudar. Soy una estúpida, sólo eso. Siempre lo seré y eso no tiene solución», respondí sin levantar la cabeza. «No creo que seas una estúpida», me corrigió. «¿Ah, no? ¿Y cómo lo sabes, si ni siquiera me conoces?», repliqué mirándolo a la cara mientras me secaba las lágrimas con el puño de mi camisa. «Porque tengo un sexto sentido para las mujeres y nunca me fijo en mujeres estúpidas. —Eso, por la razón que fuese, me hizo sonreír, y añadió—: Tal vez, si me cuentas lo que te sucede, eso te ayudaría a desahogarte. No me conoces y seguramente no nos volveremos a ver, así que tienes la ventaja de que no vas a tener que dar más explicaciones de las que tú quieras. Mi madre dice que oír en voz alta los propios pensamientos es el mejor consejo que te puedes

dar a ti mismo, porque a veces, hasta que no oyes lo que piensas, no eres consciente de lo que realmente sucede.» Lo medité un poco y le respondí: «Es un buen consejo el que te da tu madre». «Lo sé. Ella es la mejor», afirmó satisfecho y con un brillo en los ojos al recordar de quién hablaba. Y por la razón que fuese, le comencé a contar lo que me había pasado. Sé que suena absurdo, pero, cuando me arranqué, ya no pude parar, porque eso me estaba ayudando no sólo a sentirme mejor, sino a darme cuenta del pozo fangoso en el que me había metido. «¿Quieres que te dé mi opinión?», me preguntó cuando terminé de contarle toda la historia. «No, mejor no», le contesté.

»Es ridículo lo sé; él llevaba un rato escuchando mi miserable situación y yo no estaba dispuesta a escuchar lo que opinaba al respecto. ¡Pero lo que más me sorprendió fue que no me la dio! Y eso es lo que más me gustó. Jamás me había pasado eso, no sé si me explico. Mario nunca me ha preguntado, él me da su opinión me apetezca oírla o no. Lo suyo es una contaminación acústica en toda regla. Se jacta de decir las cosas claras y a la cara, pero eso no es respetar a los demás. Respetar a los demás es eso, lo que hizo Julio, escuchar cuando alguien necesita ser escuchado y opinar cuando ese alguien te pide su opinión. Así de sencillo. Con esto no quiero que me malinterpretéis, me encanta que me aconsejéis, pero hay veces en las que lo único que una persona necesita es que la escuchen. Cuando os cuento algo siempre tenéis una respuesta, la quiera o no. Mi hermana, mi madre y, por supuesto, mi padre me han dado su punto de vista a lo largo de toda mi vida, estuviera yo preparada para oírlo o no. Todos opinamos sobre la vida de los demás, aunque nos digan que no queremos saber lo que piensan, incluida yo. Por eso creo que me gustó tanto esa muestra de respeto que tuvo conmigo. Llamadlo casualidad o destino, pero a partir de esa noche nos encontrábamos a menudo; a veces nos sentábamos en el mismo banco en el que nos conocimos y otras, simplemente, nos saludábamos. Es como si alguien lo hubiera puesto en mi camino para abrirme los ojos. Incluso, días antes de nuestra conversación en el parque, yo ya me había fijado en él, una noche que salimos solas Lola y yo. Tú no hacías más que intentar liarme con cualquiera —le digo refiriéndome a Lola—. Aquella noche él estaba allí en la pista de baile, pero ni siquiera me di cuenta hasta que Julio me lo recordó días más tarde.

—Es que, si llego a tener conocimiento de todo esto, te aseguro que aquella noche es el principio y el fin de tu vida sentimental —responde la aludida.

—Bueno, eso ya no importa. La cuestión es que constantemente me lo encontraba por todos lados. Era como si hubiera un microcosmos en

torno a nosotros. Lo más increíble es que un día vine a ver a África para contarle todo esto y... ¿a quién me encontré en su casa?

—¡No! —responde Lola, sorprendida y a punto de que sus ojos salgan disparados y choquen contra mí.

—Sí —le confirma África—. Me acuerdo de que abrí y entraste como una exhalación, no me diste tiempo ni a decirte que había gente en casa. «Tengo que contarte algo», soltaste tirando de mí hasta el sofá. Pero en ese momento salió Julio de la cocina y a Sara casi le da un infarto.

—¿Y qué es lo que pasó? —pregunta Lola, ansiosa por saber.

—Yo no podía ni hablar, me bloqueé por completo. Todo lo contrario que le pasó a él.

—Recuerdo que en el caso de Julio fue verla e iluminarse su cara como un árbol de Navidad y dijo: «¡Hombre! Mi extraña y enigmática amiga». «¿Perdona, os conocéis?», pregunté desconcertada. Me acuerdo de todo como si esto hubiera pasado ayer; sus respuestas no pudieron ser más contradictorias, pues tú dijiste que no, y él, que sí —cuenta África, riéndose—. Y yo en medio de todo aquello y sin entender nada. Lo único que tenía claro era que había surgido algo de lo que ni Lola ni yo éramos conscientes y que tal vez con el tiempo... No había más que ver la forma en que os mirabais.

—«¿No?», preguntó Julio sin dejar de mirarme y dando un paso al frente —continúo—. Casi me muero cuando oí su puntualización. «Bueno... sí, coincidimos el otro día en el parque, pero no sé ni cómo te llamas, por eso he dicho que no», aclaré. Entonces él se acercó y me dio dos besos para presentarse.

—No, perdona, eso no es lo que sucedió —interviene África, negando con el dedo en el aire—. Tú créeme a mí, Lola. Cuando dijo ese «no» interrogativamente, la manera en que te miró fue arrolladora. Hasta yo sentí cómo me subía la temperatura, y eso que esa mirada no era para mí. Y cuando ya se acercó a darte dos besos... ¡Madre mía, Lola! —dice abanicándose con la mano—. «Me llamo Julio», se presentó lentamente, como si con su nombre quisiera acariciar tu alma. ¡Uff! Si es que es recordarlo y mira cómo se me pone la piel. Carne de gallina, tengo; esto deben de ser las hormonas, porque me estoy excitando con sólo pensar en ese instante —comenta haciéndonos reír a todas—. Te juro, Lola, que fue digno de ver. La cosa es que siempre he pensado que Julio tiene mucho potencial —añade dándole doble sentido a la frase.

—Pues desaprovechaste tu oportunidad, guapa —interviene Lola.

—Esto que quede entre nosotras —añade mirando hacia la puerta y bajando la voz—. No sabéis cómo me arrepiento de que fuese Oliver

en vez de Julio. —Es oírla decir eso y las tres reírnos a carcajada limpia—. Es en serio, chicas, nada que ver cómo besa uno y cómo lo hace el otro —añade sin parar de reír y secándose las lágrimas.

Cuando ya al final nos tranquilizamos un poco, es Lola la que retoma la conversación.

—¡Lo que no entiendo, Sara, es cómo seguiste con Mario después de hablar con Julio! Por lo que has contado, parecía que al escucharte a ti misma te habías dado cuenta de que debías sacar a pasear al Chucho o abandonarlo en una cuneta.

—Y así era, pero, cuando llegué a casa, Mario me estaba esperando en el sofá con la cabeza entre las manos, como si estuviera sufriendo la mayor de las torturas. Nada más verme, me preguntó: «¿Dónde estabas? ¿Llevo un siglo llamándote?». «El teléfono se me cayó en el coche y por eso no oí tus llamadas. ¿Para qué querías hablar conmigo?», le pregunté confusa. «¿Cómo que para qué? ¡Estaba preocupado!», me contestó, y realmente nada en su mirada me hacía sospechar lo contrario. El caso es que me daba igual si era cierto o no. Estaba muy segura de que no iba a consentir ni una sola mentira ni humillación más por su parte después de la conversación con Julio; estaba dispuesta a dejarlo, pero entonces me confesó algo que me hizo cambiar de idea y me apiadé de él.

—¿Y qué milonga te contó esta vez? —soltó Lola desilusionada.

—Para empezar, me pidió perdón. «Sara, perdóname, he sido un gilipollas. Esta mañana me enfadé tanto porque no querías que viviésemos juntos que deseé acabar con lo nuestro de una vez por todas sin darte ninguna explicación. Sé que no merezco tu perdón, porque soy un canalla y es despiadado lo que te voy a contar, pero es la verdad. Cuando te fuiste a trabajar, llamé a Daniela, mi ex. No sé exactamente por qué acudí a ella y no a Jaime, pero lo hice. Tal vez fue porque ella sabe golpear donde duele y necesitaba su impulso y su ayuda para llevarlo a cabo. Ya te he dicho que estaba muy cabreado y sabía que, si iba al bar a hablar con Jaime, él me haría razonar y en esos momentos yo no quería razonar. Tu rechazo, para mí, es como si lo nuestro fuese un pasatiempo para ti, al igual que lo ha sido siempre para Daniela. Ella nunca se tomó en serio nuestra relación y pensar que otra vez se repetía la historia me hizo creer que estabas jugando conmigo... y eso me dolió tanto que no pensé con claridad.» Apiadándome de él, le dije con ternura: «Mario, pero yo no soy ella, eso lo debes tener claro». «Es cierto y siento profundamente haber pensado eso. Pero déjame terminar, por favor, necesito que me conozcas de verdad. Que sepas lo ruin que puedo llegar a ser. Luego me iré, te dejaré tranquila. Eres demasiado buena para alguien como

yo. La cosa es que, al negarte a vivir juntos, para mí fue una manera de decir que no quieres comprometerte con alguien como yo y créeme que lo entiendo. Porque soy una escoria y no me merezco estar a tu lado. La cosa es que tú me haces ser mejor persona y eso me gusta, sacas lo mejor de mí. Y por eso quiero explicarte lo que ha sucedido, para que no pienses que tú has tenido parte de culpa. Porque, en realidad, toda la culpa ha sido mía. Estoy acostumbrado a otro tipo de relaciones, relaciones en las que dos personas juegan a ver quién hace más daño a quién, y por eso no acabo de saber cuál es mi papel en esta que tenemos nosotros. A Daniela le gusta jugar duro, le apasiona crear situaciones extremas, y tengo que reconocer que en cierto modo a mí también. Pero al final esos juegos llegan a autodestruir a una pareja. Por eso acudí a ella; ahora sé que recurrí a la persona menos indicada, pero también sabía que era la única que estaría dispuesta a llevar a cabo una idea tan retorcida y descabellada. De hecho, fue ella quien me propuso lo que has visto en el garaje. Sé que estabas allí y que nos viste. Pero te prometo que no disfruté tanto como pensaba en un principio cuando Daniela me explicó su idea. Es más, cuando me vi reflejado en tus ojos, me di cuenta del dolor que te estaba causando. Y te prometo que no pasó nada más de lo que viste. Tan pronto como te fuiste, me percaté del error tan grande que había cometido y por eso salí en tu busca. Pensé que habías subido a casa, pero, cuando llegué, no estabas y eso me hizo volverme loco. Y mucho más cuando no respondías a mis llamadas. Así que me derrumbé y entendí que te había perdido para siempre; sólo quería aclararte el porqué de mi comportamiento. Ahora ya puedes seguir odiándome.» Ésa fue su explicación, Lola. Y te juro que, por muy claro que en un principio tuve que lo nuestro se había acabado, me apiadé de él... y entendí su forma de comportarse. Yo lo ayudaba a ser mejor persona y ella conseguía el efecto contrario. Por eso me eligió a mí y por eso decidí vivir con él. Para demostrarle que yo era mejor que ella en todos los aspectos. Me hice una promesa a mí misma: que conseguiría que olvidase a Daniela. Aunque está visto que nunca lo logré, siempre he tenido su sombra a mi alrededor. Lo que nunca imaginé fue que, al intentar que él se olvidase de ella, en el olvido me perdería yo antes que ella.

Por muy raro que parezca, ninguna de las dos dice nada, incluso Lola permanece callada. Al parecer, por primera vez han entendido por qué seguí con él.

Justo en ese momento entra Juan, cargado de bolsas del supermercado, rompiendo nuestro silencio. Lola y yo nos levantamos para ayudarlo con la compra y, cuando terminamos de guardarlo todo

en los armarios, Lola anuncia que se va al gimnasio, pero, antes de irse, se acerca a mí y, mirándome a los ojos, me declara:

—Entiendo lo que nos has contado, pero quiero que te queden claras dos cosas. Por mucho que él te dijera que no pasó nada, no creo que fuese así.

—Yo tampoco, ahora lo sé. Creo que Daniela no sabía nada de todo esto y tan sólo fue un reencuentro para ella. Aunque no para Mario, él pensó que tal vez podían volver a estar juntos y, cuando ella le aclaró las cosas, volvió a buscarme.

—Perfecto. Me alegro de que lo tengas claro. Porque lo que quiero que te entre en la cabeza es que es normal que volviese a buscarte, Sara. Mario es un cabrón, pero de tonto no tiene ni un pelo, y sabe que no puede encontrar a nadie mejor que tú, porque no es que a él le hagas ser mejor, sino que sacas lo mejor de todo el que te rodea. Lo que pasa es que la versión buena de Mario dura lo que dura un tráiler que te deja buen sabor de boca y te hace imaginar que la película original merece la pena. No sé si me entiendes.

—Perfectamente.

—Así me gusta. Y dicho esto, me voy. ¿Tú qué haces, te quedas o te llevo?

Estoy tentada de quedarme y África insiste en que lo haga, pero al final decido irme. Hace tiempo que no visito a mi madre y sé que se quedará más tranquila si me ve después de lo sucedido.

—Mejor me marcho —digo despidiéndome de África.

De camino a casa de mi madre, no dejo de pensar en lo que sucedió después de que perdonase a Mario y accediera a que viviésemos juntos para demostrarle que yo apostaba por lo nuestro y que estaba dispuesta a luchar por ello.

*

Al día siguiente, Daniela vino a verme. Mario trabajaba y, cuando abrí la puerta, creí que el mundo se balanceaba bajo mis pies.

—¿Puedo pasar?, tan sólo quiero hablar contigo —me pidió en tono conciliador y tranquilo.

Sin decir nada, abrí más la puerta y la dejé entrar.

—Mario no está aquí, si lo estás buscando —la informé, indicándole el sofá para que se sentase.

—Sé que no está. De hecho, si supiera que estoy aquí contigo, me arrancaría la piel a tiras, pero creo que te debo una disculpa y una explicación sobre lo que viste ayer. No sé qué es lo que él te habrá contado, aunque en realidad me lo imagino. Tiene la capacidad de convencerte de cualquier cosa que él se proponga, por muy evidente que sea la contraria. —Yo no respondí y ella bajó la mirada antes de continuar—. Supongo que sabrás quién soy. —Afirmé con la cabeza y ella, encogiéndose de hombros, me ofreció su mano al presentarse—: Soy Daniela.

—Lo sé. Pero no entiendo muy bien a qué has venido —manifesté con un tono cortante, sin aceptarle la mano y sentándome e invitándola a que hiciera lo mismo.

—Ya te lo he dicho, creo que te debo una explicación. Vi que nos vistes y se me revolvió el estómago. Tu cara de decepción, de dolor... en fin... desde ayer no consigo quitarme de la cabeza la forma en que nos miraste y creí que, si hablaba contigo, este sentimiento de culpa desaparecería, pero es más complicado de lo que pensaba —explicó como si estuviera hablando consigo misma.

—Es Mario quien me debe una disculpa, quien debe sentirse culpable. No tú —le respondí para quitarle ese peso de encima.

—Ya, pero sé que él no te habrá contado la verdad y yo necesito que la sepas.

—Como desees. ¿Quieres tomar algo? ¿Un café?

—Un vaso de agua, por favor. —Me levanté y, mientras me dirigía a la cocina percibí cómo ella ponía en orden sus pensamientos, buscando la forma más adecuada para contarme aquello que la atormentaba. Le dejé el vaso de agua fría sobre la mesa. Daniela dio un sorbo y, tras una breve pausa, empezó a hablar—. Comenzaré por el principio. Mario y yo nos conocimos en una despedida de soltero, en el bar de su amigo. Soy *stripper* y bailarina de barra. Normalmente no me suelo liar con nadie mientras trabajo, y mucho menos intercambiar los teléfonos, pero Mario puede llegar a ser muy convincente y conseguir lo que pretende. El caso es que volvimos a quedar y tengo que reconocer que, si se lo propone, Mario sabe cómo engatusar a una mujer, tanto fuera como dentro de la cama... pero tan sólo cuando tiene un verdadero interés por ella. Siempre he pensado que lo que le gusta es la seducción, pero, una vez que consigue a esa mujer, pierde el interés y se convierte en un verdadero cretino. El caso es que yo soy un hueso duro de roer y conmigo nunca obtuvo lo que puede que obtenga de ti.

—No sé a qué te refieres —respondí distante.

—Sara... ¿te llamas así, verdad? —dudó, pasando una mano sobre

la mía con gesto cariñoso; yo asentí con la cabeza mirando su mano y ella la apartó—. Mario necesita controlar todo aquello que posee, y tú, como en su día lo fui yo, eres una posesión más. Poco a poco y sin darte cuenta irá cerrando tu círculo de amistades, hasta que sólo te quede él, para que nadie excepto él pueda dirigir tu vida. Conseguirá dominar tu cabeza de una manera tan sutil que llegarás a pensar de la manera que él pretende y adaptarás tu forma de actuar a su forma de pensar, con la esperanza de recuperar al hombre que es cuando se lo propone, aquel que te conquistó. Mario puede ser mezquino y creo que debo advertirte.

—Él me contó que lo echaste de tu casa, que lo utilizaste.

—Es cierto que lo eché de casa, pero fue la única manera de acabar con nuestra relación. Debía cortar por lo sano antes de que se apoderase de mi vida por completo. Ya es dueño de mi corazón y no puedo permitir que lo sea también de mi vida. Mario quería que yo dejase mi trabajo, pero nunca lo consiguió. Mi trabajo me apasiona y, mientras pueda hacerlo, no lo voy a dejar ni por él ni por nadie. Quien quiera estar a mi lado debe aceptarme tal como soy y confiar en mí. Sé que no es fácil lo que pido, debido a lo que me dedico, pero es algo inamovible. Al ver que no conseguía lo que él pretendía, comenzó a obsesionarse. Llegó a dejar su trabajo para acompañarme a las actuaciones. En un principio me gustaba la idea de tenerlo cerca, me aportaba seguridad, pero los celos se apoderaban de él y llegó a ponerse violento en varias ocasiones.

—Y si es así, tal y como me cuentas, ¿por qué volviste a liarte con él?

—Ya te lo he dicho. Es muy hábil y sabe que sigo sintiendo algo por él, aunque sé que lo nuestro nunca podrá llegar a ser. A decir verdad, no creo que haya una mujer que pueda llegar a ser verdaderamente feliz a su lado. Pero tengo que reconocer que, de vez en cuando, nos seguimos viendo. Nos liamos cada cierto tiempo y, mientras entre nosotros haya cierta distancia, la cosa va bien. Porque yo dispongo de mi libertad, aunque eso a él lo corroe por dentro, pero más tarde o más temprano siempre vuelve a mí. Lo nuestro es pura atracción sexual y, cuando nos reencontramos, es tal la obsesión que sentimos el uno por el otro que somos dos cuerpos en combustión.

—Vale, pero no entiendo por qué me cuentas eso ahora. ¿Por qué debo creerte a ti y no a él?

—Porque yo no consigo nada al contarte esto, al contrario. Ya te he dicho que no creo que Mario logre jamás hacer feliz a una mujer, porque sólo desea a una y ésa soy yo. Pero yo no estoy dispuesta a que me controlen y eso a él lo mata. Piensa en lo que te he contado, Sara,

y no creas que he venido aquí a recuperarlo. He venido aquí porque vi el dolor en tu mirada y es algo en lo que no estoy dispuesta a colaborar. Si eres un poco lista, y considero que lo eres, comprobarás lo que te he dicho. Búscame en Facebook, mira todas las fotos en las que aparezco con él y sabrás de qué te hablo —concluyó a modo de despedida antes de irse.

Nada más cerrar la puerta, me lancé a por el teléfono, pues necesitaba contárselo a alguien. Pero ¿a quién? Si se lo contaba a Lola, me decapitaría por no hacerle caso, y África se lo contaría a Lola si viese que seguía con él. Otra opción era Sam, pero... ¿podía confiar hasta ese punto en ella? Así que la única posibilidad que me quedaba era ese chico del parque. «Ese que sabe más de mí que mis propias amigas y que, al parecer, la diosa fortuna ha puesto en mi camino por alguna razón», agradecí acordándome de Julio.

CAPÍTULO 14

Cuando entro por la puerta, mi madre se echa a mis brazos, alegrándose de verme.

—Hola, mamá.

—Estaba preocupada por ti. ¿Qué es lo que ha sucedido? Mario llamó a casa muy alterado y luego no te localizábamos por ninguna parte. Menos mal que tu hermana habló con Lola.

—Mario y yo hemos terminado, mamá. Es difícil de explicar, pero digamos que llegó un punto en el que era muy complicado permanecer a su lado.

—Sara, cariño —dice acariciándome la mejilla—. Sé perfectamente a qué te refieres. Tu padre no era precisamente un hombre que pusiera las cosas fáciles, y creo que Mario se parece a él en muchos aspectos —añade con dulzura, esclareciendo un poco lo que Nieves y yo siempre hemos sospechado. Era un hombre muy autoritario. Por suerte la enfermedad que padeció le hizo ver la vida de otra manera y, aunque siguió siendo irascible por naturaleza, sus estallidos de ira disminuyeron considerablemente en sus últimos meses de vida. Ese carácter es el que empujó a mi hermana a salir huyendo del ambiente que se respiraba en nuestro hogar. Una dictadura impuesta por el dueño y señor de la casa.

—Mamá... ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro, hija mía, pregúntame lo que quieras.

—Si no eras feliz junto a papá, ¿por qué seguiste con él? Dices que Mario te recuerda a papá —ella asiente con la cabeza—, y puede que tengas razón; por tanto, no entiendo por qué has permanecido a su lado tanto tiempo. Yo no he logrado soportar a Mario ni un año, y no creas que no me he esforzado. ¿Por qué tú sí? ¿Acaso papá no era como aparentaba ser?

—¡¡Ay, hija mía!! —exclama expulsando el aire de sus pulmones mientras comienza a preparar uno de sus deliciosos tés de las conversaciones serias antes de sentarse frente a mí—. Yo me crie en otra época y me educaron para seguir al lado de mi marido pese a lo abrupto que fuese el camino que debía recorrer con él. Te confieso que

no siempre fue como tu hermana y tú lo conocisteis. Antes de nacer vosotras, era un hombre completamente diferente. Claro que tenía sus momentos de locura puntuales, pero eran ocasionales, y yo me vi capaz de aguantarlos o capear esas situaciones cuando me casé con él. Luego naciste tú y él se sintió desplazado. Muchos hombres no aceptan pasar a un segundo plano cuando llegan los hijos a casa y eso es lo que le sucedió a tu padre. No pensábamos tener más hijos; estabas tú y para él, compartirme contigo, ya era todo un reto que comenzaba a tolerar. Pero llegó tu hermana, una hija que no fuimos a buscar, como sí fue tu caso, y que para su desgracia tenía el mismo carácter que él. Nieves siempre ha sido tan terca como tu padre. Y eso en más de una ocasión me puso a mí en situaciones muy complicadas. Esa época fue muy dura para mí, porque ambos exigían mi atención, mis cuidados, mi cariño... y entre ellos había una rivalidad palpable por ello. Estaban continuamente en una competición y eso a mí me ponía muy nerviosa. Nieves era un bebé y hubo momentos en que, para intentar complacer a tu padre y que el día a día fuese más llevadero, te cargué a ti con mis obligaciones. Y eso no ha sido nada justo para ti, cariño. Pero tú, por tu forma de ser, hacías fácil lo difícil. Y eso me facilitaba mucho las cosas. Eras una niña tan dulce y encantadora... —me halaga mi madre, bebiendo un poco de té antes de continuar, mientras en su mente recuerda mi niñez con ternura—. Siempre intentabas satisfacer las necesidades de los demás, sin pensar en lo que realmente necesitabas tú. Te conformabas con tan poco y Nieves exigía tanto, que inevitablemente era ella la que recibía más atención. Era injusto por mi parte, lo sé, pero era la única manera que tenía de mantener un equilibrio en casa. Muchas veces, a mí, la situación me superaba y, en vez de enfrentarme a tu padre, te cargaba a ti con mis problemas y eso es algo por lo que siempre me culparé. Pero de todo esto no me he dado cuenta hasta que conocí a Mario. Entonces comprendí que no sólo te había enseñado a responsabilizarte de situaciones que no te pertenecían, sino que te había enseñado a comportarte como yo... contra lo que he pretendido luchar siempre.

—No entiendo a qué te refieres, mamá.

—Me refiero a que siempre he creído que llegaría un día en que desearías buscar algo completamente diferente a lo conocido. Rechazar esta farsa de matrimonio que vivimos tu padre y yo durante años y hallar algo tan real como lo que tiene Nieves con Gus. Pensé que iba a revivir mi pasado con tu relación con Mario, pero por suerte algo bien he debido de hacer cuando has encontrado el valor que yo nunca tuve para romper una relación tan destructiva como la mía —reconoce con dolor—. Y eso es lo mejor que me podía pasar: ver que

no eres tan débil como yo pensaba, sino todo lo contrario, que tienes ganas de luchar por tu felicidad.

—Puedo entender que cuando éramos pequeñas te sintieses atada, pero después... Nieves se fue a estudiar fuera y yo comencé a vivir con Lola porque no pude aguantar la presión. ¿Por qué no lo dejaste entonces?

—Me recuerdas tanto a mí, Sara. Cuando era joven me enamoré de una utopía y reconozco que hubo episodios de mi vida en los que tu padre logró que esa fantasía se convirtiera en realidad. La cosa mejoró cuando él y yo volvimos a estar solos. Y aunque sabía que nunca sería como cuando éramos jóvenes, eso no significó que mi esperanza decreciera. Yo me enamoré de un sueño que viví con tal intensidad que me he pasado la mitad de mi vida esperando a que mis párpados se volvieran a cerrar para continuar soñando, y la otra mitad deseando que el protagonista de aquella ensoñación volviera a mí. No se puede revivir el pasado como deseaba hacerlo yo. Ni tampoco alimentar el presente con bonitos recuerdos. Pero mucho menos debes empeñarte en tener algo que no es real. Y ésa es una de las razones por las que debía permanecer a su lado, para asegurarme de que no cometías los mismos errores que yo.

—Me niego a pensar que eso sea así.

—Claro que no es siempre así, Sara. Cada pareja tiene su historia y yo hoy te estoy contando la mía. Quiero que entiendas que cada una de las escenas que formaron la vida que tu padre y yo compartimos dejó una huella en nuestros corazones y, aunque el escenario de esa película era el mismo, los protagonistas habían cambiado. Con el paso del tiempo, la forma de acariciarnos había perdido intensidad y nuestras marcas eran la prueba de que ese sueño hacía mucho que ya no era real, pero hubo un tiempo en el que sí lo fue. Luego tu padre enfermó y, por suerte, la enfermedad me hizo recuperar a ese hombre al que amé.

—Por tanto, lo que me quieres decir es que lo has amado siempre.

—Eres la mayor de las dos, pero tu inocencia sigue intacta y te queda tanto por aprender... Lo que quiero decirte es que al principio lo amé, después aprendí a vivir a su lado y, posteriormente, el cariño y los recuerdos eran lo único que nos unía.

—¿Y por qué me cuentas todo esto ahora?

—Porque no quiero que te conformes con tener a alguien a tu lado, lo que anhelo es que quien esté a tu lado se gane esa posición. Tal vez, en esa cuestión, yo tenga parte de culpa, porque desde pequeña he permitido que aceptases la situación que te tocaba vivir y que asumieses obligaciones que no te correspondían tan sólo porque,

egoístamente, eso me venía bien a mí. Creo que te he enseñado a desempeñar un rol que no te hace ningún bien, Sara.

—Nunca he pensado que lo hayas hecho mal, mamá, sino que lo has hecho lo mejor que has sabido, que es muy diferente, así que no te culpes por nada —le digo con cariño.

—Puede que sí, pero me queda la sensación de que tampoco me he esforzado mucho para que eso cambiase.

De camino a casa voy pensando en todo lo que me ha contado mi madre y me doy cuenta de que Nieves siempre ha tenido razón sobre este tema. Ella siempre ha considerado que mi padre me quería más a mí que a ella y, en parte, es cierto, porque era la que liberaba a mi madre de la presión que ella vivía, la ayudaba con mi hermana y con la casa. Esto permitía a mi padre disponer de un poco más de tiempo para él y poder tener un poco más de intimidad con mi madre. A mí me veía como a una aliada y, sin embargo, a ella la veía como a una rival. Al pensar en esto, busco el móvil en mi bolso para llamarla nada más entrar en casa.

Sistemáticamente y por inercia, dejo los zapatos y el bolso en su sitio correspondiente mientras escucho el tono.

—¡Hola, hermanita! ¿Cómo te trata la vida? —me responde.

—Bien, ya estoy mejor. Mario ha desaparecido de mi vida por completo. —O eso quiero creer, recordando el episodio que he vivido antes de salir del trabajo.

—Por fin le has dado la patada a ese maníaco compulsivo del orden.

—Sí, y lo peor de todo es que me lo ha pegado. Acabo de meter los zapatos en el armario sin darme cuenta —le digo sorprendida, riéndome.

—¡No! ¡Eso sí que no! ¡¡Años y años de esclavitud que ha aguantado tu madre para conseguir que dejases los zapatos en su sitio y ahora te doblegas en tan sólo unos meses!! ¡Qué fuerte me parece! ¡Mueve tu hermoso culo y saca los zapatos de ahí inmediatamente! Debes darles libertad, no los encarceles en un armario oscuro después de haber aguantado tu peso todo el día. Y que conste que no te estoy llamando gorda, hermanita —puntualiza sin parar de reír. Una risa contagiosa y a la que no puedo evitar unirme—. ¡Sara!

—¿Qué?

—¿Has sacado los zapatos?

—No —respondo.

—¿Y a qué esperas? ¡Lo digo en serio! Haz el favor de sacarlos del zapatero y dejarlos en cualquier rincón de la casa, como has hecho siempre —me ordena.

—Está bien... —contesto perezosa pero con humor, levantándome del sofá. Abro la puerta, me pongo otra vez los zapatos y después, con un movimiento de piernas, los lanzo al rincón. Y ese gesto consigue hacerme reír de tal forma que le digo a trompicones «Ya está», sin poder parar de reír.

—Así me gusta. ¿A que te sientes mejor?

—Pues sí, la verdad es que mucho mejor.

—¡Ves! Si es que deberías hacerme caso más a menudo. Cuando me contaste que ordenaba las latas de conserva alfabéticamente, ya te dije que ese tío no era normal.

—Cierto, pero a veces nos empeñamos tanto en algo que, aunque el resto del mundo nos diga lo contrario, nosotros no lo vemos. Incluso pensamos que lo hacen porque no nos entienden, y aún nos obcecamos más en nuestra idea. A ti te pasaba siempre con papá. A veces hacías las cosas tan sólo por llevarle la contraria.

—Sí, es verdad. Pero era una cría en plena adolescencia. No es lo mismo, tú deberías saber distinguir.

—Es difícil ver las mismas cosas que los que están fuera, cuando tú estás obsesionada en que salga bien.

—Sí, pero había cosas demasiado evidentes, Sara, y eso me lo tienes que reconocer. Yo no lo conozco, pero sólo con lo que me contabas... Y estoy segura de que me lo contabas a mí porque, desde aquí, no podía hacer otra cosa más que consolarte.

—Más o menos —acepto con tristeza.

He pasado momentos muy difíciles con Mario, muchos más de los que sabe nadie. Me daba vergüenza contarles a mis amigas o a mi hermana que me llegó a encerrar en casa para evitar que saliese cuando él trabajaba. O que me hizo devolver ropa a las tiendas porque consideraba que enseñaba demasiada carne, como él solía decir. Incluso llegó a controlar lo que gastaba o dejaba de gastar. Son muy pocos los detalles que sabe Nieves, y muchos menos los que saben mis amigas. Siempre ponía una excusa que justificase sus actos y me convencía a mí misma de que lo hacía porque me quería. Hasta que, poco a poco, me fui dando cuenta de que no había cómo defender su conducta. Y al entender eso, comprendí que seguía a su lado por miedo a que se enfadase más y, lo que en ese momento ya era un infierno, se convirtiese en algo todavía peor. Así que, cuando lo vi en mi propia cama con aquella mujer, sin importarle siquiera que lo pillase, me pregunté qué iba a ser lo siguiente, qué iba a permitirle después... ¡¿que me pegase?! Porque era lo único que le faltaba por hacer. Me ha humillado, ha herido mis sentimientos, ha arrastrado mi autoestima por debajo del agua con la que fregaba los suelos, no ha

respetado nuestra relación y mucho menos a mí. Sabía que se acostaba con otras, no soy tonta, pero me era más fácil volver la cabeza y convencerme de que eso no era cierto que admitir que no me quería, que sólo me utilizaba cuándo y cómo le daba la gana para canalizar la rabia contra su jefe en el trabajo, contra las mujeres, por no tener a la que él quería, y contra el mundo en general, por no ser feliz ni siquiera teniendo al contrincante perfecto, con el que estaba seguro de que nunca le iba a devolver el golpe. Era como tener un saco de boxeo para descargar su ira.

—O sea, ¿que hay más? —me plantea Nieves, sacándome de mi reflexión y comenzando a enfadarse.

—No —miento sin ser muy convincente.

—Bueno, no quiero hurgar en algo que ya ha pasado. Sé que, cuando transcurra algún tiempo y te sientas preparada, me lo contarás. Confío en que así sea. Siempre te ha hecho falta que el vaso se desborde para reaccionar, es tu forma de ser. Aguantas y aguantas hasta que la situación te supera.

—Me conoces demasiado bien.

—Tan bien como tú a mí. Tómate tu tiempo y, cuando quieras hablar, ya sabes... Por lo demás, ¿todo bien?

—Sí, todo bien. Hoy he estado en casa.

—¿Qué tal esta mamá? ¿Se habrá quedado más tranquila al verte?

—Sí, hemos tomado té.

— ¿Té de las conversaciones serias? —pregunta riéndose.

—Sí —confirmo riéndome también.

—¿Y?

—Nieves, ¿tú crees que soy igual que mamá?

—Peor.

—¿Peor? —le pregunto desconcertada.

—Sí, porque creo que, en el fondo, mamá quería a papá. Antes pensaba que no, que seguía a su lado porque no tenía el valor suficiente como para romper esa rutina, pero, cuando él estuvo en el hospital, pude ver la forma en que lo miraba y me di cuenta de que estaba equivocada. Al menos con respecto a mamá.

—¿Tú crees qué papá no la quería?

—Exacto; no creo que lo que papá sentía por ella fuese amor.

—¿Y qué era, entonces?

—No lo sé, pero amor, no.

Un silencio incómodo se apodera de nuestra conversación y al final Nieves decide romperlo.

—Sara, ya sabes que no me gusta hablar de él. Además, debo colgar, me están esperando —me dice evitando el tema.

—Está bien, hablamos en otro momento. Dale recuerdos a Gus.

—Lo haré, un beso —se despide antes de colgar.

Nunca conseguí que mi padre y Nieves se volvieran a hablar. Nieves se cerraba en banda con sólo nombrarlo; sin embargo, mi padre, desde que le diagnosticaron cáncer de hígado, cambió su forma de pensar y, aunque no lo dijo nunca, sé que le gustó cuando ella fue a verlo poco antes de morir. Según mi madre, la estaba esperando para poder irse tranquilo. Según Nieves, no le servía de nada que él le pidiese perdón antes de fallecer. Para ella, el cariño se demuestra llenando el día a día de pequeños detalles, no arrepintiéndose de la ausencia de ellos cuando te queda un suspiro de vida. «La única vez que ella me ha permitido hablar sobre este tema fue durante el tratamiento, y fue porque mi madre lo estaba pasando realmente mal», pienso recordando nuestra conversación.

*

—Nieves, papá está ingresado y creo que deberías venir a verlo. Si no lo haces por él, hazlo por mamá, que no soporta vivir con el dolor de saber que su hija no quiere ver a su padre.

—¿Papá ha preguntado por mí? —me preguntó con una voz seria y cortante, pero que, para alguien que la conocía tanto como yo, denotaba su dolor y resentimiento.

—No, pero ya lo conoces. Es tan terco como tú. Aunque eso no significa que no te eche de menos. Al igual que te pasa a ti, aunque no lo quieras reconocer.

—Ayer hablé con mamá, pero... ¿está tan mal de verdad?

—Está muy mal, Nieves. Tiene un cáncer de hígado y no está localizado sólo ahí. ¿Sabes la probabilidad de supervivencia que tiene un tipo de cáncer con estas características?

—No, y no lo quiero saber, Sara.

—¿Y crees que, por poner tierra de por medio y cerrar los ojos a lo evidente, vas a conseguir librarte de la sensación de malestar que sientes? ¿Vas a ser tan orgullosa como para poder vivir con esa carga? Nieves, no te ha hecho nada que no me haya hecho a mí. No se ha portado bien con nosotras, vale. Nunca ha tenido ninguna muestra de cariño, pero, aun así... ¿aun así eres capaz de no perdonarlo estando como está?

—No pretendas hacerme sentir culpable, Sara. Él no ha preguntado por mí; por lo tanto, no me echa de menos. ¡Nunca lo ha hecho! Siempre me he sentido un estorbo, y se lo puse fácil cuando me aparté de su lado. Tampoco él ha movido un dedo por querer verme, ni siquiera en esta situación de la que me hablas. Y es el mismo gesto el que debemos hacer tanto uno como otro. Marcar un número de teléfono y llamar. Sólo eso. Pero creo que debe ser él quien me lo pida. No tú, ni mamá. Es con él con quien estoy enfadada. Me ha defraudado como padre y como persona. Así que no tengo más que decir, Sara. Si quiere que vaya, iré, pero tendrá que ser él quien me lo pida. No voy a compadecerme de papá porque esté enfermo cuando él no lo hizo cuando yo era tan sólo una niña. Sara, éramos unas crías y nos encerraba en nuestra habitación porque, si jugábamos en el salón, él no podía ver la tele. Nos sacaba al jardín cuando llorábamos para no oírnos. Nos exigía buenas notas cuando él ni siquiera nos ayudaba a estudiar. Es más, nos apagaba la luz a las diez de la noche porque él madrugaba y todo el mundo debía dormir a esas horas. Tú puede que le hayas perdonado eso y mucho más. No tengo por qué dar más ejemplos, los conoces tan bien como yo, aunque ahora parece que se te hayan olvidado. Nunca he sido como tú, dulce y servicial para tenerlo contento. Me rebelaba, sí. ¿Y qué? Era lógico que lo hiciera, después de cómo nos trataba. Lo raro es que tú no lo hicieras también.

—Sabes que actuando así te conviertes en aquello que tanto criticas, ¿verdad? Y te recuerdo que, la persona a la que más detestas, es a la que más te pareces. Sólo digo eso.

Luego colgué. Después de aquella conversación, Nieves cogió un vuelo y vino un fin de semana. Supongo que mi hermana podía soportar estar enfadada con papá, pero lo que no era capaz de sobrellevar era que mi madre o yo le retirásemos la palabra. Somos la única referencia de cariño que ha tenido en la niñez y acabar con eso la hubiese hundido. Pero es tanta la rabia que guarda contra él, incluso ahora que no está, que no soporta hablar del asunto y, cuando lo hacemos, enseguida cambia de tema o dice que debe colgar. Imagino que pretende buscar una razón lógica para poder entender por qué papá se comportaba así. Pero, hasta que no acepte que él simplemente era así, no podrá estar tranquila.

Para mí fue muy duro que Nieves se fuese de casa. La culpé por haberme abandonado y culpé a mi padre por haberla empujado a tomar esa decisión. Y ese rencor, esa rabia, se fue incubando hasta que no pude aguantar más y por eso me fui a vivir con Lola. La frustración que Nieves siente, yo ya la experimenté en su día. Por eso la entiendo. Cada persona necesita su tiempo para aprender a manejar ciertos

sentimientos. Yo, por mi carácter o porque siempre he tenido el gran apoyo de mis amigas, o porque puse cierta distancia entre ambos en el momento adecuado sin cortar los lazos por completo, aprendí a controlar esa rabia que tenía hacia ellos y la cosa mejoró. Mis padres estaban en su casa, y yo, en la mía, y esa libertad, esa independencia, permitió que ambos nos entendiéramos mejor.

Puede que para mi padre hubiera sido mucho más fácil si nosotras no hubiésemos nacido, pero estoy convencida de que no hubiese sido mucho más feliz sin nosotras. Porque, aunque nunca lo demostró, sé que se sentía orgulloso de nosotras o, al menos, así lo percibí en momentos puntuales de mi vida.

*

Agotada y sin ganas de nada más que de meterme en la cama y dormir una larga temporada, me acuesto y contemplo la luna desde debajo de las sábanas. Hoy ha sido un día muy largo y lleno de altibajos. Recuerdos incesantes, trabajo, Mario, Julio, la conversación con África y Lola, las confesiones de mi madre y ahora mi hermana, recapitulo enumerando una a una las situaciones que he vivido hoy.

A la mañana siguiente me levanto con tristeza y tampoco entiendo por qué. Era lo que quería. Quiero empezar una nueva vida lejos de Mario, pero, aun así, sigo teniendo la sensación de que me falta algo en casa sin él aquí. «Parezco masoca —me digo a mí misma, confundida—. No entiendo esta sensación que siento. Gran parte de mí está encantada de sentirme liberada, pero otra parte, también muy grande, se encuentra totalmente perdida.»

Cuando salgo de la cama, me planto frente al armario para ver qué ponerme, y una idea brillante me asalta la cabeza. Comienzo a amontonar en el suelo toda aquella ropa que me he comprado con Mario y que me recuerda a la Sara que estuvo con él. Esa Sara que se resiste a abandonarme y que estoy deseando perder de vista, pero que a la mínima que me descuido reaparece con gestos y detalles que nunca me han pertenecido. Meto toda esa ropa en una bolsa de basura y la dejo junto a la puerta para tirarla al primer contenedor de ropa que vea. No quiero saber nada de todo lo relacionado con Mario. Quiero pasar página y, si para que mi cabeza se entere tengo que revolucionar mi vida, lo haré. No me gusta esta nueva Sara que llevo

interpretando desde que lo conocí, no me identifico con ella. Pero lo más triste es que tampoco con la anterior, y ahora no sé ni quién soy. Y mientras esta furia, mezclada con un toque de desesperación y de indignación, se apodera de mí, oigo el sonido de mi móvil. Me dirijo a él y, cuando veo quién me manda un mensaje, toda esa desagradable sensación desparece dando paso a otra que desde que él entró en mi vida comienza a florecer con fuerza. La esperanza. Cuando lo abro y veo la imagen que me ha mandado, las comisuras de mi boca ascienden inevitablemente.

Me ha mandado una foto de una servilleta de papel en la que ha dibujado una gran sonrisa y debajo pone:

Julio: Sonríe y muestra al mundo la mujer que hay dentro de ti. Buenos días, bombón.

Sin pensármelo dos veces, mis dedos comienzan a teclear una respuesta adecuada. Una que no muestre la ilusión que me ha hecho recibir su wasap y de la que no se interprete más de lo que es. «Un saludo de buenos días entre dos buenos amigos», pienso engañándome a mí misma.

Sara: Bonita imagen. Buenos días, Julio.
Julio: Buenos días, bombón.

Después de recibir su nuevo mensaje, no le escribo más. Eso sería entrar en un círculo vicioso que no me hace ningún bien y, sobre todo, en el que no estoy preparada para entrar. Después de este wasap, me dirijo al baño y me maquillo meticulosamente, porque, como dijo África, Julio ha sido el principal impulso para salir de donde ellas no lograban sacarme. Y es que, el volver a sentir que alguien ajeno a tu entorno ve aquello que tú pensabas que habías perdido, es lo mejor que a una mujer como yo le puede llegar a pasar, reflexiono pintándome los labios de rojo escarlata.

Cuando llego al trabajo, al igual que el día anterior, todos aprecian un pequeño cambio en mi indumentaria y eso me satisface. Me hace sentir que poco a poco voy borrando de mi piel, y sobre todo de mi alma, a esa Sara que no quiero ser.

—¿Sabes algo de Mario? —me pregunta, bajando la voz, Sam nada más llegar.

—Buenos días, Sara. ¿Qué tal estás? Bien, gracias, Samira. ¿Y tú? —le respondo con ironía, mirándola a los ojos, mientras ella ocupa su mesa a mi lado.

—Déjate de majaderías, Sara. Si te lo pregunto es porque anoche me llamó —me anuncia casi en un susurro, para que ni Javier ni Mateo puedan oírnos. Nuestras mesas están pegadas la una a la otra, así que acerco mi silla, apoyo mi codo en su mesa y estiro el cuello para poder escucharla mejor.

— ¡¿Cómo que te llamó?! ¿Y qué quería? —demando sorprendida.

—Tomar algo, me ha dicho. ¿Como si no lo conociera yo, a éste? Y eso que siempre me ha caído bien. Pero querer quedar conmigo es de rastreros. ¿Cómo ha podido imaginar siquiera que aceptaría?

—Se cree el ladrón que todos son de su condición. Siempre ha estado obsesionado contigo, Sam —le confieso, volviendo a ocupar mi sitio con desinterés.

—¿Conmigo? ¿Y eso por qué? —plantea desconcertada.

—Deseaba cumplir contigo una de sus fantasías —le aclaro despreocupada.

—No me lo digas. Hacer un trío. —Se lo confirmo con la cabeza y ella añade—: ¿Por qué todos los hombres tienen esa fantasía?

En ese momento Javier, que parece que no escuchaba, interviene.

—Porque, si ya es bueno echar un polvo con alguien que te gusta, imaginaos duplicar esa sensación. Eso tiene que ser apoteósico —suelta saboreando la idea.

—Qué simples sois. Todos pensáis en lo mismo —replica Sam, lanzándole una bola de papel a la cabeza.

—Sólo digo la verdad —se defiende esquivando el papel y riéndose.

—Lo que sí es verdad es que aquí nadie da palo al agua —declara Mateo, que hace apenas unos minutos que ha entrado y le ha caído la bola de papel entre los pies. Éste mira el papel, después mira a Sam y ella se levanta a recogerla para tirarla a la papelera—. Perfecto, y ahora trabajemos, que para eso nos pagan —sentencia dirigiéndose hacia su despacho, pero, antes de cerrar la puerta, asoma la cabeza y añade, levantando su dedo índice para llamar nuestra atención—. Por cierto, estoy totalmente de acuerdo con lo que ha dicho Javier. Lo bueno, duplicado, ¡dos veces bueno! —Justo después cierra la puerta, riéndose, para evitar que le respondamos.

La mañana transcurre sin sobresaltos y a eso de las doce del mediodía Sam y yo bajamos a la cervecería cercana a la oficina, donde

ponen los mejores pinchos de tortilla de patata. Elegimos una de esas mesas pegadas a la pared y Samira se sienta enfrente.

—¿Por qué crees que me ha llamado? —vuelve a sacar el tema.

—Imagino que querrá darme celos o algo así.

—Sí, hasta ahí lo entiendo, pero... ¿por qué conmigo?

—¿De verdad te lo tengo que explicar? —pregunto mirándola fijamente—. Sam, piensa lo más retorcido que se te ocurra, multiplícalo por cien y ese resultado se aproximará sólo un poco a lo que esa mente pretenda.

—Qué exagerada eres, Sara. Seguro que no es para tanto. Aun así, no sé cómo pudo pensar que yo caería tan bajo. Mi concepto de él ahora ha cambiado por completo.

Al oírla decir eso, noto cómo mi boca se descuelga, asombrada, y le insinuó:

—Creo recordar que no te hubiera importado liarte con Mateo, que está casado y que, además, no es del sexo que tú prefieres.

—Sara, ¿cuándo vas a entender que yo me enamoro de las personas, no de su condición sexual? Si prefiero las mujeres es porque con ellas me siento más cómoda, más comprendida en la relación en general. En la cama disfruto indistintamente con ambos, cada uno a su estilo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Cómo lo supiste? ¿Cómo descubriste que te gustaban tanto los hombres como las mujeres? No tienes por qué contestarme, si no quieres.

—No, no. Sí que quiero hacerlo, no tengo ningún problema. Me acosté con mi mejor amiga. Comenzamos de forma tonta y lo que parecía una gran amistad se convirtió en algo más. Ella tenía claro lo que sentía por mí, pero nunca me lo había dicho. Yo estaba obsesionada con un tío al que las dos conocíamos y no paraba de hablar de él, aunque él pasaba de mí. Una noche nos emborrachamos y me quedé a dormir en su casa porque no podía con mi alma. Habíamos dormido millones de veces juntas, pero, aquella noche, Tania me besó. Y, por muy extraño que te parezca, a mí me gustó. Y ahí empezó todo.

—Pero ¿hasta entonces tú nunca te habías fijado en una chica?

—Nunca. Físicamente me atraen más los hombres, pero me cautiva mucho más la forma de actuar y de ser de las mujeres. Con ellas siento que mi relación es más completa en todos los sentidos. Por norma general, somos más pacientes, más comprensivas y mucho más tolerantes. No imagino a ningún hombre con la capacidad de soportar

la mitad de lo que soporta una mujer.

—Te aseguro que los hay —respondo pensando en Juan y, sobre todo, en Yago.

—¿Mario? —me pregunta sorprendida.

—No —niego sin darle ningún tipo de explicación, aunque en mi mente le contesto: «Mario sería incapaz de sobrellevar esta situación si nuestra relación fuese a la inversa».

—Además, los hombres tienen esa manía de proteger a sus mujeres que no soporto. Necesitan demostrar que la testosterona corre por sus venas. Saber que son ellos los que cuidan de ellas... eso es absurdo en pleno siglo XXI. Para empezar, porque normalmente el rol de cuidar de las personas lo tenemos más desarrollado nosotras. Y luego está esa otra clase de hombres dependientes, que no saben hacer nada sin su pareja. Siempre he pensado que las mujeres somos espíritus libres capaces de crear, cosa que ellos nunca lograrán.

—No veo que sean cualidades iguales: proteger es defender; salvar y cuidar es mimar a la otra persona. Y ambas cualidades me encantaría que me las demostrase un hombre.

—Eres una romántica empedernida, Sara —dice quitándome con delicadeza una miga de la barbilla.

—Me lo dicen a menudo —acepto limpiándome la boca automáticamente y sintiendo cierta tensión entre nosotras. Ella sonríe al advertir mi nerviosismo y, sin darme cuenta, me retiro y pego la espalda contra el respaldo de la silla, tal como hice aquel día contra la pared del ascensor. Pero esta vez los que interrumpen esta incómoda situación no son los técnicos, sino la persona menos indicada.

—¡Hola, chicas! —dice sentándose a mi lado y pasándome un brazo sobre el hombro, provocando una rigidez instantánea en mi espalda—. Pasaba por aquí antes de irme a trabajar y me he dicho... voy a ver si veo a mis chicas preferidas.

Samira nota mi estado de nerviosismo y cómo no soy dueña de mi propio cuerpo. Las palmas de las manos comienzan a sudarme y no puedo articular palabra. Ni siquiera puedo sacudir mi hombro para quitar su mano de él.

—Hola, Mario —lo saluda Sam, mirándolo relajadamente, bebiendo con pajita de su Coca-Cola.

—Samira, te agradecería que nos dejases hablar a Sara y a mí a solas. —Ella me mira y, con los ojos, le suplico que no lo haga, pero Sam no es Lola ni África. Y, sin mediar palabra, se levanta de la mesa y se apoya en la barra a menos de un metro de nosotros—. Gracias, sólo será un momento —se lo agradece mientras se gira hacia mí para mirarme de frente. Pone sus manos en mis hombros y gira mi cuerpo

para obligarme a que lo encare. Cuando al fin lo hago, comienza a hablarme de forma cariñosa, calculando cada una de sus palabras, de sus gestos... para lograr que me apiade de él.

—Sara, tan sólo quiero que me escuches y que comprendas que me doy cuenta de todo el daño que te he hecho. Quizá no te he valorado como tú te mereces, pero sabes que me cuesta muchísimo expresar mis sentimientos hacia ti. —«No cuando llevo los zapatos rojos. ¡Uy! Qué tonta, que no es en mí en quien piensas cuando los llevaba», respondo interiormente con ironía—. Y sabes que a veces pierdo los nervios y son ellos los que me controlan a mí, provocando que no piense las cosas y haga estupideces tan grandes como la del otro día. Pero también sabes que te necesito. —«¿Que me necesitas tú a mí? ¿Para qué? ¿Para tener a alguien con quien descargar tu ira?», me pregunto interiormente—. Eres la única capaz de calmar esos nervios que se apoderan de mí. —«Si lo que pretendes decir es que me dejo los cuernos para que tus nervios no se manifiesten, sí, es cierto. Pero eso no nos asegura que no aparezcan en cualquier momento»—. Porque, cuando estamos juntos, consigues sacar la mejor versión de mí mismo y eso me gusta. Me aportas la tranquilidad que me falta, Sara, y te prometo que ésta va a ser la última vez que te fallo. Te he echado de menos estos días y sé que tú a mí también. Debes sentir la cama tan vacía y extraña como en la que duermo yo ahora.

—Mario, yo... —Me intimida tanto que soy incapaz de darle una respuesta rotunda y, antes de que pueda terminar la frase, me interrumpe.

—No digas nada. Sé que estás muy dolida por todo lo que te he hecho y tienes todo el derecho a estar enfadada conmigo. Mi manera de hacer las cosas a veces no es la más acertada, pero te prometo que voy a cambiar. Te quiero, Sara; tal vez no como debería quererte, pero en el fondo te quiero y eso es lo que importa. Eso y que sigamos juntos.

—No —tengo el valor de decirle.

—¿Cómo que no? —me pregunta desconcertado.

Creo que pensaba que, si tenía la oportunidad de hablar conmigo cara a cara, no iba a tener el valor de decirle que no. Y, sinceramente, lo entiendo, pues es algo de lo que incluso yo misma estoy sorprendida. Pero recuerdo lo que hablé con mi madre y ahora comprendo a qué se refería. Mario ha tenido tal poder sobre mí que jamás pensé que llegaría el día en el que pudiera mirarlo a los ojos y tuviese el arrojo de contradecir cualquiera de sus propuestas.

—Lo que yo quiero es que me quieras por encima de todo —le respondo levantándome de la silla y mirándolo desde arriba por

primera vez en todo este tiempo que llevamos juntos—. Y ahora, me dejas pasar, por favor, debo irme a trabajar —le digo para que me deje salir.

—¡Escúchame! —me espeta tirando de mi brazo, obligándome a agacharme para que su boca quede a la altura de mi oído—. Te estoy pidiendo perdón, diciendo que voy a intentar cambiar, hacer las cosas de una manera sencilla, pero no me lo estás poniendo nada fácil.

—Sé lo que me estás diciendo. Lo he oído muchas veces, pero ya no quiero ni que lo intentes, Mario. Estoy cansada. Cansada de oírte pedirme perdón, cansada de ver que no cumples tus promesas y, lo más triste, cansada de luchar sola por una relación imposible —replico tirando de mi brazo para que me suelte y golpeando sus piernas con mis rodillas para avanzar y así obligarlo a que me deje salir. No quiero oír nada más.

—¡Sara! Esto no va quedar así —oigo que dice con rabia a mi espalda.

—Lo sé. Ésa es la pena —respondo sin ni siquiera girarme.

CAPÍTULO 15

Sam, al ver que me marcho dejando a medias mi pincho y mi consumición, recoge su bolso, bebe de un trago su café y, antes de irse, oigo que Mario le dice: —No has contestado a mi mensaje.

—Ni lo voy hacer. ¡Sara es mi compañera de trabajo!

—Sí, pero ya la has oído, así que piénsatelo —le suelta mirándola de arriba abajo a modo de despedida para que yo lo oiga.

—¿En serio cree que voy a quedar con él? —me pregunta Sam, desconcertada, al salir del bar.

—Cualquier cosa —afirmo encogiéndome de hombros.

La tarde pasa tranquilamente; todos trabajamos a lo nuestro y con el ambiente habitual que se respira en la oficina. Me gusta trabajar aquí. Me llevo bien con Javier, con Sam y Mateo, que aunque sea el jefe, es un hombre con el que se puede tratar... siempre y cuando no esté cabreado, pues entonces tiembla Roma. Miro el reloj diez minutos antes de acabar y luego mi móvil; me resulta liberador no recibir cien llamadas ni mensajes. Últimamente Mario siempre venía a buscarme y, conforme se acercaba la hora de salir, el teléfono comenzaba a sonar. Eso me ponía muy nerviosa y hacía todo lo posible por acabar a tiempo para poder contestarle un «Sí» a su típico mensaje «¿Sales ya? Te espero abajo. Date prisa». Insistía hasta tal punto que debía ponerlo en silencio para que mis compañeros no se enterasen, sobre todo Mateo. Recuerdo que hubo un día en el que Mario estaba especialmente machacón y a Mateo se le agotó la paciencia y me dijo: «Por Dios, Sara, coge el maldito teléfono y dile a tu novio que no estamos en el colegio para que nos haga de sirena. Aclárale que tenemos un horario flexible. Así que, si no es mucho pedir, te agradecería que le explicases cómo funcionamos aquí. Si un día sales pronto, otro día lo recuperas, y viceversa».

Justo en ese momento, cuando el aire de la calle me aleja de mis recuerdos y compruebo lo gratificante que es que él no esté esperándome, el sonido de mi móvil hace que todos mis sentidos se bloqueen dando por hecho que esta sensación liberadora tiene un final. Pero un suspiro de alivio sale de mi garganta y las comisuras de

mis labios ascienden al comprobar que son las chicas, y no Mario, como temí en un primer instante.

África: ¿Cómo ha ido el día?

Lola: He discutido con Yago. Pero esta vez me voy a tener que esmerar mucho más de lo habitual en casa.

África: Lola, ¿qué has hecho esta vez?

Lola: ¡¿Y por qué tengo que ser yo la culpable?!

Sara: Porque Yago es un pedazo de pan.

Tecleo mientras camino hacia el coche.

Lola: ¡Ya está la otra también! Bueno, pues que sepáis que en este caso soy yo la víctima.

África: Es difícil de creer, pero cuenta.

Lola: Quiero que Marcos sea mi padrino de boda y Yago se niega en rotundo.

Sara: Entiéndelo, Lola, Marcos es tu ex.

Lola: Sara, Marcos es mucho más que eso. Él ha sido como un padre para mí. Vale que tuvimos otro tipo de relación, pero creo que, si nuestra relación se alargó en el tiempo, fue por eso mismo. Porque yo lo he sentido siempre como mucho más que un hombre con el que echar un buen polvo. Para mí Marcos ha sido mi refugio en los momentos malos y nunca me ha defraudado.

África: Te entiendo. Pero también entiendo a Yago, porque él ve lo mismo que hemos visto nosotras siempre. Otra cosa es que comprendamos lo que sientes, pero eso no quiere decir que estemos de acuerdo con eso de «nunca me ha defraudado», porque, si fuera así, hubiera dejado a su mujer y «nunca» lo hizo. Pero bueno... vamos a dejar ese pequeño detalle a un lado.

Lola: ¡Pues yo no! Alguien debe llevarme al altar y es él quien quiero que lo haga, porque es lo más parecido que tengo a un padre. ¡No tengo a nadie más! Y vosotras deberíais apoyarme a mí y no a Yago. Poneos de mi parte y no de la suya. ¿Acaso pensáis que no sé lo que significa para Yago que Marcos me lleve al altar? ¡Claro que lo sé! Pero, aunque no lo creáis, he cambiado mucho más por Yago que por Marcos. Es él quien ha conseguido desenmascarar a la verdadera Lola y por eso es con Yago con quien me quiero casar... algo que nunca había entrado en mis planes.

Sara: No es que no te apoyemos, Lola, simplemente te decimos que comprendemos a Yago.

Lola: ¡Claro! Y pensáis que lo que yo quiero es una idea descabellada.

África: No, tampoco es eso. Lo que pasa que no creo que te hayas puesto en el lugar de Yago.

Lola: Por supuesto que lo he hecho, África. Él lo ve como a mi ex; tolera que seamos amigos y entre ellos mantienen una relación cordial, pero sigue viéndolo como una amenaza.

África: No creo que sólo sea eso, Lola. Creo que si Yago no quiere que sea Marcos quien te lleve al altar es porque, aunque tú nunca lo quieras reconocer, te ha hecho mucho daño.

Sara: Es cierto, yo también lo veo así. A fin de cuentas, tú misma lo has dicho. Yago tuvo que desenmascarar a la auténtica Lola, pero no te das cuenta de que él sabe cuál fue

la principal razón por la que te pusiste esa máscara. Y esa razón tiene mucho que ver con Marcos.

Lola: ¡Ya está la otra también! Bueno, pues que sepáis que en este caso soy yo la víctima.

Después de decir esto, hay unos minutos de silencio en los que yo aprovecho para entrar en el coche. Lola no nos contesta y creo que es debido a lo que África y yo le hemos dicho. Así que le escribo a África por privado.

Sara: Me parece que se ha enfadado.

África: Si, estoy de acuerdo contigo. Déjala, ya sabes que Lola debe digerir ciertas cosas antes de tomar una decisión.

Sara: Eso le pasa porque piensa que siempre tiene razón, así que, cuando ve que son otros los que la tienen, se rebota.

África: Sí, pero al final termina tomando la decisión más adecuada. No como otras.

Sara: Vale, vale... me doy por aludida.

África: Es que no entiendo qué fin tenían tantas oportunidades. Y más cuando nunca se las ha merecido. Ha hecho falta que una bomba de mierda te explote en la cara para darte cuenta.

Sara: No. Aunque te parezca absurdo, ha hecho falta que alguien a quien ni siquiera conocía me demostrase que me merezco algo mejor.

África: Pero eso ya te lo decíamos nosotras.

Sara: Sí, pero a veces no escuchas a las personas que te quieren y haces oídos sordos a sus consejos. Incluso llegas a no contarles ciertos detalles, porque sabes perfectamente cómo van a reaccionar y quieres evitar esa reacción o ese comentario.

África: Te entiendo perfectamente, Sara, me pasa día sí y día también con mi madre. Me niego a compartir con ella ciertas cosas porque nuestra forma de afrontar la vida es completamente diferente. Para ella todo es un drama y una preocupación. En cambio, yo prefiero no pensar a largo plazo. Cuando llegue un problema, si es que llega, ya pensaré entonces cómo afrontarlo. Sufrir antes de tiempo por algo que ni siquiera estás convencida de que va a pasar es una tontería. Te quita mucha energía y te impide disfrutar del presente. Es algo que aprendí cuando Juan y yo nos separamos. La obsesión que tenía con Andrea me impidió ver cuánto me quería Juan.

Sara: ¡Cierto! De hecho, creo que llegaste a agobiarte tanto por lo que podía pasar entre ellos que llegaste a asfixiar a Juan, provocando de esa manera que él fuese más vulnerable. Siempre he pensado que, cuando tienes la necesidad de buscar algo fuera, es porque en casa no encuentras eso que tú necesitas. Él necesitaba tu cariño para enfrentarse a Andrea y tú le ofrecías desconfianza.

África: Sí, yo también pienso eso... ahora. Si tu relación es fuerte y sólida, por muchas ofertas que tengas en el exterior, ninguna te va a resultar atractiva, porque no merece la pena complicarte la vida por un capricho, cuando en casa te demuestran día a día que lo que posees es mucho mejor con diferencia. Eso lo comprendí después... ¡claro!

Sara: ¿Ahora me entiendes a mí? ¿Entiendes por qué tanto empeño en que Mario viese en mí que podía tener todo lo que fuera conseguía? Lo que pasa es que yo jamás he sido completa. Nunca le he dado todo lo que él necesitaba.

África: ¡¡No digas chorradas, Sara!!

Sara: Siempre he pensado eso, de ahí mi obsesión por que, si me esforzaba un poquito más, lograría que volviese el hombre del que me enamoré cuando lo conocí. Aquel que me volvía a enamorar en aquellos momentos en los que lo recuperaba.

Justo en ese momento, Lola responde.

Lola: Entiendo lo que me decís y voy a hablar con Yago. Pero, si al final decido que no sea Marcos quien me lleve al altar, y que conste que no prometo nada, quiero que seáis una de vosotras. Y sobre esto sí que no voy a consentir ningún reproche. Id pensando en cuál de las dos va a ser, por si acaso no llego a un acuerdo; a mí me da igual. Tengo una reunión, luego hablamos.

Nuestra amiga nos deja con la palabra en la boca.

Sara: ¡Pero ¿qué está diciendo?! ¿Se le ha ido la pinza? ¿Cómo vamos a hacer de padrino una de nosotras?

África: Supongo que es la idea más descabellada, pero a la vez más coherente, que se le ha ocurrido para afrontar esta situación.

Sara: Pero... ¿eso se puede hacer?

África: No tengo ni idea, pero, después de lo que ha dicho Lola, casi empieza a gustarme la idea de que sea Marcos quien la lleve al altar.

Sara: Sí, a mí también. Bueno, te dejo, que voy a conducir.

Escribo esto último entre risas.

África: Vale, ya hablaremos.

Conduzco hasta mi librería habitual para comprarme todos aquellos libros que Mario me destrozó y alguno más. Una vez en casa, me arrodillo frente a la estantería, inhalo el olor a papel, abro las páginas de algunos ejemplares e incluso leo algún que otro fragmento para después colocarlos, uno a uno, con cariño, en el lugar que les corresponde. Saboreo cada una de las palabras de esas historias que tanto me han hecho soñar, pero que sobre todo me han rescatado de mi día a día, pues conseguían que me evadiese de los desaires, los reproches y los malos gestos de Mario. Y le imprimían un poquito de luz a ese pozo en el que estaba viviendo, pienso acariciando el lomo

de uno de ellos. Después abro ese armario tan común y tan prohibitivo que hay en todas las casas, y selecciono un gran surtido de gominolas y marranadas de esas que tanto engordan, pero que hacen que llegar a casa sea tan gratificante. Abro una bolsa de patatas fritas y me siento frente a la tele en busca de una película que me guste, de esas que logran que la piel se te erice y las lágrimas resbalen por tu cara de la emoción. Una de esas películas que tanto nos gusta ver a las mujeres, porque nos hacen creer que aún hay historias de amor por las que suspirar, aunque sólo se vean a través de la gran pantalla. Zapeo de canal en canal y disfruto del gran privilegio de la soledad. Un privilegio que hasta el día de hoy no sentía como tal, sino todo lo contrario. Al parecer, lo único que me ha aportado Mario ha sido aprender a disfrutar de la soledad, algo que hasta este momento no he llegado a valorar como es debido; tengo que reconocer lo cierto que es ese dicho que tanto repite Marta, la madre de África: «Mejor sola que mal acompañada». Y eso hace que me acuerde de Julio, el único que ha sido capaz de hacerme ver la diferencia entre lo real y lo imaginario.

A la mañana siguiente me levanto con la sensación de haber dormido durante siglos y me doy cuenta de que eso es debido a la sensación con la que me acosté anoche. Esa reconfortante y agradable sensación de volver a estar en mi casa, y de que soy yo la dueña y señora de ella. Eso pienso mientras me desperezo tranquilamente en la cama. Aun así, soy consciente de pequeños detalles que he adoptado como si fuesen míos y que hago de forma automática, me digo al verme a mí misma ordenando el armario del desayuno por orden alfabético: azúcar, café, galletas... Al darme cuenta de que me he dejado llevar por manías que ni siquiera son mías y que he adoptado a base de esforzarme en ser alguien que no soy, lo muevo todo obsesivamente para desordenarlo y cierro el armario de golpe para evitar ver cómo quedan los botes. Irritada, me dirijo a la estantería y compruebo que los libros están de mayor a menor y clasificados por autores, cosa que me crispa todavía más y, sistemáticamente, los desordeno.

Cada vez que Mario se enfadaba por cómo tenía organizados los armarios, pensaba: «Bueno, Sara, si total a ti te da igual cómo tenerlos; para ti eso es indiferente, así que... ¿qué te cuesta colocarlo como él quiere, si de esa manera le parece que es mejor?». No me daba cuenta de que, al ceder en cosas tan insignificantes para mí, le permitía a él tener mayor control. Poco a poco, manías como la de ordenar la ropa por colores; las conservas, los libros y la música por orden alfabético, o los portarretratos, figuras y jarrones decorativos todos perfectamente

alineados y en su sitio, se convirtieron en rituales diarios para mí. Me parecían detalles absurdos y procuraba adaptarme a ellos por evitar un conflicto y agradar a Mario. No me percataba de que, al hacer eso, con la que me creaba un conflicto era conmigo misma, porque el nivel de exigencia al que estaba sometida era bestial. Además, tampoco Mario reconocía mis esfuerzos por satisfacer sus extravagancias. Eso sí, el día que no dejaba algo como él creía conveniente, se producía una hecatombe, recuerdo dejando el desayuno sin recoger y la huella de café que deja la cucharilla sobre la mesa con una sonrisa diabólica en mi cara antes de irme al trabajo.

A los pocos minutos de entrar en la oficina, oigo cómo el teléfono me avisa de que acabo de recibir un wasap, y una sonrisa tonta se instala en mi cara al comprobar de quién es.

Al igual que ayer, veo un dibujo, sobre una hoja de papel. Esta vez es un sol con una enorme sonrisa y, debajo de éste, pone:

Julio: Sonríe y que el sol sienta envidia de la luz que desprendes cuando lo haces. Buenos días, bombón.

Sara: Buenos días, Julio. ¿Me vas a dar siempre los buenos días a partir de ahora?

Julio: ¿No te gusta?

Sara: Sí, pero se me hace raro.

Julio: Entonces vete acostumbrando.

No nos mandamos nada más, pero esto comienza a gustarme y no es bueno sentir eso, porque me haré ilusiones. Soñaré con el tipo de hombre que sólo existe en mis novelas y nunca en la realidad... o, al menos, no para mí.

Al salir del curro, África me pide que la acompañe a una tienda de bebés y, cuando entramos en el centro comercial, veo cómo una pareja discute. Él le agarra por el codo y ella se encoge debido a la mirada que él le dedica. Eso hace que mi cuerpo se bloquee y un escalofrío recorre mi espalda.

—Así era yo antes —le comento con tristeza a África.

—¿Cómo? —pregunta sin percatarse de lo que para mí es tan evidente.

—Olvídalo —respondo, avergonzada de lo patética que he podido llegar a ser.

Después de pasar toda la tarde mirando accesorios para Alma, Juan nos recoge y, al dejarme en casa, la imagen que vi en el centro comercial me persigue. Me abruma. Y al entrar en mi piso me siento tan diminuta como cuando vivía Mario conmigo. La estancia se me hace inmensa y me siento perdida en mi propio piso, todo lo contrario de lo que sentí anoche. Es una sensación extraña la que me persigue

desde que he visto a esa pareja. La forma en que él miraba a la chica es la misma que empleaba Mario conmigo, y siento sus ojos tras mi espalda, mientras chasquea la lengua y reprocha mi desorden. Nerviosa y como si alguien dominase mis movimientos, empiezo a recoger la ropa en los armarios, los zapatos en el zapatero... Me siento como una marioneta a la que dirigen por control remoto y, a pesar de que una pequeña voz en mi interior me dice que deje todo como está, mi cuerpo no la escucha y me afano en dejarlo todo como sé que a él le gustaría, con impotencia. No encuentro una explicación coherente a lo que me sucede, pero, hasta que no termino, no paro y, cuando lo hago, por fin el llanto desgarra mi alma. Lloro por no ser capaz de resistirme a ese impulso y no sentirme satisfecha al cumplirlo. Antes, por lo menos, tenía a alguien a quien agradar, pero ahora... ahora ni a mí misma me gusta ver así mi piso. Y entre momentos de completo desorden y momentos de una limpieza absoluta, pasan los días intentando encontrar el término medio necesario para subsistir en esta nueva etapa.

Es viernes y, como cada mañana, recibo ese mensaje que me hace sonreír.

Julio: No pierdas el tiempo esperando el momento perfecto ni a la persona adecuada. Porque sólo tú eres capaz de conseguir que esa persona desespere por estar a tu lado y convertir ese instante en extraordinario. Buenos días, bombón.

Sara: Buenos días, Julio. ¿Y quién se supone que es la persona adecuada para mí?

Julio: Evidentemente, yo.

Sara: ¡Ya! Y ahora me vas a decir que estás desesperado.

Julio: La definición correcta sería «ansioso por compartir ese momento que estoy convencido de que va a ser memorable».

Yo no le contesto, poniendo un punto y aparte hasta la mañana siguiente. Y, así día tras día, mensaje tras mensaje, la semana pasa rápido. Al salir del trabajo paso por casa de África y, cuando entro en el portal, los nervios me provocan un nudo en el estómago. Sé cuál es la razón o, mejor dicho, quién provoca tal sensación y, al sentir eso, una pregunta asalta mi mente. «¿A quién has venido a ver en realidad, Sara?» Sacudo la cabeza rápidamente, intentando ignorar la respuesta. Pero no hace falta ser muy lista para saber por qué he venido aquí. «Y eso me asusta», pienso antes de que África me abra la puerta.

—Hola, Sara —me saluda sorprendida.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien; hoy he ido a consulta y todo está perfecto. Alma pesa dos

kilos con cien gramos, aproximadamente.

—¿Sabes algo de Lola?

—No. Imagino que aún no habrá hablado con Yago. Ya la conoces. Muy valiente para unas cosas, pero para otras...

—Sí, ya la conozco. El otro día vi a Mario. No quise decir nada precisamente por eso, porque la conozco.

— ¿Y qué te dijo?

—Quería otra oportunidad, pero esta vez lo tengo muy claro. Quiero cerrar ese episodio de mi vida.

—Y en esa decisión ha tenido mucho que ver Julio, ¿verdad?

—No —niego demasiado deprisa—. ¿Qué tiene que ver Julio en esto?

—Mucho. Te conozco y hemos hablado sobre este tema. Sé que estabas en una especie de callejón sin salida y conversar con Julio, que para ti era un extraño, te ha ayudado a tomar esa decisión y mantenerte firme. Julio ha supuesto el impulso que te faltaba para encontrar la salida.

—No te voy a negar que quizá él tenga parte de culpa, pero hace ya tiempo que veía en el pozo en el que me había metido; ya no se podía cavar más profundo, había tocado fondo. Y, cuando llegas a lo más bajo, la única opción que te queda entonces es subir de nuevo.

—Cierto. Tropezar y caerte es aprender a levantarte. Eso dice siempre Arturo.

—¿Cómo le va? Hace mucho que no sé de él.

—Hace unos días Félix y él estuvieron en casa. Está genial, como siempre. Pero no has contestado a mi pregunta.

—¿Y qué quieres que te conteste? ¡¿Que me gusta?! ¡Claro que me gusta! Pero eso no cambia nada. Julio me hace soñar, pero es sólo eso... un sueño. Mentiría si te dijera que eso no me ha ayudado a ilusionarme y a pensar que existe algo mejor que lo que tenía con Mario, pero también sé que Julio no es el apropiado.

—Me voy a considerar la celestina de mis amigas, porque a Lola también le tuve que dar una colleja para que dejase de hacer el idiota y le diera una oportunidad a Yago. Y ahora tú andas igual.

—Lo de Lola fue diferente.

—¿Por qué?

—Porque Yago quería una relación seria con ella. Julio, sin embargo, no.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—Por favor... África. No hay más que verlo. Además, a ti te lo dejó bien claro cuando lo conociste.

—Sí. Es cierto, pero las personas podemos cambiar de opinión.

Además, sé que le gustas.

—Yo y todo el batallón de mujeres que tiene a sus espaldas. Seamos realistas, África: tiene veintidós años, puede estar con la chica que quiera.

—Veintitrés recién cumplidos —puntualiza.

—Bueno, pues veintitrés; aun así, ¿no veo una razón lógica para fijarse en mí de la manera que yo quisiera? Para él esto sólo es un juego.

—No te voy a quitar la razón, porque yo también pensaría eso, pero sí te voy a decir que las apariencias engañan. Además, debes olvidar esa absurda idea que tienes de «relación seria». Las relaciones son relaciones, y no hay que pensar en cuánto van a durar. Cada una dura lo que dura. Ni más ni menos.

—Sí, pero me gusta tener una cierta seguridad antes de empezar nada.

—Pues, como diría Lola, actualiza tu radar, porque hasta ahora no te ha funcionado muy bien.

—También tienes razón —digo agachando la cabeza.

—No quiero empujarte a nada de lo que no estés segura, Sara, sólo pretendo que consideres otras cosas que anteriormente ni siquiera te las hubieses planteado. Debes abrir la mente a nuevas oportunidades, pero manteniendo los pies en la tierra. No quiero que te lances a los brazos del primer mindundi que te prometa la luna. Confía más en aquellos que desde el principio te dicen que no te la pueden conseguir que en aquel que te la promete a largo plazo.

—No quiero volver a meter la pata, África. Son demasiadas veces y cada vez duele más. Tengo un imán para los gilipollas.

—Si algo caracteriza a Julio es su sinceridad, y eso dice mucho a su favor. Piensa en ello y haz las cosas porque de verdad quieres hacerlas. No te sientas obligada a hacer nada que no te apetezca. Creo que con Mario sucedió eso. Si Lola no llega a formalizar su relación con Yago, no hubieses seguido con él, estoy convencida. Yo me quedé embarazada, Lola encontró una pareja estable... Todas parecíamos encauzar nuestra vida, menos tú. Te viste sola y por eso te obcecaste en seguir con él. Al principio puede que te compensase, pero poco a poco descubriste cosas que en otras circunstancias no hubieras pasado por alto. Antes no lo hacías, pero, claro, antes siempre tenías un plan B, porque Lola siempre ha estado ahí para evitar que te quedases en casa. Y en el fondo tú lo sabías, por eso has aguantado tanto.

—¿Estás haciendo terapia conmigo, África?

—Más o menos. ¿Funciona?

—Más o menos —repito con una tímida sonrisa—. Sí, creo que sí

—le confirmo después.

—Me alegro —me responde con cariño—. Piensa en lo que te digo. No te dejes arrastrar por lo que la sociedad o la forma en la que te han educado te dicen. Haz lo que realmente te apetezca y te haga feliz en ese momento, sin pensar en el futuro. No te pongas límites con ideas preconcebidas de cómo debe ser una relación. No consideres siquiera esa opción, Sara.

—Está bien, reflexionaré sobre ello.

—No me voy a empeñar en que salgas con Julio, pero sí en que, si te sientes bien con él o con quien sea, no dejes de hacerlo tan sólo porque creas que no te va llevar a ningún sitio. Olvídate de lo que consideras que está bien o mal y del cómo debe ser y es. No hay una regla escrita que diga cómo debe ser una relación de pareja, tan sólo hay una norma imprescindible y es que esa pareja te haga feliz. El cómo no importa, eso es lo de menos. ¿Entendido?

—Sí.

—No me gustaría tener que hablar con Lola para que te haga entrar en razón —bromea riéndose y provocando que yo también lo haga.

—No, deja, que ella no usaría razonamientos para que considerase esa opción —respondo entre risas.

Cambiamos de tema y la tarde pasa deprisa entre conversaciones de bebés, de madres y de boda, hasta que me doy cuenta de que son las ocho y media y debo irme a casa.

—¡Quédate a cenar! Hace mucho tiempo que no estabas así de relajada y eso que has mirado el móvil varias veces de forma compulsiva.

—Es la costumbre. Lo hago sin darme cuenta; hay cosas que hago por inercia y no veas la rabia que me da. En casa ordeno y desordeno las estanterías sistemáticamente. —Me rio sin entusiasmo—. ¿Es triste, verdad?

—No. Triste sería no reconocer tus fallos. El intentar rectificarlos es de sabios.

Me despido de ella y conduzco pensando en todo lo que hemos hablado. Al llegar a casa, me voy directa a la cama, deseando no salir de ella hasta que este agujero que siento en mi corazón se cierre. Aquí, oculta bajo las sábanas, encuentro algo de consuelo. No sé cómo voy a lograr llenar esta oquedad que siento. No sé cómo voy a conseguir cerrar esa ventana que Mario ha abierto hacia la nada, en la que lo único que se divisa es un horizonte desértico, con un suelo árido, seco y abrupto por el que ahora debo caminar, pienso mientras el cansancio y la tristeza se apoderan de mí.

CAPÍTULO 16

Los días pasan, los mensajes matutinos persisten y es lo único que hace que me levante con ganas de asomarme a la ventana y contemplar los pequeños cambios que se están produciendo en aquel terreno que a primera vista parecía estéril por completo. Y esta sensación comienza a preocuparme. No quiero volver a ilusionarme con algo que sólo existe en mi cabeza, que no es real.

Hoy es miércoles y, cuando llego a casa después del trabajo, dejo el coche en el garaje y camino hacia el parque para poner en orden mis ideas. Ya ha pasado más de una semana desde que Mario se fue de casa y, aunque sus llamadas persisten, impidiendo que no sólo en mis recuerdos lo tenga presente, al menos no lo he vuelto a ver desde el día de la cafetería, aunque siento su presencia constantemente.

—¡Sara! —oigo desde lejos. Me giro pero no veo a nadie y pienso que me estoy volviendo loca, que mi cabeza comienza a oír voces debido a lo desorientada y confundida que me siento, debido al vacío que experimenta mi alma en estos momentos. Pero, al volver a caminar, lo oigo de nuevo. Pienso en Julio, en Mario, en el antes y el ahora... y, como por arte de magia, uno de ellos sale de mis pensamientos pronunciando de nuevo mi nombre.

—¡Sara!

Entonces veo la silueta de un chico que me hace señales con las manos. Agudizo un poco más la vista y entonces lo reconozco.

—¿Julio? —digo cuando veo que se separa del grupo de gente con la que está.

—Hola —me saluda dándome un beso rápido en los labios y dejándome tiesa como una estatua.

—¡Eh! Hola —respondo casi tartamudeando y llevándome la mano a la boca—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy con unos amigos —dice con un gesto de cabeza para indicar a las cuatro chicas que no dejan de mirarme con cara de vampiresas defendiendo su exquisito bocado.

—¿Amigos? Yo sólo veo a cuatro chicas con ganas de descuartizarme.

—Fer se ha ido a buscar a Hugo y yo me he quedado con el resto, pero son sólo amigas. ¿O acaso estás celosa? —suelta sin dejar de mirarme, poniendo una mano sobre una de mis caderas para atraer mi cuerpo al suyo.

—¡¿Yo, celosa?! Por favor... —respondo apoyando mis manos sobre su pecho, intentando separarme de él con disimulo. Justo en ese momento oigo a alguien que aplaude detrás de mí y una voz inconfundible que dice:

—¿Y se suponía que el problema era yo? Ahora va y resulta que la verdadera razón es que me la estabas pegando con este niñato. Sabía que tenía que haber alguien más —me recrimina una voz sombría detrás de mí, imposible de no reconocer—. Ahora lo entiendo todo. Llevo toda una semana siguiendo tus pasos y comenzaba a pensar que estaba equivocado. Conmigo no hacías más que fingir y te veo aquí con él tan libre, tan suelta, y todo encaja —añade agitando las manos en el aire, acercándose a nosotros con una mirada sarcástica y llena de veneno.

—¡Mario, yo...! —contesto nerviosa, intentando separarme de Julio todo lo posible, pero éste tira de mi brazo y me coloca detrás de él.

—Sara, ¿no te has preguntado por qué tenía que buscar en otras lo que tú no me dabas? —me espeta sin dejar de avanzar—. Pues tal vez, simplemente, era porque tú ya se lo estabas entregando a otro, así de sencillo —comenta señalando con las manos a Julio—. ¡Y encima tienes la poca vergüenza de echarme en cara mi comportamiento y hacerme creer que la culpa de todo ha sido mía! No eres más que una calientabraguetas que luego, a la hora de la verdad, no sabe ni cómo encender una cerilla para calentarse a sí misma. No tienes ni puta idea de lo que en realidad le gusta a un hombre de verdad. ¿Y quieres hacerme creer que este proyecto de Ken va a conseguir calentarte? ¡¡Ésta es la razón por la que me has dejado!!

—Mario, Julio es sólo un amigo —le explico.

—¡Ya te puedes ir olvidando de ella, Ken, porque te aseguro que cualquiera de tus amiguitas te va a hacer disfrutar más que esta desgraciada! —me insulta dirigiéndose a Julio de forma despectiva y señalando a sus compañeras, que se acercan apresuradamente.

—Perdona, no quiero problemas, pero creo que te estás pasando. Ya te lo ha dicho ella. Sólo somos amigos —le aclara con voz pausada y alzando una de sus manos para tranquilizarlo, mientras con la otra sigue manteniéndome detrás de él.

Sus miradas se retan en un duelo de fuerza a pocos centímetros uno del otro, pero Julio no se amilana ni por un segundo y eso a Mario lo hace dudar. Aun así, sigo viendo el peligro en los ojos de mi

ex. Sé de lo que es capaz y le suplico en voz baja a Julio que nos vayamos. Tiro del brazo con el que me protege y que está tan rígido como el acero, pero no consigo que éste me haga caso.

—¡Ja! Pero ¿tú qué te piensas?, ¿que soy gilipollas o qué? —oigo contestar a Mario con chulería—. ¿Pretendes reírte de mí en mi puta cara? No es la primera vez que os veo juntos —suelta nervioso, dando un pequeño golpe a Julio en el pecho con los dedos índice y corazón. Entonces, pensando en lo peor, sorprendentemente encuentro el valor necesario y salgo de detrás de él. Me coloco entre ambos para intentar razonar con Mario. Le agarro la cara entre mis manos con toda la dulzura de que soy capaz, obligándolo a que me mire mientras le hablo con cariño, desesperadamente, mientras realizo un gran esfuerzo para ocultar mi terror.

—Mario, asumámoslo, lo nuestro no funcionaba. La sombra de Daniela siempre estaba entre nosotros. Tu aún la sigues queriendo y es a ella a quien deberías ir a buscar en vez de a mí. Porque es a ella a quien de verdad quieres y yo lo acepto. Lo nuestro hace mucho que terminó —afirmo con tristeza, pero, lo que al principio parecía funcionar, consigue el efecto contrario.

—¡Cállate! —me grita tirándome al suelo de un empujón. Acto seguido, me habla enfurecido y con desprecio. Julio se acerca hasta él amenazante, pero yo le pido con la mirada que no lo haga—. ¡No metas a Daniela en esto! ¡Ni se te ocurra nombrarla! —añade señalándome altivo—. Se terminará cuando yo diga que se haya terminado, Sara. ¿O crees que por haber cambiado la cerradura de casa y echarme al pitbull de tu amiguita me voy a dar por vencido? ¿Piensas que te vas a librar de mí tan fácilmente como hizo ella? ¿Crees que voy a estar esperando tu llamada y que, cuando me llames, voy a correr a tus pies como lo hago con ella? Tú no vas a jugar conmigo como lo hace ella, porque tú no vales una mierda y vas a hacer lo que yo te diga —responde señalándome lleno de dolor y resentimiento, pero consiguiendo una vez más que me sienta diminuta y casi invisible.

—Daniela aún te quiere, Mario —digo desde el suelo para intentar calmarlo—. ¿Por qué crees que te busca constantemente? Lo que pasa es que la convivencia contigo resulta complicada, pero es por ella por quien debes intentar cambiar. No por mí.

—¡Oh, Cállate! ¡Cierra la puta boca! ¡No tienes ni idea de lo que dices! —me grita cerrando los ojos y frotándose las sienes enérgicamente, intentando controlar lo incontrolable. Levanta la mano en el aire para hacerme callar con ella, y por un segundo imagino el peso de su mano en mi cara y, como un acto reflejo, me encojo antes

de que impacte contra mi rostro. Pero durante ese segundo, Mario duda y Julio lo detiene antes de que decida hacerme callar.

—Mira, creo que todo tiene un límite, así que será mejor que te vayas por donde has venido —le aconseja Julio dándole un empujón en el hombro con brusquedad antes de ayudarme a levantar del suelo —. ¿Estás bien, Sara? —me pregunta con dulzura.

—Sí, no te preocupes. Estoy bien. Vámonos, por favor, Julio, sácame de aquí —le suplico muerta de miedo, ya que jamás había visto así a Mario.

—Tranquila —me susurra retirándome el pelo de la cara con delicadeza—. Pero alguien tiene que pararle los pies a ese tipo.

—¡Ah! ¡¿Y ese alguien vas a ser tú, Ken?! —lo reta a nuestras espaldas de forma despectiva.

Entonces, perdiendo la serenidad, oigo a Julio repetir una y otra vez, entre dientes y a modo de plegaria:

—Dios mío, dame paciencia porque, como me des fuerza, mato a este gilipollas. —Y en décimas de segundo, veo a Mario con la espalda contra un árbol y el brazo de Julio contra su garganta, mientras alza su puño a pocos centímetros de su cara—. ¡Mira! ¡Hasta ahora creo que he sido bastante paciente, pero estoy comenzando a cansarme de ti! No me gustan los problemas, pero, si me buscas, me encuentras, así que será mejor que te largues antes de que te parta la cara.

—Eso tal vez deberías habértelo pensado antes de fijarte en la mujer de otro —le contesta a duras penas, intentando liberarse del brazo que le impide respirar con normalidad, pero sin mucho éxito.

—Que yo sepa, lo vuestro es algo que jamás debió comenzar, así que olvídala ya. Ahora está conmigo —le responde Julio, dejándome boquiabierta.

«¿Cómo que estoy con él —me pregunto interiormente—. ¿Qué ha querido decir con eso?» Justo en ese momento, aparecen los amigos de Julio.

—¿Pasa algo, Julio? —le pregunta Fer, poniéndose a su lado.

—No, sólo ha sido un malentendido y ya se iba, ¿verdad, Mario? —le plantea bajando su puño amenazante y aflojando la presión del cuello.

—Sí, sí... tranquilicémonos. Todo está aclarado —balbucea alzando las manos en señal de rendición, perdiendo toda la seguridad que antes de verse rodeado desprendía.

Entonces Julio lo suelta por completo y, agarrándome de la mano, dice para que Mario lo oiga:

—Vamos, te acompaño a casa. —Pero antes de comenzar a caminar, le hace un gesto de cabeza a Fer que tan sólo ellos saben lo

que significa.

Veo cómo Mario nos mira por el rabillo del ojo y, automáticamente, agacho la cabeza. «Esto no es el final», me dice con una mirada llena de rencor antes de escupir e irse.

—Es la segunda vez que tengo que rescatarte —comenta para romper el silencio.

—¿La segunda? —pregunto confusa al llegar al portal.

—La primera fue en el parque. Te salvé de morir deshidratada por exceso de lágrimas por culpa del capullo de tu novio —dice sonriendo.

—Exnovio —rectifico.

—Exnovio, perdón. Aunque eso él aún no lo tiene muy claro. Abre, te acompaño hasta la puerta —me ordena al ver que me detengo con las llaves en la mano.

—No es necesario, de verdad —le digo nerviosa.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

Al oír su seguridad, una duda asalta mi cabeza. «¿No pretenderá que lo invite a entrar en mi piso? Porque, si es así, no lo voy hacer. Eso complicaría mucho más las cosas y todavía no estoy preparada para eso», pienso mientras noto cómo mis mejillas adquieren un rojo incandescente.

—En serio, Julio, te agradezco mucho lo que has hecho por mí, pero no es preciso que me acompañes hasta la puerta —insisto casi tartamudeando, intentando evitar un momento de lo más incómodo.

—Sara, sólo te voy a acompañar hasta la puerta. No tengo la necesidad de subir con una intención completamente diferente a la que te estoy diciendo. No es mi estilo, y ya deberías saberlo. No te preocupes, te aseguro que el día que quiera algo más, te enterarás —me suelta, dejándome petrificada por la seguridad con la que habla mientras me acaricia la mejilla con su pulgar. Después me quita las llaves de la mano y me sujeta la puerta para que pase. Y no sé si ha sido su caricia o ese simple gesto, pero ha conseguido que cambie de idea y, lo que antes me parecía algo descabellado, ahora me parece todo lo contrario. «¿Qué pasa?, ¿ahora no le intereso de esa manera?», me digo mientras él continua hablando tan normal.

—Me diste una alegría el otro día al saber que lo habíais dejado —comenta acercándose a mí. Justo en ese instante, se abren las puertas y yo salgo disparada del ascensor.

—Ya hemos llegado, ésta es mi puerta —anuncio metiendo las llaves en la cerradura mientras él me mira sonriendo.

—Muy bien, entonces ya me puedo ir tranquilo. He conseguido que llegues a casa sana y salva —bromea agarrándome de la cintura y dándome un beso sin previo aviso. Un beso que me deja sin aire, sin

respiración. Un beso que hace que mis rodillas flaqueen y que, cuando termina, deseo que continúe. Entonces abro los ojos y me encuentro con su engreída sonrisa de satisfacción.

»Te dije que cuando quisiera algo más te enterarías. Así que vete acostumbrando, bombón —suelta antes de besarme en la punta de la nariz e irse.

Cuando por fin entro en casa, me derrumbo sobre el sofá y paso la lengua por mis labios buscando las pequeñas briznas que hayan quedado en ellos de su sabor, paladeando en mi mente ese instante. Después de todo, puedo decir que no ha sido un día tan malo como parecía en un principio, me digo recordando en detalle ese beso y dirigiéndome a la cocina para prepararme un sándwich y luego contarles a las chicas este último acontecimiento.

Tengo que pensar cómo explicar lo ocurrido en el parque, porque no quiero que Lola se tome la justicia por su mano o África le pida a Juan que haga algo. Quiero que las cosas se queden como están. Quiero que mi vida vuelva a ser como era antes de conocer a Mario y poder olvidar esta etapa de mi vida lo antes posible. Además, hoy, por primera vez, he sido capaz de decirle lo que pienso. Vale que me sentía protegida al estar Julio a mi lado, pero, aun así, estoy orgullosa de este minúsculo paso. Pienso en ello mientras saco el pan de molde, el jamón de York y el queso. Pero nada más meter todo en la sandwichera, oigo el sonido de un wasap en mi móvil. El primer nombre que aparece en mi mente es Mario y, temerosa, miro el teléfono... pero una sonrisa aparece en mi cara al ver el nombre de Julio en la pantalla.

Julio: Me estoy arrepintiendo de no haberte acompañado hasta tu dormitorio.

«¡¡Joder con el niño!! Ciertamente con él no hay ninguna duda de lo que quiere cuando lo quiere. Con Julio nunca podré decir que las señales no las supe interpretar», me digo a mí misma al leer su mensaje y, como no sé qué contestar, simplemente le envío un «Ja, ja, ja, ja».

Julio: No te rías. Sé que hoy no era el momento adecuado, pero también sé que ese momento llegará.

Sara: Seamos sinceros, Julio.

Julio: Sinceridad es mi segundo nombre.

Sara: No, en serio. No te gustan los problemas, lo has dicho varias veces, y yo soy un imán para ocasionarlos. No hay más que ver lo que ha pasado hoy.

Julio: No te equivoques, Sara. El problema lo tiene el capullo de tu ex, que no tiene ni puta idea de cómo tratar a una mujer. Tú el único problema que tienes es haber confiado en él, pero todos cometemos errores.

Sara: Puede que tengas razón, Mario tiene un problema en ese aspecto. Pero no tienes ni idea de la mitad de problemas que tengo.

Julio: No creo que sean tantos, pero, cuando quieras, me los cuentas. Ya sabes que soy bueno escuchando.

Sara: Lo sé.

Respondo eso recordando que fue lo que más me gustó de él cuando lo conocí.

Julio: Perfecto, entonces el viernes me paso por tu casa, me invitas a cenar y convertimos un momento de lo más normal en algo extraordinario mientras me cuentas ese millar de problemas que tienes.

Sara: No creo que sea una buena idea, Julio.

Julio: Sólo hablaremos, será una conversación entre dos amigos que se cuentas sus problemas. Sólo eso. No tengo intención de conseguir que hagas algo de lo que no estás segura, si eso es lo que te preocupa. Y no es por falta de ganas, te lo aseguro. Pero no es mi estilo. Además, me apuesto lo que quieras a que serás tú la que me pedirá que me meta en tu cama.

Sara: Me asombra tu seguridad. ¿Y si no te lo pido nunca?

Julio: Sé cuándo y por quién debo apostar. Y, para tu información, me gusta correr riesgos.

Sara: Está bien, acepto la apuesta. Ya pensaré cuando gane cómo pagarás tu deuda.

Julio: Lo mismo digo. Mañana hablamos. Buenas noches.

Sara: Ok, cena y conversación como amigos el viernes. Buenas noches.

Le respondo recalcando lo de «como amigos», aunque, si tengo que ser franca conmigo misma, confío en su palabra mucho más de lo que he confiado durante meses en la de Mario. Tras comerme mi sándwich recién hecho, me dirijo a la cama con la sensación de estar agotada. Hasta ahora no me había dado cuenta, pero, justo en este instante, noto la pesadez de todo mi cuerpo y tengo la impresión de que, en vez de horas, han pasado meses a lo largo del día. «Demasiados momentos de tensión», pienso al ponerme mi pijama de Betty Boop, y me meto en la cama con el móvil en la mano.

Sara: Hoy ha sido un día muy revelador, he vivido uno de los momentos de mayor

tensión.

África: Pues ya somos dos, se acaba de ir mi madre de casa. ¿Qué te ha pasado?

Sara: Al volver a casa me encontré con Julio y con Mario en el parque.

África: ¡¿Cómo?!

Sara: Como te lo cuento. Mario, en su línea, un auténtico capullo; cada vez me sorprendo más a mí misma... ¿Cómo he aguantado tanto?

Lola: Bienvenida al club. Es un enigma que no llegaremos a entender ninguna.

África: Espera, espera... ¡¿te has encontrado a los dos a la vez?! ¿Mario, Julio y tú?

Sara: Más bien Mario ha aparecido cuando Julio y yo estábamos hablando. Ha pensado que llevábamos tiempo liados y me ha tachado de embustera, quitándose él toda clase de culpa.

Lola: Esto se pone interesante. ¿Y qué ha dicho Julio?

Sara: ¿Qué crees que ha dicho, Lola?

Lola: Espero que le haya partido la cara y le haya cerrado esa boca de un puñetazo. En plan caballero salvando a la damisela.

Sara: No ha habido puñetazo, pero sí le ha callado la boca.

Lola: Entonces, la damisela habrá tenido que agradecerle al caballero su gran valor en plan *Putanieves* y el príncipe, ¿no? Dime que sí, por favor, dime que sí.

Antes de que pueda contestar, llega un mensaje de Lola lleno de emoticonos cruzando los dedos.

Sara: No, pero he quedado con él para cenar el viernes.

Lola: ¡¡¡¡Bien!!!! Así me gusta. A rey muerto, rey puesto.

Sara: Pero en plan ¡¡¡amigos!!!, no te hagas ilusiones.

Lola: Bueno, bueno... una cosa puede llevar a la otra...

África: Sara, recuerda lo que hablamos. Haz lo que realmente te apetezca. No hagas nada simplemente porque te sientas en la obligación de agradecerle su valor, como dice Lola.

Lola: ¡África! ¡Calla ya! ¿Quieres dejar de aguarnos la fiesta? A ésta no le hagas ni caso. Siempre se ha dicho que es de bien nacida ser agradecida.

África: No quiero callarme. Me alegro por ella, que haya tomado la decisión correcta y que haya tenido el coraje de poner punto final a algo que no le hacía ningún bien, pero no quiero que vea en Julio lo que no llegó a tener con Mario.

Sara: Ya te dije que eso lo tengo claro. Julio no es para mí y sólo hemos quedado como amigos.

Lola: África, esto es una buena noticia y lo estás convirtiendo en un drama. La chica quiere darse una alegría y ha elegido al mejor candidato. ¿Qué hay de malo en eso?

África: Nada, pero no quiero que se haga castillos en el aire. Quiero que no planee un final tipo comieron perdices y fueron felices para siempre.

Lola: ¡No, no! Prohibido enamorarse, Sara. Julio es un parche para un descosido. Te enseña lo que es un polvo en condiciones. De esos que te dejan sin respiración y estás a punto de perder el conocimiento. Me he dejado llevar, lo sé, pero es que el chaval tiene toda la pinta de echar polvos así. No hay más que fijarse en cómo se mueve. Bueno, al grano, que me pierdo. Te planta una sonrisa permanente en esa cara que tienes desde hace meses y aquí paz y después gloria. ¿Entendido, Sara?

Sara: Os lo vuelvo a repetir, sólo hemos quedado como amigos. No pienso equivocarme otra vez.

Lola: Bueno... Quien dice amigos también puede decir *follamigos*. Sara, te hace falta echar un polvo en condiciones urgentemente, te lo digo yo. Además, estoy segura de que

el Chucho no tiene el diploma de nivel experto, más bien un aprobado raso. En cambio, Julio...

África: Yo sólo quiero que se deje llevar sin pensar en el futuro. Lo que tenga que ser, será, y no hay por qué pretender algo más. Julio es joven, tiene un don con las mujeres y él lo sabe.

Lola: Eso es lo que te hace falta, Sara. Que te proporcionen un señor don... don polvazo, don orgasmo, don éxtasis total...

Sara: No sé si habéis leído mi mensaje anterior, pero he escrito que ¡¡¡¡sólo hemos quedado como amigos!!!! No pretendo nada más. Creedme cuando os digo que sólo somos amigos. En estos momentos no me veo capaz de iniciar una nueva relación. Julio me hace ver las cosas más sencillas de lo que a mí me parecen, y eso me gusta, nada más. Pero no pretendo complicarme la vida.

Lola: ¿Complicarte la vida? ¡Con quién te la has complicado es con ese saco de pulgas! Además, yo no le he visto el cartel de chico problemático colgado en la espalda. Él sólo quiere hacerte pasar un buen rato y ya, de paso, tú averiguas lo que es eso. No sé dónde está el inconveniente, cuando ambos buscáis lo mismo.

Sara: Yo no busco eso, Lola.

Lola: Pues no es por nada, pero te vendría muy bien buscarlo, Sara. Estás falta de...

África: Sara, estoy deseando que te diviertas, pero con los pies en la tierra, ¿vale? No hagas caso a Lola, porque tú no eres ella y lo que para ella sirve para nosotras no. Lola es una mujer fuera de lo común. Así que, si comienzas algo con Julio, piensa que tal vez no seas la única. Él no te lo va a ocultar, como sí hacía Mario, pero es algo que debes tener en cuenta.

Sara: Tranquila, es obvio. Siempre está rodeado de chicas que babean por una mirada suya. Yo tan sólo soy un capricho, por eso os digo que sólo somos amigos.

Lola: ¡Oye, maja! Que a mí me guste el sexo más que a un niño los caramelos no quiere decir que sea rara, sino excepcional. El problema es que, para el resto de las mujeres, cualquier excusa es buena para no practicar algo tan gratificante y saludable. Y a mí me pasa lo contrario, que cualquier excusa es buena para practicarlo. Así que haz el favor de callar, África, porque estás fastidiando la fiesta. Primero la ánimas y luego reculas, y así mal vamos.

África: Lola, sólo la estoy advirtiendo. No quiero verla sufrir más. Le digo los pros y los contras.

Lola: La acojonas, África, eso es lo que haces. Mira, Sara, en lo único que tienes que pensar es en que, de entre todas esas chicas con las que pudiera estar, el viernes te ha elegido a ti por el motivo que sea. Porque es contigo con quien quiere estar y no con ellas. Así que sé un poquito más positiva y, por una vez, piensa que eres la más guapa del baile y están a punto de coronarte como la reina.

Sara: Para ti es fácil pensar así.

Lola: Y para ti también, Sara. Sólo debes mirarte al espejo. De verdad, yo me desespero contigo. Si fueses un callo malayo, vale, ¡pero es que no lo eres!

Sara: Bueno, vamos a dejar el tema, que mañana la única que no madruga es África. Y me estáis agobiando entre las dos.

África: Vale, pero piensa en lo que te he dicho. Y en esto último que te acaba de decir Lola, que es en lo único que tiene razón. No tienes nada que envidiar a ninguna otra chica.

Lola: Perdona, pero yo siempre tengo razón. Así que hazme caso a mí: dale alegría al cuerpo, Macarena. En serio, Sara, a todos nos iría mucho mejor si la gente follase más y pensase menos. Un orgasmo te ayuda a liberar tensiones y te abre la mente, entre otras cosas... Ja, ja, ja, ja.

África: Estoy de acuerdo con Sara, vamos a dejar el tema. Tú decides quién tiene razón.

Lola: ¡¡¡¡Yo!!!!

Sara: La razón siempre está en mezclar la sensatez, los instintos primarios y el punto justo de locura necesario para sentirte viva. Y eso es lo que me aportáis cada una... Ja, ja, ja, ja, ja. Buenas noches.

Me despido dejando el teléfono sobre la mesilla y luego contemplo la luna a través de la ventana desde mi cama. Y por primera vez en mucho tiempo me encuentro realmente a gusto en ella. No la encuentro ni fría, ni vacía, ni mucho menos encuentro tensión. Porque mi cama, como el resto de mi casa, ha vuelto a ser mía, pienso levantando la cabeza de la almohada para echar un vistazo al bienvenido desorden que me ha caracterizado siempre.

CAPÍTULO 17

Los dos días siguientes me despierto deseando que lleguen las diez de la mañana para que mi móvil suene. Pese a que me resisto a ilusionarme, ese mensaje de buenos días consigue hacerme sonreír y eso me gusta. Hasta Samira lo ha notado y siempre, después de contener la risa, me pregunta.

—¿Algún día me vas a decir quién te hace reír todas las mañanas?

—No es nadie —respondo sin ganas de explicarle nada más. Pero, al parecer, hoy ella no está por la labor de conformarse con mi respuesta.

—¿Sabes qué, Sara? Te conozco, y te conozco mejor de lo que crees. Comparto muchas horas contigo y sé cuándo mientes y cuándo no. Sé diferenciar cuándo estás triste de cuándo estás agotada... y sé cuándo es una media sonrisa sin ganas o cuando es una sonrisa llena de ilusión, de esas que hacen que te brillen los ojos. Exactamente como la que llevo viendo día tras día durante toda la semana —me dice a la defensiva.

—Pero ¿qué te pasa, Sam? ¡¿Hoy te has levantado con el pie izquierdo o qué?! ¿A qué viene ese mosqueo? No lo entiendo —le contesto irritada y, mientras me vuelvo hacia el archivador que hay detrás de nosotras, en voz baja, añado sin darme cuenta—: Ni que estuvieras celosa, hija.

Entonces Samira, en un arranque de impotencia, se levanta de la mesa y sale de la oficina.

—Pero ¿qué le ocurre? —le pregunto a Javier.

—Estará en esos días tan raros que tenéis las mujeres. ¡Qué sé yo! —responde sin inmutarse.

Espero un par de minutos, pero, como no regresa, me acerco al baño y, al abrir la puerta, la veo mirándose detenidamente en el espejo, como si éste tuviera las respuestas a su malestar. Entonces percibe mi presencia y veo cómo me mira a través de él.

—Perdóname, no debí decir eso. No ha estado bien por mi parte. A fin de cuentas...

—No es culpa tuya, Sara. Tú siempre has sido sincera conmigo,

pero, sin buscarlo, me encuentro en mitad de este huracán que sin querer me salpica y eso me está afectando más de lo que imaginas.

—No entiendo a qué te refieres —planteo con dulzura, acercándome a ella.

—Mario no deja de llamarme, y tú comienzas a encapricharte de alguien sin ni siquiera... —Y entonces, sin previo aviso, termina aquello que una vez quiso hacer en el ascensor, pero que no pudo. Me besa. Y es un beso que, para mi sorpresa, no rechazo, sino que me dejo hacer porque no me desagrada el sabor de sus labios. Coge mi cara entre sus manos y recorre con su lengua cada centímetro de mi boca. Por mi cabeza pasan a la velocidad de la luz un millón de pensamientos que, debido al *shock,* se acumulan uno a uno, esperando hallar una respuesta. «¿Me está gustando? Porque, si no fuese así, me habría retirado. ¿Me gusta más que cuando me besaba Mario? Esa respuesta es sencilla. Sí. ¡Oh, Dios mío, me gusta más que cuando me besaba Mario! ¿Y eso qué significa? ¿Que me gustan las mujeres? Eso explicaría muchas cosas, pero eso es algo de lo que me debería haber dado cuenta, ¿no?», me bombardeo mentalmente durante el corto período de tiempo que dura ese beso.

—Comienzas a encapricharte de alguien sin ni siquiera tenerme en cuenta —continúa con lo que estaba diciendo antes, sin separarse de mis labios. Al no tener reacción alguna por mi parte, añade—: No digas nada. —«Tranquila, no podría aunque quisiera», contesto interiormente—. En mi cabeza no era de esta forma como lo imaginaba, pero estaba segura de que no me rechazarías. Desde que me contaste que lo tuyo con Mario no funcionaba en muchos aspectos, parte de mí tuvo la esperanza de que fuese porque, aunque tú te negases a creerlo, había una parte de ti que tal vez... no sé... tú y yo... Suena ridículo, lo sé, pero siempre he pensado que quizá... he tenido la esperanza... El caso es que nunca te he ocultado que me atraes muchísimo y, al dejarlo con él, en mi mente comencé a fantasear con la idea de que, si poco a poco me acercaba a ti, puede que llegaras a ver algo en mí que te gustase. Y yo podría enseñarte a disfrutar del cuerpo de una mujer. Pero Mario me dijo que había alguien. En un principio no lo creí, pero al ver cómo resplandece tu cara estos días cuando suena tu móvil... El caso es que todo está yendo más deprisa de lo que yo esperaba, y el tiempo se me agota. No sé quién es, pero lo que sí sé es que no soy yo y eso ha hecho que hoy me comportase de esa forma. Así que te pido perdón. No ha sido justo por mi parte. Por eso, cuando has venido, no he podido contenerme —dice dirigiéndose hacia la puerta para irse, pero, antes de cerrarla, se vuelve hacia mí y añade—: Sólo quería confirmar si lo que he sospechado tantas veces

era verdad. No me has rechazado, así que presiento que tú, ahora, tienes mucho en que pensar. —Dicho esto, sale del baño dejándome tan petrificada como hace breves instantes, cuando sus labios se apropiaron de los míos.

Cuando regreso a mi mesa, veo que Samira no está y le pregunto a Javier.

—¿Y Sam?

—Se ha ido a casa. Ha dicho que se encontraba fatal, ha hablado con Mateo y se ha marchado —responde sin levantar la vista del ordenador.

Dejo caer mi peso sobre la silla y acaricio mis labios instintivamente, intentando averiguar por qué no me he retirado. Sin dar pie con bola, trato de centrarme en los pedidos, pero ya no sé si sumo, resto o divido, lo único que sé es que ahora tengo más dudas que nunca.

Poco antes de salir del trabajo, me llega un mensaje que me hace centrarme en la realidad.

Lola: ¡¡Hoy es el gran día!! ¿A qué hora habéis quedado?

No le contesto, en estos momentos estoy tan descentrada que necesito llegar a casa y asimilar lo que ha sucedido en el baño.

Cuando al fin me desplomo en el sofá, con una copa de vino blanco en las manos, decido responder.

Sara: No hemos quedado, dijo que llamaría.

Lola: ¿Te habrás depilado, verdad? Sara, hoy tienes que estar radiante. ¿Y qué te vas a poner?

Sara: No he pensado en eso.

Lola: ¿Cómo que no has pensado en eso? Sara, ¿te pasa algo?

Sara: No. ¿Por qué?

Lola: Porque no es normal que tú no hayas pensado en eso.

Sara: Ha sido un día extraño en el trabajo y acabo de llegar.

Lola: Bueno, pues mueve tu culo y busca algo sexy y provocativo.

Sara: Lola, hemos quedado como amigos, así que me voy a dar una ducha y me voy a poner el chándal. No quiero complicarme más la vida.

Lola: ¡¿El chándal?! Joder, Sara, que aguafiestas eres.

Sara: Sí, el chándal.

Lola: Pues si triunfas con ese chándal roñoso y lleno de bolas que tienes, te hago un monumento, porque es antilujuria total.

Sara: Entonces es exactamente lo que necesito.

Respondo poniéndole un emoticono de una carita enfadada.

Lola: Percibo que necesitas urgentemente una reunión de chicas para ponerte al día de lo que se debe y no se debe hacer en una cita. Ya voy a organizar algo para que te recicles.

África: Sara, ponte otra cosa, por Dios, que Lola es capaz de presentarse en tu casa y quemarte ese harapo e incendiar el edificio sin querer.

Lola: Cierto.

Sara: Está bien. Vaqueros y camiseta básica, pero de ahí no me sacáis.

África: Mucho mejor.

Lola: No es lo que yo considero adecuado para tu situación, pero... tendré que conformarme.

Sara: Pero ¿de qué situación hablas?

Lola: Sara, ya te lo dije el otro día. Estás carente de amor y necesitas urgentemente una transfusión del elixir de la vida.

Sara: ¡¡¡Amigos, sólo amigos!!! Me voy a la ducha, os dejo.

África: No le hagas caso. Pásatelo bien y no te sientas obligada a nada que no quieras hacer. Ya nos contarás.

Sara: Gracias, África.

Lola: ¡¡¿Gracias, África?!! ¿Y qué pasa, que para mí no hay «gracias»?

Sara: No, para ti hay esto.

Envío un emoticono sacando la lengua.

Sara: Mañana os cuento.

Lola: ¡¡No, no!! Mañana, no. En cuanto salga por la puerta nos mandas un mensaje. A no ser que se quede a dormir, claro.

Sara: Eres imposible, Lola. Me voy a la ducha.

Me despido y arrojo el móvil sobre el sofá mientras bebo de un trago lo que queda de vino antes de meterme en la ducha. Al salir, enrollo una de las toallas a mi cuerpo y la otra en mi cabeza y, cuando me dirijo a mi dormitorio para vestirme, suena el timbre de la puerta.

—¡Joooder! —exclamo nerviosa en voz baja, al comprobar quién es a través de la mirilla.

El timbre vuelve a sonar, obligándome a abrir la puerta tal y como estoy.

—Sabía que me echabas de menos, pero no esperaba esta calurosa

bienvenida —dice mirándome de arriba abajo, apoyando uno sus hombros contra el marco de la puerta.

—Llegas pronto. Además... ¿no me ibas a llamar antes? —le respondo seria, mirando cómo desliza su pulgar sobre su labio inferior.

—Según se mire. Bajo mi punto de vista, llego en el momento oportuno —contesta agarrándome de la cintura repentinamente y acercándome a él, consiguiendo que mi respiración se acelere—, pero, como dijimos que esto era una cena de amigos, vete a vestir y deja de provocarme —añade tan cerca de mis labios que estoy deseando que se abalance sobre ellos.

Como les dije a África y a Lola, me pongo una camiseta de manga larga básica y unos vaqueros. Cuando salgo del dormitorio, lo encuentro sentado en el sofá con una cerveza en la mano. Al verme, levanta el botellín y dice: —Espero que no te importe. Me he tomado la libertad de cogerla de la nevera, ya que es lo que suelen hacer los amigos.

—¡No, tranquilo, siéntete como en tu casa! —contesto con sarcasmo.

—Si hubiera sido una cita, hubiese preguntado —responde enseñándome esa sonrisa traviesa pero que me aporta seguridad.

—No creo que ése sea tu estilo —digo acercándome a la nevera a por otra cerveza.

—Tienes razón. ¿Y cuál crees que es mi estilo? —plantea sin dejar de mirarme.

—No lo sé, pero las formalidades no te pegan nada —contesto sentándome a su lado sobre uno de mis pies.

—Cierto, no me gusta andarme con rodeos, simplemente porque eso es lo que se supone que se debe hacer en determinadas situaciones. Si dos personas quieren algo la una de la otra, ¿por qué no ser claros y ahorrarse un montón de ceremonias absurdas?

—Me gustan las ceremonias.

—Lo sé.

—¿Por qué lo sabes?

—No hay más que ver la cantidad de libros de romántica que tienes. ¿En serio crees que un hombre se va a tomar tantas molestias por una mujer como aparece en tus libros?

—No, ya sé que no —acepto agachando la cabeza—, pero sería bonito que lo hicierais.

—Veo que no te han tratado como te mereces, *amiga* —responde haciendo hincapié en la última palabra—. Un hombre se debe tomar todas las molestias y más cuando de verdad le importa una mujer. Yo

lo haría.

— ¿Lo harías? O sea, no lo haces.

—No, de momento no he tenido esa necesidad. Normalmente, cuando quiero algo, lo pruebo para estar seguro de que realmente quiero más.

—Me estás diciendo que siempre que te gusta una chica vas y sin previo aviso la besas o le propones acostarse contigo.

—Normalmente, sí.

—Pues habrás recibido más de un guantazo.

—No creas; os gusta haceros las duras, pero en el fondo estáis esperando un hombre con decisión.

Aunque su respuesta es la típica que daría Mario, en su mirada no veo nada similar a lo que él me mostraba. Y eso me gusta, porque me hace pensar que es ese chico rebelde que está dispuesto a partirle la cara a cualquiera por defender a su chica. Algo que Julio ya me demostró hace dos días... aunque yo no soy su chica, sino una buena amiga.

—Pero qué creído te lo tienes —le contesto.

—A ti te he besado más de una vez y todavía no tengo tus dedos marcados en mi cara —suelta con seguridad—. Sara, antes de besar a alguien, tengo que haber visto ciertas señales. Un cruce de miradas, un roce que no parezca intencionado...

—¡Buah! Ése es mi principal problema. Soy pésima para interpretar esas señales.

—¡¿En serio?! Nunca me lo hubiera imaginado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la primera vez que te vi no es eso lo que percibí.

—¿De qué me hablas?

—En El Pingüino Helado, ¿recuerdas?

—No sé a qué te refieres. Yo no he estado allí contigo nunca —respondo haciéndome la loca. Aunque recuerdo como si fuese ayer esa noche y, con sólo rememorarla, siento cómo el calor asciende por mis mejillas. Agacho la cabeza para ocultar mi rubor y oigo cómo relata la escena de aquella noche.

—Lola y tú estabais en la barra. Lola no paraba de hablar pero no le hacías ni caso. Tú estabas resplandeciente, pensativa pero resplandeciente... hasta que Lola tiró de ti y te empujó a la pista de baile, y fue como si te sacasen de tu burbuja. Las dos os reíais sin parar y yo no podía dejar de mirarte.

—¡¿A mí?! ¡Pues serías el único, porque normalmente es en ella en quien se fija todo el mundo! —exclamo incrédula, bebiendo luego de mi cerveza.

—Sé perfectamente en quién me fijé aquella noche, y es en la misma mujer que tengo frente a mí —contesta bajando el tono de voz y consiguiendo centrar toda mi atención en su boca al escuchar sus palabras—. Pero aquella noche mi intención no era la misma que la de hoy.

—¿Ah, no? —pregunto sorprendida y a la vez decepcionada.

—No, hoy he venido como amigo. Porque, si hubiera venido con otra intención, te aseguro que ya estarías jadeando en tu dormitorio —declara con determinación, consiguiendo que me atragante con la cerveza y comience a toser sin control. Esto le hace gracia; aunque lo intenta disimular, sé que se ríe por dentro, aportándole toda la seguridad que a mí me falta—. El caso es que tú también te fijaste en mí, aunque ahora me lo niegues —continúa diciendo.

—¡¿Yo?! Pero ¿qué dices? Si ni siquiera me di cuenta de que estabas allí —miento.

—¡Venga, Sara! Seamos sinceros; eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

—Bueno, vale, puede que ahora que lo dices me acuerde de que te vi rodeado de chicas en una esquina.

—¡Ah!, pues fíjate que yo hubiera jurado que donde me viste fue en la pista, mientras tú estabas en la barra... ¡Porque menudo repaso me diste!

—No sé de qué me hablas —niego, terminando a continuación mi cerveza de un trago—. ¿Quieres otra? —pregunto nerviosa.

—No, gracias —responde mirando su cerveza, después la mía y, seguidamente, a mí de forma petulante.

—Tenía sed —me justifico.

—No he dicho nada —replica alzando las manos mientras se ríe soberbio—. Volviendo a aquella noche... y conociendo a tu ex como lo conozco ahora, me sorprende que te dejase salir sin un cartel de «coto privado».

—Solía ponérmelo, pero Lola se encargaba de arrancármelo —le aclaro con ironía.

—¿Sabes lo que más me llamó la atención de ti esa noche? Que de vez en cuando regresabas a tu burbuja, como si estuvieras intranquila, aunque en el fondo deseabas salir de ella. Entiendes a qué me refiero, ¿verdad?

Claro que sé a qué se refiere, y por eso mismo me levanto antes de oír lo que no quiero oír y le pregunto: —Tengo hambre, ¿pedimos?

—Como quieras. ¿Qué te apetece?

—Me da igual. Elige tú.

—No, es tu casa, tú decides. Además, no sé por qué, pero me da la

sensación de que hace mucho tiempo que dejaste de tomar decisiones... así que comencemos por una sencilla.

«No pienso confirmarle lo que me acaba de decir», me digo, así que tecleo el número de una hamburguesería y pido dos hamburguesas iguales, sin preguntarle siquiera y satisfecha por mi reacción. Julio me sonríe, divertido, mientras observa entusiasmado cómo hablo por teléfono.

—¿Vemos una película? —le pregunto más relajada al colgar, pensando que ya he conseguido eludir la conversación anterior.

—No pienses que no me he dado cuenta de que querías evitar hablar de aquella noche.

—Para nada —miento notando cómo mis mejillas cambian de color.

—Mientes fatal, Sara, y no creo que te diesen el Oscar a la mejor actriz —se burla, riéndose de mí.

—Sin embargo, yo sí creo que te darían el Oscar al actor más engreído —replico con firmeza.

—¡Uuuuuy! Que la gatita tiene uñas... ¡Fíjate!, ¿y yo que pensaba que se las habían cortado?

—Pues ya ves. Me crecieron en cuanto tomé la decisión de que no iba a aguantar a ninguna alimaña más.

—Es la mejor decisión que has tomado y me gusta ver que sigues teniendo uñas.

—Me descolocas, Julio. Me pones en situaciones comprometidas por pura diversión. ¿O tienen algún fin?

—El fin de recuperar a la chica que me volvió loco en la pista de baile aquella noche —susurra tan cerca de mi boca que noto el calor que desprenden sus labios. Y por un segundo, que a mí se me hace eterno, deseo con todo mi cuerpo que posea mi boca de forma arrasadora, pero no lo hace y, después de ese instante, apoya lentamente su espalda contra el respaldo del sofá, sin perder el contacto visual y con una sonrisa traviesa, jactándose del efecto que produce en mí cuando su cuerpo se acerca al mío—. Y retomando aquella noche...

—No quiero volver a esa conversación —corto molesta.

—¿Por qué? ¿Porque no quieres oír que te pillé mirándome el paquete en varias ocasiones?

—¡¡Que yo, ¿qué?!! —exclamo abriendo los ojos como platos y sacando todo el aire de mis pulmones.

—Sí, tal y como acabas de hacer ahora mismo —declara alzando sus caderas y separando más la piernas, e inevitablemente mis ojos se dirigen de nuevo a esa zona, provocando que él se ría, orgulloso de mi

reacción. Pongo una mano delante de mí para evitar mirarlo y la otra sobre mis ojos, girando la cabeza muerta de vergüenza—. No te cortes, Sara, si en el fondo me encanta que lo hagas. Eso demuestra que mi teoría de que tu cuerpo manifiesta más deseo del que tú quieres aparentar es cierta. Lo que no me explico es por qué lo escondes. Estamos en pleno siglo XXI y el sexo es la conversación estrella en todo tipo de ambientes. Así que mira cuanto quieras, porque estoy deseando que esto se convierta en otra cosa más allá de una simple cena entre amigos.

—Punto número uno: yo no te miraba el paquete y, si lo hice, fue por esos malditos pantalones que llevabas.

—O sea, que reconoces que me mirabas...

—No. Sí. Bueno, tal vez. La culpa es de la etiqueta que llevan en la bragueta.

—¡Ah, ya! La etiqueta... —se burla, riéndose—. Y el punto número dos, ¿cuál es?

Pero en ese momento suena el timbre y yo respiro aliviada por no tener que explicar mi punto número dos. Aunque, no sé por qué, me da que lo único que voy a conseguir es un poco más de tiempo, porque no creo que se olvide del asunto.

Al abrir la puerta saco la cartera para pagar los bocatas y me sorprendo al ver cómo una de sus manos coge las mías para evitar que pague, mientras con la otra tiende un billete—. Tu pones la casa, yo la cena; es lo justo —me aclara con media sonrisa. Y ese pequeño detalle consigue que me vuelva más loca por él.

Las comparaciones son odiosas, pero también inevitables, y te ayudan a saber la diferencia que hay entre lo bueno y lo malo, lo que quieres y lo que no. Pero, sobre todo, lo que deseas por encima de todo y por lo que ya no estás dispuesta a pasar. Y eso es lo que acaba de hacer Julio con ese simple gesto, mostrarme algo que Mario jamás me mostró, y eso es respeto. Y al tratarme como a una igual, hace que confíe más en él de lo que he podido llegar a confiar en Mario, cavilo sin dejar de mirarlo, obnubilada, aunque el repartidor ya se ha marchado.

—¿Qué? —me pregunta sin saber la razón por la que lo contemplo.

—No, nada, perdona. Me había quedado en blanco —le respondo sacudiendo la cabeza para hacer desaparecer ese sentimiento que me niego a experimentar de nuevo.

—¿Y cuál es el punto número dos? —me pregunta dirigiéndose con los bocadillos hacia la mesa de la cocina.

—Si no te importa, mejor dejamos ese punto para otro momento, ¿vale? —contesto con angustia. Él, al notar cómo ha cambiado el tono

de mi voz, se vuelve y me mira a la cara.

—Como quieras, Sara. Pero quiero que sepas que yo jamás te voy a obligar a hacer nada que tú no desees. Así que, si no me lo quieres contar, siempre respetaré tu decisión —replica marcándome de nuevo esa diferencia con Mario y consiguiendo que ese sentimiento quiera expandirse por mi cuerpo, por mucho que yo luche contra él.

La noche pasa deprisa en compañía de Julio y, antes de irse, me pregunta:

—¿Estás segura de que no quieres exponerme cuál es el punto número dos?

—Segurísima. Además, ¿no me habías dicho que, si no te lo quería contar, no me lo exigirías? —respondo junto a la puerta.

—Sí, pero eso no significa que no me muera por oírte decir que estás loca por mí.

—Pero ¡qué creído te lo tienes! ¿Por qué crees que ése es el punto número dos?

—Porque, para alguien como yo, no pasa desapercibida la manera en que me miraste aquella noche, aunque sé que nunca querrás reconocerlo —concluye dándome un rápido beso en los labios antes de abrir la puerta y desparecer, sin dejarme tiempo para reaccionar.

Nada más irse Julio, mis labios recuerdan los dos besos que hoy he recibido y me es imposible no compararlos. El uno, tierno y desesperado; el otro, sabroso, fresco y pícaro. Si tuviera que elegir, no sabría por cuál decantarme, porque ambos me han gustado, y esa conclusión hace que añada otro interrogante a mi gran lista de inseguridades.

CAPÍTULO 18

A primera hora de la mañana suena mi teléfono.

—¡¡Lola, es sábado, por Dios!!

—No es tan pronto, son las diez de la mañana. No me llamaste ayer.

—¿Y para qué querías que te llamase?

—Sara, ¿tienes una cita prometedora, con una chico normal y que está buenísimo, y pretendes que no te llame? Tú estás mal, ¿verdad?

—Sí, ahora que lo dices... me doy cuenta de que era algo improbable que no me llamases.

—Pues eso. ¿Quedamos para desayunar y me cuentas?

—No, quiero seguir durmiendo.

—¡Venga ya! ¡Saca ese culo de la cama! ¿A no ser que tengas compañía? —dice con tono burlón.

—No, Lola, no tengo compañía.

—Entonces quedamos en media hora.

—¡Oye, ¿tú no tienes un novio al que dar la murga y dejarme a mí tranquila?!

—Yago se ha levantado pronto y se ha ido a correr, después me ha dado la murga a mí y a estas horas estará en el hotel.

—¡Ah, claro! Y como a la señorita la han despertado, no tiene otra cosa mejor que hacer que despertarme ahora ella a mí.

—Mi despertar ha sido mucho más gratificante que el tuyo, te lo aseguro, pero te prometo que el tuyo no va a estar nada mal. Cruasanes y capuchino.

—Brownie y capuchino.

—Vale, brownie y capuchino. En veinte minutos paso a buscarte.

—¡¿No era media hora?!

—Sara, es que te estás entreteniendo y el tiempo pasa. Tictac, tictac... —dice riéndose antes de colgar.

Me visto lo más deprisa que puedo con unos vaqueros negros ajustados y una camisa rosa claro con los puños y los cuellos del mismo tono que los pantalones y a través de la cual se entrevé mi sujetador negro. Dejo la cama sin hacer, algo impensable si viviese

con Mario. Y probablemente algo de lo que después me arrepentiré. Me dará un repentino cargo de culpabilidad y me pondré a limpiar como una posesa, para después sentirme desgraciada. Pero últimamente mis días funcionan entre picos de soledad y liberación, orden y desorden y alegría y tristeza. Hay momentos en los que no reconozco a la mujer que proyecta una sombra diminuta en el suelo, y otros mágicos, en los que esa sombra comienza a crecer. Salgo por la puerta pensando en ese torbellino de emociones que ahora mismo es mi vida pero que, gracias a todas y cada una de ellas, puedo decir que una nueva Sara se está gestando y que tengo ilusión por conocerla.

Justo antes de que Lola llegue, suena mi móvil y mi mensaje de buenos días habitual me hace sonreír.

Julio: Hay estrellas que ni siquiera, cuando el sol sale, se apagan, y tú eres una de ellas. Buenos días; una noche fantástica la de ayer... y un tanto peculiar.

Sara: ¿Por qué peculiar?

Julio: Porque no estoy acostumbrado a salir tal y como llegué de la casa de una mujer. Pero también te diré que tampoco suelo tener cenas tan sólo como amigos con mujeres.

Sara: Entonces me alegro de ser una excepción.

Julio: Algo me dice que vas a ser una excepción en muchos aspectos.

Al leer eso último, no puedo evitar sonreír mientras me subo al coche de Lola.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¡Es Julio! ¿Y qué te dice? Déjame ver —me exige abalanzándose sobre mí para quitarme el teléfono de las manos.

—¡No! Quita —la reprendo alejándolo de ella para evitar que sus garras se apoderen del aparato.

—¿Por qué no? —pregunta sorprendida, cruzándose de brazos. Pero antes de que pueda responder, añade—: ¡Te está diciendo guarradas! Es eso, ¿verdad?, por eso no me dejas ver lo que pone. —Lo dice abalanzándose sobre mí, esta vez con más ahínco, y arrebatándome el móvil.

—¡Lola! No me está diciendo guarradas —suelto derrotada.

—Entonces, ¿por qué no me lo quieres enseñar?

—No lo sé, supongo que no quiero oír lo que sé que me vas a decir.

—Entonces es que hay tema... —agrega ilusionada, abriendo la aplicación para leer los mensajes, mientras yo suspiro poniendo los ojos en blanco.

Lee atentamente la conversación de hoy y los mensajes de buenos días anteriores.

—¡¿Y esto?! ¿Cuándo pensabas contarnos que el chico, además de estar más bueno que un queso suizo, es poeta?

—No es poeta. Dame el teléfono.

Lola hace oídos sordos a lo que le pido y empieza a leer en voz alta las frases que Julio me ha escrito estos días atrás.

—«Hay estrellas que ni siquiera, cuando el sol sale, se apagan, y tú eres una de ellas.» «Un gran día es la suma de multitud de pequeños detalles.» «Hay que luchar para cumplir los sueños, pero hay que estar en paz para disfrutar de ellos.» «Dejar que las lágrimas limpien las amargas heridas no es sinónimo de debilidad, sino de querer seguir adelante.» «No pierdas el tiempo esperando el momento perfecto ni a la persona adecuada, porque sólo tú eres capaz de conseguir que esa persona desespere por estar a tu lado y convertir ese instante en extraordinario.» «Sonríe y que el sol sienta envidia de la luz que desprendes cuando lo haces.» —Sigue leyendo, ahora en silencio y, en un momento dado, dice—: La que más me gusta de todas es ésta: «Sólo aquellas personas que experimentan verdadero dolor saben comprender el sufrimiento de otros; saben percibir la amargura con la que conviven ciertos individuos sin corazón, y saben que hay monstruos escondidos entre las tinieblas que intentan aprovecharse de la compasión de estas personas mágicas para sentirse ellos más fuertes. Lo que desconocen estos monstruos es que un alma pura es tan sólida como un diamante. Se puede tallar, se puede esculpir e incluso cortar en pequeños pedazos, pero jamás conseguirás apagar su brillo ni disminuir su resistencia». ¡La madre que lo parió, pero qué bien te conoce!

—Deja de decir tontadas y dame el teléfono.

—¿Sabe África algo de esto?

—No. ¡Quieres darme el móvil de una vez! —grito molesta.

—Todo tuyo. Y dime... ¿qué piensas hacer? —pregunta arrancando el coche.

—La misma pregunta podría hacerte yo a ti. ¿Has hablado con Yago?

—No estamos hablando de mí, pero la respuesta es sí y estamos en medio de una negociación, por eso no os he dicho nada.

—Al final te saldrás con la tuya —declaro asombrada.

—Seguramente —me confirma—. Y volviendo al tema principal... cuéntame qué es lo que piensas hacer tú.

—Nada.

—¿Cómo que nada? —exclama frenando bruscamente y

mirándome a la cara—. ¡Sara, ese chico está loquito por tus huesos!

—Por los míos y por los de media España. Por favor, Lola, seamos sinceras. Julio no va a perder el tiempo con alguien como yo. Además, que le guste no significa nada. Seguramente esto se lo dirá a muchas.

—Mira, Sara, no te doy dos hostias porque soy tu amiga. ¡O, ¿qué coño?! Por eso mismo puedo dártelas —suelta dándome una colleja—. ¡¿Quieres dejar de decir estupideces y alegrarte de que un chico normal se haya fijado en ti?! ¿Qué más da si también se fija en medio universo, si con quien quiere estar es contigo? Déjame que te recuerde que los ojos los tenemos para mirar, las manos para tocar y el sexo para quitarnos las penas y dar un poco de alegría a la vida y al cuerpo, dicho sea de paso. El resto no importa, mientras a quien quiera tocar sea a ti.

—¡Joder, Lola! ¿Por qué todo lo tienes que llevar al mismo terreno? No me digas que Yago y tú lo único que hacéis es follar como conejos todo el día —contesto con crispación, alzando las manos.

—¡Claro que no! Aunque no me importaría, la verdad —bromea riéndose mientras en su mente cuaja esa idea—. No, en serio. Claro que hay muchas más cosas, pero al final el ser humano es tan simple que la base de todas ellas es el sexo. Porque es la forma más primaria, más pura, más sencilla... de demostrar a la otra persona cuánto la quieres, cuánto la necesitas. Que aceptas sus fallos y te alegras de sus virtudes. Hay personas que no saben expresar todo eso; en cambio, a través del sexo lo dan todo y lo dicen más. El sexo es la máxima unión que puedes experimentar con la otra persona. Es la fusión entre dos cuerpos, un vínculo en el que, por unos instantes, ambos dan lo mejor de sí a la otra persona. No importa si hay una relación o simplemente se acaban de conocer. La cuestión es que, en ese momento, lo que más te importa es la otra persona. Lo que le haces sentir y lo que te hace sentir a ti.

—Una violación también implica sexo y no creo que el uno le aporte al otro lo mejor de sí —replico irritada.

—Joder, Sara, estamos hablando de sexo consentido y de personas normales, no de perturbados mentales.

—¿Y si uno de los dos no siente nada? —insisto en mi teoría.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Ya habíamos hablado de esto antes, Sara, y creí que ya estaba solucionado.

—Al principio sí, pero luego la cosa fue empeorando.

—¿Cómo que empeorando?

—¡Empeorando, Lola! ¡No me hagas hacerte un croquis, hija! Ya es

bastante incómodo hablar de esto.

—¿Incómodo? Sara, hablar de esto puede ser dramático, pero nunca debe ser incómodo. ¡Madre mía! Menos mal que me he enterado antes de nada. A ver... vayamos por partes. ¿Qué es lo que más te gusta que te hagan?

—No sé, Lola.

—¿Cómo que no lo sabes? Habrá algo, ¿no? —Me encojo de hombros y entonces ella prosigue—. Vale, no pasa nada. ¿Qué es lo que más te gusta a ti cuando estás sola?

—¡No lo sé, Lola! ¡¿Qué quieres que te diga?! —contesto nerviosa.

—¡Joder, Sara! Antes de comenzar con Mario te dije que descubrieses lo que más te gustaba, que explorases tu cuerpo. ¿No lo hiciste?

—No.

—¡Esto es sorprendente! ¡Sara, lees erótica! ¡Habrá algo que hagas cuando tus libros te ponen a cien!

—Ya casi no leo.

—Bueno... y antes, ¿qué es lo que hacías antes?

—Me duchaba.

—Jugabas con la alcachofa de la ducha.

—Sí, supongo que sí.

—Eso está muy bien. ¿Qué más?

—Nada más.

—Me han educado con una mentalidad muy puritana, ¡qué quieres! —me justifico—. Aunque sí sé lo que no me gusta.

—Bien —dice expulsando el aire de sus pulmones—. Ya es un comienzo.

—No me gusta chuparla.

—¿Por qué no? —pregunta sorprendida.

—Me da asco. Es algo que no soporto.

—Vale, de momento nada de comer carne. ¿Qué más?

—Tampoco me gusta cómo Mario me proponía acostarse conmigo algunas veces. ¿Todos los hombres son así, Lola?

—¿Así?, ¿cómo?

—No sé... al principio se tomaba sus molestias, pero, con el tiempo, se olvidó de lo que significa cortejar a una mujer. Antes me seducía poco a poco, me besaba, me acariciaba antes de pedirme que me pusiera los zapatos rojos o cuando se excitaba en algún lugar público. Siempre ha sido muy dominante en el sexo.

—Yo creo que era dominante en todos los aspectos —me interrumpe Lola.

—Bueno, tal vez, pero en la cama eso a mí me gustaba, porque me

permitía dejar de pensar. Ése es el Mario del que me enamoré. Pero con el tiempo... los juegos de seducción se esfumaron. «¡Póntelos!», me decía colocando los zapatos frente a mí. Sólo le faltaba lanzármelos a la cara. Ésa era su forma delicada de decirme que quería sexo. Y la excitación en los lugares públicos se convertía en una posesión incontrolable. Las primeras veces incluso me gustó, porque me hizo sentir única. Como aquella vez en el parque. Pero después se convirtió en algo enfermizo. En otras ocasiones, simplemente, se bajaba los pantalones, se la cogía entre las manos y, mientras se tocaba delante de mí, me decía: «¿Quieres esto, verdad?». Era repugnante cuando hacía eso.

—No, por suerte la mayoría de los hombres no son así. Yo diría que un setenta por ciento de ellos sabe lo que nos gusta a las mujeres, el treinta por ciento restante anda más perdido que un pulpo en un garaje. Creen que esto es llegar y encestar... y no saben que el sexo es igual que el baloncesto: hay formas de meterla que valen más puntos que otras, y que todo cuenta. Pero quiero creer que tú has conocido alguno.

—Sí, a ese treinta por ciento he conocido yo.

—Eso está por cambiar. No te preocupes, vamos a tener que tomar medidas drásticas, pero esto lo soluciono yo como que me llamo Lola García —afirma como si estuviera hablando en voz alta para sí misma —. Lo primero que hay que hacer es ir despertando el placer y las ganas de sentir más.

—Te aseguro que de eso ya se están encargando. —Lola abre los ojos como platos al oír mi respuesta y, antes de que su mente calenturienta piense lo que no es, le explico—: Me encanta cuando Julio me besa, es lo único que hemos hecho. A veces, sin previo aviso, me sorprende con un beso fugaz que deseo que se prolongue, porque dentro de mí quiero más, pero también temo que llegue el momento de recibir ese más. Tú ya me entiendes.

—Perfectamente —me contesta ilusionada, sin poder dejar de sonreír—. Bueno, pues, a partir de ahora, cada vez que eso suceda, en cuanto tengas la oportunidad, te metes en la ducha y te das una alegría —dice riéndose—. Es la manera más sencilla que se me ocurre de que salgas de tu letargo. Comenzaremos experimentando una de las cien mil *lenguas* de viajes submarinos y, poco a poco, iremos avanzando —comenta emocionada, riéndose a carcajadas.

—Lola, que te conozco ¿Qué vas a hacer?

—Tú déjamelo a mí.

—Miedo me das —respondo saliendo del coche, pero sin empeñarme en convencerla de que no haga lo que tiene pensado

hacer. Básicamente porque, en el fondo, lo estoy deseando.

—Y bien, cuéntame: ¿qué es lo que sucedió ayer? —pregunta cambiando de tema mientras pedimos.

—Cenamos y vimos una película.

—¿Y habéis vuelto a quedar?

—No, y espero que así siga.

—¿Por?

—Porque vosotras tenéis razón. Julio es un encanto y me va a ser imposible no encapricharme de él. ¡Ya has visto los mensajes!

—Conociéndote, la verdad es que lo tienes difícil. Pero, aun así, vas a tener que arriesgarte.

—¿Por qué?

—Porque creo que Julio se sabe las normas del baloncesto al dedillo. Además, ya sabes lo que dijo África, «que tiene un don» —dice riéndose—. Y es lo más aproximado que has conocido a lo que se viene llamando un hombre medio normal. ¿O quieres que te recuerde tu lista de conquistas?

—No, por favor.

—Mejor no, porque, excepto David, no merece la pena mencionar a ninguno. Y con él ni siquiera tuviste nada.

—A veces me arrepiento de no haberte hecho caso, pero también te digo que, si fuese ahora, actuaría igual.

—Ya, pero yo no tendría tanta consideración —responde carcajeándose.

Terminamos de desayunar. Lola se va a buscar a Yago al hotel y a mí me deja en el parque. Hace muy buen tiempo y, aunque hace frío, el sol calienta lo suficiente como para que sea agradable sentarse en un banco. Me pongo mis gafas oscuras y contemplo a las familias jóvenes jugar con sus hijos y la complicidad que se ve entre sus padres. Detecto una muestra de cariño de un hombre hacia su mujer, que está embarazada: veo cómo éste le retira el pelo de la cara mientras la escucha atentamente. O una pareja de jóvenes tendidos en el césped, en silencio, unidos de la mano. Son gestos simples, pero a veces en el más puro silencio es cuando más cosas se dicen. Los contemplo ensimismada.

—No te estarás fijando en cómo estira aquel grandullón, ¿no? —me dice una voz profunda cerca de mi oreja justo detrás de mí. Vuelvo la cara para ver al dueño de esa voz, que ya es inconfundible para mí, y él, a su vez, se pone frente a mí. Está especialmente guapo. «¿A este chico qué le pasa, que se pone un florero en la cabeza y sigue estando espectacular?», pienso al verlo sudoroso, con unos pantalones de deporte grises de algodón bastante usados y una camiseta roja de

manga larga del mismo tejido—. Porque, si es así, me pongo a estirar aquí mismo. La pena es que no me he traído mis vaqueros DsQuared2.

—¡Qué gracioso! —respondo cruzándome de brazos—. ¿Hasta cuándo voy a tener que aguantar el chiste?

—Hasta que reconozcas que no sólo te fijabas en la etiqueta —replica estirando la cintura, girando sobre sí mismo. E involuntariamente me vuelvo a fijar en su paquete. «Menos mal que llevo las gafas oscuras», pienso al notar cómo el rubor comienza a subir por mis mejillas.

—¡Que creído te lo tienes, guapo! —le digo levantándome del banco, airada.

—Gracias por lo de guapo. Por cierto, he estado pensando... Creo que, como amigo, es mi obligación ayudarte a recuperar a esa chica de la pista de baile.

—No me hagas reír, por favor —contesto ofendida, comenzando a caminar—. Esa chica ya no existe.

—¿Cómo que no?

—Han pasado muchas cosas desde entonces. —Aprieto el paso.

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! ¡Las situaciones que vives a lo largo de tu vida poco a poco te van cambiando! Cada experiencia va modelando tu personalidad y puede que la mano que te modela en determinada época haga algo irreparable.

—Entonces tendremos que hacer una versión mejorada de la anterior. —Su comentario me hace reír y añade—: ¿Qué pierdes por intentarlo?

—Supongo que nada —respondo encogiéndome de hombros.

—Entonces, mañana comenzamos el adiestramiento. Temprano. Ya concretaremos la hora —dice alejándose corriendo.

«¿Adiestramiento? Ay, Sara, en qué jaleo te estás metiendo», me digo de regreso a casa.

CAPÍTULO 19

Pasan las horas. Lola me propone salir con ella y con Yago a dar una vuelta y África pretende que vayamos todos a su casa a cenar, pero a mí no me apetece hacer ni una cosa ni la otra. Lo único que quiero es disfrutar de mi casa y de mí tranquilamente. «Parece que eso era demasiado», refunfuño interiormente cuando oigo sonar el timbre a las diez y cuarto de la noche.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunto extrañada.

—¡Sorpresa! —oigo gritar a África y a Lola a través del interfono.

Abro la puerta y espero a que salgan del ascensor.

—¡¿Qué hacéis aquí?! —exclamo sorprendida.

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma, ¿recuerdas? —me contesta África—. Me has dado la excusa perfecta para salir de casa, Sara.

—Y Juan, ¿qué ha dicho?

—Nada, no le quedaba otra. Ya sabes que no le gusta que salga de casa a estas horas, pero tres cosas tiene: enfadarse, desenfadarse y procurar que yo no me enfade. Hubiera preferido que hubieseis venido vosotras a casa, pero no siempre los planes salen como uno desea.

—Pobrecita de mi niña cuando comience a andar. Tu padre es capaz de comprar una burbuja de hámster para evitar que su hija se haga un solo rasguño —comenta Lola.

—Eso no es nada comparado a cuando comience a salir con chicos. No me lo quiero ni imaginar —añade África, riéndose.

—Menos mal que tendrá a su tía Lola para echarle un capote.

—Ya se lo echará su madre, que tú, antes de quitarle el chupete, serías capaz de meterle los condones en el bolso.

—Por supuesto. Lo primero es la protección y esas cosas hay que hacerlas con cabeza —contesta con retintín—. Además, déjame que te diga que a quien menos acudirá es a ti cuando tenga que hablar de chicos. Es triste, pero es así. Tú serás su madre y no su amiga.

—Señoras, haya paz. Para ser sinceras, tú serás la amiga de su madre y tampoco creo que acuda a ti. Así que mejor dejemos el tema.

—Tienes razón, Sara. Todavía queda mucho para eso.

—Aun así, ya puedes ir actualizando el cuaderno de bitácora, que el tiempo pasa volando.

Al oír eso no podemos evitar reírnos las tres a carcajadas.

—Hablando de cosas que no se deben hacer... ¡Esta mañana habéis quedado sin mí! ¡No me lo puedo creer!

—Ya te he dicho que yo no podía aguantar sin saber.

—¡Ya!, pero al menos podríais haber venido a desayunar a casa.

—Tú misma se lo has dicho a Juan antes de venir: las cosas de mujeres se hablan mejor entre mujeres. Y, aunque no nos estorba, hay que reconocer que estamos más cómodas solas.

—Sí, en eso llevas razón. Cuando venga Alma vamos a tener que organizar un día a la semana para poner un poco de cordura a mi vida... porque ya me estoy viendo venir que, entre madre, pañales y el síndrome «cuida de que no se haga daño» de Juan, me volveré loca. Bueno, el caso es que me ha dicho Lola que ayer bien, ¿no? Si es que Julio es un encanto, la verdad.

—Hemos vuelto a quedar.

—¿Cuándo? —pregunta Lola, abriendo los ojos como platos.

—Mañana. Me lo he encontrado en el parque cuando me has dejado.

—¿Y cuándo nos lo pensabas decir?

—No os lo pensaba decir —respondo tan tranquila, encogiéndome de hombros. África y Lola se miran entre sí, perplejas por mi contestación—. ¡¿Qué?! Ya sé lo que me vais a decir: tú, que me ponga encaje, y tú, que no me haga ilusiones —les digo señalando a cada una—. Y creo que tanto un consejo como otro no me sirven. Primero, porque no pretendo acostarme con él. Y segundo, porque cada día me encuentro más a gusto con Julio, pero, al contrario que con otros, no tengo la necesidad de formalizar lo que somos. Tal vez sea porque el beso de Sam me ha abierto nuevas puertas o porque tan sólo lo veo como un amigo.

—¿Qué beso? ¿Cuándo os habéis besado Sam y tú? ¡Me lo he perdido! ¿Tú sabes algo de eso, Lola? —suelta África, ansiosa, sin dar tiempo a que responda a ninguna de sus preguntas.

—Estoy tan fuera de órbita como tú —reconoce.

Entonces les cuento lo que sucedió ayer en la oficina.

—Por extraño que parezca, no me disgustó, aunque no experimenté el deseo que Julio despierta en mí. Eso me ha hecho pensar que debo estar abierta a lo que me ofrezca y no cerrarme puertas antes de tiempo.

—Un yogurín de amigo, querrás decir —añade Lola, a lo que yo hago caso omiso y sigo hablando.

—Lo que me ha pasado con Mario me ha enseñado que las cosas no se deben forzar y que, si tiene que ser, será, por mucho que yo intente una cosa o la otra. Así que esta vez lo voy a dejar en manos del destino. Que quedamos, bien; que no lo hacemos, pues también. No quiero obcecarme en algo que tal vez sólo exista en mi imaginación y que eso me impida ver las cosas tal y como son. Así que lo que tenga que ser, será.

—Cuidado con el destino, que muchas veces nos pone pruebas muy tentadoras —interviene África mientras veo cómo Lola se levanta de su silla y gira a mi alrededor, observándome.

—¿Qué miras? —inquiero nerviosa.

—Estoy intentando averiguar si eres tú o te ha abducido algún ente extraño.

—¡Qué pava eres! —digo riéndome.

—De pava, nada. ¡Me cuesta creer que seas tú la que esté diciendo eso!

—¿Y cuándo habéis quedado? —quiere saber África.

—Mañana por la mañana. Me ha dicho que me ponga ropa cómoda. No me ha querido decir a dónde ni qué vamos a hacer, pero está empeñado en que debe reinventarme o, como él dice, hacer una versión mejor que la anterior.

—Está comenzando a caerme muy bien ese chico. Por no hablar de lo bueno que está. África, tú podrías preguntarle qué es lo que tiene planeado hacer. Eso nos ayudaría a la hora de elegir qué ponernos. Tienes que...

—¡Eh! ¡Eh! Para el carro —le exijo a Lola—. Que haya decidido dejarme llevar no significa que me vaya a acostar con él. De hecho, eso es lo último que tengo pensado hacer. Somos amigos; me gusta estar a su lado porque consigue que me olvide de la vida de mierda que tengo. Me hace sonreír por las mañanas e ignorar parte de mis problemas. Pero sólo eso. Liarme con él sería enfrentarme a algo que creo que debo solucionar sola.

—¡Vale! ¡Para ya! Definitivamente, ¿qué coño te ha pasado para ese cambio de actitud tan grande?

Lola vuelve a levantarse y me aparta el pelo de la nuca, mirándomela minuciosamente.

—Pero ¿qué miras?

—Necesito encontrar donde tienes el botón para resetearte. Tiene que ser eso. Julio lo ha encontrado antes que yo y lo ha accionado. Si lo localizo, la próxima vez que digas estupideces lo pulsaré y volverás a pensar como ahora.

—Deja de decir tonterías y siéntate, anda. Creo que el sexo lo

estropea todo, al menos en mi caso. Así que, hasta que no solucione ese tema, no quiero añadir un nuevo participante al juego.

—Me parece bien, Sara. De hecho, Lola ha tenido una idea que puede que te parezca una locura pero que tal vez funcione.

Y justo en ese instante suena el timbre de mi casa. Las tres nos miramos una a la otra y en mi mente sólo aparece un nombre de quién puede ser, pero, antes de que diga nada, Lola se levanta y dice:

—Ya voy yo.

—¿Quién es? —pregunto intranquila.

Veo que abre con una sonrisa en la cara y, entonces, mi cabeza pasa de pensar en Mario a pensar en Julio... y la verdad es que no sé a quién preferiría en estos momentos. Pero cuál es mi sorpresa cuando veo que Lola deja pasar a una chica que lleva una maleta roja y por fin entiendo a qué se refería África con que me iba a parecer una locura, y tenía toda la razón.

—¡¿Me habéis preparado una sesión de *tapersex*?! —le suelto a África en voz baja.

—Ha sido idea de Lola. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? Que estáis locas de atar.

—Pues yo creo que es una de las mejores y más delicadas ideas que ha tenido Lola en mucho tiempo. Ya sabes que ella, normalmente, toma medidas mucho más radicales. De hecho, cuando me llamó para proponerme un «plan», me temí lo peor. Pero después me di cuenta de que es una idea brillante y en la que no sólo vas a sacar provecho tú sola, ya lo verás. Y si no es así, nos echaremos unas risas, Sara. ¡No perdemos nada! Así que relájate y disfrutemos del momento —me pide mientras Lola ayuda a la recién llegada a colocar todo tipo de aparatos sobre la mesa.

—No los mires como si fuesen la reencarnación del diablo, Sara —me riñe Lola cuando ve cómo observo todos esos artilugios—. Y déjate llevar, como bien has dicho antes —añade con una sonrisa traviesa, antes de presentar a la chica—. Bueno, como ya te ha confirmado África cuando habéis estado cuchicheando a mis espaldas, hemos preparado una reunión de *tapersex* para que todas redescubramos nuestro cuerpo. Ella es Jessie y es sexóloga —dice Lola para presentárnosla. Jessie se acerca y nos da dos besos a África y a mí mientras Lola sigue hablando—, y nos va a explicar para qué, cómo, cuándo y dónde se puede usar todo esto —anuncia emocionada, señalando con la mano lo que juntas han puesto sobre la mesa.

—Bueno, como podéis imaginar, tengo una tienda erótica; se llama Tu Placer es mi Placer. Lola y yo nos conocemos desde no hace mucho, pero tengo que decir que ya la considero una buena amiga y

mejor clienta, claro está —bromea, riéndose—. Y sabe que el principal objetivo de todo esto es ayudaros a conocer y explorar vuestro cuerpo. Vamos a intentar que esto sea una reunión divertida, en la que resolvamos cualquier duda que tengáis, así que lo primero que os voy a preguntar es si tenéis alguna predilección o algún interés especial por alguno de los objetos... Es decir, si conocéis alguno o queréis que nos centremos en algo en concreto. —Como ninguna dice nada, ella continúa—: Ya me ha dicho Lola que es vuestra primera reunión de este tipo, así que, si os parece bien, comenzamos hablando de lo que podemos usar en preliminares. ¿Qué es lo que pensáis sobre ellos?

—Que están sobrevalorados —contesta Lola, riéndose.

—¡Pero qué dices! —replica África—. Una bañera con sus velas, sus caricias... preparar el escenario y el momento es tan excitante como el sexo en sí.

Yo me callo, porque Mario jamás ha encendido una sola vela y ya no recuerdo ni lo que se siente cuando otra persona te acaricia de esa manera. De eso ya hace mucho tiempo.

—Ciertamente hay momentos en los que no es necesario pasar por este punto, incluso hay mujeres —dice señalando a Lola— que tal vez no los necesitan, pero, cuando los tienen, encuentran un aporte extra al coito, ¿no es cierto?

—Sí, tienes razón —afirma ella.

—Sin embargo, para otras personas son muy necesarios, porque las ayudan a silenciar ese gran enemigo del sexo que es el pensamiento racional y, poco a poco, van adentrándose en un mundo al que les resulta algo más complicado acceder: el del placer y los sentidos. Lo ideal es que todas y todos tuviéramos un botón que nos permitiera poder apagar la mente en determinados momentos, para centrarnos en lo que realmente importa.

—Creo que Julio sabe perfectamente dónde tienes ese botón —me susurra Lola entre risas. África, al oírla, también se ríe, pero Jessie sigue hablando y yo no les hago caso.

—Como decía, hasta ahora eso es algo impensable, así que vamos a intentar desinhibirnos todo lo que podamos y a permitirnos escuchar tan sólo lo que nuestro cuerpo tiene que decirnos. Para ello tenemos diferentes artículos que nos van a posibilitar jugar con nuestro compañero y subir la temperatura —comenta de forma picante.

—Yo ya empiezo a tener calor con tan sólo ver ciertas cosas e imaginarme usándolas —interviene Lola, resoplando, mientras se quita la chaqueta que lleva puesta. Yo la miro con los ojos como platos y África le da con la rodilla, riéndose para que se calle y dejar que Jessie prosiga.

—Como iba diciendo, es muy importante estar receptivas y con la mente abierta.

—No tan sólo la mente tenemos que tener abierta —la corta Lola, sin poder contener la risa; África la acompaña y Jessie me mira para evaluar mi estado de nerviosismo. Tímidamente le sonrío mientras noto cómo el sudor se acumula en las palmas de mis manos y percibo cómo mi cara adquiere un tono rosado.

—¡Cierto! Pero aparte de los placeres que encontraremos entre las piernas, debemos tener en cuenta, siempre, que el mejor juguete sexual se encuentra aquí —explica, dándose unos pequeños toques en la cabeza sin dejar de mirarme antes de ofrecernos una caja pequeña con unos polvos y un plumero—. Yo os enseño algunos de ellos, pero hay más que nos ayudarán a que esa primera toma de contacto sea más excitante.

—La verdad es que yo, de estas cosas, nunca he comprado nada —comenta Lola mirando detenidamente el plumero y chupando los polvos que se ha aplicado en el brazo—. Pienso igual que tú. La imaginación es lo que pone la sal y la pimienta al sexo. Y en casa hay muchos artículos que se pueden usar. Brochas de maquillajes, corbatas, fulares, aceites, cepillo del pelo... ¡Que te acaricien el cuerpo con las púas de un cepillo es mortal! Por no hablar de los comestibles: nata, chocolate, leche condensada, helado... Hay multitud de productos que puedes pillar por casa que se pueden utilizar. Sólo hay que echarle un poco de ingenio. Lo divertido es experimentar y pensar con qué vas a jugar la próxima vez, no hay necesidad de comprar estas cosas.

—Bueno, ya sabemos que tú prefieres otro tipo de productos, pero déjame que los enseñe.

—Tienes toda la razón.

—Como iba diciendo, dentro de la fase de los preliminares está el plumero con los polvos de sabor —explica abriendo la caja y cogiendo mi brazo, para extenderme los polvos con el plumero. Yo la miro atentamente e intento buscar aquello que se supone que debo sentir. Entonces Jessie, al notar mi frustración tras no encontrarlo, me aconseja con una voz dulce—: Cierra los ojos y piensa en alguien que te guste, Sara. —Miro a Lola y a África, que me observan ilusionadas y me animan con la mirada a que haga lo que Jessie me indica. Yo cierro los ojos y la primera persona que me viene a la cabeza en estos momentos es Julio. Con cautela y tras las cosquillas iniciales, noto cómo la parte interior de mi brazo desprende pequeñas y sutiles descargas eléctricas—. Y ahora prueba su sabor, pero no abras los ojos. Hazlo delicadamente —me propone, acercándome el brazo a mi

boca.

Primero acerco los labios y, lentamente, saco la lengua. Sabe a cereza, y la suavidad que percibo en mi piel tras extender esos polvos es impresionante. Abro los ojos y contemplo cómo las tres me miran con una sonrisa llena de cariño y satisfacción. El silencio es sepulcral y, sin necesidad de dar explicaciones, saben que acabo de descubrir algo nuevo. No sabría describir concretamente el qué, pero lo que sí sé es que es completamente diferente a lo que había sentido hasta ahora.

—También tenemos ropa interior comestible —prosigue Jessie, mostrándonos un gracioso sujetador y tanga de caramelos de colores.

Pero yo sigo en mi nube, sin saber exactamente qué es lo que ha pasado. Contemplo mi brazo, llevo la punta de los dedos donde antes estuvieron mis labios y después me los llevo a la boca para volver a degustar su sabor, perpleja y desconcertada aún. Lola me hace volver a la realidad.

—¡Ah! Pues esto ya me gusta a mí —suelta quitándoselo de las manos y poniéndose el sujetador por encima de la ropa—. Imaginaos esto después de una cena normal y corriente en casa. Apareces en el salón con esto y le dices si quiere el postre —comenta Lola sin contener la ilusión—. Esto me lo voy a quedar.

Yo, al verla, envidio ese brillo que se ve en sus ojos y las ganas que tiene de llegar a casa y sorprender a Yago.

—Todo esto puede dar un enfoque muy divertido y placentero antes de nada —continúa Jessie—. También tenemos estos dos productos que gustan mucho —cuenta ofreciéndonos dos envases. Uno es idéntico a un rímel y el otro, a un *gloss*—. Los podéis probar, añade abriendo el que se parece al *gloss* y poniéndome una gota en la muñeca. Notarás una sensación de frío-calor con el que conseguirás un sexo oral mucho más estimulante. Y el otro es un intensificador de orgasmos. Nos pondremos una cantidad muy pequeña en la punta de los dedos y aplicaremos el bálsamo hasta su total absorción —explica señalando entre sus piernas—. Esto nos proporcionará una mayor sensibilidad en la zona íntima, con lo que obtendremos unos orgasmos más intensos. Después tenemos los lubricantes y aceites, sobre lo que no considero que haya mucho que explicar, y las bolas chinas, que, aparte de preparar el cuerpo y aumentar la excitación, son buenísimas para trabajar el suelo pélvico y fortalecer todos sus músculos. Sobre todo después del embarazo —dice señalando a África.

—Sí, algo he oído —responde ésta extendiendo la mano para coger unas lilas que hay encima de la mesa.

En ese momento, Lola coge otras y se las pone en la otra mano a África.

—Éstas mejor. —Ella las sopesa, dejando al final las lilas en la mesa de nuevo.

—Después de esto ya pasaríamos a los vibradores —prosigue Jessie.

—Este apartado es el que más me gusta —interviene Lola, entusiasmada, mientras yo la contemplo sorprendida—. No me mires así, Sara; hay un universo de posibilidades aquí encima. No todo es meter y sacar. Hay vibradores que se usan en conjunto, otros de forma interna y otros externa, grandes, pequeños, para una zona y para la otra. Aquí cada uno coge lo que más se adapte a sus gustos, principalmente. Y después vas añadiendo otros con los que experimentar —dice riéndose.

—Como bien ha explicado nuestra experta —aclara Jessie con una sonrisa divertida—, lo que siempre aconsejo antes de usar un vibrador con nuestra pareja es que lo hayamos probado nosotras mismas, y así le podremos indicar cómo usarlo... aunque es cierto que muchas me habéis comentado que os sentís ridículas usando solas un juguete sexual y que preferís descubrir cómo se usa junto a la pareja. Eso va al gusto del consumidor. No hay un modo concreto de utilizarlos. Lo ideal es experimentar con tu cuerpo las múltiples opciones que hay. Y para ello tenemos un abanico de posibilidades, como ha dicho Lola. Tenemos los clásicos, como éstos —dice enseñándonos un cilindro rígido y de punta redondeada—, y los flexibles, pasando por los de rotación, que llevan unas bolas en su interior para una mayor estimulación —comenta accionándolo para que podamos ver cómo gira sobre sí mismo—. Como nuestra estrella de sexo en Nueva York —añade presentándonos al conejo rampante—: Los huevos con control remoto para que sea tu pareja quien controle la vibración.

—¡Éste lo tengo yo! Me lo regaló Yago al poco de venir aquí. África, después de las bolas, porque está claro que debes empezar con ellas, cómprate uno y, sin decirle nada, le regalas el mando a Juan y ya verás lo bien que lo vais a pasar —le propone Lola, ofreciéndole el huevo para que lo coja.

—Estoy convencida de que el simple hecho de tener un mando en la mano los excita o eso creo, porque a Mario le excitaba más el de la tele que yo —declaro con humor.

—Mario es un gilipollas, Sara —sentencia Lola sin encontrarle la gracia a mi comentario.

—Lola, después de nacer Alma no creo que esté para muchos jueguecitos, la verdad —contesta África, centrando de nuevo la conversación y rechazando lo que Lola le ofrece.

—¡Ah, no! Prométeme que no vas a ser una de esas madres que

sólo viven para y por sus retoños, una de esas que dejan de ser mujeres para ser madres obsesivas y que quieren vivir sus vidas a través de sus hijos. Saca ese cuaderno de bitácora del que tanto hablas y ve anotando: «No trasladaré mis miedos a mi hija. Y tampoco querré que ella desarrolle y concluya mis sueños, porque lo que realmente quiero es que realice los suyos». ¿Me has entendido? Ella tendrá su vida y tú formarás parte de la suya, pero tan sólo eso. Porque tú seguirás teniendo *¡tu vida!* —concluye, haciendo hincapié en las dos últimas palabras con el dedo alzado.

—Esto me lo apunto, pues me ha gustado, y os doy permiso para darme un par de collejas si me extralimito en mis funciones como madre. Realmente creo que ése es el verdadero problema que tienen o tenemos, voy a incluirme por si acaso, los padres: que no sabemos dónde está el límite, dónde empieza y dónde acaba ser padre.

—Si os soy sincera, creo que eso no acaba nunca. Mi hijo tiene diecinueve años y aún me quedo despierta los sábados hasta que llega a casa —declara Jessie, dejándome perpleja. «¡Madre de un hijo en plena vorágine hormonal y dueña de un *sex shop*! Nunca me lo hubiera imaginado», pienso—. Porque esto —añade señalando todo lo que está encima de la superficie de la mesa— es lo que menos me preocupa, la verdad. Ahí fuera hay cosas mucho más dañinas que el sexo. Al menos tengo la tranquilidad de que, gracias a lo que me dedico, él tiene la confianza de poder hablarme de cualquier tema. Y volviendo a lo que nos ocupa, nos quedan los anillos, que son perfectos para aquellas personas que no siempre logran alcanzar orgasmos internos pero que no tienen ningún problema cuando se las estimula de manera externa. Y ahora no me digáis que esto no les entra a vuestras parejas, porque no me lo creo —añade riéndose, estirando la silicona de la circunferencia para que veamos su elasticidad—; luego están los ergonómicos y de diseño.

—En mi opinión, si estáis pensando en un vibrador, mucho mejor cualquiera de éstos. Aunque es cierto que, para empezar, como el clásico ninguno. Lo ideal es tener varios —comenta Lola señalando unos de colores y formas más llamativas que los anteriores, que para nada tienen que ver con lo que estamos acostumbradas.

—Pero ¿cuántos tienes? —pregunto sin poder contenerme.

—Todo esto, exactamente —responde agrupando un lote de cinco objetos, dejándome boquiabierta—. A Yago le encantan estas cosas y tengo que reconocer que a mí también —explica Lola.

—Creo que él tiene la culpa de que Juan comprase éste hace meses —aclara, riéndose, África, cogiendo un vibrador que se adapta a la palma de su mano perfectamente, indicándome que ella también tiene

uno y dejándome asombrada.

—No es tan extraño como piensas que las parejas tengan varios juguetes sexuales. Eso ahuyenta la monotonía, Sara. No os podéis imaginar la cantidad de parejas que, tras haber introducido un juguete en su relación, recuperan ese deseo que pensaban que habían perdido el uno por el otro —declara Jessie—. Y ya, para terminar, sólo me queda enseñaros las bolas tailandesas y los *pugs* para los placeres más ocultos —dice con picardía, dándose unos golpecitos en el culo con toda naturalidad—. Y esto es todo lo que os quería enseñar. Si tenéis alguna pregunta o estáis interesadas en que os explique algo en particular... —Como no intervenimos, Jessie comienza a recoger los productos en su maleta roja.

—Yo voy a quedarme estas bolas chinas —dice África, señalando las que Lola le recomendó.

—¿Y tú, Sara? ¿Te animas a comprar algo?

—¡¿Quién, yo?! No, no... Yo no quiero nada —sentencio con vergüenza.

—Pues este que me regaló Juan es una pasada, cielo. ¿Tal vez deberías probar algo de esto para conocer mejor tu cuerpo?

—¡Que no, que no! Que no quiero nada —vuelvo a repetir.

—Bueno, os doy mi tarjeta, aunque Lola ya tiene mi número por si me queréis hacer alguna pregunta mucho más personal o cambiáis de idea —dice, después de que África y Lola paguen sus artículos, antes de irse.

—Te acompaño a la puerta —me ofrezco, levantándome del sofá mientras Lola y África comienzan a hablar sobre sus adquisiciones.

Le abro la puerta y, antes de que salga, le pregunto:

—¿Qué ha sido eso? Lo de antes, lo que he sentido con el plumero. No sé si Lola te habrá comentado algo sobre... supongo que sí —balbuceo encogiéndome de hombros y bajando la mirada.

—Sí, sí que lo ha hecho. Eso ha sido una diminuta muestra de lo que puedes llegar a experimentar, Sara. Estás en tu casa, con tus amigas, a las que quieres y en las que confías plenamente. Un ambiente relajado y una mente abierta, y todo comienza a funcionar. Sólo tienes que conseguir desinhibirte y no estar pendiente de lo que crees que debes sentir, sino de lo que sientes. No de cómo debes comportarte, sino de cómo te apetece comportarte. Debes ser tú misma y todo funcionará. No pretendamos ser lo que no somos, porque entonces llegará un momento en el que nos bloquearemos y no sabremos actuar. Te conozco poco, pero conozco a Lola y sé lo arrolladora que puede llegar a ser. Creo que la tienes como referencia y pienso que te equivocas. En el sexo uno no sólo se desnuda

físicamente, y puede que por eso tú no logres un orgasmo pleno. Creo que pretendes ser quien no eres. Imagino que a los hombres les das la mujer que ellos quieren, olvidándote de la mujer que eres tú. Simplemente eso.

Cuando al fin nos quedamos solas, Lola me pregunta:

—¿Qué te ha parecido nuestra pequeña sorpresa?

—Aún estoy alucinando. ¿Cómo puede ser que sea tan canela? ¿Tenéis un set de estas cosas y yo sin enterarme?

—Tiene, vamos a hablar con propiedad. Yo sólo tengo el que te he enseñado; bueno, y ahora las bolas —añade África riéndose.

—Deberías haberte animado, Sara —comenta Lola.

—¿Qué dices? No tengo el cuerpo yo para esas cosas. A duras penas me toco cuando me ducho, como para usar un bicho de ésos.

—Esos bichos, como tú los llamas, consiguen maravillas, y creo que te hace mucha falta —afirma Lola con picardía.

—Me sentiría ridícula.

—Ridícula, pero con orgasmos —interviene África, provocando en las tres una risa contagiosa.

La noche termina cuando ambas se van y me quedo sola en casa. Antes de irme a la cama decido darme una ducha y descubrir con mis manos cada centímetro de mi piel. Rodeando mis pechos, acariciando la cara interna de mis muslos y acercando la alcachofa del agua a ese punto tan delicado, pero que se encuentra tan dormido en mí, pienso que es Julio quien lo estimula y, aunque parezca extraño, vuelvo a sentir cómo mi cuerpo empieza a excitarse.

CAPÍTULO 20

El sonido de mi teléfono me despierta. Perezosamente, abro los ojos y veo un mensaje de Julio.

> Julio: En diez minutos paso a buscarte.

Salgo de la cama disparada y miro el reloj, sorprendiéndome de la hora que es. «¿A dónde pretende llevarme tan pronto?», me pregunto mentalmente mientras me quito el pijama.

Justo cuando me estoy poniendo las deportivas, suena el timbre. Miro el reloj de nuevo y no han pasado ni diez minutos.

—¿Quién?

—Julio —responde él.

—Sube —le pido pulsando el botón del interfono. Luego me dirijo rápidamente al baño a lavarme la cara y a peinarme antes de que toque el timbre de la puerta. Cuando lo hace, miro por la mirilla antes de abrir.

—Vienes pronto —me excuso, dejándolo pasar.

—Lo sé. Pero tenía la esperanza de encontrarte tan sólo con una pequeña toalla enrollada al cuerpo —me responde con una sonrisa traviesa.

—Me duché ayer por la noche. ¿Has desayunado?

—Sí.

—Vale, pues ya tomaré algo a media mañana, vámonos si quieres.

—Pero ¿tú has desayunado?

—No.

—Entonces siéntate y tomate un café tranquila —me propone cogiéndome del codo y llevándome a la cocina. Yo me quedo mirándolo, asombrada por su reacción. Estoy poco acostumbrada a que piensen en mí. Mario hubiese despotricado por tener que esperarme, aunque no fuese culpa mía que él hubiera decidido venir

antes, y ese gesto por su parte me sorprende, dejándome paralizada por un instante.

—No hay prisa, ¿no? Tú tómatelo con calma. Ya te he dicho que pretendía pillarte con poca ropa, pero visto lo visto... —bromea mirándome de arriba abajo—. Aunque siempre tenemos la posibilidad de quitárnosla mutuamente —añade con un brillo en sus ojos espectacular y una sonrisa pícara hasta más no poder.

—Qué gracioso eres —respondo puntillosa.

—Gracias. Es algo en lo que me esfuerzo día a día —replica orgulloso.

—¿Quieres un café?

—Un cortado, ya que veo que mi proposición no se va a dar.

—Julio, ¿no habíamos quedado en que solamente vamos a ser amigos? —le contesto cruzándome de brazos junto a la mesa.

—Sí, pero siempre se puede llegar a algo más. Y si no se intenta, nunca se sabe qué hubiera pasado si se hubiese puesto más ahínco en ello. Ésa es mi teoría... teoría que aplico en todos los ámbitos de mi vida —me explica acercándose a mí despacio y agarrándome por la cintura. Por un segundo pienso que me va a besar, no deja de mirarme intensamente a los ojos sin decir ni hacer nada, hasta que consigue derrumbarme con la intensidad de su mirada y me obliga a bajar los ojos.

—¿Siempre consigues lo que te propones? —planteo liberándome de sus brazos y retrocediendo un paso.

—Normalmente, sí —responde seguro de sí mismo, acercándose de nuevo a mí. Apoya sus manos en la encimera, acorralándome entre ésta y su cuerpo—. Sara —pronuncia mi nombre con dulzura y yo levanto la vista, y entonces me dice—, jamás apartes la mirada por nadie, ya te lo dije el otro día —me recuerda poniendo el dedo índice bajo mi barbilla mientras me mira intensamente—. Eres una mujer increíble, aunque no te lo creas —me piropea.

En ese momento me deshago de su mano y me doy la vuelta, dándole la espalda para encender la cafetera. Necesito hacer algo para que mi cuerpo reaccione y vuelva a la realidad. No quiero comenzar a hacerme ilusiones con algo que no deseo que pase. No quiero soñar y que los sueños se conviertan en pesadillas antes de despertar. Prefiero mantenerme despierta y alerta, apartando de mí esa idea romántica que siempre he tenido y que ahora sé que es una utopía.

—¿Hoy no tengo imagen de buenos días? —lo chincho intentando suavizar la tensión que hay entre los dos en estos instantes.

—¿Quieres un buenos días? —me susurra lentamente al oído.

—Necesito tus buenos días —respondo sin girarme.

Entonces Julio presiona su cuerpo firme y tentador contra el mío y estira su brazo para coger una de las servilletas que hay al fondo de la encimera. Sé que lo hace aposta, sabe que me he dado la vuelta para evitar mirarlo y que su mirada no me abrasase de arriba abajo. Y porque en estos instantes me niego a escuchar lo que mi cuerpo me dice. Lo hago porque sé que, si lo escucho, querré más y Julio querrá menos. Nuestra amistad se enfriará y llegará un día en el que nos distanciaremos, y hoy por hoy no estoy dispuesta a perderlo, porque él es el único estímulo que tengo para seguir adelante... y me niego a prescindir de él en estos momentos.

Después de un segundo casi eterno y en el que tengo que esforzarme para controlar lo que cada vez me resulta más difícil controlar, mi cuerpo, Julio se separa de mí, se sienta en una silla y comienza a dibujar en la servilleta con un bolígrafo que saca del bolsillo de detrás de sus pantalones. Eso me permite coger un poco de aire y recuperar la cordura que este hombre me resta. Termino de preparar los cafés y me siento frente a él sin decir nada. Los dos permanecemos en silencio, él concentrado en lo que hace y yo contemplando sus manos. Unas manos estrechas, de piel fina y dedos largos, que me inducen a tener pensamientos tórridos como jamás había tenido con nadie. Sacudo la cabeza y miro hacia otro lado, porque, si sigo así, voy a acabar loca. A los pocos minutos estira sus manos para enseñarme lo que ha escrito y dibujado.

¡Buenos días, bombón! Hoy es el principio de algo nuevo e inesperado. Algo que tal vez en un principio te produzca miedo, pero te aseguro que es algo con lo que vas a disfrutar y te vas a sentir libre por primera vez.

En su dibujo aparece el capullo de una oruga rompiéndose y una pequeña mariposa saliendo de él.

No puedo creer lo que ven mis ojos. ¡Cómo voy a conseguir resistirme a él cuando consigue leer partes de mi alma que siempre han estado encriptados para mí! ¿Cómo logra descifrar, entender y ser capaz de hacerme comprender cosas que ni siquiera yo he sido capaz de ver?

—¿Por qué me escribes esto? —pregunto perpleja y desconcertada.

—Porque creo que llevas demasiado tiempo siendo quien no eres. Y sospecho que vas a disfrutar descubriendo quién eres de verdad, aunque temas hacerlo. Quiero que veas lo que yo veo de ti, que es lo

que eres en realidad.

Me deja sin palabras al oír su explicación. Es un razonamiento que en menos de veinticuatro horas me han dado dos personas: primero Jessie y ahora él.

—¿Nos vamos? —me propone para sacarme de mi pequeño debate interno.

—Sí —acepto terminando el café con leche de un trago—. ¿A dónde me llevas? —pregunto al levantarme de la silla.

—No sea usted tan impaciente, señorita, que las cosas buenas hay que aprender a disfrutarlas lentamente, muy lentamente —me dice rodeándome con su brazo y acercando su boca a mi oído.

Subimos a su coche y salimos de la ciudad y, cuando hemos recorrido un par de kilómetros aproximadamente, para el vehículo en una especie de descampado donde hay diferentes obstáculos como para un entrenamiento militar.

—¿Qué es esto? —planteo desconcertada.

—Ya lo verás —me responde saliendo del vehículo.

Yo hago lo mismo y Julio busca mi mano para agarrármela. Yo la miro sin retirarla, porque me gusta la sensación que siento cuando me da su mano, y no puedo evitar comparar a Julio con Mario y ver lo opuestos que son. La naturalidad y el cariño en cada uno de los gestos que me muestra Julio y la hipocresía que ahora veo en cada uno de los gestos de Mario. Sé que las comparaciones son odiosas y que no debería hacerlas, pero me es inevitable cuando hay tanta diferencia entre uno y otro. Y mucho más cuando esa diferencia me hace abrir los ojos y demostrarme que tal vez los cuentos de princesas sólo se encuentren en las novelas, pero que los príncipes existen, aunque no lleven corona ni por sus venas corra sangre azul.

En ese momento diviso una cabaña de madera de la que sale un chico que se acerca a Julio con una sonrisa. Se saludan efusivamente con un apretón de manos y chocando sus hombros.

—¿Lo tienes todo preparado? —le pregunta Julio al chico.

—Tal y como me pediste —le responde mirándome. Justo en ese instante, Julio me llama.

—Sara, ven. Acércate. Déjame que te presente. —Avanzo los tres pasos que nos separaban y entonces me dice—: Éste es Hugo, más que un amigo para mí. Lo conocí en la academia, pero él, al final, lo dejó y se montó esto.

—¿Qué hacéis aquí?

—Todo tipo de deportes de riesgo y entrenamientos militares —me explica señalando las diferentes zonas—. Pero justo aquí hacemos *paintball* —agrega.

—*¿Paintball?* Eso es lo de disparar bolas de pintura, ¿no?

—Sí —responde Julio.

—¿Pretendes que compitamos entre nosotros? Eso es injusto, yo nunca he disparado.

—Lo que Julio me pidió exactamente es una sesión de *paintball* individual. La diferencia es que tú no vas a competir con nadie, sino que vas a practicar y perfeccionar tu propio tiro. A lo largo del recorrido te irán saliendo diferentes dianas a las que debes intentar disparar y acertar —me detalla mientras nos dirigimos hacia la casa.

—¿Y tú qué vas hacer mientras tanto? —le pregunto a Julio.

—Reírme de todas las que falles —dice soberbio, sin contener la risa.

—Igual te sorprendo —replico picajosa.

—Seguro que sí —replica abrochándome un casco que debo ponerme—. Yo te acompañaré —añade dándome un rápido y sabroso beso en los labios.

Hugo me explica el funcionamiento de la pistola y el recorrido del circuito, mientras yo me enfundo en un buzo verde y me pongo las gafas antes de salir al circuito de tiro. Caminamos unos dos metros, hasta que Julio me hace detenerme y me señala unas ruedas de tractor donde, en una de ellas, hay una diana. Yo miro a través del punto de mira intentando agudizar mi puntería al máximo y, cuando creo que le voy a dar al centro de la diana, presiono el gatillo... pero la bola de pintura desaparece en el horizonte, sin rozar el extremo de la diana.

—Tan sólo ha sido una prueba —le digo a Julio antes de que abra la boca.

—Yo no he dicho nada —responde alzando las manos detrás de mí.

Andamos unos doce pasos más. Julio me hace detenerme frente a unos bidones de metal donde hay otra diana. Yo vuelvo a mirar a través del punto de mira, pero esta vez Julio corrige mi trayectoria y pone su mano sobre la mía, ayudándome a presionar el gatillo. Siento sus brazos rodeando mi cuerpo... su pecho contra mi espalda, su mejilla contra la mía y cómo su dedo índice acaricia el mío. Noto cómo mi corazón se acelera al estar tan cerca y creo que es éste el que va a salir disparado en vez del proyectil, cuando Julio presiona el gatillo.

—¡¿Ves?! Ahora sí le has dado —me indica señalando el centro del objetivo. Es entonces cuando me doy cuenta de que he acertado, porque hasta este instante todos mis sentidos se habían anulado por completo tan sólo porque Julio me tocaba—. Tienes que mantener firme la pistola entre las manos —me aconseja mientras caminamos dos metros más. La siguiente diana la encontramos en un lateral de un

autobús sin ruedas y sin cristales. Sujeto con firmeza la pistola, afino lo máximo que puedo la puntería y disparo. ¡Y cuál es mi sorpresa cuando le doy a un extremo de la diana!

—¡Le he dado! —anuncio más contenta que unas castañuelas y sin parar de saltar de alegría. Julio se ríe al ver mi reacción y añade:

—Una de tres, así que no cantes victoria.

—¡Mira, guapito de cara! —le respondo con chulería, levantándome las gafas protectoras y mirándolo a los ojos directamente—. Es la primera vez que disparo con un bicho de éstos... y, para ser la primera vez, creo que no lo estoy haciendo nada mal.

—No, nada mal. Tienes razón —me contesta con una sonrisa resplandeciente.

Con cada diana nueva a la que disparo, más confiada me siento, porque cada vez me resulta más fácil acertar al blanco. Volvemos sobre nuestros propios pasos haciendo el recorrido a la inversa y nos encontramos de nuevo el autobús, pero esta vez no encuentro la diana por ningún sitio. Entonces Julio me dice:

—Atenta a las ventanas, Sara.

En ese instante levanto la vista y me sorprendo al darme cuenta de que, en el centro de la siguiente diana, no aparece el típico círculo que había en las anteriores, sino que se trata de la foto de la persona que menos esperaba ver.

—¿No desearías devolverle todo el daño que te ha hecho? —me incita Julio cerca de mi oído. Yo giro la cara para mirarlo a los ojos y él prosigue—: ¡Adelante! ¡Suelta toda esa ira que tienes dentro y que te está matando! No creo que él se lo pensase dos veces si fuese tu cara la que estuviera en lugar de la suya.

Entonces vuelvo a centrarme en el objetivo y, con toda mi rabia, empuño el arma y disparo el gatillo con decisión. Los nervios a causa de la impresión de ver la cara de Mario me han jugado una mala pasada y no le he dado, pero, antes de que me dé cuenta, aparece de nuevo en la otra ventana con esa mirada fría y peligrosa que lo caracteriza... y que en un principio tanto me atraía. Es en ese momento cuando no hace falta que Julio me anime a disparar, porque soy yo la que, sin previo aviso, apunto a la imagen con ira, concretamente a sus ojos. En esos ojos que incluso en las noches más oscuras siento que me observan. Quiero cegarlo e impedir que esa mirada tenga poder sobre mí. Eliminar el miedo que inyectan en mi cuerpo, inhabilitando que éste piense por sí solo y consiguiendo de mí todo lo que se ha propuesto y destruyéndome poco a poco por dentro. Y cuando veo que esa pequeña bola de pintura se estampa en toda su jeta, siento una liberación adictiva. Aparece una nueva foto y vuelvo a

disparar con decisión, de forma certera. Me regocijo por lo que consigue experimentar mi cuerpo en cada disparo, y así una y otra vez. Cada vez que presiono el gatillo, mi cerebro recrea un recuerdo humillante, una palabra de desprecio o un gesto de indiferencia. Al final mis ojos se llenan de lágrimas, pero, es tal la desazón que siento y la adrenalina que corre por mis venas, que me es imposible parar, aunque ya no aparecen más fotos.

—Ya está, Sara, ya está —me calma Julio, arrebatándome la pistola de las manos y abrazándome con sus fuertes y cariñosos brazos —. Suéltalo, llora cuanto quieras para sacar todo ese odio que guardas dentro —me susurra con dulzura, quitándome el casco y atrayendo mi cabeza a su pecho para que me refugie en él.

No sé cuánto tiempo permanecemos así. Muy poco, diría yo, porque entre sus brazos me siento más segura de lo que jamás me he sentido a lo largo de toda mi vida.

—Sara, creo que deberíamos irnos —anuncia acariciándome el pelo y posando sus labios en él.

—Sí, vámonos —acepto a regañadientes, soltándolo.

Nos despedimos de Hugo y, de vuelta a casa, a los pocos minutos de arrancar el coche, le pregunto:

—¿Esta terapia de choque la empleas con todos tus ligues o tan sólo con las que estamos extremadamente perturbadas?

Entonces Julio frena con brusquedad, deteniendo en seco el coche y mirándome directamente a la cara.

—Aquí no he traído nunca a nadie, Sara. Eres la única, porque para mí eres especial —responde ofendido—. Aunque, si te soy sincero, tengo que reconocer que no eres la única mujer que hay en mi vida ahora mismo, pero sí eres la única por la que me plantearía dejar a las demás, si tú quisieras. Yo no te voy a engañar nunca, no es mi estilo. Tampoco te prometo nada, porque no sé si saldrá bien o mal, si seré capaz o no. Pero puedo asegurarte que sí lo voy a intentar. Sara, para mí tú no eres sólo esto —dice cogiendo mi mano y poniéndosela en su bragueta para que note su erección—. Me gustas, y mucho, porque siento que eres mucho más que un buen polvo y desearía comprobarlo. Por eso sigo aquí. Te aseguro que, si sólo pretendiera pasar un buen rato contigo, no te hubiese traído.

—Julio, yo... —digo retirando la mano de su entrepierna—... lo siento, pero yo soy como un jarrón que se ha caído al suelo demasiadas veces. Me han roto en mil pedazos y, por mucho que intentes reconstruirme, nunca seré perfecta. Por mucho que logres encajar todos esos trocitos, siempre quedarán esas grietas que mostrarán mis defectos.

—Sara, las obras de arte se revalorizan cuando son imperfectas. Lo que tú ves como un defecto, yo lo percibo como una virtud. Y esas fisuras de las que me hablas son lo que te hacen ser diferente a todas las mujeres que conozco.

—No sabes de lo que hablo, Julio. Si lo supieses, no opinarías así.

—¡Pues cuéntamelo! —dice parando el motor del coche.

—Déjalo. Vámonos.

—No. No nos vamos a ir hasta que me lo cuentes. Una vez confiaste en mí sin apenas conocerme, así que me creo con el derecho de exigirte que lo vuelvas a hacer. Además, no nos vamos a mover de aquí hasta que me lo cuentes, así que tú decides —sentencia cruzándose de brazos con chulería.

Yo comienzo a ponerme nerviosa con su actitud. Intento accionar las llaves para arrancar el vehículo, pero él las quita antes de que yo las toque siquiera.

—No seas ridícula, Sara. Aunque arrancases el coche, soy yo quien está al volante, así que creo que deberías pensar en contármelo. No tienes otra opción, si quieres que nos vayamos.

Miro a mi alrededor y mentalmente barajo la posibilidad de irme andando, pero, seamos realistas, estoy en medio de la nada y no sé ni qué camino debo elegir. Finalmente me cruzo de brazos y, sin mirarlo a la cara, le espeto:

—Soy frígida, ¡¿vale?! —Lo he soltado cruzada de brazos y mirando al horizonte. Por el rabillo del ojo veo cómo las comisuras de su boca ascienden y hace un gran esfuerzo para intentar contener la risa. Eso me cabrea y, girando la cara, le pregunto ofendida, sin ocultar mi enfado—: ¿Qué te hace tanta gracia?

—Bombón, no hay mujer frígida, sino hombres que no tienen ni puta idea de cómo calentarla —responde cerca de mi boca antes de darme un beso de esos que, como diría Lola, provocan que se te caigan las bragas—. Y cuando quieras, te lo demuestro —añade arrogante, con una sonrisa resplandeciente, arrancando el coche.

—¿No me vas a preguntar nada?

—No, ya te he dicho lo que pienso —dice mirando a la carretera, mientras conduce restándole importancia a mi confesión.

—Es sorprendente que estés tan seguro de ti mismo —murmuro en voz baja mirando a través de mi ventanilla, meditando en lo que me ha dicho.

—Mi madre me ha enseñado que, si no confío en mis propias cualidades, no lo hará nadie, y es algo que sigo a rajatabla. Algo que deberías comenzar a practicar tú.

De camino a casa, no hablamos. Los dos permanecemos callados,

sumergidos en nuestros propios pensamientos. Yo aún estoy sorprendida por la seguridad que desprende Julio y lo insignificante que me siento yo. Y eso que tengo unos cuantos años más que él, pero este hombre ha vivido más en sus veintitrés años recién cumplidos de lo que he vivido yo a mis treinta y dos.

CAPÍTULO 21

Julio me deja en casa y espera hasta que yo entro en el portal para irse. Estoy impaciente por contarles a Lola y a África lo que me acaba de suceder y busco en mi bolso el teléfono para escribirles. Cuando al final lo encuentro, oigo cómo introducen la llave en la cerradura y abren la puerta de la calle antes de que yo pueda girarme para ver de quién se trata. Justo cuando me doy media vuelta por completo, veo esa cara a la que hace un par de horas disparaba.

—Veo que aún sigues tonteando con quien no debes —suelta insolente, apestándome con su aliento impregnado de alcohol, a tan sólo diez centímetros de mi cara.

—Mario, no quiero discutir. Creo que ya hemos hablado suficiente sobre este tema. Lo nuestro se ha terminado —afirmo retrocediendo un paso, temiendo su reacción.

—No te creas el centro del universo, Sara. No vengo buscándote. No mereces la pena. —No lo creo, no confío en él. Conozco sus artimañas y eso me hace pulsar el botón del ascensor sin darle la espalda.

—Sólo quería decirte en persona que ayer lo pasé muy bien con Samira y otra amiguita. Como ves, puedo cumplir mis sueños sin la necesidad de que tú estés en ellos. Es más, estoy seguro de que, si tú hubieses participado, no hubieran sido sueños, sino dulces pesadillas. Sam sabe cómo satisfacer a un hombre. Sabe moverse, tiene ese talento natural que a ti te falta. Y la otra chica... hummm... —dice cerrando los ojos para recordar—. No veas las acrobacias que pueden llegar a hacer dos mujeres juntas.

—Me alegro por ti, Mario. Me alegro mucho por ti —balbuceo entrando en el ascensor rápidamente y pulsando varias veces el botón para que se cierren las puertas. Sé lo que viene después de esto. Sé que él espera una reacción por mi parte, que no va obtener, y que, al darse cuenta de que su plan no funciona como él espera, montará en cólera, y no quiero estar aquí para verlo. Las puertas comienzan a cerrarse y entonces se da cuenta de que no deseo formar parte de este agrio encuentro, y que no le he suplicado volver con él arrepentida,

haciéndole sentirse dueño y señor de mi vida de nuevo.

—¡Espera! ¿No quieres saber qué es lo que me dijo Sam de ti? —me pregunta golpeando con su palma la puerta ya cerrada.

—No —grito desde el otro lado del ascensor, pulsando convulsivamente el número tres—. No me interesa saber nada que tenga que ver contigo —suelto en voz baja, sin separar la espalda de la pared, atemorizada.

Cuando por fin el ascensor se detiene en mi piso y se abren las puertas, asomo lentamente la cabeza, temerosa de encontrármelo de nuevo. Como no lo veo, meto lo más rápido que puedo la llave en la cerradura, abro la puerta y la cierro tras de mí con dos pasadas de llave, antes de desplomarme en el suelo, llorando. Aún siento ese miedo que me impide llevarle la contraria, que me intimida, que me paraliza. Mario ha tenido tal influencia sobre mí que me es difícil no sentir todavía su poder. Pero hoy, aunque no lo parezca, sus palabras no me han dolido. Ya no me importa lo que diga u opine de mí. «Porque hoy soy un poco más fuerte que ayer y mañana lo seré todavía más», intento animarme mentalmente, cuando de pronto me sobresalto al oír cómo golpea mi puerta. Separo rápidamente la espalda de ella y, sin levantarme, retrocedo para contemplarla, aliviada de que Lola insistiera en cambiar la cerradura.

—Me da igual que andes tonteando con Ken de un lado a otro. Me importa una mierda que me digas que lo nuestro se ha acabado, porque yo sé que no es así. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque aún deseas estremecerte cuando te tocan.

—Ya tengo alguien para ello —susurro sin creer lo que estoy diciendo. Sé que él no me ha oído, porque apenas me he oído yo misma, pero, aun así, responde como si lo hubiera hecho.

—No pienses que tu Ken lo va a conseguir. Hace falta perder mucho tiempo en ti para un jadeo en condiciones. Y, aun así, no mereces la pena, Sara, y lo sabes. Así que no sueñes imposibles. Sin embargo, yo te conozco bien y sé que, si los dos ponemos de nuestra parte, todo puede volver a ser como al principio. Abre la puerta y hablemos, Sara.

—¡No, Mario! No voy a abrir la puerta. No voy a volver contigo y no sé por qué me dices todo esto cuando tú y yo sabemos que a quien realmente quieres es a Daniela. Yo tan sólo soy alguien que te recuerda a ella. Pero no soy ella, Mario, nunca lo he sido.

—¡Sara, abre la puerta! —grita golpeándola con fuerza.

—¡No! ¡Vete, Mario! ¡Vete si no quieres que llame a la policía! Ya no te tengo miedo y, si no te largas, te prometo que llamaré para que vengan. No quiero llegar a ese extremo, Mario, pero, si no

desapareces, sino te olvidas de mí y me dejas en paz, te juro que te denunciaré, conseguiré una orden de alejamiento y te amargaré la existencia.

—¡Sara, no me cabrees! Sabes perfectamente que nunca te he puesto la mano encima, así que no pienses que te vas a salir con la tuya por mucho que tengas amigos que te hayan dicho lo contrario.

—Juan es abogado y Lola conoce a gente importante, tiene sus contactos, así que vete si no quieres comprobarlo. Esfúmate y no vuelvas más. Olvídame, Mario. Haz como si no hubiera existido en tu vida y yo haré lo mismo. Regresa con Daniela, con Samira o con quien te apetezca, pero a mí déjame en paz.

—¿Eso es lo que quieres?

—Me hiciste daño. Te perdoné y, aun así, volviste a lastimarme —le respondo llorando.

—Lo sé, y lo siento; perdóname.

—No. ¿Cuál es la diferencia de antes a ahora? Me harás daño de nuevo, lo sé. Por eso quiero que te vayas.

—¿Eso es lo que quieres de verdad? —me pregunta con la voz quebrada.

—Sí —respondo firmemente y con más arrojo que en toda mi vida. Pero al otro lado de la puerta ya no obtengo respuesta. Me acerco despacio hasta la mirilla y no veo a nadie. Se ha ido y eso, aunque me alivia, me deja confusa. «No es propio de él darse por vencido», pienso perpleja, apoyando la frente en la puerta.

*

Mario

Oigo cómo su voz se quiebra y es como si la estuviera viendo a través de la puerta. Ahí, en el suelo, agazapada como un animal atemorizado, con los ojos vidriosos y suplicantes. Puedo oler su miedo y notar cómo su respiración se acelera. No es la primera vez que la pongo en una situación así, y en el fondo no me gusta verla de esta manera. Ella tiene razón, lo nuestro se ha terminado y lo sé. Lo sé porque nunca hubo un nosotros. Sé que es algo que nunca debió comenzar, nunca la amé. ¡Pero es tan difícil rechazar el consuelo de alguien cuando tú estás malherido! ¡Tan complicado declinar la ayuda que te ofrecen, aun sabiendo que, si la aceptas, esa persona que te brinda su apoyo será la que cargue con tu sufrimiento! ¡Y tan

tentadora la idea de poder mitigar este dolor para alguien como yo! Pues no me importa quién sufra esta amargura que me corroe por dentro mientras consiga aliviar un poco esa quemazón que me invade. Porque lo único importante para alguien como yo es dejar de sentir el dolor producido por el rechazo de la persona a la que amas.

Pero, aunque Sara pareció aceptar todo el peso de esta carga que yo le impuse sin preguntar, el dolor no mitigaba. Y, aunque he hecho todo lo posible por olvidar a Daniela, no he logrado sacármela de la cabeza.

Era a ella a quien veía entre mis brazos cuando me follaba a Sara. Era junto a ella con quien deseaba despertar. Y es a ella a quien pertenece mi cuerpo y mis pensamientos. Pero saber que Daniela no sentía lo mismo por mí me consumía. Deseé con todas mis fuerzas que Sara fuese capaz de sacármela de la cabeza, pero Sara nunca supo saciarme como Daniela lo hacía, y eso provocó que la realidad me abofeteara día sí y día también, reflexiono mientras me alejo de esa maldita puerta. Y cuanta más distancia interpongo entre ella y yo, más se agrava el dolor, llegando a ser consciente de que nunca se fue, tan sólo enmudeció, pues todavía persiste y aumenta su fuerza a cada paso que doy.

—¡Joder! —grito dando una patada a mi moto y tirándola al suelo.

Creí que con Sara esto no me volvería a pasar. No la vi capaz de reemplazarme por otro. Siempre creí que sería yo quien la abandonaría, y eso me corroe por dentro.

Odio a las mujeres y las odio porque son capaces de convertirte en un hombre endeble, vulnerable e incapaz de resistirte a sus encantos. Usan secretas artimañas para meterse en tu cabeza y conseguir que hagas lo que ellas quieren. Daniela quería que fuese su perrito faldero, que le llevase el bolso allí donde ella iba y aplaudiese cómo meneaba el culo para otros tipos mientras aguantaba estoicamente las miradas pervertidas de todos ellos. En ese intervalo de tiempo apareció Sara, un pequeño juguete con el que distraerme mientras Daniela entraba en razón. Pero esa zorra y endiablada mujer no accedió a dejar eso a lo que llama «trabajo». Así es como se refiere ella a esa gran tarea de menearse como una furcia bailando agarrada a una barra mientras infectos gusanos no le quitan ojo y fantasean con ser ellos la barra sobre la que Daniela debe contonearse. Yo nunca le prohibí dar clases en el gimnasio de *pole dance*, como ella dice que se llama. Eso me gustaba. Pero ella no se conformaba sólo con eso, no. Ella tenía que actuar en despedidas de solteros y fiestas privadas. «¡Es con lo que más dinero gano!», decía. Y eso es lo que a mí me consumía... Ver cómo en la mirada de otros hombres crecía el deseo por lo que a mí

me pertenecía. Así que, cuando la dulce y cándida Sara se cruzó en mi camino, pensé que tal vez ella podría ayudarme a olvidar. Pero a los pocos días supe que eso le iba a ser imposible. Aun así, seguí a su lado; con ella era sencillo conseguir todo aquello que con Daniela no logré. Además, Daniela nunca me cerró la puerta definitivamente y, siempre que tenía la oportunidad, le hacia una visita para que ella refrigerase por completo mi pobre cuerpo calcinado. Había momentos en los que Sara se esforzaba tanto que casi lograba satisfacer mis necesidades, pero era tan torpe en todo aquello que se proponía que crispaba mis nervios y, al final, terminaba follándomela como a una puta tan sólo por desahogarme. A las pocas semanas de conocerla tuve claro que lo nuestro nunca iba a funcionar y estuve a punto de dejarla. Pero algo despertó mi interés cuando conocí a la guarra de su amiga. Lola, esa exuberante mujer capaz de sorberte hasta la última gota del líquido que recubre tu cerebro, consiguiendo de esa manera extirpar cualquier pensamiento o recuerdo que tuviera de Daniela. Pero la muy cerda se negó. Era capaz de follarse a todo un regimiento, pero, al parecer, yo no era suficientemente hombre para ella. Y eso me cabreó todavía más. Sabía cuánto le importaba su ingenua e inocente amiguita, así que decidí divertirme un poco más con Sara. Tal vez no podía tener a Daniela, ni tampoco a Lola, pero sí podía tener a Sara, y ella estaba deseando que yo la tuviera... así que... ¿quién era yo para negarme a ello? Nunca pensé que esto durase tanto y tampoco que, cuanto más prologaba esta situación, más alimentaba a ese ser maligno que crece dentro de mí. Aquello que había comenzado como un juego, algo con lo que entretenerme mientras desaparecía el resentimiento que había cultivado contra Daniela, se prolongaba semana tras semana y, cuanto más lo hacía, más me agradaba hacerle la vida imposible a Sara, aunque todo tiene un precio y llegó un día en el que ni siquiera eso me produjo satisfacción, sino que cada vez me irritaba más ver cómo ella se esmeraba en complacer mis estúpidas exigencias sin entender que jamás lograría complacerme por completo. Ni siquiera cuando se ponía esos malditos zapatos con lo que al principio conseguía excitarme. Después logró que aborreciera tanto los zapatos como la patética estampa que reflejaba cuando se los ponía.

Sara me lo ha dado todo. Incluso estuvo barajando la idea de cumplir uno de mis sueños. Pero no se puede estirar más una goma que ha perdido toda su elasticidad. Y creo que eso, y la aparición de ese niñato, fue lo que la empujó a tomar la decisión de dejarme. Si no hubiese sido por él, estoy convencido de que, apretándole un poco más las tuercas, hubiera accedido a hacer un trío conmigo y su viciosa

compañera. Me costó poco alejarla de sus amigas, así que me hubiera costado menos convencerla de que eso era lo que yo necesitaba para considerar hasta dónde estaría dispuesta a llegar por mí, para demostrarme cuánto me quería. Aunque también estoy seguro de que, en cuando yo lo hubiera conseguido, Sara hubiese perdido todo mi interés. Era repugnante ver cómo se rebajaba. Con ello lograba alimentar a ese ser perverso que crece en mi interior y sé que, si sigo con ella, éste conseguirá dominarme por completo. Si seguía a su lado era tan sólo por el placer que me producía saber hasta dónde sería capaz de ceder, descubrir cuál era su límite. Pero llegó un punto en el que ni eso hacía que mi desprecio por ella disminuyese. Y eso, mezclado con el terror que hoy he visto en sus pupilas, me hace darme cuenta de que ha llegado el momento de dejarla ir.

Yo no he sabido corresponderle. Pero ¿por qué? «Porque desearía que fuese otra la que me ofreciese todo lo que ella ha sido capaz de ofrecerme, y eso me enfurece», me respondo mientras conduzco mi moto, sintiendo cómo la amargura es la más fiel compañera de viaje que he tenido en mi vida.

CAPÍTULO 22

Junto en ese instante el sonido de mi móvil me avisa de que tengo un wasap y, como una lluvia ligera y refrescante después de una fuerte tormenta, mi cara se ilumina al ver de quién proviene.

África: ¿Cómo va esa sorpresa? ¿Dónde te ha llevado y qué habéis hecho? Cuenta, que nos tienes en vilo desde primera hora de la mañana.

A los pocos segundos, Lola se añade al chat.

Lola: No te dejes ni un solo detalle y cuentaaaaaaaa...

Leerlas me hace sonreír. «Ellas son la paz que sientes al contemplar el arcoíris después de la tempestad. Y, sin ellas, mi vida nunca hubiera sido igual», me digo antes de escribir.

Sara: Hola, chicas. He tenido una mañana de domingo perfecta.

Escribo omitiendo lo de Mario. No quiero preocuparlas innecesariamente. Ya llevan preocupándose por mí desde que empecé con él, así que mejor evitar más disgustos. Primero, porque a África no le convienen en su estado y, segundo, porque no quiero que Lola se responsabilice de mis problemas. Esto me lo he buscado yo solita y yo solita debo resolverlo. Ellas ya me ayudan a su manera, simplemente

con estar ahí, a mi lado, y eso es el mejor apoyo que puedo pedir.

Lola: Para mí, una mañana perfecta es que te lo hubieses tirado, pero algo me dice que no ha sido así.

Sara: Pues no, no nos hemos acostado, Lola. Me ha llevado a un campo de *paintball*.

Lola: *¿Paintball?* Vaya fiasco. Menos mal que Yago me ha dado mi dosis de alegría hoy.

África: Lola, calla ya.

Siempre están igual y eso me hace reír. Son como mi ángel bueno, que tiene conciencia, y mi pequeño demonio que sólo piensa en la lujuria.

Sara: Ha sido superbonito, porque en las dianas estaba la cara de Mario.

Lola: ¡¡Joder!! Haber empezado por ahí. No me hubiera importado disparar un par de veces. Por cierto... ¿Lo has vuelto a ver?

Esa pregunta hace que se me revuelva el estómago, porque no quiero seguir engañándolas más. Una cosa es ocultar información y otra muy distinta, mentir. A ellas, no. Desde que empezaron a ir las cosas mal con Mario, he inventado miles de excusas y muchos embustes para justificar mis ausencias. Y, pese a los desplantes y las patrañas que me inventaba, de las que siempre he pensado que ellas eran conscientes, han estado ahí, con paciencia, mostrándome su apoyo y respetando mis malas decisiones. Me han permitido ser yo misma, con mis grandes defectos y mis pequeñas virtudes. Hubo un tiempo en el que Mario tejió su entramada tela de araña a mi alrededor, consiguiendo aislarme casi por completo de todo el mundo y en especial de mis amigas, para hacerme sentir sola. Una soledad que mermaba mi personalidad sin que me percatara de ello, mientras crecía la suya. Así que, decidida a enfrentar mi nueva etapa, respondo.

Sara: Si, hoy mismo. Apestaba a alcohol, imagino que habrá estado toda la noche sin dormir. Aún no sé exactamente a qué ha venido, porque primero me ha restregado por la cara lo feliz que era y que había tenido una noche de sexo memorable ahora que había conseguido librarse de mí. Después quería otra oportunidad. No lo entiendo, la verdad, ha sido muy raro.

África: Son fases por las que debes pasar. Primero, la negación, la ira, y después, el

arrepentimiento y la desolación. Hasta que no te das cuenta de lo que está sucediendo en realidad, no pasas a la siguiente fase.

Lola: ¿Y qué te ha dicho? ¿Estás bien?

Sara: Sí, tranquila, Lola, estoy perfectamente. Ya os he comentado que ha sido muy extraño, porque al final se ha ido sin más. No sé... demasiado fácil me ha parecido. No ha habido amenazas antes de irse, ni nada por el estilo. Le he pedido que se largara y él me ha preguntado que si eso era lo que de verdad quería. Le he respondido que sí y se ha ido sin más.

África: Tal vez haya aceptado que lo vuestro se ha acabado, que no tiene nada que hacer.

Lola: Yo, por si acaso, me andaría con ojo, Sara. De hecho, sigo pensando que debes denunciarlo.

Sara: No quiero hacer eso, Lola. Eso complicaría las cosas y, si como dice África ahora lo ha aceptado, con una denuncia conseguiría volver al principio. Es mejor dejar las cosas como están.

África: Una cosa es que lo haya aceptado y otra cosa es que no tomes las medidas oportunas, Sara. Recuerda qué hizo en tu casa.

Menos mal que no saben todos los detalles del enfrentamiento que tuvieron Mario y Julio, porque, de lo contrario, Lola me arrastraría hasta la comisaría y África me obligaría a que Juan nos acompañara. Una cosa es mentirles cuando me preguntan y otra muy distinta responder a preguntas que no me han formulado.

Mientras pienso en todo esto, me llega una notificación de que Julio me ha mandado un wasap. Así que, después de leer lo que África contesta, les anuncio:

Sara: ¡Julio me está escribiendo! Ahora os cuento.

Lola: ¡Queremos un pantallazo de esa conversación!

Leo la respuesta de Lola antes de ver lo que Julio me pone.

Julio: Acabo de tener una brillante idea. Estaba recordando lo bien que lo he pasado contigo y me he dado cuenta de que tengo un nueva meta que cumplir.

Sara: ¿Ah, sí? ¿Y cuál es esa meta? Ilústrame. Yo también lo he pasado muy bien contigo. Gracias por la mejor mañana de domingo que tengo desde hace mucho tiempo.

Julio: No hay de qué, bombón.

Sara: ¡Ahora que no se te suba a la cabeza, ¿eh?!

Julio: Lo intentaré. Bueno, el caso es que he visto que los dos lo hemos pasado bien, y creo que deberíamos quedar de nuevo.

Sara: Ya sabes que, por mí, encantada.

Julio: Necesito que pidas unos días de fiesta en el trabajo. Una semana para ser exactos.

Sara: ¿Cómo?

Le escribo asombrada y haciendo pantallazo para mostrarles a mis amigas lo que me propone. Enseguida tengo la respuesta de Lola.

Lola: ¡Joder! Ése no se anda por las ramas.

África: No, por las ramas ya te aseguro yo que no se anda.

Sara: No puedo pedir unos días. Además, no entiendo para qué quiere que pida días de vacaciones.

Lola: ¿Por qué no? No seas tonta. El bombón quiere mostrarte el paraíso, Sara; si yo fuera tú, no me lo pensaría dos veces.

África: Pregúntale para qué quiere que te cojas fiesta, a dónde te va a llevar.

Sara: Voy.

Cuando vuelvo al chat de Julio, él ya me ha contestado.

Julio: Me he propuesto ayudarte a reencontrarte y, para ello, necesito un tiempo a jornada completa. Enfócalo como una terapia de choque.

Sara: Pero ¿nos vamos a ir a algún sitio?

Julio: Sara, si te digo lo que tengo planeado, pierde parte de su encanto. Tú confía en mí.

Regreso con las chicas y les muestro lo que me ha contestado.

Lola: Sara, si no le dices tú que vas, se lo digo yo. Voy a tu casa, te preparo las maletas y que te lleve donde quiera. Me dicen a mí eso y no pierdo el tiempo en vaciar mi armario. Este chico es un «rompe bragas», te lo digo yo.

Leo sin poder evitar reírme.

África: Tranquilas, no perdamos la calma. Esta tarde le digo a Juan que lo invite a casa a jugar a la Play y le sonsaco lo que tiene planeado. Tú, de momento, dile que te lo vas a pensar y que después tienes que hablar con tu jefe. Pero creo que no te vendría nada mal cambiar de aires y confío en Julio.

Lola: Si sirve de algo, yo también confío en él. Y hace unos meses le hubiera confiado mi cuerpo entero. ¡Qué pena no haberlo conocido antes!

Sara: Está bien, le voy a contestar eso.

Después de escribir esto, regreso al chat con Julio.

Sara: Si algo tengo claro dentro de este caos que estoy viviendo es que puedo confiar en ti. Así que te prometo que me lo voy a pensar.

Julio: Esta bien, lo entiendo. Aunque hubiera preferido que me hubieses dicho que sí sin pensártelo dos veces.

Sara: Eso sería imposible. Para empezar, porque normalmente medito las cosas un millón de veces antes de actuar. No soy muy impulsiva. Y, después, porque, aunque te dijera que sí, primero debo hablar con mi jefe.

Julio: Eso tiene que cambiar.

Sara: ¿El qué?

Julio: Lo de impulsiva. Uno no vive las cosas intensamente hasta que no se libra de sus pensamientos y deja que sean sus emociones las que se expresen.

Sara: Ok. Me lo pienso y te digo algo, ¿vale?

Le contesto sin saber qué responder tras lo que me acaba de decir.

Julio: ¿Y cuándo calculas que durará eso? El que tenga que esperar para una respuesta, digo.

Sara: No estás acostumbrado a esperar, ¡¿eh?!

Lo chincho entre risas al ver su contestación.

Julio: Tengo paciencia, y mucha. Sé cuándo hay que tomarse las cosas con calma y cuánto se debe tensar una cuerda para lograr lo que uno quiere, Sara.

Sara: ¿Estamos hablando de tomar una decisión, verdad?

Le pregunto eso al sentir cómo mi mente capta un doble sentido en sus palabras.

Julio: Ja, ja, ja, ja... Por supuesto.

Sara: ¡Ah, vale! Por un momento dudé de si estábamos hablando de otra cosa.

Julio: Pero esto mismo también lo puedo aplicar a otro terreno, la verdad.

Sara: No, deja, creo que me está quedando suficientemente claro.

Julio: Si te soy sincero, Sara, no estoy acostumbrado a ser yo quien espere. Más bien soy quien hace esperar.

Sara: Eso nunca lo he dudado, aunque no hace falta que te lo tengas tan creído. Bueno, consultaré con mi almohada lo que me propones.

Julio: Qué pena no ser almohada.

Sara: Mañana te digo algo.

Respondo pasando por alto su halago. De vuelta con África y Lola, leo lo que han estado hablando ellas en mi ausencia antes de resumirles la conversación que he mantenido con Julio.

Lola: Julio le conviene porque estoy segura de que le va a descubrir un nuevo mundo. Y esta vez no me refiero al sexo.

África: Lo sé. Opino igual. Creo que Julio le aporta la seguridad que a ella le hace falta.

Lola: Seamos francas, África. Julio le puede aportar muchas cosas buenas, entre ellas un par de polvos en condiciones. Y ahora sí me refiero al sexo.

África: Me ha quedado claro, Lola.

Sara: Ya estoy aquí.

Intervengo.

Sara: Le he dicho que me lo pensaré.

Lola: Sara, queremos pantallazo de esa conversación, porque estoy segura de que su respuesta no ha sido un simple «ok».

Sara: Está bien.

Acepto y hago lo que me pide.

Lola: ¡¡La madre que lo parió!! Supongo que te habrás dado cuenta de que, en la respuesta «tengo paciencia, y mucha», está hablando de sexo, ¿verdad?

Sara: Lola, puede que sea una ñoña, pero tan ingenua no soy. Es difícil serlo teniendo una amiga como tú.

Lola: ¡Ah, vale! No sé... como a veces dices que no ves las señales.

África: Con Julio lo difícil es no verlas.

Sara: ¿Por qué creéis que le pregunto sobre ello?

Lola: Pues yo casi combustiono al leer la respuesta, hija. De hecho, creo que voy a ir al hotel a hacerle una pequeña visita a Yago. Y tú deberías darte una ducha y ensayar antes de la gran función.

No le respondo al leer su comentario. Tanto ellas como yo sabemos que ahora existe esa posibilidad, y ella insiste.

Lola: Dime, por favor, que no tienes que pensar la respuesta a su proposición y que te vas a ir a ojos cerrados. Dime que vas a hacer realidad el sueño de muchas mujeres liándote con un bombón como ése.

África: ¡¡Queremos vivir en tus carnes un sexo intenso y sin restricciones!!

Lola: ¿Eh?

África: Perdón, me he ido por otros derroteros. Son las hormonas las que hablan por mí. Con el embarazo estoy desatada, y Juan me trata como si fuese de cristal. Esta tan pendiente de no hacer daño a Alma o a mí, que me hace sentir que soy una dominatrix sin consideración. Cuando se comporta así, pienso que son excusas, que no le atraigo sexualmente.

Sara: ¡Pero ¿qué dices?! Juan tiene auténtica devoción por ti, África. ¡Qué más quisiera yo que alguien me hubiese mirado a mí como lo hace Juan contigo o Yago con Lola! Sois afortunadas las dos, porque lo que sienten por vosotras no es amor, sino adoración. Y os lo digo yo, que no sé lo que es que tu pareja no te mire con cara de asco.

Escribo aliviada al cambiar de tema.

Lola: África, Sara tiene razón. Juan te adora.

África: Sí, lo sé, lo sé. Pero las hormonas a veces te juegan malas pasadas. Tan pronto estás eufórica como abatida. Pero, bueno, ya queda poco y, cuando Alma nazca, todo será diferente.

Lola: ¡Ésa es mi chica! Así es como debes pensar.

África: Juan tiene el cielo ganado conmigo, la verdad, porque a veces lo vuelvo loco.

Lola: Si te sirve de consuelo, yo a Yago también lo vuelvo loco, pero la diferencia es que yo disfruto haciéndolo. Y, como estoy segura de que voy derechita al infierno, no pienso cambiar. Me gusta salirme con la mía, así que...

Sara: No os podéis quejar ninguna de las dos. Os ha tocado la lotería con esos hombres.

África: La verdad es que sí. Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, como todos, pero es un encanto, es cierto.

Sara: Pues sí. Así que dejad de restregarme por la cara vuestra estupenda vida

sentimental, porque aquí una está a dos velas.

Lola: Si lo estás es porque quieres, maja, que tienes a un bomboncito esperando, deseando que lo cates.

Sara: Lo sé. Pero me da miedo volverme a equivocar. No sé si voy a conseguir reponerme de ésta como para meterme en otra peor.

Lola: Tú misma lo dijiste, no debes forzar la situación. Tan sólo debes dejarte llevar. Si surge, bien, y, si no lo hace, pues también... lo dijiste tú misma. No esperes algo que puede que no se cumpla. Porque, cuando haces eso, tu mente imagina algo que nada tiene que ver con la realidad, con lo que tú esperabas, y entonces te exasperas, te irritas y consigues amargarte tú misma. Lo mejor es no presuponer nada, de esa manera todo lo que llegue será bueno.

África: Lola tiene razón, Sara. Cuando tú te creas unas expectativas y no se cumplen, te desilusionas, te ofuscas, y eso te impide ver otras cosas buenas que te están ofreciendo. No te obceques en algo que puede que no se cumpla. Ten los pies en la tierra. Julio es quién es y no esperes nada que él no te haya ofrecido. Y esto mismo también se puede aplicar en la cama.

Termina su mensaje repitiendo lo que Julio me había dicho anteriormente. Lola se destornilla al leerlo y yo contesto.

Sara: Qué graciosa está usted, doña hormona. Pero lleváis toda la razón. Con Julio no debo crearme falsas esperanzas.

Lola: ¡¡Ni con Julio ni con nadie, Sara!! Lo que tenga que ser, será, y no tienes por qué forzar las cosas ni dar más de ti de lo que te apetezca dar.

Sara: Vale, me ha quedado claro.

Dicho esto, me despido. La tarde pasa rápido. Veo una película y entro en Facebook un rato. Me preparo algo ligero para cenar y me retiro a la cama para leer. Pero en ese momento, como si supiese lo que me disponía a hacer, recibo un wasap de Julio.

Julio: Espero que hoy la almohada te rebele grandes secretos. Secretos esperanzadores para mí. Buenas noches, bombón.

Su mensaje me hace sonreír y me llena de ilusión, pero, como mi propia fantasía no me ha llevado por buenos caminos, le respondo con un simple:

Sara: Serás el confidente de sus secretos. Buenas noches.

CAPÍTULO 23

Esta semana es más corta de lo habitual. El jueves es Todos los Santos y tener un día festivo a lo largo de la semana hace que me levante de mejor humor. Cuando llego a la oficina, deseo hablar con Samira. Necesito comprobar cuánto de verdad hay en lo que me contó ayer Mario. Aunque, después de lo que pasó el viernes antes de que se fuera, no sé ni por dónde empezar.

Deseo que llegue pronto, pero, como de costumbre, llega la última. Nada más entrar, nuestras miradas se cruzan y ella agacha la cabeza. Ese gesto, ese pequeño detalle, lo interpreto como un signo de culpabilidad, y la explicación de Mario va ganando terreno. Al final se sienta a su mesa, después de dar los buenos días oportunos, y el silencio se instala entre nosotras. Es el siguiente detalle que me hace creer que Mario no ha mentido. Normalmente Sam no para de hablar, y más después del fin de semana. Al poco rato recibo mi ya tan habitual mensaje con su correspondiente dibujo: una chica sobre una almohada de la que sale un bocadillo diciendo «yo creo que deberías ir».

Julio: Aquellas preguntas que por la noche te crean tantas dudas, al salir el sol tienen una simple respuesta. Buenos días, bombón.

Sara: Mi almohada se lo debe de estar pensando, porque aún no me ha contestado. Buenos días.

Y ésta es otra de las señales que me confirman que Mario fue sincero, porque Sam es muy curiosa y, ver que me río para dentro y no hacer mención alguna, resulta muy extraño en ella. Así que soy yo la que le hablo.

— ¿Qué tal el fin de semana, Sam?

—No he salido de casa. Vinieron unos amigos, pero nada especial.

Esa respuesta me da la clave para confirmar que es cierto, que

Mario decía la verdad. No es que me moleste, él puede hacer lo que quiera. Pero sí tengo que reconocer que me fastidia que Sam se haya acostado con él. ¡Se supone que era yo la que le gustaba! ¡Era conmigo con quien quería estar! Veinticuatro horas antes me lo había dejado claro. ¿Tan pronto me ha relegado? ¿Tan fácil soy de olvidar, que todos lo consiguen? Es absurdo que me plantee estas preguntas, porque nunca he pensado en ella de esa manera. «¿O sí?», me digo mentalmente al descubrir mi reciente mosqueo. Es halagador saber que atraes a alguien y que ese alguien desea estar contigo por encima de todo. Sam siempre me ha dicho que tengo muchas posibilidades de que me gusten las chicas, pero yo la he frenado continuamente. El día que le conté que Mario quería hacer un trío, ella aceptó sin pensárselo dos veces; sin embargo, yo se lo dije como la idea más descabellada del mundo. Y pese a que estoy bastante convencida de que no me atraen las mujeres, aquí estoy, ofendida porque a Sam no parece que le haya importado reemplazarme.

Como es costumbre, bajamos al bar a comer un pincho y, al sentarnos, no puedo evitar preguntarle directamente si es cierto o no. Llevo toda la mañana dándole vueltas a la cabeza y me parece ridículo darle importancia a eso, pero, aun así, necesito saberlo. ¿Será porque Sam, en el fondo, tiene razón? No puede ser, lo que sentí con Julio el domingo por la mañana no lo sentí cuando Sam me besó. Con todo, no puedo más y me arranco.

—Sam... ¿Te puedo hacer una pregunta?

—¡Claro!

—El domingo Mario vino a verme y me dijo que había pasado la noche contigo. ¿Es verdad? —Ella me mira directamente a los ojos y tarda unos segundos en contestarme, reafirmando mis sospechas. Entonces añado—: No hace falta que me respondas, si no quieres. No tienes que darme explicaciones. Ambos sois adultos y no tenéis compromiso.

—No, no. Quiero contestarte —comienza a decir, yéndose por las ramas como de costumbre—: Mario llevaba insistiendo en ese tema desde hacía tiempo y a diario. Me llamaba, me escribía mensajes... y el sábado se presentó en mi casa con una chica sin previo aviso. Él sabía que yo no iba a salir. Me quedé muy rallada después del bochornoso encuentro que tuvimos en el baño y tras el cual lo único que me apetecía era quedarme sola en casa todo el fin de semana. Bueno, el caso es que él lo sabía, porque el viernes por la noche Mario me propuso tomar una copa juntos, a lo que yo me negué. Así que el sábado me escribió un mensaje volviendo a insistir, pero ya te digo que no tenía intención alguna de salir de casa y menos de quedar con

él, por lo que ni siquiera contesté a su wasap. Si te soy sincera, me hubiera gustado que me hubieses llamado tú en vez de él. Aunque sólo hubiera sido para hablar. Pero bueno... el caso es que a las diez de la noche sonó el timbre. Me sorprendió, porque no esperaba a nadie. Así que, cuando pregunté quién era y oí la voz de Mario a través del interfono, no me lo podía creer. Nunca imaginé que pudiera llegar a ser tan insistente y por eso ahora te entiendo perfectamente. ¡No acepta un no por respuesta! Cuando me contabas tus malos rollos con él, nunca llegué a creérmelo del todo. Pensé que exagerabas, porque él da una imagen muy diferente. Pero nadie puede fingir eternamente.

—No, al final lo vas conociendo.

—Bueno, pues digamos que este fin de semana lo he conocido de verdad. Ya le había explicado por activa y por pasiva que no quería nada con él. Pero, aun así, Mario apareció por mi portal. Soy un poco rara o desconfiada, llámalo como quieras, pero no suelo abrir la puerta de mi casa a cualquiera, y menos si no lo he invitado. Sabía dónde vivía porque yo misma le di mi dirección hace tiempo, aunque no me acuerdo de por qué. El caso es que bajé a la puerta pensando que estaba solo. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que lo acompañaba una mujer. «¿Qué quieres, Mario?», le pregunté sin dejar de mirar a aquella chica. No entendía qué hacía ella allí, hasta que el muy cretino me lo explicó. Al parecer había pensado que, si traía a una chica que ocupase tu puesto, estaría dispuesta a complacerlo. ¡Yo no daba crédito a lo que me proponía! ¿Cómo pudo tan siquiera imaginarse que aceptaría? No me lo explico, la verdad ¡Se cree la gente que, por el mero hecho de tener una condición sexual distinta a la heterosexual, estás dispuesta a cualquier cosa! ¡Soy bisexual, no una viciosa! ¡A los gais se los tacha de promiscuos, y a nosotros, de viciosos! ¿Por qué? ¿Porque hablamos y practicamos el sexo libremente? ¿Sin tapujos? ¿Sin ataduras? Hay mucha mente estrecha por el mundo y Mario tiene una de ellas.

—Mario es gilipollas.

—Una cosa te voy a decir, Sara. Me gusta el sexo, disfruto mucho en mis relaciones sexuales, tanto con una mujer como con un hombre, pero busco una relación estable con mi pareja y siempre he sido fiel. Para acostarme con alguien tengo que sentir algo por la otra persona. Y si a mi pareja le apetece ir un poco más allá e introducir a otra persona, perfecto, pero tiene que haber una unión entre dos para que yo acepte un trío. Contigo hubiera roto esa norma, hubiese aceptado, pero tan sólo porque me gustas muchísimo, y es la única vez que he estado a punto de romper ese principio. De hecho, he estado en una cama con dos personas en muy pocas ocasiones y en todas ellas tenía

una relación sólida con mi pareja. Tú eres una excepción, Sara. Una excepción que debo sacarme de la cabeza lo antes posible o, de lo contrario, me quedaré atrapada en un bucle que no tiene ningún sentido y a la única que me perjudica es a mí.

—¿Te puedo preguntar otra cosa?

—Adelante.

—¿Por qué estabas tan segura de que tal vez buscaba el amor en el equipo contrario?

—No lo sé... Supongo que deseaba tanto que así fuese que veía señales donde no las había... y confundí una amistad con algo más. Incluso cuando me propusiste lo del trío, aunque supe que tú no lo decías en serio, vi una oportunidad para conquistarte. Sabía que tú, con él, no estabas bien, así que... ¿qué podía perder? Si no conseguía nada, al menos hubiésemos pasado un buen rato, ¿no?

—Seguro que sí. Es más, estoy convencida de que, si no hubiese conocido a Julio, tal vez te hubiera dado la oportunidad de...

—No quieras consolarme ahora, Sara. Si Julio no hubiera aparecido, tú seguirías con Mario. De hecho, creo que él ha sido la razón por la que lo has dejado, aunque no lo quieras reconocer. Él es quien te ha dado el valor suficiente para luchar por una vida mejor y no yo. Y eso significa algo, Sara. Piénsalo —afirma antes de levantarse para irnos.

De vuelta a la oficina, no paro de pensar en lo que Sam me ha contado. No es la única que piensa que Julio me ha empujado a tomar esa decisión. Es algo que hasta yo misma he considerado, y eso me aterra. Y, reflexionando sobre todo esto, antes de entrar por la puerta, la agarro del brazo.

—Sólo una última cosa, Sam. ¿Qué es lo que más te ha gustado de mí? Quiero decir... ¿Por qué te has fijado en mí y no en otra persona? ¡Soy poca cosa! —exclamo señalándome a mí misma.

—Tienes muchas cualidades, Sara, y una de ellas es ésta, la inocencia —afirma antes de entrar, sin aclararme mucho las dudas.

«Yo soy poca cosa. No deslumbro como Lola ni llamo la atención como África. No soy arrolladora ni tengo la fortaleza e integridad de ambas. Yo simplemente soy yo», pienso repetidamente, sin explicarme cómo le he podido hacer sentir a alguien algo tan intenso como lo que me cuenta Sam.

Por la tarde, justo cuando Samira apaga su ordenador, me entra un correo electrónico de ella.

La miro antes de abrirlo y ella me hace un gesto, animándome a que lo lea antes de despedirse.

De: Samira **Enviado el:** 29/10/2012 16.55
Para: Sara
Asunto: Qué es lo que me gusta de ti

Como te conozco, sé que le das cien mil vueltas a las cosas y, como tengo claro que esa cabecita loca estará pensando sin parar, te voy a responder claramente qué es lo que más me gusta de ti.

Durante los primeros días, cuando entré a trabajar aquí, tengo que decirte que no me llamaste la atención. Hay que conocerte. Eres demasiado reservada, llegando a rozar la antipatía antes de que te abras un poco. Tal vez me dio esa sensación al principio porque yo soy todo lo contrario. Me gusta ser el centro de atención, lo admito. Me gusta que la gente se entere de que he llegado.

Al leer esto ahora entiendo por qué siempre llega tarde.

En cambio, tú prefieres pasar desapercibida. Aunque tengo que confesar que ése es uno de tus encantos... el misterio que te rodea y del que tú ni siquiera eres consciente. Y, cuando al fin muestras tu verdadera personalidad, te haces querer sin darse uno cuenta. Te metes en el corazón de las personas sin previo aviso; en mi caso, eso me desconcertó. Confías en el ser humano. Demasiado, diría yo. Porque no crees que haya gente mala en el mundo, sino incomprendida. Consideras que hay personas que no saben expresar sus sentimientos y que reaccionan de forma incontrolada debido a que nadie se ha parado a darles una segunda oportunidad. Sabes escuchar olvidándote de que tú también necesitas ser escuchada. Despliegas bondad y dulzura por los cuatro costados, porque esas palabras se inventaron pensando en ti. Y eso te hace grande, Sara. Haces que la gente se sienta feliz a tu lado y haces la vida sencilla a todos los que te rodean. Como ves, no me fijo en tu aspecto físico o en si eres hombre o mujer. No soy mujer de una noche, aunque lo parezca. Yo necesito dar un paso más, ir más allá. La forma en que me gustan los hombres o las mujeres no cambia. Para mí el amor debe llegar a lo más profundo de tu ser, independientemente del embalaje de la persona, y tú, sin saberlo, desprendes luz y color allí por donde vas.

Espero que esto que te acabo de escribir no cambie nuestra amistad, porque no sabría vivir con tu ausencia. Y para que nos sea más fácil a las dos, creo que deberíamos zanjar aquí el tema y no volver a hablar de él, a no ser que tú cambies de opinión. Confío en que respetarás esto que te pido.

Un beso, Sam.

Las palabras de Samira me han emocionado. Nadie me había dicho algo tan bonito... y me sorprende que alguien piense así de mí.

Cuando levanto la vista de la pantalla, me doy cuenta de que se han ido todos, excepto Mateo y yo misma. Apago el ordenador y me despido de él sin mencionarle nada de la semana que Julio quiere que me pida.

Antes de llegar a casa, y como si Julio supiera que no he hablado con Mateo, me lo encuentro en el parque junto a un grupo de amigos.

Él se acerca al coche y yo bajo la ventanilla.

—Hola, Julio.

—Hola —me saluda—. ¿Has hablado ya con tu jefe?

—No.

—¿Y cuándo piensas hacerlo?

—Julio, no sé para qué quieres que me coja una semana de vacaciones. ¿Acaso planeas llevarme a algún lado?

—Planeo muchas cosas contigo, pero vayamos por partes. ¿O quieres empezar por el final y ya pretendes acostarte conmigo?

—¡Ja! Julio, ya te expliqué que yo no...

—Chist, chist, chist... —repite con un chasquido de su lengua mientras entra dentro de mi coche—. Mira, Sara, como veo que no vas a confiar en mí si no te cuento mis planes, te diré lo que tengo en mente. ¿Saber eso te aportaría seguridad?

—Sí, supongo que sí.

—Vale. Pues primero pienso meterme en tu cama, voy a conseguir que te quites de la cabeza la absurda idea de que eres como un témpano de hielo entre las sábanas. Y después vas a ser tú la que me pida esa semana conmigo.

—Veo que confías mucho en ti mismo y en tu potencial.

—Ten claro que puede que descubras algo con lo que luego no sabrás vivir.

—Lo dudo, pero si tú lo crees... —respondo sin mucho ánimo.

—Estoy convencido de ello.

—Y tú vas a ser quien me lo muestre, ¿verdad? —suelto con retintín.

—Ésa es mi intención, sí —contesta acercándose a mi cuello, rozándolo con sus labios y provocando que todo mi vello se erice y mi cuerpo se estremezca. Deseo que su boca saboree la mía como a veces, espontáneamente, hace. Mi respiración se colapsa, mi cuerpo se paraliza y cierro los ojos, esperando ese beso que en estos momentos tanto anhelo. Pero esta vez Julio no me besa y, antes de que yo descienda de mi nube, oigo la puerta del vehículo al cerrarse—. Debo irme —se despide señalando a sus amigos—, pero piensa en lo que te he dicho.

Pasan dos días y, como de costumbre, obtengo mis buenos días particular, y eso, como ya es habitual en mí, me arranca una sonrisa.

> Julio: Cada día es una nueva oportunidad para demostrarte a ti misma lo que eres capaz de hacer. Así que sorpréndete y haz algo intrépido y que jamás harías. Buenos días, bombón.

Pero hoy no sólo es un mensaje el que recibo.

Julio: Pide a tu jefe esa semana para mí.

Su descaro me hace reír.

Sara: Buenos días, Julio. No vas a descansar hasta que lo consigas, ¿verdad?
Julio: Así es.
Sara: ¿Y qué vas a hacer si no me la concede? ¿Vas a dejar de insistir?
Julio: Si no puede ser una semana, dame la oportunidad de pasar contigo cuatro días. Un fin de semana largo.
Sara: Pero ¿no entiendo para qué te hacen falta? ¿Qué pretendes demostrar? Yo no merezco la pena, Julio, en serio.
Julio: Eso lo tendré que decidir yo, ¿no? Además, ¿qué pierdes? Date una oportunidad y dámela a mí. Puede que te asombres a ti misma.
Sara: Yo soy lo que soy, Julio. No puedes agitar tu varita mágica y, como por arte de birlibirloque, convertirme en algo que no soy. Es más, no quiero eso. Llevo demasiado tiempo siendo quien no soy tan sólo por gustar más a los demás, por ser aceptada, por ganarme un cariño que no me han dado después.
Julio: Yo tampoco quiero eso, Sara. Pero sé que eres más de quien crees que eres, de lo que ves frente al espejo.
Sara: ¿Cómo puedes estar tan seguro?
Julio: Confío en ti, sé que serás capaz de ver quién eres en realidad. Simplemente eso.

Me dice esto último a modo de despedida, dejándome con la palabra en la boca. Apenas me conoce y dice conocerme más de lo que yo misma lo hago, y eso me desconcierta. Pero, a la vez, me infunde una energía y una ilusión que jamás he sentido. Tengo ganas de proponerme nuevos retos y superarlos. Tengo ganas de volverme a tirar a la piscina, pero eso me da tanto miedo que, cuando me siento en el borde, tan sólo sumerjo un pie y, cuando compruebo lo helada que está el agua, instintivamente retrocedo un paso, aunque me atraiga la claridad de las aguas.

Entro en el trabajo y, sobre la mesa, veo que hay una montaña de papeles que ayer no estaba cuando me fui, junto a una nota sobre ellos en la que pone «Los necesito para las doce». Resoplo indignada, pero me pongo a ello. Cuando llega Sam, nos repartimos el trabajo. No

hemos tenido tiempo ni de respirar, pero, como si Mateo tuviera un radar, se acerca a mi mesa exactamente en el preciso momento en el que Sam me pregunta por Julio y yo le cuento mis avances.

—Luego diréis que no os da tiempo —gruñe Mateo, añadiendo más informes a la enorme pila de documentos que parece no descender ni siquiera un poquito.

Ninguna de las dos respondemos y en mi mente crece la idea de unas vacaciones con tan sólo ver el interminable montón.

Llegan las seis de la tarde, al fin puedo respirar. Como de costumbre, Sam se ha ido antes. «Ella cumple a rajatabla su horario y yo soy la pringada que mete horas sin que se las paguen», refunfuño mentalmente al salir del curro, mientras cruzo los dedos para que por la noche no se multipliquen los papeles. Pensando en darme un respiro, escribo a las chicas para ver si quieren tomar algo.

Sara: He tenido un inicio de semana horrible en el trabajo, menos mal que mañana es fiesta. Necesito un trago. ¿Os apuntáis?

Lola: Lo siento, Sara, pero hoy me es imposible. Yago vuelve de viaje a las siete y debo ir a buscarlo al aeropuerto.

África: Yo ya sabes que si quieres venir... mi casa es tu casa.

Sara: Ok, voy. Necesito un respiro.

Lola: Mañana, si quieres, podemos quedar. Pero hoy tengo una cita con mi hombre y pretendo incendiar el edificio... Ja, ja, ja, ja.

África: Conociéndote seguro que lo consigues. ¿Si os apetece podemos cenar todos en mi casa?

Lola: Perfecto y luego nosotras nos tomamos una copa por ahí.

Sara: Eso sería estupendo.

África: Ok, le diré a Juan que prepare su delicioso pollo al limón.

Al entrar por la puerta, Juan aún no ha llegado y le enseño a África lo que Samira me escribió y mi conversación con Julio.

—¿Sabes lo que pienso, Sara?

—¿Qué? —le pregunto, atenta a lo que me va a decir.

—Creo que Julio tiene razón. Has desdibujado tanto la imagen que tienes de ti misma que ahora no sabes quién eres realmente. Desconoces lo que te gusta o lo que no te gusta. Lo que quieres hacer y lo que no. Has perdido la capacidad de decidir. Te has acostumbrado tanto a que sean otros los que decidan por ti, que ahora te encuentras frente a un folio en blanco. Con Mario pensaste que lograrías vislumbrar lo que te gustaba; sin embargo, lo único que hiciste fue adaptarte a sus gustos, olvidándote de los tuyos.

—Pero al principio sí que disfrutaba con él —replico excusándome.

—Eso era la novedad del momento. El estado que te producía esa nueva situación y la ilusión de tener lo que nosotras teníamos te hacía pensar que la vida que te ofrecía Mario era la que tú deseabas. Pero, cuando todo se normalizó, te diste cuenta de que de nuevo todo era un espejismo y no sabías cómo salir de ese tipo de vida que tú misma habías creado. Al conocer a Julio, viste una pequeña luz al final del túnel. Algo por lo que ilusionarte. Pero no te ves merecedora de experimentar esa fantasía, esa magia que te propone, porque, según tú, estás estropeada, incompleta. No te das cuenta de que la única que tiene el poder de completarse eres tú misma y que no te hace falta ninguna pieza para que brilles con luz propia.

—No es que crea que no lo merezco, África, sino que me duele tanto la caída que no tengo fuerzas para levantarme de nuevo y prefiero permanecer en el suelo antes que agarrarme a la mano de alguien. Porque, si lo hago, si me ayudo para levantarme de esa mano que me ofrecen y luego me suelta, el golpe será mayor.

—Creo que Julio no te está ofreciendo su mano, sino un bastón en el que puedas apoyarte. Creo que quiere que andes por ti misma y por ese pequeño detalle se merece una oportunidad. Sin compromisos, sin planes de futuro, pero sin rechazar propuestas que puede que te aporten más de lo que parece en un principio.

—¡Por favor, África, no hay más que mirarlo! Julio es puro sexo. ¿Qué es lo que le puede atraer de mí?

—No lo sé, pero algo habrá, ¿no? Seamos realistas, si no hubiera algo que le gustase de ti, no perdería el tiempo contigo cuando tiene la posibilidad de tener a quien quiera, ¿no crees?

—En eso llevas razón, pero me parece increíble y no deja de sorprenderme.

Justo en ese momento llega Juan y yo decido irme a casa.

Entro en mi piso y la pesadez de mis cuatro paredes se me viene encima. Cuando Mario vivía conmigo, deseaba que no estuviera en casa para poder disfrutar un poco de la soledad. Ahora que la tengo toda para mí, echo de menos la compañía de alguien a mi lado. Creo que esto me ha sucedido siempre. Nunca me he adaptado bien a la soledad. No soy como África, que disfruta de su casa cuando no está Juan, o como Lola, a quien le hizo falta estar a punto de perder a Yago de forma drástica para compartir su piso. A mí, las paredes se me apoderan y necesito llenar el tiempo haciendo algo. Las manías de Mario conseguían que llenase el escaso tiempo que estaba sin él aquí, pero ahora he vuelto a mis costumbres de tener la casa hecha un desastre, o incluso peor, diría mi madre. Así que, para matar el rato, me pongo mi chándal viejo y comienzo a recoger y limpiar la casa.

Cuando termino, me doy una ducha rápida, me pongo el pijama y me planto en el sofá frente al televisor con un bocadillo entre las manos, dispuesta a ver una película. Pero cuál es mi sorpresa cuando a las once recibo un wasap de Julio.

Julio: ¿Estás despierta?
Sara: Sí, ¿por?

Antes de que me conteste, suena el timbre de casa.

CAPÍTULO 24

—¿Quién? —pregunto desconfiada, mirando la hora.

—Julio —responden al otro lado.

«¡Qué raro!», pienso recogiendo la cena antes de abrir.

—¿Qué hacías? —me pregunta al ver que he tardado en abrir—. ¿Esconder a algún hombre para que no lo vea?

—Me has pillado, Julio —le sigo la broma cerrando la puerta tras él.

—Y aun así me dejas pasar... ¡Qué morbosa te estás volviendo, Sara! —bromea dándome un beso rápido en los labios. Besos que aún no me acostumbro a recibir, y tras los que me quedo pasmada siempre, sin saber qué decir o cómo reaccionar. Y, sin embargo, a él se lo ve tan natural.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto dirigiéndome a la cocina.

—Una Coca-Cola, gracias.

—¿Qué haces tú aquí? Mañana es fiesta, ¿no deberías estar por ahí con tus amigos?

—Y lo estaba, pero ya me iba para casa. De hecho, estaba en la puerta cuando me he dado cuenta de que me he dejado las llaves dentro y mi madre no está. Se ha ido hace dos días a ver a su hermana, vuelve mañana... y me preguntaba si me harías el favor de dejar que me quede aquí esta noche. —Yo no respondo de inmediato y él añade—: Si no fuese tan tarde, le hubiera tocado el timbre a África, pero en su estado no la quiero molestar.

—Julio, no es por nada... a mí no me importa que te quedes, pero... seguro que tienes un lugar mejor donde pasar la noche. Imagino que tienes algún amigo que te pueda ofrecer algo mejor —le digo señalando mi sofá de dos plazas.

—¡Ah! Si es por eso, no te preocupes. Yo me adapto —responde acomodándose en el sofá.

— ¿Qué estabas viendo?

—*Con derecho a roce* —contesto sentándome a su lado.

—Una película perfecta para un día como hoy. Entre la peli y el pijama, se diría que me estabas esperando —bromea con una sonrisa

burlona, mofándose de mi prenda de Betty Boop. Yo no contesto. Tan sólo le muestro una sonrisa irónica e indiferente.

La película ya ha acabado hace rato y los dos permanecemos frente al televisor sin ganas de movernos. Yo al menos. Pero el cansancio comienza a hacer mella en mí y, a eso de la una de la madrugada, anuncio que me voy a dormir. Le saco una manta para que se tape y me despido.

— ¿Seguro qué estarás bien?

—Sí, tranquila. No quiero molestar.

—De acuerdo. Buenas noches —me despido antes de retirarme a la cama.

Pero, pese al cansancio que tengo, no dejo de pensar en que Julio se debe de estar partiendo la espalda y, oír cómo no para de dar vueltas, no ayuda a que me duerma. Así que, sin pensar muy bien lo que estoy haciendo, voy al salón y le digo:

—¡Anda, ven!

—¿Cómo? —me pregunta sorprendido.

—Está claro que no cabes y así te va a ser imposible dormir —le aclaro señalando sus piernas, que cuelgan más de la mitad por un extremo—. Somos adultos y no me va a pasar nada por compartir la cama contigo —le explico.

—¿Estás segura?

—Sí, venga, ven.

«Seguro que eres mejor compañía que la que he tenido hasta hace poco», pienso para mí, pero eso no se lo digo. Lo que le faltaba por oír a Julio.

Me meto en la cama y, en la penumbra, veo cómo se quita los pantalones.

—Es para estar más cómodo —se justifica al ver cómo lo miro.

—Haz lo que quieras. No me voy asustar. No creo que tengas algo diferente a lo que haya visto —respondo fingiendo tranquilidad.

—Entonces no te importa que me quite también esto. Me gusta dormir desnudo. —Veo cómo Julio estira de la cinturilla de sus bóxers mientras me observa con una sonrisa retorcida. «¡No será capaz!», alucino abriendo los ojos como platos—. Es broma —aclara divertido mientras se tumba a mi lado y yo me giro de espaldas a él—. Sara.

—¿Sí? —respondo sin girarme.

—Date la vuelta, por favor. Déjame verte. —Yo hago lo que me pide y así, contemplándonos el uno al otro y en silencio, un silencio acogedor en el que no hacen falta las palabras para expresar cuánto agradeces que esa persona esté a tu lado en esos momentos, nos quedamos dormidos.

Pero no es un sueño profundo. Al menos por mi parte. Porque, en cuanto noto cómo su pierna roza la mía o su brazo se coloca sobre mi cintura, me despierto. Me enrollo en la sábana para evitar su contacto y vuelvo a dormirme. Al rato su mano se vuelve a posar sobre mi cuerpo, esta vez en mi pecho. Yo, con sumo cuidado, la cojo y la pongo sobre mi mejilla... y es tan agradable sentir su contacto, el cariño que me hace experimentar esa caricia inconsciente y premeditada por mi parte, que vuelvo a quedarme dormida no sin antes poner mi mano sobre la suya. Y así paso la noche yo, porque Julio duerme a pierna suelta, despreocupadamente. Los primeros rayos de luz comienzan a filtrarse a través de la persiana y me permiten contemplar un torso perfecto y definido a mi lado. Y, sobre éste, veo una frase tatuada justo en un lateral de las costillas, al lado del corazón.

Alzo la cabeza para poder ver lo que pone y leo: «Nunca te dejes dominar por tus miedos. Enfréntate a ellos y vencerás la batalla».

Justo en ese momento, Julio abre los ojos y me pilla de lleno.

—Tienes un tatuaje —suelto para justificar mi descaro.

—Sí. Tengo dos —me responde enseñándome su antebrazo.

Leo este segundo en voz alta mientras deslizo suavemente mis dedos para acariciar su piel:

—«No fracasa aquel que cae, sino el que no intenta aprender a caminar».

—Es una frase que me ha repetido mi madre toda la vida —me explica—. Cuando era pequeño nunca la entendí, pero ahora es como un mantra para mí. Algo que me repito cuando las cosas no salen como deben.

—Es bonito lo que pone. ¿Hace mucho que te los has hecho?

—El primero que me hice fue el del pecho. Mis padres se separaron cuando yo tenía catorce años. Al parecer, en su relación ya no existía nada por lo que luchar, me dijo mi madre. Pero luego me enteré de que mi padre se había enamorado de la mujer que hoy es su esposa. Imagínate enterarte de que tu madre te ha mentido para proteger la imagen de tu padre, el cual se ha ido de casa y prefiere vivir con los hijos de otra mujer en vez de con el suyo propio. Fue duro para mí asumir todo aquello. Pero con los años comprendí que mi madre tenía razón y que, aparte de mí, no había nada que los uniera. Así que no había necesidad de seguir juntos cuando ninguno de los dos era feliz y, en consecuencia, la amargura en la que vivían la trasladaban a su hijo, así que la mejor opción fue que se separasen. Mis padres hacía tiempo que no se querían como pareja, como marido y mujer. Para mi madre, eso nunca ha sido un problema, porque es una mujer muy

independiente y ella se sentía realizada tan sólo con verme crecer; sin embargo, mi padre, con todo lo que parece, necesita a su lado a alguien en quien apoyarse y, cuando ese punto de apoyo no te lo ofrece tu propia esposa por las razones que sea, lo buscas en otra mujer. Así de simple. No hay culpables cuando una pareja se separa, porque tanto uno como el otro han dejado que ese amor se extinga, no lo han cuidado como es debido y, al final, eso se acaba. Esa época fue dura para mí; figúrate, en plena adolescencia, en la que estás buscando tu propia identidad, tu sitio, y la única referencia fiable que tienes, el único lugar en el que te sientes seguro, desaparece. Se esfuma, de la noche a la mañana.

—Pero ¿nunca sospechaste que tus padres ya no se querían?

—Claro que lo sabes. Percibes detalles, notas tensiones entre ellos y sabes perfectamente que la relación de tus padres tal vez no es como debe ser. Pero, aun así, a esa edad cierras los ojos porque el centro del universo eres tú y tus amigos. A esa edad, no queremos ver, o no vemos, más allá de nuestros propios problemas. Con el tiempo entendí todo esto que te he contado y me di cuenta de que el miedo que había sentido al perder esa estabilidad me impidió ver lo importante que sigo siendo para los dos. Y que el rechazo, el abandono, o incluso la culpa que sentía en ese momento, eran tan sólo temores que tenía en mi corazón. Pero ninguno de esos sentimientos era real. Y de ahí viene la frase —dice cogiéndome la mano para que acaricie las letras. Percibo cómo se estremece al notar mis dedos sobre cada palabra. Veo cómo cierra los ojos, disfrutando de ese instante... como si llevase siglos esperándolo, como si curase sus heridas después de una dura batalla o como si sus sueños se convirtiesen en realidad en ese preciso momento y deseara que durase una eternidad. Es entonces cuando aprecio que Julio no sólo quiere acostarse conmigo, sino que quiere hacerme feliz. Y despacio, muy despacio, me voy acercando a su boca y beso esos labios que me vuelven loca desde hace mucho tiempo, aunque, por miedo, he estado reprimiendo el deseo. Noto cómo sus brazos me rodean y su boca da la bienvenida a la mía de la forma más exquisita. Yo me recuesto y él se pone encima, dejándome notar a través de la ropa su erección. Noto cómo una de sus manos se pierde debajo de mi pijama y alcanza uno de mis pechos, provocando que mi espalda se arquee, mientras la otra se aferra a mi cuello para prolongar más su beso a la vez que nuestros cuerpos se frotan uno contra el otro. Pero, justo cuando su mano comienza a moverse en otra dirección, me bloqueo, me tenso, y Julio lo percibe. Se detiene y, con una sonrisa resplandeciente, me susurra sin dejar de mirarme a los ojos.

—Creo que por hoy es suficiente. ¿No te parece? —Suspiro aliviada y asiento con la cabeza sin decir nada. Cuando él se recuesta sobre su codo, yo lo miro a los ojos y le digo:

—Lo siento. No era mi intención...

—Sara, no tienes que disculparte por nada. Yo sólo quiero que, llegado el momento, si es que llega, suceda de igual forma que ha surgido esto. De manera espontánea y que sea algo con lo que disfrutemos ambos.

—Tus padres se tienen que sentir orgullosos de su hijo.

—Eso espero —responde levantándose de la cama—. Mi padre me ha enseñado a no rendirme nunca, a luchar por lo que quiero. Él afirma que, si te esfuerzas al máximo y eres paciente, todo llega. Y mi madre, a aprender de los errores y a respetar la decisión de los demás sin juzgar sus actos. Son unos valores que me han inculcado desde niño y de los que estoy muy agradecido. Tú me recuerdas a ella.

—¿A quién? ¿A tu madre?

—Sí, en algunos aspectos, sí. Eres tan dulce y comprensiva como ella. La diferencia es que ella, principalmente, se respeta a sí misma, y tú no.

Se produce un largo silencio después de que Julio enuncie esas palabras. Creo que él calla porque se arrepiente de haber dicho en voz alta lo que piensa, y yo, porque lo que él me dice es verdad. Lo que pasa es que nadie había sido tan claro hasta ahora como lo ha sido él.

—¿Puedo abusar un poco más de tu hospitalidad y que me invites a desayunar? —pregunta ya vestido.

—Por supuesto —respondo dirigiéndome a la cocina.

Enciendo la cafetera, preparo tostadas y, cuando abro la nevera para sacar la mermelada y la mantequilla, oigo que me dice:

—Perdona si te ha molestado mi comentario de antes. No pretendía ofenderte.

—No pasa nada, tranquilo —contesto, asombrándome de que un hombre me pida disculpas a mí. Ya sé que las comparaciones son odiosas, pero es inevitable hacerlas. Mario jamás me pidió perdón, si en sus disculpas no había un objetivo que conseguir. Tampoco hubiera sido tan razonable si hubiese comenzado algo que luego no iba a ser capaz de terminar. Sin embargo, Julio no sólo me ha pedido perdón tan sólo porque le preocupa haberme hecho daño con su comentario, sino que intenta comprender cómo me siento, respetando mi decisión. Y eso me encanta.

Nos sentamos uno frente al otro y comenzamos a hablar de cosas banales. Mientras lo hacemos, me fijo en cada uno de los rasgos que componen su cara y que consiguen que vea más belleza si cabe en

cada uno de ellos. Una mandíbula marcada, unas cejas espesas y definidas, unos ojos profundos pero con una mirada pura y sincera, y una boca hecha para el pecado.

—Bueno, Sara, debo irme.

—¡¿Ya?! —le digo mirando al reloj.

«Con Julio pasa el tiempo volando», pienso al darme cuenta de que llevamos hora y media conversando.

—Sí, tengo que ir a buscar a mi madre a la estación en media hora —responde levantándose de la silla. Yo hago lo mismo y lo acompaño hasta la puerta. Veo cómo pulsa el botón del ascensor y, cuando éste se abre, Julio añade—: Por cierto, Sara, te dije que serías tú quien me pediría que me metiera en tu cama antes de lo que tú imaginabas, y así ha sido. Así que me debes una y tengo muy claro cómo cobrarme tu deuda. —Agrega una sonrisa resplandeciente sacando un manojo de llaves del bolsillo de su pantalón.

—¡Serás cretino! Eso es hacer trampas —suelto, pero Julio ya no me escucha, porque las puertas del ascensor ya se han cerrado, aunque me ha dejado ver su victoriosa cara a modo de despedida.

Nada más entrar en mi piso, mi teléfono suena.

—Hola, mamá —la saludo con una sonrisa en los labios al recordar cómo Julio se ha salido con la suya.

—Hola, Sara. Me preguntaba si tienes planes para almorzar. Si no es así, ¿te apetecería comer con tu madre?

—Creo que en estos momentos no hay nada que me apetezca más, mamá.

—Me alegra oír eso.

—Me acabo de levantar, así que dame una hora y cocinamos juntas, ¿te parece?

—Es una idea estupenda —responde antes de colgar.

Hago la cama, recojo la cocina y me ducho antes de ir a casa de mi madre.

—Hola, mamá —digo al entrar por la puerta.

—Hola, cariño —responde acercándose a darme un beso—. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor, la verdad. ¿Qué tenías pensado hacer de comer?

—¿Qué te parece si preparamos un *risotto* de champiñones? Siempre te ha salido mucho más jugoso que a mí.

—Perfecto —acepto encantada, sacando los ingredientes.

—¿Sabes algo de Mario? —me pregunta mientras trocea la cebolla.

—No, y me gustaría seguir sin saber nada de él.

—¡Me sorprende! No creí que se conformase tan fácilmente. Aunque, a veces, las apariencias engañan y me alegra haberme

equivocado con él.

—No te has equivocado, mamá. Desde que hablamos han pasado muchas cosas, me hizo una visita. Pero espero que por fin haya entendido que lo nuestro ha terminado. No le deseo ningún mal. Es más, espero de corazón que encuentre a la mujer capaz de aportarle paz a su atormentada personalidad —le explico mientras lavo los champiñones antes de laminarlos—. Yo sólo pido que me deje tranquila. —Suspiro.

—¡Eso es muy considerado por tu parte, hija mía! Debería sentirse afortunado de haber conocido a alguien como tú —exclama mi madre, orgullosa.

—Creo que nunca supo apreciarme, y mucho menos se sintió afortunado al estar a mi lado.

—Aunque no lo creas, no opino como tú. Mario sabe perfectamente lo que ha perdido, sino no hubiese vuelto a buscarte. El problema es que ahora sabe, sin duda, que no te ha cuidado como es debido. No es fácil aceptar nuestros errores y reconocer nuestros defectos. Considero que Mario es de esas personas que no saben asumir que se han equivocado ni admitir su parte de culpa.

—No, no es fácil. Pero dudo de que él reconozca que tiene un problema. Si volvió a buscarme fue porque no es corriente encontrar a mujeres estúpidas que le consientan todo lo que yo le he consentido.

—No te engañes, Sara. Todos sabemos de qué pie cojeamos cuando estamos a solas, otra cosa es que no lo queramos asumir en público. A fin de cuentas, todos tenemos conciencia.

—No sé, mamá... Me cuesta pensar de esa manera en Mario. Lo que no entiendo es cómo no me di cuenta antes, teniéndolo tan claro como lo tengo ahora.

—A veces nos hace falta estamparnos contra un muro para cerciorarnos de que ese dique está ahí. Porque, hasta que no nos abrimos la cabeza y vemos cómo nuestra sangre sale a borbotones, no nos percatamos de la situación. Nos engañamos a nosotros mismos, nos damos excusas que nos acabamos creyendo, y eso es lo que te ha pasado, Sara. Algo tan normal y cotidiano como no creernos lo evidente.

—A veces creo que he vivido una realidad paralela a la real. —Suspiro comenzando a sofreír el ajo, la cebolla y los champiñones, mientras mi madre prepara el agua para el arroz.

—¡Y así es! Pero no pienses que lo hacemos queriendo, no —dice posando una mano en mi brazo para que la mire a los ojos—. Simplemente pensamos que, si vemos la realidad tal como es, no podremos soportar el dolor, y por eso nos engañamos. Lo hacemos

como medida de protección.

—¿Por qué me da la sensación de que hemos vivido algo similar, mamá? —pregunto sin dejar de observarla. Entonces ella baja la cabeza y vuelve a ocuparse del agua.

—Porque, en ocasiones, divisé muy de cerca ese muro. Pero a diferencia de ti, yo tenía dos hijas preciosas por las que luchar y hoy me siento orgullosa de las mujeres en las que se han convertido.

—Aun así, sigo sin entender cómo aguantaste su soberbia durante tantos años. Papá siempre consideró que era mejor que tú, que estaba por encima de ti en muchos aspectos. Él era don perfecto y, una de dos, o estabas con él o contra él. No cabía la posibilidad de que tu punto de vista fuese diferente al suyo. Y eso era lo que Nieves no soportaba.

—Como has dicho antes, yo era esa mujer que le aportaba un poco de paz a su atormentada personalidad y eso me gustaba. No fue el mejor compañero del mundo, eso no lo voy a negar, pero me acompañó en cada paso y, para mí, eso era suficiente. Cada persona antepone unas cualidades a otras, la cuestión es tener claro lo que es importante para ti en la otra persona.

Al escucharla hablar de esa forma, me doy cuenta de lo afortunada que he sido de tenerla como madre, de los sacrificios que ha hecho por nosotras y de las pocas veces que le hemos dicho cuánto la queremos, lo mucho que ha significado para mí tenerla siempre a mi lado y lo sencillo que ha sido hablar con ella de aquello que me preocupaba. Puede que no siempre tuviera la solución correcta, pero al menos lograba acallar mis temores con tan sólo escucharme y un poco de té.

Terminamos de almorzar y, antes de regresar a mi casa, le pregunto por mi hermana.

—¿Sabes algo de Nieves?

—Hablé con ella hace unos días. Está bien, tan ocupada como siempre.

—A ver si la llamo. Porque, si no soy yo la que marca su número, pueden pasar meses esperando a que sea ella la que marque el mío. Bueno, mamá, me voy.

—Cuídate, hija.

—Lo haré —respondo con decisión.

Pero, antes de salir por la puerta, me llama.

—¡Sara! —Doy media vuelta para ver qué quiere y ella acaricia mi mejilla con sus dedos y me dice—: Eres más fuerte de lo que aparentas, siempre lo he pensado. Y llegará el día en que recordarás esta etapa como una mala racha, pero te aseguro que te alegrarás de haberla vivido, porque es la única forma que tenemos de apreciar la

fortaleza de nuestra alma.

—Gracias, mamá —respondo abrazándome a ella. Un abrazo en el que no sólo nuestros cuerpos se entrelazan, sino que también lo hacen nuestros corazones, y ellos sí que declaran cuánto se quieren.

«La conversación con mi madre ha sido muy reveladora. Y ahora tengo ganas de comprobar la resistencia de mi alma, y sé cómo debo hacerlo», me digo de camino a casa.

Sara: Hoy he pasado la noche con Julio. No es lo que pensáis, os aclaro antes de nada. Pero quiero que sepáis que me voy de viaje o donde tenga pensado llevarme. Lo acabo de decidir.

La respuesta de Lola y África no se hace esperar y en ambos mensajes aparecen emoticonos de palmas y flamencas bailando de alegría.

Lola: Quiero un resumen detallado. Y no puedo esperar a la cena. ¡Cuéntanoslo todo!

Sara: Pues voy a ser mala y os voy a hacer sufrir. Pero antes os diré que hacía mucho que no disfrutaba tanto con un hombre.

Lola: Sara, ¿seguro que no te has acostado con él?

Sara: Seguro.

África: No todo en la vida es sexo, Lola.

Lola: Todo, no, pero la vida gira en torno a él, porque, si somos sinceros, a todo el mundo le gusta disfrutar del sexo. Simple y llanamente por satisfacer nuestros instintos primarios. Porque nos da placer y disfrutamos mientras lo practicamos. Si no fuera así, no existirían los juegos de palabras, los comentarios dichos con segundas intenciones o las situaciones provocativas que incitan al sexo.

África: Creo que te estás olvidando de algo muy importante, Lola.

Lola: ¿De qué?

África: El sexo es la forma de expresar a la otra persona cuánto la quieres, lo importante que es para ti.

Lola: Siento discrepar contigo, África. No voy a negar que tengas razón en lo que dices, pero también debes reconocer que, si dejáramos a un lado los sentimientos, seguiríamos practicando el sexo simplemente por placer, porque es una forma de relacionarnos tan natural como cualquier otra. Y porque, si no disfrutásemos y los orgasmos se parecieran a un dolor de muelas, la raza humana hace tiempo que habría desaparecido. Sin embargo, hacemos todo lo contrario. Repetimos y, cuanto más, mejor, y si es con la persona adecuada, todavía mejor.

África: Vale, lo reconozco, tienes razón.

Lola: Siempre la tengo.

Sara: Bueno, pues para mí no es como un dolor de muelas, pero tampoco es como comerme un banana *split*.

Lola: Eso es porque no has encontrado la banana correcta, pero puedo asegurarte que esta vez buscas en el platanero adecuado.

Sara: Eres de lo peor, Lola.

Esto último lo escribo riéndome.

África: Tengo que reconocer que se lo has puesto a huevo, Sara.
Sara: Sí, debo admitir que sí. Bueno, os dejo. ¿A qué hora quedamos?
África: Cuando queráis, nosotros estaremos en casa toda la tarde.
Lola: Vale, nosotros nos pasaremos entre las ocho y las nueve.
Sara: Entonces quedamos así.
África: De acuerdo, nos vemos luego.
Lola: Ok.
Sara: Perfecto.

CAPÍTULO 25

La conversación con mi madre, las incesantes incitaciones de mis amigas y las constantes provocaciones de Julio consiguen que, sin pensármelo muy bien, pues ya no tengo ganas de pensar, le envíe un mensaje a Julio:

Sara: ¿Podemos quedar? Mi almohada me envía mensajes por Bluetooth.

No dejo de mirar el teléfono, ansiosa, esperando una respuesta que, cincuenta y cinco minutos de reloj después de haber enviado el mensaje, por fin llega.

Julio: Estoy cerca de tu casa; en nuestro banco en una hora.

Su escueta contestación no deja de sorprenderme. Aun así, no le quiero dar mayor importancia. Pero, cuando aún no han pasado cinco minutos, recibo otro mensaje suyo.

Julio: Tu almohada sabe elegir a quién debe contar sus decisiones, y yo estoy deseoso de poder escucharla.

Abro mi armario y saco una falda gris ajustada con una abertura en pico, unas medias transparentes hasta medio muslo y una camisa negra de manga larga en la que se ve parte de mi espalda a través del

encaje que une los botones. Me pongo mis botas de tacón negras y cojo mi cazadora de piel, del mismo tono que las botas. Rescato de mi neceser de maquillaje el pintalabios rojo, ese que hace demasiado tiempo que no uso. Una hora más tarde, me encuentro sentada en el banco en el que todo comenzó.

—¿En qué piensas? —me saluda Julio, sentándose a mi lado.

—En ti —respondo contenta.

—¿En mí? —pregunta orgulloso, levantando las cejas.

—Sí.

—¿Y a qué se debe el honor?

—Primero de todo debo darte la enhorabuena, ya que, gracias a tu astuta jugada, he pensado que voy a hablar con Mateo y le voy a pedir esos días. Y, en segundo lugar, y esto va a sonar muy al estilo África, pienso que el destino te puso en mi camino cuando estaba atascada en un punto de mi vida, y eso tiene que significar algo. Tal vez algo que no soy capaz de ver aún, porque siempre he tenido una idea completamente diferente a la que tú tienes sobre una relación entre un hombre y una mujer. Pero estoy dispuesta a descubrirlo. Voy a pagar esa deuda con esos días que deseas pasar conmigo.

—Con sus correspondientes noches —añade cerca de mi boca, con voz tremendamente sensual, acariciando cada una de las letras con la lengua.

—Con sus correspondientes noches —repito mirándolo a los ojos con intensidad.

—¿A dónde vas tan guapa?

—He quedado con todos en casa de África y Juan. ¿Quieres venir? —le propongo poniéndome de pie.

—Encantado —acepta poniéndose de pie a mi lado.

—Sara —me llama.

—¿Sí? —contesto girándome hacia él.

—No pienses que ahora te vas a librar de mí tan fácilmente —suelta posando sus manos en mis caderas para atraerme hacia él. Después, suavemente, junta su frente con la mía, incrementando la atracción que existe entre ambos y esperando pacientemente a que sea yo quien reclame sus labios.

—No pretendo librarme de ti —afirmo antes de adueñarme de su boca por completo.

Julio no puede contener la risa y, mirando al frente, me responde.

—Creo que me vas a gustar más de lo que pensaba.

—Eso no lo dudes —le confirmo—. ¿Cómo has venido?

—Me ha traído una amiga —me responde examinando mis gestos para calcular mi reacción. Yo guardo silencio, no tengo nada que decir

al respecto y agradezco su sinceridad—. Estaba con Hugo, entrenando. Me ha acercado su novia —añade divertido.

—¡Capullo! —le contesto con una sonrisa torcida entrando en mi coche.

—Te habías mosqueado, ¿eh?

—Para nada —digo indiferente—. Eso es lo que tú pretendías, pero te has quedado con las ganas —termino diciendo, orgullosa de mi reacción.

Cuando Juan abre la puerta y nos ve juntos, su cara es puro desconcierto. Al entrar, veo que Lola y Yago ya están aquí y todos nos miran de arriba abajo. Es Lola la que rompe el hielo.

—Qué alegría que vengas al fin acompañada de alguien que merezca la pena, Sara, porque, ¿te quedas a cenar, verdad?

—Si me invitan.

—Tú lo que quieres es la revancha —le contesta Juan, dándole un golpe amistoso en el hombro.

—¿La revancha de qué? —pregunta Yago.

—De un juego de la consola. El muy listo cree que porque me haya ganado alguna vez, ha dejado de ser un manco —contesta Julio.

—¡A que os gano yo a los dos! —los reta Yago.

—Cuidado con lo que dices, que para ganar a Julio tela lo que sudé.

—Venga, dale —acepta el desafío Yago, cogiendo el mando.

Los tres comienzan a picarse entre ellos y África y Lola aprovechan que ellos están entretenidos para llevarme hacia la cocina e interrogarme.

—¡Primero duermes con él y ahora te lo traes a cenar! Estás consiguiendo emocionarme, Sara, esto es todo un logro por tu parte.

—Le he dicho que sí voy a cogerme esos días de vacaciones. No sé qué es lo que tiene pensado, pero estoy ilusionada. Julio no se parece en nada a los hombres que he conocido antes.

—Mejor. No nos hace falta nada que se parezca a lo anterior —sentencia Lola.

—Pero quiero conocerlo. Me siento bien a su lado. No pretendo nada, no espero nada. Sólo disfrutar del momento. Seamos realistas, él veintitrés, yo treinta y dos... Sé que esto tiene un final.

—Tu forma de pensar me parece de lo más razonable, Sara. No merece la pena centrarnos en el futuro cuando lo que vivimos es el presente. Eso nos desgasta y no nos lleva a ninguna parte. Además, es divertido, atrevido y directo, muy directo. Respeta tus decisiones, pero te hace escuchar las suyas —comenta África.

—Y no nos olvidemos de cómo está, porque la verdad es que está

tremendo, Sara. ¡Menudo Apolo!

Justo en ese momento, Julio asoma la cabeza por la puerta con su sonrisa arrogante.

—Ya que estáis hablando de mí, ¿os importaría bajar el tono de voz? —dice abriendo la nevera y sacando tres botellines de cerveza—. Uno sabe quién es y el efecto que puede llegar a tener, pero no está acostumbrado a que lo comparen con un dios —comenta sin dejar de mirarme intensamente. Entonces se acerca a mi oído y, todo petulante, me susurra—: Aunque lo sea.

—Pero qué creído te lo tienes —respondo acalorada, notando cómo el rubor se instala en mis mejillas mientras me muestra una sonrisa que me atraviesa y me deja sin aliento.

—Y lo que te gusta, ¿qué? —replica dándome un pequeño beso antes de irse.

Entonces Lola se levanta de su silla, cierra la puerta y, sin apartar la espalda de ella para impedir que nadie entre, comenta bajando la voz.

—¡Joder, Sara, casi sufro una combustión espontánea ahora mismo! Este chico tiene más ganas de ti que yo de Yago, y eso es mucho decir. No seas tonta y llévatelo a tu casa en cuanto terminemos de cenar.

—La verdad es que con su atrevimiento consigue que saboree la vida, que disfrute de los pequeños detalles y que me olvide de lo correcto y lo incorrecto. Logra que me centre en lo que realmente me apetece hacer a *mí* —explico recalcando la última palabra y señalándome con los dedos—. ¡Y eso es increíble! —exclamo soñadora —. Hoy he estado comiendo con mi madre y me ha hecho darme cuenta de que llevo demasiado tiempo imitando un tipo de relación que nunca he comprendido y deseando tener una tan fantástica como las vuestras, y ahora me he percatado de que eso no me hacía ningún bien.

—Entonces, disfrútalo, porque eso es muy especial —dice África.

Las horas pasan volando y se respira un ambiente relajado y divertido, completamente diferente al pesado y rancio que se masticaba cuando Mario me acompañaba.

Antes de irnos, Julio pasa a su casa y me pide que lo acompañe. Su madre no está y por eso accedo a hacerlo. Entramos en su habitación y veo cómo cada cosa ocupa su lugar.

—Cómo se nota que vives con tu madre —comento al contemplar lo ordenada que está la habitación, mientras él coge algo de ropa y la mete en una mochila.

—¿Por? —pregunta sacando la cabeza del armario para mirarme.

—Porque todo está impoluto —confirmo pasando el dedo por su mesa y comprobando que no hay ni rastro de polvo.

—Mi madre no entra en mi cuarto apenas. Tan sólo deja la ropa sobre la cama y se va.

—¿Quieres decirme que eres tú el que la limpia?

—Sí —afirma con naturalidad, como si eso fuese lo más lógico y normal del mundo—. Mi madre y yo tenemos una relación muy buena, ya te lo he dicho. Ella respeta mi espacio, y yo, el suyo. Tenemos vidas muy independientes. No siempre ha sido así, pero, hace un par de años, llegamos a un acuerdo: yo adquiría ciertas responsabilidades y ella me otorgaba ciertas libertades.

—¿Y qué responsabilidades concretamente te pueden otorgar ciertos privilegios?

—Eso no importa. La cuestión es que, por extraño que te parezca, con el tiempo esa especie de acuerdo nos ha unido mucho más. Cada uno sabe lo que debe hacer y cuándo. Sabemos nuestros límites y los respetamos.

—¿Y quién marca esos límites? —indago acariciando una extraña silla con un respaldo en forma de cuernos. Veo cómo Julio sonríe al ver que me he fijado en ella y, acercándose a mí, me responde con la voz ronca y sin dejar de mirarme ardientemente.

—Uno de mis límites, por ejemplo, es este mismo —dice sentándose en la silla y agarrándome de las caderas para guiar mi cuerpo frente al suyo. Una vez que me tiene donde quiere, junta sus piernas y separa las mías para que me siente a horcajadas sobre él. Noto cómo la falda se desliza hacia arriba y Julio recorre mis muslos con sus manos con naturalidad. Coge mis pies y los pone en una espacie de estribos que tiene la silla en sus patas traseras, y luego dirige mis manos por encima de sus hombros para terminar colocándolas en los cuernos del respaldo de la silla. Entonces, con un ligero movimiento, consigue que sus caderas encajen perfectamente con las mías—. Ella nunca entra en mi habitación si estoy con una chica, pero yo nunca práctico sexo si mi madre está en casa. —Aclara volviendo a mover su pelvis debajo de mí—. Eso no quiere decir que no lo haga mientras ella no esté —añade besando mi cuello, mientras noto cómo su sexo choca contra el mío a través de mi ropa interior, provocando que mi cuerpo comience a acalorarse. Yo me dejo llevar al sentir cómo sus labios se apoderan de mi cuello y sus palabras conquistan mis oídos, consiguiendo que su cuerpo someta el mío. Me agarro fuerte de los cuernos, afianzo los pies en los estribos y mis piernas ejercen mayor control sobre mis caderas, obteniendo una rotación perfecta sobre un solo eje, el de su erección a través del

pantalón. Es entonces cuando noto que una de sus manos se introduce por debajo de mi camisa y, diestramente, desabrocha mi sujetador con una sola mano, mientras la otra se posa en uno de mis pechos y comienza a juguetear con mi pezón entre sus dedos, provocando que todo dentro de mí se estremezca. Y al ser consciente de lo que estoy sintiendo, doy un brusco respingo, me pongo de pie al instante y, abrochando mi sujetador de nuevo, digo:

—Lo siento, me he dejado llevar. No pretendía...

Julio sonríe comprensivo, se levanta, acerca mi cuerpo al suyo y, antes de darme un exquisito beso en los labios, añade:

—Tarde o temprano la probaré contigo, y considero que será más temprano que tarde. ¿Quieres quedarte a dormir aquí o vamos en tu casa? Mi madre no entrará aquí y puede que por la mañana te apetezca cabalgar —dice con una sonrisa pícara, señalando con la mirada la silla mientras me pone un sombrero de *cowboy* en la cabeza.

—No, me voy a casa. Y creo que tú deberías quedarte aquí —le digo poniendo mi mano sobre su pecho para evitar que Julio se acerque a mí y consiga hacerme cambiar de idea. Él ve la duda en mis ojos y respeta la distancia. Percibe que necesito tiempo y, tras un hondo suspiro, me quita el sombrero de la cabeza y lo coloca en lo alto de la estantería, donde estaba antes. Mientras tanto, mi mente comienza a funcionar tan rápido que me cuesta seguirla y mi cuerpo se paraliza para centrar toda mi energía en mis pensamientos.

Me apetece mucho estar con él, pero no quiero hacer las cosas mal. No deseo acelerar algo que sé que va a pasar. Le prometí una semana y sé que no voy a poder contenerme por mucho más tiempo. «Pero ¿por qué debes contenerte?», me riño a mí misma. Porque quiero tener las cosas claras antes de volverme loca por él. Debo asegurarme de que mi corazón va a ser capaz de aguantar lo que Julio quiere de mí y que yo lo voy a dejar ir en cuanto él quiera marcharse. Es demasiado bueno lo que él me ofrece como para que sea real y demasiado intenso como para que no me quede enganchada en un bucle del que no sepa salir jamás. David no me ofreció ni una cuarta parte de lo que me está proporcionando Julio, y aún sigo poniéndome nerviosa cuando me mira. Así que debo tener claro que esto es lo que es, una historia mágica a corto plazo, que no debo desaprovechar, pero que también debo saber que tiene tiempo limitado. Nunca he comenzado algo sabiendo que no era un comienzo, sino parte de un final. Y, aunque todo lo que he iniciado anteriormente ha acabado fatal, nunca empezó pensando que al poco tiempo eso terminaría. Sin embargo, Julio me lo ha dejado claro desde un principio: él sólo pretende que pasemos un buen rato, que disfrutemos los dos. ¿El tiempo? Es lo de menos, nunca

se ha planteado nada a largo plazo. Es más, nunca ha habido un largo plazo para él. Sin embargo, ese enfoque para mí es completamente nuevo y algo a lo que debo acostumbrarme todavía. Asimilar esta nueva forma de ver una relación es algo nuevo para mí. No lo veía mal cuando se trataba de Lola, pero jamás hubiera imaginado esa posibilidad para mí. Pero ahora... lo veo tan cercano, tan palpable... que me da miedo no ser capaz de afrontarlo.

—¿En qué piensas? —me pregunta Julio, sacándome de mi debate interno.

—En que tal vez deberíamos dejar esto aquí. Antes de que alguien... mejor dicho, yo, salga malherida —respondo taciturna.

—¿Y por qué piensas eso? ¿Acaso te hago llorar? —demanda desde el otro extremo de la habitación, donde se encuentra sentado sobre la cama.

—No, todo lo contrario.

—¿Te trato mal? —añade levantándose.

—¡No!

—¿Te he engañado? ¿Te he prometido algo que no he cumplido? —dice acercándose lentamente.

—No, nunca has hecho eso. Siempre has sido sincero conmigo.

—¿He herido tus sentimientos? —me susurra posando su mano en mi nuca, mientras su otra mano me rodea la cintura.

—No. Creo que has sido el único que los ha tenido en cuenta desde hace demasiado tiempo.

—Entonces, ¿cuál es el problema, Sara? —inquiere, posando sus labios sobre mi cuello mientras mi cabeza se inclina hacia atrás para ofrecérselo plenamente, pasando por alto mis razonamientos.

—El problema es que me gustas mucho —confieso con voz entrecortada—, demasiado. Estás consiguiendo despertar en mí sensaciones que creí desterradas.

—¿Y eso es malo? —me plantea introduciendo su mano por debajo de mi falda sin que yo se lo impida ni me sobresalte esta vez.

—No —consigo responder a duras penas, mientras noto cómo sus dedos acarician mi pubis totalmente depilado.

—¿Entonces...? —insiste en averiguar cuál es el problema.

Pero yo ya no le puedo responder. Hace rato que mi mente no rige correctamente y es mi cuerpo el que se ha apoderado de ella, silenciando todas y cada una de las dudas que antes veía razonables. Noto cómo su boca invade la mía, con tanta habilidad que mis rodillas flaquean. Entonces Julio se detiene un segundo, veo cómo se agacha para quitarme el tanga y, acto seguido, tira de la parte baja de mi falda. A continuación me desprende de la camisa y el sujetador con un

solo movimiento, antes de que yo cambie de idea.

—Te dije que sería más pronto que tarde —afirma con picardía, quitándose la camiseta sin perder el contacto visual. Saca un condón del cajón de su escritorio y, con los pantalones puestos, se sienta en la silla.

Observo de nuevo ese torso del que sé que me va a ser imposible olvidarme.

—Eres preciosa, Sara —me halaga sin dejar de mirarme, atrayendo mi cuerpo y colocándolo frente a él. Mis pechos quedan a la altura de su boca y él comienza a juguetear con sus labios con uno de ellos mientras se pone un condón a la velocidad del rayo. Noto cómo su lengua traza pequeños círculos a su alrededor y eso consigue que pierda la cabeza y mi espalda se arquee hacia atrás. Siento cómo Julio abre sus piernas, obligándome a abrir las mías, dejando el espacio suficiente como para que sus dedos estimulen ese punto que hace tiempo parecía estar aletargado y que ahora es todo un volcán. Entonces guía mis caderas hacia las suyas, penetrándome despacio, y consigue que éstas encajen a la perfección. Vuelve a colocar mis manos y mis pies en el lugar correspondiente y noto cómo sus manos se posan en mi culo, provocando que lo sienta más adentro, más profundo, llenándome por completo y logrando fusionar nuestros cuerpos en uno solo. Vuelve a centrar toda su atención en mis pechos y, mientras noto cómo sus dientes aprisionan uno de mis pezones, sus dedos juguetean con el otro, llevándome a un placer exorbitado—. Vas a ser tú quien marque el ritmo, Sara —me dice mientras calma con su lengua esa sensación que sus incisivos me han provocado un segundo antes, consiguiendo que mi espalda se curve y mi garganta le confirme a través de mis gemidos cuánto me gusta sentir esa caricia húmeda que su boca me regala si cesar. Pero justo antes de suplicarle entre jadeos que siga, vuelve a atrapar de nuevo uno de mis pezones entre sus dientes. No es dolor lo que siento, aunque soy consciente de la presión que ejercen sobre mi piel. Y apreciar esa fuerza que noto me gusta, me excita y hace que la respiración se me acelere, llegando a sentir cómo el aire se agolpa en mis pulmones. Julio percibe cómo mi cuerpo vibra entre sus brazos y al instante sus dedos hacen lo mismo con mi otro pecho, intensificando un sufrimiento sumamente placentero. Mis manos se agarran fuerte a los cuernos de la silla y mis pies me impulsan en un movimiento constante, aumentando la profundidad de cada embestida cada vez que dejo caer mi cuerpo contra el suyo, y siento cómo Julio llena cada uno de los recovecos de mi cuerpo. Por primera vez soy yo la que toma el control en esta situación y por primera vez soy yo la que exige la intensidad de cada

una de las sacudidas que siente mi cuerpo. Y es tal la magnitud del momento, que me hace llegar al más allá. Un lugar donde nunca pensé que llegaría, un lugar diferente al que había visto hasta ahora. Un lugar que estoy deseando descubrir.

—Tengo que reconocer que me encanta romper teorías estúpidas —me susurra apoyando la frente en mi hombro.

—¿A qué te refieres? —le pregunto desconcertada.

—Te dije que no hay mujeres frígidas, sino hombres que no las saben calentar —me repite con una sonrisa que confirma el magnífico e inolvidable orgasmo que acabo de tener.

Yo no le contesto. No voy a admitir algo que es tan evidente. Sólo deseo que yo le haya hecho disfrutar tanto como él a mí.

—Ha sido increíble, Sara —dice mirándome intensamente a los ojos, como si pudiera leer mis pensamientos—. ¿Aún quieres irte? —me pregunta al levantarme de su regazo.

—Sí, pero el lunes te quiero en mi casa para esa terapia de choque *made in* Julio —le digo ilusionada y con una sonrisa en la boca antes de comenzar a vestirme.

Julio no me responde, pero en su mirada hay un brillo espectacular, resultado de la sorpresa recibida por mi cambio de actitud. Por un instante nuestras miradas se fusionan y son capaces de conectar de forma sorprendente. Jamás había experimentado lo que se siente cuando se habla el idioma de las miradas. Cuando se dice cuánto deseas a esa persona que tienes frente a ti sin emitir ni un solo sonido. Un idioma completamente diferente al que me habían hablado antes. Y es que puede que, con tan sólo una mirada, yo hubiera entendido lo que ésta expresaba, pero su significado era completamente diferente, porque me hablaba con desdén en vez de con admiración; con repugnancia en vez de con cariño. Y al final decides ignorar ese idioma; cierras los ojos para evitar ver y le tapas los oídos para no escuchar. Pero a veces ese bombardeo mordaz de palabras no sólo las percibes a través de la vista o el oído, porque hay ocasiones en las que son recibidas a través del tacto y, entonces, van directas al corazón, aniquilándolo por completo desde dentro y haciéndote creer que jamás podrás recuperarlo. Pero al parecer sí que se puede, y eso es lo que Julio está haciendo con mi pobre y mutilado corazón. «Así que... ¿por qué no seguir dejando que mitigue ese dolor? ¿Qué digo dolor? ¿Por qué no dejar que este corazón vuelva a sentir? Ya sea dolor o alivio, pero experimentar cualquier sensación es mejor que estar muerta», pienso al salir de su casa.

Oigo ruidos al otro lado de la puerta de África y suavemente noto cómo se abre. Estaba esperando a ver si salía sola o acompañada. Me

hace una señal para que entre y le cuente lo sucedido, pero yo le agarro la mano y, dándole un beso en la mejilla, le susurro:

—Julio es fantástico, pero mejor hablamos mañana.

—Pero todo bien, ¿verdad?

—Mejor que nunca, África, quédate tranquila —le digo a modo de despedida, soltando su mano.

—De acuerdo. Mañana hablamos —se despide en voz baja, cerrando la puerta sigilosamente.

Al llegar a casa, dejo todo según me viene en gana y eso cada vez me gusta más. «No hay necesidad de recoger nada», afirmo mentalmente, satisfecha de reconocerme a mí misma de nuevo. Me desplomo sobre mi cama y rememoro cada una de las caricias de Julio. Allí donde estuvieron sus manos están ahora las mías y simplemente con el recuerdo de su tacto en mi piel logro que mi cuerpo convulsione de nuevo. Y eso es algo increíble en mí y algo que me hace reafirmarme en mi nuevo objetivo. Es lo único que debo tener claro el resto de mi vida. Ser feliz.

He decidido que ya estoy harta de acatar lo que mi destino tiene preparado para mí, porque me he dado cuenta de que no es éste el que manda sobre mi vida, sino que soy la única responsable de mi propio destino. Soy yo quien elige cómo vivir cada instante. Fui yo la que elegí a Mario, la que dejé escapar a David y la que ahora escojo a Julio. Soy yo la que decide por qué camino avanzar, aunque puede que todos me lleven al mismo lugar, pero en cada uno de ellos viviré experiencias completamente diferentes. Experiencias que cambiarán mi percepción, dependiendo de la rapidez y la intensidad con las que viva cada tramo. Porque no es lo mismo cruzar un pantano en canoa o nadando, ni caminar descalzo sobre unas brasas encendidas o apagadas. Cada instante vivido cuenta y marca tu forma de ser para siempre. Así que, a partir de ahora, intentaré que mi vida esté llena de momentos que me hagan sonreír y, si debo llorar, que sea de felicidad en vez de tristeza.

CAPÍTULO 26

A la mañana siguiente me levanto con la sensación de llevar demasiado tiempo intentando avanzar sobre arenas movedizas. Pero no se puede andar sobre ellas, porque, poco a poco, con cada movimiento, te van sepultando. Me negaba a creer que era así; pensaba que, si me quedaba quieta y no luchaba contra ellas, conseguiría salir de ahí ilesa. Pero me ha hecho falta sentirme presa, asfixiada y que me inmovilizaran por completo para darme cuenta de la presión que ejercían sobre mí y de que no se puede sobrevivir en un terreno tan hostil. Ahora Julio me muestra una superficie lisa, llana y sin sobresaltos, fascinante mire hacia donde mire, y por la que se puede transitar libremente. Sin embargo, estoy tan acostumbrada a esforzarme tanto para lograr avanzar tan sólo unos centímetros que caminar sobre este nuevo medio me resulta más complicado, porque me da la sensación de que floto en vez de andar. Y entonces me pregunto cómo se avanza cuando se levita.

De forma telepática, como si nuestras mentes estuvieran conectadas, recibo mi mensaje de buenos días mientras desayuno y eso provoca que mi rostro se ilumine.

> Julio: No hay mejor manera de comenzar el día que sobrevolar tu imaginación y divisar desde arriba que, aquello con lo que soñabas, se ha cumplido y ha superado tus expectativas de manera sorprendente. Buenos días, bombón.
>
> Sara: Buenos días, Julio.
>
> Julio: Rememorando nuestro fantástico encuentro y deseando repetirlo.

Leer sus palabras me hace muchísima ilusión porque me confirma que lo de ayer para Julio también fue un momento mágico. Puede que no tuviera la misma magnitud para él que para mí, aunque al menos ahora estoy segura de lo que experimentó. Sé que me dijo que fue increíble, pero pensé que había visto en mi mirada la inseguridad y quiso reconfortarme. Pero hoy, si de verdad no hubiera experimentado

lo mismo que yo, no hubiera dicho que quiere repetir y mucho menos que ha superado sus expectativas, y eso me hace muy feliz.

Sara: Sorprendentemente, yo también disfruté. Hoy hablaré con Mateo.
Julio: Me alegra saber que mi teoría era cierta y que se ha cumplido con creces.

Su comentario y, sobre todo, su descaro me hacen reír.

Sara: ¿Quién ha dicho que se ha cumplido con creces?

Le pregunto siguiéndole este juego tan adictivo en el que sé que Julio es el maestro y yo tan sólo una aprendiz.

Julio: Yo. A alguien que sabe provocar fuego no hace falta que le confirmen esos detalles.
Sara: ¡Qué creído te lo tienes, majo!
Julio: Por algo será. Que tengas un buen día, bombón.
Sara: Igualmente, Julio.

Contesto, sin hacer referencia a su comentario anterior. «No quiero alimentar más su ego», pienso mientras una sonrisa, ya habitual en mi cara, se instala en mi rostro.

Al entrar en la oficina le comento a Mateo que quiero unos días de fiesta la semana próxima. Él no me lo confirma, pero, en cuanto se va a tomar un café, saco el teléfono del bolso y, con alegría, escribo a las chicas.

Sara: Buenos días, bombones.
Lola: No nos hagas la pelota y desembucha. Ayer te libraste porque yo me acababa de ir, pero te aseguro que, si llego a estar, no alcanzas ni el ascensor. ¿Qué es lo que ha pasado?
Sara: Ayer me acosté con Julio.
África: ¡Lo sabía!

Sara: ¿Cómo que lo sabías?

África: Te metiste en la guarida del lobo, nena, y tú eres una inocente corderita. Además, no había más que verte la cara para confirmar lo que allí dentro había sucedido.

Lola: ¡Joder, África! Tenías que haberle sacado una foto. Ése era un momento digno para la posteridad. Era la prueba que nos hacía falta para demostrarte que ¡¡¡tú no tienes ningún problema!!!

África: No, de eso no hay duda, Lola. Te aseguro que ahora sé a qué se refiere Félix cuando adivina que he tenido sexo. Bueno, cuéntanos cómo fue, que ayer me dejaste en ascuas.

Sara: No sé cómo ocurrió, África, sólo puedo decirte que sabía cómo y dónde tocarme en cada momento.

África: La cuestión no es cómo y dónde te tocan, Sara. La diferencia está en qué es lo que te transmite la mano que te acaricia. A fin de cuentas, es un lenguaje que no sólo hay que saber interpretar, sino que también hay que saber expresar.

Lola: El sexo es un idioma universal, pero sólo unos pocos saben leer entre líneas.

Sara: Sí, de eso me he dado cuenta. Os dejo, que vuelve el jefe de la tribu y necesito fumarme con él la pipa de la paz para que me dé los días que le he pedido.

Tengo ganas de que llegue el lunes, estoy ilusionada por saber qué es lo que Julio tiene pensado. Y con ese entusiasmo, camino hacia la peluquería. Necesito un cambio y la forma más rápida y sencilla de conseguirlo es comenzar por un nuevo *look*. No quiero perder longitud, mi pelo corto ha crecido y ahora me manejo muy bien con él, así que, después de meditarlo varias veces y tras tres horas en el establecimiento, mi pelo ha pasado del negro a un castaño oscuro con mechas.

Sara: ¿Qué os parece?

Les escribo ya en casa, tras enviarles una foto a las chicas.

África: Estás preciosa, Sara. Ese color te aporta mucha más luz a la cara y te hace una mirada realmente alegre.

Lola: ¡Sara, estás guapísima!

Sara: Sí, yo también me veo mejor. Necesitaba un cambio y alguien me dijo que, para ello, debo comenzar por el exterior.

Lola: No sé por quién lo dices, pero haces bien en hacerle caso, porque tiene mucha razón.

África: Según ella, siempre la tiene.

Todas nos echamos a reír.

Los días han pasado más deprisa de lo que esperaba. El sábado Lola, Yago y yo fuimos a tomar una copa después de cenar en casa de África y Juan y fue genial caminar sin la sensación de llevar un saco de piedras tras la espalda, sin pensar en cómo debo comportarme y disfrutar en todo momento de cada situación. Julio y yo coincidimos en uno de los bares a los que fuimos los tres y, como de costumbre, estaba rodeado de chicas. Pero fue maravilloso ver cómo salía de su harén tan sólo para saludarme con un sabroso y rápido beso y recordarle a mi cuerpo lo que siente cuando sus manos y, sobre todo, sus labios se posan en él.

—¿Y esto? —me preguntó a modo de saludo, tocándome el pelo.

—¿No te gusta?

—Me gustabas antes, me gustas ahora y puedo asegurar que cada día me gustarás más. Es difícil encontrar el grado de pureza de cacao que tú tienes en otros bombones.

—Me estás diciendo que a todas nos llamas *bombón* —le dije intentando ponerlo en un compromiso.

—No, te estoy diciendo que contigo he saboreado el original. Eres única, Sara, y ahora es complicado acostumbrarse a otros sabores —me contestó con esa sonrisa endiabladamente perfecta, mientras sus ojos claros impactaron sobre mí de forma contundente antes de irse.

—Tengo que reconocer que Julio es tan adictivo como la Coca-Cola —le comenté a Lola, con la respiración aún acelerada, mientras ambas contemplábamos su culo al alejarse de nosotras.

—Lo que pasa es que, hasta ahora, tú la bebías *light* y sin gas. Puede que te gustase el sabor y necesitases ese estímulo que te aportaba la cafeína, pero hay que reconocer que nada es comparable con la energía que te aporta el azúcar y la chispeante sensación que te produce una Coca-Cola en condiciones.

—Creo que en este caso tienes toda la razón del mundo en eso que dices —afirmé, sin dejar de admirarlo a distancia, y percibiendo cómo mi cuerpo se encendió cuando él me guiñó un ojo y me regaló una de sus mejores sonrisas.

—Siempre la tengo —me rectificó Lola.

Es lunes y me levanto con más fuerza y entusiasmo de lo habitual. Mateo, el viernes, se fue de la oficina sin confirmarme las vacaciones, así que debo ir a trabajar. Pero hoy estoy decidida a obtener una respuesta. Atrás quedó aquella Sara que no hubiera defendido lo que le pertenece, pienso estirando todo mi cuerpo al levantarme de la cama con energía. Y esta vitalidad que siento al salir de la ducha se nota porque esta vez no espero el mensaje de buenos días al que estoy

acostumbrada últimamente y que me hace sonreír cada mañana, sino que esta vez el mensaje lo envío yo.

> Sara: ¡¡Buenos días, bombón!! Hoy me he dado cuenta de que la soledad no se mide por cuánta gente te falta a tu alrededor, sino que se mide por lo acompañada que te sientes cuando estás sola. Una vez que llegas a esta conclusión, podrás decir que sabrás seleccionar de verdad de quién debes rodearte, porque lo importante no es el número de personas que te acompañan, sino lo que te hace sentir cada una de ellas. Y hoy estoy deseando que una sola persona me rodee entre sus brazos, y esa persona eres tú. Deseando comenzar esta semana.

Una vez enviado, me pongo el vestido más llamativo que encuentro en mi armario... ese fucsia de manga tres cuartos que no me dejó adquirir Mario porque afirmó que se me marcaba hasta la tira del tanga de lo ceñido que era. Aquel día no me lo compré, pero me encapriché tanto de él que volví la semana siguiente a buscarlo. Necesitaba tenerlo, era como una muestra de rebeldía contra Mario, aunque sabía que nunca me lo iba a poner. Lo guardé entre otras prendas que, según su criterio, no eran para alguien como yo... pero sí para alguien con tacones rojos, me decía a mí misma las noches que él trabajaba en el bar y yo observaba frente al espejo lo bien que este vestido se ceñía a mis curvas, resaltando mi figura, y soñaba con un día como el de hoy... un día en el que sería capaz de ponérmelo sin tener miedo a reproches ni represalias, sin la sensación de ir desnuda por la calle. Porque eso era lo que sucedía cuando me oponía a sus razonamientos. Me sentía desnuda, vulnerable y diminuta. Se apropió de tal manera de mi forma de pensar que me sentía culpable cada vez que reivindicaba algo que me pertenecía. El derecho de hacer y decir lo que sentía.

«Atrás quedaron esos días», pienso entrando con paso firme en la oficina, tras la atenta mirada de Javier.

—Tengo que hablar contigo, Mateo —le planteo al cerrar la puerta de su despacho sin sentarme. Veo cómo me observa de arriba abajo por encima de la pantalla de su ordenador y se reclina hacia atrás en su silla sin quitarme ojo. Eso me incomoda, y las palabras de Mario retumban en mi cabeza: «Sólo las guarras visten así, esas que desean que las empotren contra la pared de cualquier callejón». Muevo la cabeza para deshacerme de esa idea y prosigo.

—¿Recuerdas que la semana pasada te comenté que quería cogerme unos días? Pues quiero que sepas que mañana no vendré a

trabajar. —Su postura cambia por completo; apoya sus codos sobre la mesa y replica.

—Vamos a ver, Sara: ya sabes que esto no se organiza de un día para otro —mi indica con tono conciliador, pero intentando que cambie de idea. En otra ocasión tal vez recularía y le diría que tiene razón, pero esta vez no. Esta vez necesito esos días, porque algo me dice que van a cambiar mi vida. Tengo ese presentimiento y quiero comprobar si es cierto.

—No me vengas con ésas, Mateo. Te lo dije el viernes por la mañana, pero tú aún no me has contestado, así que esta vez no te lo estoy pidiendo, sino que te estoy informando de que no voy a venir mañana. Me debes horas... y está Samira para cubrirme.

—No es lo mismo.

—Pues tendrás que apañártelas, porque mañana no vengo. Después de la muerte de mi padre no me cogí ningún día y, mientras estuvo hospitalizado, tampoco, así que creo que me merezco un descanso —le respondo alzando la voz más de lo que considero adecuado.

—Veo que no te voy a hacer cambiar de idea —claudica reclinándose de nuevo.

—No —respondo, relajando mi postura.

—Entonces no tenemos más que hablar. Nos las apañaremos, Sara. Ve y disfruta de tus vacaciones.

—Gracias, Mateo.

—De nada.

—¡Sara! —me llama antes de abrir la puerta—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —acepto tranquilamente, sin la menor idea de a qué viene eso ahora. Nunca ha pedido permiso para preguntar y eso me desconcierta.

—¿A qué tanta prisa? Quiero decir... Javier me ha dicho que ya no sales con tu novio, y me pregunto si estas vacaciones tan repentinas no son porque necesitas huir de algo o de alguien. No quiero parecer entrometido, pero me preocupo por ti.

—Si te soy sincera, de quien debo huir es de mí misma... de la estúpida y cobarde Sara. Al parecer soy la única que no se daba cuenta o, mejor dicho, no quería darse cuenta de lo tóxica que era la relación que tenía. Pero, como bien te ha informado Javier, esa relación pertenece al pasado y ahora estoy intentando labrarme un futuro.

—Si ésa es la razón, me alegro mucho por ti. Tómate el tiempo que necesites, Sara.

—Gracias, Mateo —le digo antes de salir.

Al sentarme a mi mesa, Sam ya ha llegado y, al verme salir

triunfante del despacho, me pregunta con un gesto de cabeza qué es lo que se ha perdido.

—Luego te cuento —le respondo al ver que Mateo sale con unos informes que deja en la mesa de Sam en vez de en la mía como de costumbre.

Oigo vibrar mi móvil dentro de mi bolso y me muero de ganas porque Mateo vuelva a meterse en su despacho para poder mirar si el wasap es de Julio. Cuando al fin vuelve a su oficina, saco el teléfono de mi bolso y veo que tengo varios mensajes. Seis de las chicas y uno de él. Inevitablemente leo primero el suyo.

Julio: ¡¡¡Buenos días, bombón!!! Así que estás deseando que mis brazos te rodeen, ¿eh? ¡Humm! No hay mejor forma de afrontar el día que con esa imagen en mi mente.

Sara: Así es. Acabo de decirle a mi jefe que mañana no vengo a trabajar, así que mañana soy toda tuya.

Julio: Siempre lo has sido, Sara. Otra cosa es que no lo quisieras reconocer. Sólo era cuestión de tiempo.

Sara: Pero qué creído te lo tienes.

Julio: ¿A qué hora sales del curro?

Sara: No sé... depende... Se supone que salgo a las cuatro, pero nunca termino a esa hora y, al no venir durante unos días, intentaré adelantar trabajo para que mi compañera no se agobie.

Julio: Vale. Entonces nos vemos mañana. Te pasaré a buscar a eso de las nueve y media.

Al leer ese mensaje, me quedo un poco desilusionada, porque pensé que tal vez esta noche la pasaría en mi casa, pero no quiero hacerme ideas equivocadas. No quiero construir castillos en el aire y decepcionarme por algo que ni siquiera es. No quiero frustrarme por algo que tan sólo existe en mi cabeza. «Así que olvídate de lo que desearías que sucediese y disfruta de lo que sucederá cuando suceda.»

Sara: ¡¿Tan pronto?! ¿A dónde me vas a llevar?

Julio: Todo a su debido tiempo, Sara. Mañana nos vemos, bombón.

Se despide dejándome con la incógnita en la cabeza. Un carraspeo frente a mí me hace levantar la vista del teléfono.

—Creo que hoy no es el mejor día para andar jugando con el teléfono, ¿no crees? —me dice Mateo, levantando una ceja y

dejándome unos informes sobre la mesa—. Esto lo necesito para mañana sin falta y quiero que te encargues tú. Así que ya sabes qué debes hacer si no quieres verme la cara mañana —me reprende con su humor característico. El jefe enrollado y comprensivo ha desaparecido.

—Me pongo a ello ahora mismo. No te preocupes —respondo guardando el móvil en el bolso de nuevo.

Durante toda la mañana no se oye una mosca volar en la oficina. Mateo anda como un bulldog de un lado a otro y nosotros no miramos otra cosa que no sea la pantalla de nuestro ordenador. Así que, cuando Sam y yo bajamos al bar a comer algo, me bombardea a preguntas.

—¿Qué es eso de que no vienes mañana a trabajar? ¿Qué ha pasado este fin de semana? ¿No habrás vuelto con ese patán, no? Ya te conté lo que quería de mí y te aseguro que me dolería muchísimo que volvieras con ese cretino, Sara. Él jamás te va a cuidar como lo haría... —Antes de terminar la frase, se calla.

—¿Cómo lo harías tú? —pregunto con una sonrisa cariñosa. Sam baja la mirada y yo cojo una de sus manos entre las mías—. Sam —pronuncio con dulzura para que me mire a los ojos y pueda ver en ellos lo que puede que no llegue a expresarle con palabras—. Mario quedó atrás. Hay más probabilidades de que yo lo intentase contigo a que volviese con él, te lo aseguro. En muy poco tiempo han cambiado muchas cosas. Quiero que sepas que no tengo la menor duda de que tú me hubieras tratado mejor que cualquiera de los hombres con los que he estado. Y lo sé porque, cuando nos besamos, sentí algo especial entre nosotras. Puede que en otras circunstancias me hubieras mostrado una forma de amar completamente diferente a la que conozco y puede que incluso me hubiese gustado.

—Estoy segura de que así habría sido.

—Puede que sí, no te lo niego. Me hiciste sentir especial y es muy halagador para alguien como yo tener una oferta de alguien como tú. Pero es con Julio con quien voy a estar esta semana. Y no solamente por lo que me hace sentir, sino porque me está descubriendo aspectos de mí misma que ni siquiera sabía que poseía. Consigue que me sorprenda de lo que soy capaz de hacer y de lo que soy capaz de lograr. Y, sobre todo, de lo que soy capaz de decidir. A lo largo de mi vida siempre he permitido que sean otros los que decidieran por mí, pero con Julio es diferente, porque no espera nada a cambio y está logrando que yo haga lo mismo.

—¿Y qué hay de malo en esperar algo de la otra persona?

—Sencillamente que, si ese algo no llega, te decepcionas, te enfadas sin razón con la persona que no te había prometido que te iba

a dar aquello que tú esperabas. Porque todo eso estaba en tu cabeza y no en la suya. Por ello, lo ideal no es esperar que reaccione como tú deseas, sino que aceptes cómo es —le contesto emulando la explicación que una de mis amigas me dio en su día. Es ahora cuando le encuentro sentido.

—¡¿Qué me estás diciendo, que debes dar sin esperar recibir nada a cambio?! Eso no es amor, el amor es cosa de dos.

—No, te estoy diciendo que, si tú esperas un comportamiento determinado y se cumple, será una gran alegría, pero si no se llega a cumplir y tú lo aceptas, no será una decepción. Te voy a poner un ejemplo. Hoy esperaba que Julio viniese a buscarme al trabajo. Para ser sincera, es algo que deseaba con mucha ilusión. Pero en ningún momento le he dicho a él que me hubiera encantado que eso sucediese y él tampoco me ha dicho que fuera a suceder. Es más, es algo que estoy segura de que no entra en sus planes. En otra ocasión me hubiera enfadado por algo que sólo existía en mi cabeza y que ni siquiera había pedido, pues Julio no sabe que yo quiero eso. Por tanto, es algo por lo que no debo enfadarme, pero por lo que en muchas ocasiones las mujeres nos enfadamos. Así que, si por casualidad se cumple, me sorprenderé muchísimo y disfrutaré el doble, pero, si no es así... si no llega a cumplirse, no pasa nada porque ya me he hecho a la idea de que eso no va a suceder y, por ello, tú y yo nos vamos a ir a tomar una copa después del trabajo. ¿Qué te parece? ¿Entiendes ahora a lo que me refiero?

—Sí. Pero no estoy de acuerdo en todo.

—¿Por qué no? —pregunto confundida.

—¿Qué pasa si se presenta y te arruina tu plan alternativo?

—Eso no puede suceder.

—¿Por qué no?

—Porque yo estaré encantada de incluirlo en mi plan alternativo y Julio sé que deseará unirse.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Sabes que con Mario eso no sería así.

—Lo sé. Pero, para empezar, Mario no me quería, porque permitió que dejase de ser yo misma. Como bien has dicho tú al principio, el amor es dar y recibir. Así que lo mismo que yo no debo enfadarme por no recibir lo que no se me ha prometido, él no puede pretender que yo cambie mi vida en torno a sus necesidades. Y ése ha sido siempre mi gran error. Me equivocaba al pensar que, cuanto más me esforzase en ser como Mario o como cualquier otro ansiaba que fuese, más me querrían. No me daba cuenta de que fue en mí en quien él se fijó por

primera vez. Fui yo quien llamó su atención. Yo poseía algo que despertó su interés y ese algo le resultó atractivo, le gustó. Entonces... ¿por qué anularlo? ¿Por qué dejé de ser yo cuando estaba con él? Es algo de lo que me percato ahora... y que no llego a entender... —digo pensativa.

—Si es Julio quien ha logrado que llegues a pensar así, creo que es un hombre con el que merece la pena disfrutar de unas vacaciones —responde sonriente.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Si hay algo que siempre he tenido claro es que la persona que esté a mi lado debe quererme por quien soy. No debe juzgar mi pasado y mucho menos borrarlo, porque es el pasado quien ha esculpido a la mujer que ahora soy. He sido muchas veces criticada por mi sexualidad, pero llega un punto en tu vida en el que, si pones en una balanza la opinión de los demás y la tuya, te das cuenta de que cada vez te importa menos lo que opine la gente y comienzas a pensar más en tu felicidad. Vida sólo hay una, Sara, y es demasiado corta como para perder el tiempo en tonterías como ésas.

—Cierto. Y creo que yo acabo de llegar a ese punto.

Samira y yo permanecemos en silencio y éste es interrumpido por el constante sonido de mi móvil. Seguro que son África y Lola. Todavía no les he contestado y estarán rabiosas por saber, así que decido hacerlo ahora, antes de que me colapsen el teléfono.

África: ¿Has hablado con tu jefe?

Sara: Sí, ya está todo arreglado.

Lola: ¡Bravo! ¡Hoy comienzan tus vacaciones en el paraíso, muñeca! ¿Cómo has quedado con Julio?

Sara: Mañana a primera hora vendrá a casa.

Lola: ¿Mañana? ¿Y por qué no hoy?

Sara: Seguramente habrá quedado.

África: Bueno, pues entonces quedemos nosotras también. Veniros a mi casa.

Sara: No es por nada, África, pero prefiero no ir. No quisiera encontrarme a Julio y que piense que estoy desesperada. Además, he quedado con Sam al salir del trabajo.

Lola: ¡Quién te ha visto y quién te ve! Pero ¿qué te inyectaron el otro día? ¿Raciocinio?

A leer su respuesta, no puedo evitar reírme y, sin pensarlo, contesto.

Sara: Eso y mucho más, Lola. Bueno chicas, luego hablamos, que debo acabar unos documentos que necesita el todopoderoso para mañana y soy la única que, al parecer, sabe hacerlo como a él le gusta.

Lola: Cosas de jefes.

África: Habló la menos indicada.

Lola: ¡Eh! Que yo ahora soy más tolerante.

África: ¡Sí, claro! Has pasado de ser Cruella de Vil a Úrsula de *La Sirenita*. ¡Vaya cambio!

Veo que continúan chateando, pero nada más entrar en la oficina meto el teléfono en el bolso y me centro en los documentos. Las horas pasan deprisa. Los demás se acaban de ir y Sam espera a que yo termine de cuadrar el último balance.

—¡Venga, Sara, vámonos! Hablas de Mateo, pero eres peor que él. ¡Que no te vas más que una semana, por Dios!

—Ya, pero, cuanto más trabajo adelante, menos tendré yo a la vuelta y tú estos días. Que luego parece que se multiplican los papeles en la mesa.

Ella suspira y yo no le hago ni caso.

Veinte minutos más tarde salimos por la puerta y, frente a mí, una sonrisa resplandeciente me saluda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida.

—Comenzaba a pensar que te habías quedado encerrada en el ascensor o algo por el estilo —comenta sin responderme y rodeándome con su brazo antes de darme un rápido beso en los labios. Al oír eso, a Samira le es imposible controlar su risa y es entonces cuando los presento.

—Julio, ésta es Samira, mi compañera de trabajo —le digo poniendo los ojos en blanco al ver que no puede parar de reír, así que al final acabo diciendo—: Sam y yo ya nos quedamos atrapadas en una ocasión y créeme cuando te digo que me agobié bastante —respondo sumándome a la risa de Samira.

—Hola, encantada de conocerte al fin —lo saluda con su habitual coqueteo antes de que ambos se den dos besos.

—Pensé que no te vería hasta mañana —comento aún asombrada.

—Ése era el plan, pero es complicado resistirse a una tentación como tú.

—Pues si esto te parece complicado, en menos de dos metros cuadrados, ni te cuento. —Julio me mira desconcertado sin saber muy bien a qué se refiere Sam, y yo le hago un gesto con la cabeza para que no le haga caso—. Nos íbamos a tomar algo, ¿te apetece venir? —le pregunta Samira para comprobar si mi nueva teoría es cierta.

—Por supuesto —responde animado y comenzando a caminar—.

¿A dónde vamos?

—Te dejamos elegir —respondo satisfecha y divertida.

—Está bien. Dejadme que piense.

Justo en ese momento, Sam se acerca a mi oído con disimulo y me dice:

—Debo felicitarte por tu nueva elección. Tiene un culo estupendo.

—¡Creí que la que te gustaba era yo! —bromeo levantando una ceja.

—Y así es, pero he aceptado que lo nuestro va a ser algo imposible —replica entre risas, dándome un cachete en el culo antes de acercarse a Julio para recomendarle un sitio.

Sorprendentemente, su descaro me hace reír en vez de sentirme ofendida. Julio, al ver cómo Sam se le acerca, me mira suplicando que lo rescate, algo con lo que consigue conquistarme todavía más si cabe. Logra que me sienta más segura de mí misma, y más atractiva que con cualquier piropo que me hubiese podido soltar. Y es que el gesto más simple puede llegar a provocar que un corazón palpite con más fuerza que con un millar de palabras bonitas pero vacías.

CAPÍTULO 27

Llegamos a mi piso a eso de las diez de la noche. Sam no ha parado de flirtear con Julio, consiguiendo el efecto contrario, y eso me ha producido tal satisfacción que incluso ha habido momentos en los que reconozco que provocaba a Samira para que le dijese algo comprometedor a Julio.

—¡Te has divertido mucho a mi costa esta tarde!

—La verdad es que sí. Hacía tiempo que no me reía tanto.

—Me gusta verte reír, pero la próxima vez prefiero no ser yo el causante de tus risas.

—Julio, te tenías que haber visto. Si me llegan a decir, cuando te conocí, que iba a ser capaz de sacarte los colores yo a ti, no me lo hubiese creído. Tú que despliegas tanta seguridad con las mujeres... —digo pavoneándome ante él.

—Mira, bombón, si no llega a ser porque me importas más de lo que yo mismo hubiera imaginado cuando te conocí, te aseguro que ahora seríamos tres durmiendo en esa cama —replica agarrándome por la cintura para pegar mi cuerpo contra el suyo y hablarme acariciando mis labios con sus palabras. Pero esta vez sus palabras no me acarician, sino que me arañan la piel al hablar de tríos.

—Pero ¿qué tenéis los hombres con los tríos? —respondo molesta, apartándolo de mi lado mientras me encamino hacia la cocina.

—¡Nada! —contesta confuso—. Puede que sea una de las fantasías sexuales más extendidas entre los hombres, pero no es la mía.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es la tuya? —planteo a modo de reproche, bebiendo un vaso de agua apoyada en la encimera de la cocina.

Entonces Julio se acerca a mí, me coge de la cintura y, sin hacer un gran esfuerzo, me sienta en la encimera. Abre mis piernas y ocupa con su cuerpo el espacio que hay entre ellas. Mientras, esta vez sí, sus palabras acarician mi piel y sus labios surcan mi cuello.

—Ver cómo una mujer se estremece bajo mis manos. Desnudar su piel y comprobar que su tacto, su olor e incluso su sabor es cien millones de veces mejor de lo que nunca hubiera imaginado. Sentir cómo desea que mis labios se pierdan entre sus pechos y ver cómo me

ofrece sus caderas pidiéndome a gritos que mitigue su tortura. Comprobar con mis dedos que, con tan sólo una mirada, he conseguido que su entrepierna se humedezca. Y que, con la respiración agitada, me suplique que calme sus entrañas.

Estoy acalorada, agitada y con las bragas empapadas, y eso sólo con su forma de hablarme. Y justo cuando mis labios van a poseer su boca, él se aparta para mirarme a los ojos fijamente y añade:

—Ésa es mi fantasía y, para ello, necesito una mujer, no dos. Pienso que tres son multitud —termina diciendo, acortando luego la distancia y siendo él quien invade mi boca con fogosidad.

Y es entonces cuando vuelvo a comparar a Julio con Mario. Y me es inevitable no ver la diferencia. «Uno quería a toda costa cumplir su fantasía sin pensar en mí, y otro la cumple cada vez que está conmigo... o con la multitud de mujeres con las que ha estado, ¡claro esta!», me digo a mí misma.

—Sabías que Sam es *bi* —le comento separando nuestras bocas para poder contemplar su reacción.

—Me lo imaginaba.

—¡¿Cómo que te lo imaginabas!? ¿Por qué?

—No había más que fijarse en cómo te miraba.

—Pero si era a ti a quien se te estaba comiendo, por favor.

—Puede que a mí me quisiera como aperitivo, pero te aseguro que era contigo con quien deseaba un banquete.

—Mario siempre quiso hacer un trío con ella —le anuncio mirándolo a los ojos, intentando averiguar si me dicen algo más de lo que dicen sus palabras.

—Mario es gilipollas por querer compartirte —me susurra dirigiéndose a mi cuello y besando delicadamente cada centímetro de mi piel.

—Él decía que, si lo ayudaba a cumplir su única fantasía, que si accedía a hacerlo, él lo vería como la mayor demostración de amor que podía hacerle —le explico comenzando a sentir cómo mi respiración se acelera.

—Sólo los más estúpidos desean hacer realidad sus fantasías sexuales —sentencia sin dejar de recorrer mi cuello con sus labios.

—Pues tú acabas de darme una descripción detallada de cuál es la tuya —le contesto poniendo las manos en sus hombros para apartarlo un poco de mí y saber lo que piensa exactamente sobre este tema.

Entonces Julio expulsa todo el aire de sus pulmones a modo de rendición y se centra en nuestra conversación.

—Lo que yo acabo de detallarte es lo que sucede siempre que estoy con una mujer.

—Engreído —suelto con una media sonrisa, sin que Julio se inmute.

—Lo que quiero decir es que cualquier fantasía, por magnífica que sea, no es comparable con la posibilidad de ver y sentir en la realidad que tú eres el único responsable del disfrute de una mujer. No soy capaz de imaginar satisfacción mayor para un hombre que poder apreciar el placer que experimenta ese cuerpo tan perfecto bajo tus brazos... cómo se convulsiona sin control debido al choque de su cuerpo contra el tuyo... —responde prestándome atención, pero sin dejar de mirarme con sinceridad.

—Entonces, ¿tú no tienes ninguna fantasía?

—Claro que las tengo. Pero hay que saber diferenciar muy bien entre unas y otras.

—¿Unas y otras? —pregunto confundida.

—Están aquellas que sólo sirven para alimentar la imaginación y con las que sólo debes fantasear, y luego las que puedes hacer realidad. —Lo miro con cara de no entender muy bien a qué se refiere y entonces Julio me explica la diferencia entre ambas, mientras nos dirigimos hacia mi dormitorio—. Hay algunas que es mejor idealizarlas, guardarlas en tu cabeza para que crezcan y soñar con ellas siempre que quieras. Porque, cuando las materializas, se desvanece todo su encanto, nunca cumplen las altas expectativas que habías puesto en ellas y pierden la capacidad de volver a excitarte al pensar en ellas. Sin embargo, hay otras que superan lo imaginado cuando las haces realidad.

—¿Y cómo sabes diferenciar entre unas y otras para no equivocarte? —quiero saber, quitando los cojines que hay sobre mi cama y sacando mi pijama de debajo de la almohada.

—Nunca lo llegas a saber a ciencia cierta. Pero, si estás atento, consigues distinguir detalles que te garantizan cierta seguridad —responde Julio metiéndose bajo las sábanas tan sólo con sus bóxers.

—¿Como cuáles?—insisto después de ponerme el pijama y meterme dentro también. Julio y yo permanecemos uno frente al otro y, sin dejar de mirarnos, él me explica su punto de vista.

—Pues no lo sé... por ejemplo, el sado. Muchas mujeres fantasean con ser amordazadas, azotadas o incluso ser sometidas. Mientras recrean en su imaginación esas escenas, no hay sensación de dolor. Así que, en cuanto quieren hacer realidad su fantasía y notan la quemazón que se experimenta tras un par de azotes, pierden el entusiasmo por el sado y desperdician la capacidad de volver a fantasear con eso. Sin embargo, a otras les pasa todo lo contrario. Las excita comprobar cómo su umbral de dolor aumenta de forma considerable y, el

quemazón que las anteriores perciben de forma desagradable, éstas lo reciben de la misma manera como tú puedes sentir una caricia, y eso es una señal.

—¿Y cómo sabes tú eso? ¿Has practicado sado?

—No, pero tengo amigos cuyas novias, tras el boom de *Cincuenta sombras de Grey* —dice señalando los lomos de los libros negros que hay en la estantería—, quisieron probar. Hubo algunas que tuvieron bastante con un par de azotes; sin embargo, a otras les gusta hacer pequeñas incursiones de vez en cuando en ese mundo. Dicen que provoca un sexo mucho más salvaje y orgasmos muy intensos. Con los tríos sucede lo mismo, y esto ya lo digo basándome en mi propia experiencia.

—¡¿Has hecho tríos?! —pregunto asombrada, mostrando más sorpresa de la que me hubiera gustado. Julio me mira y se sonríe.

—En dos ocasiones.

—¿Y? —planteo ansiosa por saber.

—Ya te he dicho antes que hay fantasías que se deben desarrollar tan sólo en tu mente. No digo que no me gustase, no fue el caso. Lo que quiero decir es que, cuando tu mente es la que crea una situación, la crea como a ti te gusta. En cambio, cuando llevas a cabo ese sueño que ha creado tu mente, no tiene nada que ver con lo que tú habías imaginado. Y es más fácil que la realidad se aproxime a la fantasía cuando intervienen dos personas que cuando intervienen tres.

—¿Por qué? ¿Cuál es la diferencia?

—Porque mantener el control y disfrutar de lo que eres capaz de hacer sentir a una mujer no es sencillo, así que... imagina lo complicado que es si al mismo tiempo tienes a otra consiguiendo que tú experimentes algo similar. Ya sabes lo que suelen decir sobre los hombres, que no sabemos hacer dos cosas a la vez... pues en este caso viene al pelo ese dicho —suelta entre risas.

—¿Y en la otra ocasión también te pasó lo mismo?

—La primera vez iba tan borracho que no me acuerdo de mucho, la verdad. Y la segunda, supongo que necesitaba confirmar que lo que había pasado era culpa del alcohol, pero no fue así. Me corrí antes de empezar.

—Entonces no te gustaría volver a hacer un trío.

—Yo no he dicho eso. Estábamos hablando de fantasías, Sara. Lo que quería explicarte es que antes solía fantasear con dos mujeres, pero, desde que comprobé que disfruto más con una sola que con dos, no he vuelto a imaginarme esa escena. Perdí el interés, y es una pena, porque me gustaba mucho imaginarme a dos mujeres a mi alrededor, pero en ninguna de las dos ocasiones la situación se aproximó a lo que

yo había fabulado. Y ahora, dime... ¿cuál es tu fantasía sexual?

—Yo no tengo.

—No me lo creo.

—¡Es cierto! —replico ofendida.

—¡Me quieres decir que, cuando leías *Grey*, no deseabas ser tú la que estaba en la habitación roja!

—Bueno... sí... pero...

—¿O que no has deseado ser la protagonista de todas tus novelas?

—Sí, eso sí.

—Pues entonces ya has fantaseado.

—A lo que me refiero es a que he soñado demasiadas veces en ser la protagonista, pero nunca he llegado más allá.

—¿Qué quieres decirme, que después de ponerte más caliente que la moto de un *hippy* no te has tocado?

—No.

—¿Y tampoco has buscado a tu pareja?

—Puede que en un par de ocasiones. Pero no suelo ser yo la que toma la iniciativa.

—¡¡Uff!! Eso es insano, Sara. Voy a tener que añadir una tarea más a mi lista de quehaceres que he planificado para ti.

—¿Que has hecho qué?

—Lo que oyes. Tengo toda la semana programada. Y mañana no podemos retrasarnos, así que, a no ser que quieras algo sexual de mí, te aconsejo que durmamos —dice con picardía.

—Va a ser que hoy voy a rebuscar en mi mente una fantasía —le contesto con naturalidad. Algo impensable si fuese Mario al que tuviera frente a mí. Para empezar, porque él no me lo hubiera propuesto, sino que me lo hubiera impuesto.

—Me parece estupendo. Espero que sea de las que se pueden hacer realidad y que yo sea uno de los protagonistas.

—Si es así, te lo haré saber —respondo fascinada por su forma de tomarse mi negativa. Y eso me hace darme cuenta de que cada vez me va a ser más difícil resistirme a este hombre.

—Así lo espero —concluye a modo de despedida, apagando la luz.

Cierro los ojos y me esfuerzo en buscar una fantasía, pero, antes de que aparezca, me quedo dormida.

A la mañana siguiente, al despertarme, compruebo que Julio no está en la cama, así que me levanto pensando que puede que esté en la cocina o en el salón, pero no está en casa. Tampoco hay nada que me haga sospechar dónde ha podido ir. Antes de que mi cabeza comience a pensar de forma negativa, veo cómo la puerta de mi apartamento se abre y, tras ella, aparece Julio todo sudoroso.

—¡Ya despierta! Entonces la ducha será completa, ¿no? —me pregunta con segunda intención, mientras se acerca para darme un beso en los labios. Yo no le contesto. Necesito un café antes de ser una persona racional. Sin la dosis de cafeína adecuada, mi cuerpo no reacciona a estas horas de la mañana.

Julio entra en el baño y, sin cerrar la puerta, se quita la ropa para que yo observe su cuerpo. No tengo un ángulo perfecto, pero sabe lo que hace y no puedo conseguir apartar los ojos de ese cuerpo desnudo mientras doy vueltas con la cucharilla al café. Es algo extraño, pero soy incapaz de apartar la vista de sus anchos hombros, su espalda definida y la perfección de su culo antes de ocultarse tras la mampara de cristal traslucido, a través de la cual observo extasiada su atlética silueta; luego sale de la ducha y veo cómo, apenas sin secarse, se enrolla una toalla a la cintura y se dirige a mi habitación. Cuando al fin sale de ella, compruebo que lleva puesta una camiseta blanca de algodón y esos vaqueros que tanto me gustan y que le quedan de infarto. Al pensar eso no puedo evitar dirigir la vista hacia su bragueta a través del tabique de cristal que separa la cocina del salón.

Cuando Julio entra en la cocina, aún sigo embelesada, y él sonríe satisfecho sabiendo a qué se debe mi desorientación.

—Creo que tu café está perfectamente mezclado —me comenta al ver cómo sigo dando vueltas a la cucharilla sin haber bebido ni un sorbo. Sobresaltada, bebo de un trago el café, ya frío. Entonces Julio, sin poder contener la risa, coge una de las galletas que hay encima de la mesa y me dice con picardía, antes de morder un trozo:

—Hoy también te estabas fijando en la etiqueta, ¿no?

—Por supuesto —respondo intentando ocultar mi rubor, mientras dejo la taza en el lavavajillas—. Lo que me preguntaba realmente es cómo te puedes permitir llevar esos vaqueros. ¡¿Tú sabes lo que cuestan?!

—Sí. Me los regaló mi padre y, para él, su precio no es un inconveniente. Ya te dije que se volvió a casar y... digamos que a su mujer no le hace falta mirar las etiquetas de la ropa cuando entra a comprar en una tienda de Valentino —me contesta con toda naturalidad, dejándome estupefacta—. Pero estoy convencido de que no era eso lo que estabas pensando cuando me mirabas —añade divertido, con una sonrisa perversa.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —planteo acalorada, cambiando de tema.

—Lo de todos los martes a esta hora, así que date prisa o llegaremos tarde.

—¿Y qué es, exactamente?

—Si te lo digo no tiene gracia, así que vístete y vámonos.

Entro en la habitación y, como no tengo ni la menor idea de lo que vamos a hacer ni a dónde vamos a ir, decido imitar su indumentaria. Me pongo unos vaqueros oscuros y una camisa de algodón con multitud de mariposas de todos los colores.

Bajamos al garaje y comienzo a buscar las llaves en mi bolso, pero no las encuentro. Entonces Julio levanta una mano y me dice, abriendo el coche con el mando a distancia:

—Las tengo yo, así que no las busques. Las cogí esta mañana cuando me fui a correr —explica al ver mi cara de sorpresa mientras entra en el vehículo.

El sonido de la radio nos acompaña mientras los dos permanecemos en silencio. Yo, intentando averiguar a dónde me lleva, y él, supongo que pensando en todo y nada en concreto, como hombre que es.

—Hoy no ha habido mensaje de buenos días —le digo pensativa, mirando a través de mi ventana.

—¿Prefieres el mensaje a mí? —me contesta con una pregunta, llamando mi atención para que lo mire.

—No.

—¡Ah! Porque ya empezaba a creer que la imagen que has contemplado mientras desayunabas te había parecido insuficiente —responde arrogante y con picardía, mostrándome esa sonrisa que me fascina.

«No le contesto, no le voy a dar esa satisfacción de responderle», pienso volviendo a mirar por la ventanilla para evitar que descubra cómo las comisuras de mis labios se elevan al recordar su cuerpo.

Después de más de un cuarto de hora, creo deducir a dónde nos dirigimos, pero me resulta tan extraño que decido no hacer ningún comentario. Cuando al final aparca, me es imposible callarme por más tiempo.

—Pero... ¿qué hacemos aquí?

—Ya lo verás —me contesta rodeando el vehículo y cogiendo mi mano. Pero mis pies no avanzan tan deprisa como él querría—. ¿Qué sucede? —me pregunta al ver mi reacción.

—No he vuelto a estar aquí desde que mi padre murió.

—Tranquila, te prometo que va a ser una experiencia muy gratificante. ¿Confías en mí? —Sí, le contesto moviendo la cabeza arriba y abajo, pero mi cuerpo indica lo contrario—. ¿Estás segura? —insiste preocupado.

—Sí —respondo, esta vez con decisión.

Entonces Julio tira de mi mano.

—Llegamos tarde, mi madre me va a matar.

—¿Tu madre?

—Sí, trabaja aquí. Es enfermera —me aclara acelerando el paso.

Entramos por las puertas del hospital y nos dirigimos hacia los ascensores. Julio pulsa varias veces el botón, quizá pensando que tal vez de esa manera el ascensor llegará más rápido. Las puertas se abren y pulsa el botón de la planta de pediatría. No logro entender qué es lo que hacemos aquí exactamente y, cuando voy a volver a formular la pregunta, el ascensor se detiene y entra gente, produciéndose una de esas situaciones incómodas, debido a los espacios reducidos. Esa situación hace que mi mente me transporte a aquellos días en los que venía a ver a mi padre... y a la conversación que mantuve con él justo antes de morir.

*

Mi padre ya estaba muy mal, los calmantes habían dejado de hacerle efecto y los dolores eran constantes. Mi madre no se separaba de su lado y, debido a las molestias que tenía él, llevaba varios días sin dormir decentemente. Ella debía descansar y fui yo la que me quedé por la noche. Sabíamos que era cuestión de días u horas y por eso ella no quería irse a casa, pero, aun así, insistí para que se fuera. Aquella noche mi padre estaba muy agitado y llamé a mi hermana, porque presentí que ésa era la última, como así fue.

—¿Hablabas con Nieves, verdad?

—Sí, papá. Tiene mucho trabajo y le es imposible venir, pero me ha pedido que te dé un abrazo de su parte. En un par de días cogerá vacaciones.

—A mí no hace falta que me engañes, Sara. Tu hermana no va a venir y no me sorprende. No me van a dar la medalla al mejor padre. Tal vez al más capullo, sí —terminó diciendo, sin parar de toser al intentar reírse.

—No digas eso, papá —le contesté tratando de quitar importancia a sus palabras.

—Es cierto, Sara. Yo nunca me he portado bien con vosotras. No te puedo dar una razón lógica a mi comportamiento, pero sé que no he sido un buen padre. Tu madre siempre me lo decía. «Algún día te arrepentirás y, cuando lo hagas, ya no tendrá remedio.» Y así es. No

puedo borrar el daño que os he hecho, la distancia que he creado entre vosotras por mi culpa. Me he equivocado en tantas cosas... Pensaba que, si os exigía el máximo, alcanzaríais todo aquello que os propusierais, y no me di cuenta de que lo único que os interesaba conseguir en aquellos tiempos era mi cariño. Siempre he pensado que la muestra de ciertos sentimientos te hace más débil, pero tú y tu madre, en este último mes, me habéis demostrado que no te hace más débil, sino que te enriquece. Ella lo lleva haciendo toda la vida y todavía me pregunto por qué, después de todo, aún sigue a mi lado. Tengo la sensación de haber corrido una carrera de fondo toda mi vida, ya que lo único que he hecho ha sido competir con vosotras por el amor de la mejor mujer del mundo... y me negaba a no ser el ganador. Es absurdo, lo sé, ahora lo entiendo. Nunca ha habido tal competición, sólo estaba en mi cabeza. Por eso sigo sin saber por qué me sigue queriendo.

—Porque el amor no entiende de razones y, aunque tú le plantees todo tipo de argumentos en contra, seguirá amando a la persona incorrecta. No se elige a quien se ama. Así de simple —le contesté pensando en Mario.

—No sabes cuántas veces me ha dicho tu madre esas mismas palabras.

—Lo sé. Y ahora más que nunca les encuentro sentido.

—Te pareces tanto a ella... Y, sin embargo, desearía que no fuese así. Tu madre ha sacrificado demasiado por seguir a mi lado, y estoy seguro de que yo nunca he llegado a hacerla feliz. Así que prométeme una cosa, hija mía, aunque no tenga derecho a pedirte nada.

—Dime, papá.

—Prométeme que no canjearás minutos de un amor utópico por toda una vida de desengaño. Prométeme que escucharás a la razón cuando ésta tenga argumentos de peso contra el amor. Porque estoy seguro de que, aunque no lo parezca, más tarde o más temprano llegará un amor ante el cual la razón no tenga nada que objetar. No pierdas el tiempo esperando a que las cosas cambien. Cámbialas tú. Tú eres la única capaz de modificarlas. Para ello sólo debes cambiar tu forma de afrontar las circunstancias. Enfréntate a aquello que no quieras y lucha por aquello que consideres que te mereces. Tu madre nunca lo hizo, porque, si lo hubiera hecho, hace tiempo que me hubiese abandonado y tú y yo no estaríamos manteniendo esta conversación. Sin embargo, esperó pacientemente a que las cosas cambiasen y, al hacerlo, ha perdido demasiadas cosas por el camino.

—No digas eso, papá. Eso ya no tiene importancia. Ahora lo único que debes hacer es descansar.

—No, Sara, prométemelo. Yo nunca la he comprendido. Nunca he llegado a estar a su altura. Su grandeza me intimidaba. Ella ha demostrado ser mejor que yo en todo. Mejor madre y esposa, comprensiva, cariñosa, divertida, inteligente y, sobre todo, persona. Y ahora me doy cuenta de cuál era mi gran problema. El principal inconveniente de nuestra familia era ése: que yo nunca he sabido enorgullecerme de ello, sino que constantemente he intentado superar su grandeza... sin percatarme de que es imposible superar a las mujeres con un corazón tan puro como el de tu madre. Lo que hay que hacer es disfrutar a su lado de ese brillo que las caracteriza, cosa que no he podido hacer jamás. Idiota de mí, intentaba apagarlo. Así que asegúrame que no permitirás que nadie apague la intensidad de tu brillo, Sara. Prométemelo.

—Te lo prometo, papá —declaré con lágrimas en los ojos, porque fue la única vez en toda mi vida en la que mi padre me mostró al hombre del que estaba enamorada mi madre.

—Ambos sabemos que ya no me queda mucho tiempo. Y por eso quiero que sepas que lo siento mucho. Pensaba que vuestra madre llegaría a quereros más a vosotras que a mí. Temía que vosotras la hicierais más feliz que yo. Tenía celos. Es triste oír decir a un padre que tenía celos de sus propias hijas y envidia de su propia mujer, pero era así. Era algo inevitable, superior a mis fuerzas, algo que no podía controlar. Y por eso a veces me comportaba de ese modo. No intento justificar mis actos, ya que son injustificables. Lo único que deseo es pedirte perdón antes de que sea demasiado tarde.

—No digas eso, papá, lo has hecho lo mejor que has podido.

—No, Sara, no te engañes. Hay tantas cosas por las que debo pedir perdón... Me he creído con derecho a imponer mi opinión, sin escuchar antes la de ninguna de las tres. He sido demasiado exigente en muchos aspectos y eso llegó a asfixiar a Nieves, por eso ahora no la culpo al seguir queriendo respirar. En ocasiones mis propios problemas os han salpicado y me han cegado por completo, impidiendo ver todo lo que me ofrecíais. Pero, si algo tengo que agradecer a esta maldita enfermedad que me está matando, es que me ha permitido ver todo esto de lo que te he hablado. Estoy cansado, Sara, y ya no quiero luchar contra ella, porque es la única que ha sido capaz de mostrarme lo equivocado que estaba. El cáncer ha sido mi fiel confidente, ahora puedo irme tranquilo.

Eso dijo en su último aliento, antes de que en la pantalla del electrocardiograma apareciera una línea recta. Aquella noche fue la única vez en toda su vida que se comportó como un verdadero padre y fue la que me dejó marcada para siempre. Cuando se lo conté a

Nieves, para ella fue más fácil creer que en sus últimos minutos de vida deliraba, que pensar que aquellas palabras salían desde el fondo de su corazón.

*

Justo en ese momento, las puertas del ascensor se abren y, frente a nosotros, una mujer de mediana edad le indica a Julio que llega tarde.

—Lo sé, lo sé... —contesta sin pararse, mientras tira de mí pasillo arriba. Unos metros más adelante nos detenemos en unas puertas en las que puedo leer «Sala de espera» y un folio en el que alguien ha escrito «Prohibido entrar sin una sonrisa».

—¿Preparada?

—Julio, creo que a mí se me ha olvidado sonreír —le comento nerviosa—. No me gustan los hospitales y no entiendo qué puede haber tras esa puerta que te haga sonreír.

—No te preocupes, Sara, yo te lo recuerdo —replica dándome un pequeño beso en los labios y retirándome el pelo de la cara—. ¿Confías en mí, verdad? —me pregunta transmitiéndome seguridad.

—Sí —contesto confiada, pero sin tener ni idea de lo que me voy a encontrar tras esa puerta.

—Perfecto —me responde con una sonrisa resplandeciente y un brillo en los ojos—. Por cierto... necesitarás esto —dice antes de entrar, sin soltarme la mano.

CAPÍTULO 28

Nada más entrar, me encuentro con una sala llena de niños enfermos, pero con tal intensidad en sus ojos que me traspasa en el instante en el que nuestras miradas se cruzan. Todos ellos llevan puesta una nariz de payaso igual a la que Julio me ha dado antes de entrar. Así que, después del primer impacto, me coloco la mía y me hago a un lado.

—Llegas tarde —le grita un niño de ojos negros.

—Cierto. Pero la culpa no ha sido mía, lo prometo —se justifica juntando sus manos como si quisiera rezar.

—Siempre dices lo mismo cuando llegas tarde —replica otro crío.

—Lo sé, pero esta vez no es una excusa. La culpa ha sido de esta señorita a la que me he encontrado por el camino. Y es a ella a la que deberéis torturar esta vez.

—¿Es tu novia? —pregunta una niña de pelo rubio. Justo en ese momento se abre la puerta y aparece la enfermera con la que nos hemos cruzado a la salida del ascensor y que deduzco que es la madre de Julio. Veo cómo se pone su nariz roja y se acerca a mí.

—Por lo que veo, no sabías a dónde venías —me dice al ver cómo el color de mi cara pasa de un rosado a un rojo escarlata.

—No, no es mi novia, es una buena amiga a la que alguien le robó la sonrisa una vez y yo la estoy intentando ayudar a encontrarla.

—Julio tiene muy buena mano con los niños y de esta manera tratamos de que canalicen sus miedos a través de él. Puede parecer una locura, pero, sorprendentemente, son ellos los que dan la solución más acertada y sencilla. Ellos ponen sus propios remedios y escucharse unos a otros los ayuda —me explica la enfermera mientras oigo que un niño propone que me operen para lograr encontrar mi sonrisa—. Olvídate de que están enfermos. Tan sólo debes seguirles el juego —me recomienda intentando tranquilizarme.

—¿Tú crees? Yo pienso que tan sólo debemos ayudarla a buscarla. Seguro que la escondió para evitar perderla y por eso ahora no recuerda dónde la guardó —comenta Julio.

—No, necesita una operación —insiste tajante el niño de antes.

—Está bien, si pensáis que es la mejor opción...

—Tal vez podemos probar antes con un tratamiento —interviene una chiquilla que está sentada en una silla de ruedas.

—Ésa es muy buena idea. ¿Qué os parece si comenzamos con una dosis de «Yo soy el títere y vosotros los hilos»?

—Yo sigo pensando que lo mejor es operar.

—¿Que te parece si intentamos primero esto y, si vemos que no resulta, la llevamos al quirófano? —dice Julio acercándose a él y poniéndose a su altura para hablarle. Veo cómo el niño dice que sí con la cabeza, aunque no se lo ve muy convencido—. Escucha, Saúl, es mejor que no levantemos mucho la voz, porque ya sabes que hay muchas personas a las que les da miedo esa palabra —le recuerda poniéndose una mano a un lado de la boca y bajando la voz, fingiendo que de ese modo yo no lo voy a oír.

—¡Pero si lo hacemos por su bien! No debe tener miedo. Mi papá dice que hay que ser valiente —susurra en voz baja sin dejar de mirarme.

—Tu papá tiene razón, lo que no sabe es que el miedo sirve para demostrar todo lo valiente que puedes llegar a ser. Por eso, que te asuste algo no significa que seas un cobarde, sino lo contrario. Aquel que tiene miedo puede medir todo lo valiente que puede llegar a ser, porque, cuanto más miedo tengas, más valiente debes ser para superar una operación, por ejemplo.

—¿Y si tienes tanto miedo que no hay forma de medir lo valiente que vas a llegar a ser?—le pregunta Saúl.

—Entonces tienes que agarrar muy fuerte la mano de mamá, para que ella aumente tus fuerzas —le asegura sin dejar de mirarlo a los ojos. Entonces, lentamente, el niño busca la mano de su madre y ella se la estrecha con los ojos vidriosos.

—Muy bien, llamemos a nuestra paciente —indica poniéndose de pie y alzando la voz.

—Es tu turno —dice antes de acercar una silla al centro de la sala, indicándome que me siente en ella. Yo avanzo nerviosa hacia ella y sin saber muy bien hacia dónde mirar. Me resulta muy complicado que mis ojos no se centren en la gorra que tapa la cabeza sin pelo de un niño o en el suero que entra por una vía en otro.

Me siento en la silla y Julio me da un leve beso en la mejilla antes de decirme:

—Tan sólo sé tú misma.

Se oye un murmullo y unas risitas en la sala al ver que me ha besado. A continuación, Julio, con las manos abiertas y las palmas hacia abajo, les explica:

—¡Chicos, chicos, tranquilos! Tan sólo es un beso de buena suerte.

—Seguro que es tu novia —vuelve a decir la chiquilla de pelo rubio, cruzándose de brazos.

—¿Acaso crees que tengo tan mal gusto, Carla? —dice mientras finge una mueca de asco—. Ya sabes que, si algún día tengo novia, tiene que parecerse a ti —replica, consiguiendo que la niña se ruborice y baje la mirada.

—Bueno, comencemos. ¿Quién explica en qué consiste el tratamiento?

—Primero hay que hacerle un historial—interviene un crío levantando la mano.

—Cierto, se me había olvidado, ¿Lo haces tú, Fran?

—Sí —responde acercándose a mí con una tablilla en la que hay un folio en blanco.

—Buenos días, señorita. Necesitamos su nombre —me dice el niño muy serio.

—Sara Jiménez —contesto con media sonrisa.

—Muy bien, ¿y qué le duele?

—El corazón —respondo melancólica, pero con un ápice de ilusión. Ilusión que me contagian cada uno de los niños que me rodean, pues, a pesar de estar en un hospital, se nota que son el motor y la alegría de sus padres, porque en todo adulto que observo veo una mirada llena de amor puro y esperanza. Esa que perdí yo hace tiempo, y motivo por el cual estoy en este hospital, con una nariz de payaso, intentando hallar no sólo la esperanza, sino todo aquello que reflejan los ojos de cada una de las personas que tengo frente a mí. La capacidad de valorar cada instante y convertirlo en grandes momentos mágicos como éste.

Oigo cómo los niños estudian y debaten la gravedad de mi estado. Unos quieren operar y otros optan por hacerme reír a base de este juego tan simple pero tan profundo, y yo sólo tengo ganas de llorar. Llorar porque no sé cómo he llegado a esta situación. Porque no tengo ni idea de qué dirección escoger para volver a mi antigua vida y, sobre todo, porque creo no reconocerme en la Sara de antes y mucho menos en la de ahora. Cuando conocí a Mario fue como si me hubiera convertido en una ficha de un juego de mesa. De su propio juego. Él ponía las normas y él decidía qué camino elegir, y yo tan sólo debía avanzar de la manera más apropiada... la única que me permitía seguir existiendo. Algunas casillas me hacían creer que avanzaba más rápido hacia la meta, pero me equivocaba, porque te prometían una victoria que nunca llegaba. Sin embargo, otras, las más comunes, me dejaban avanzar una nimiedad hacia la meta, pero luego retrocedía un inmenso tramo en su contra. Ésas eran las peores, porque, sin darme

cuenta, perdía rasgos de mi identidad o, mejor dicho, sin querer verlo, Mario lograba llevarme por donde él quería, consiguiendo modelarme tal y como él deseaba que yo fuera. Nunca imaginé esa gran habilidad que poseía para apartarme de mis amigas, para quitarles credibilidad. Me hizo pensar que ellas eran las que estaban equivocadas, que ellas eran el verdugo, y él, el ajusticiado sin razón... ellas, las ejecutoras, y él, la víctima. Pero no fui capaz de ver que en esa partida la única víctima era yo. Al reconocer y recordar todo esto, me percato de lo absurdo que me parece centrarme en algo tan insignificante, tan ridículo, cuando delante de mí hay problemas mucho mayores que los míos, pienso al abandonar la sala sin previo aviso, con lágrimas en los ojos y sintiéndome mediocre al pensar en mí en estos momentos, cuando ahí dentro hay historias mucho más desgarradoras que las mías y de mayor importancia.

—¡Veis! Teníamos que haber operado, está peor de lo que parecía —oigo que dice Saúl antes de que yo salga por la puerta.

Las puertas se abren tras de mí y Julio me sujeta para evitar que me vaya.

—¡Ey! ¿Qué sucede? —me pregunta obligándome a mirarlo, levantándome la barbilla con su dedo índice y retirándome el pelo de la cara después.

—No es nada. Simplemente que soy estúpida.

—Tú no eres estúpida —me contradice Julio sin quitarse la nariz, y oírlo hablarme en tono conciliador y con esa nariz me hace reír y eso me cabrea aún más.

—Sí lo soy —replico enfadada, arrancándosela de la cara y tirándola al suelo.

—Está bien. Lo eres. Y ahora, ¿me puedes explicar por qué?

—Porque estaba ahí dentro, delante de esos pobres críos con un millón de problemas desgarradores, que luchan con todas sus fuerza por poseer entre sus recuerdos un día más y sosteniendo con tanta energía la unión con sus familiares, que me he sentido egoísta y sucia por dentro, porque en lo único que podía pensar era en la nimiedad de mis propios problemas.

—Mira, Sara, sólo te lo voy a explicar una vez y espero que lo entiendas. Es cierto que las personas que hay ahí dentro tienen muchos problemas. Como también es cierto que son unos auténticos luchadores que combaten su agonía con la mejor de las sonrisas. No eres ni mejor ni peor persona por pensar en ti misma. En estos momentos estás intentando superar una relación difícil. Se te han planteado una serie de obstáculos que te preocupan y tratas de afrontarlos de la mejor forma que puedes. Ni mejor, ni peor, no hay

una manera correcta de resolver determinadas situaciones, sólo hay la que tú creas que te conviene más. La gente que te quiere puede aconsejarte o incluso ayudarte de la mejor manera posible, pero, si tú no estás dispuesta a dejarte echar una mano y a salir de ese círculo vicioso, no hay nada que hacer. Sé que en estos momentos apenas te reconoces. Y sé que, al verte rodeada de situaciones duras, te sientes como una auténtica niñata que llora por una tontería. Pero eso no quiere decir que los problemas de las personas que hay ahí dentro sean mayores que los tuyos. Cada persona tiene su propia cruz y nadie debe juzgar lo grande y pesada o lo pequeña y ligera que es. Porque sólo la persona que la lleva es capaz de darse cuenta del sacrificio que le supone llevarla. Puede que tal vez, a los ojos de otros, sean razonables las ampollas que muestran los pies de uno más que los del otro, pero a los dos les sangran sus heridas. Entonces, ¿por qué debemos cuestionar el dolor de cada uno de ellos? Lo que quiero decir es que cada uno supera lo suyo y eso lo ayuda a crecer. Entrar en esa sala y compartir sus desgracias te va a permitir valorar más lo que tienes y darle la importancia correspondiente a lo que sientes —comenta tocando mi corazón con su dedo índice—. Y puede que la heroicidad que ves en sus ojos, ellos la estén viendo en los tuyos. Así de simple. —Hay un corto silencio entre ambos. Yo no sé cómo argumentar lo que pienso, y él, al ver mis dudas, prosigue—: Todo esto es lo que pretendemos conseguir aquí, que cada uno se apoye en el hombro del otro. Algunos de los niños que hay ahí irradian energía por todos los poros de su cuerpo; tienen tantas ganas de vivir y de superar aquello que les impide hacerlo plenamente que nos llegan a arrastrar con su fuerza. Y, sin embargo, otros se han encerrado en una burbuja autodestructiva y no consiguen valorar las pequeñas cosas. No paran de preguntarse una y otra vez por qué les está sucediendo eso a ellos. Pierden el tiempo autocompadeciéndose, buscando una respuesta que nunca encontrarán, mientras la vida se les escapa entre las manos. Lo que pretendemos con este circo que tenemos montado es abrirles los ojos a aquellos que se niegan a ver las pequeñas alegrías que podemos encontrar en el día a día. Deseamos que se den cuenta de que cada uno de nosotros tenemos nuestro suplicio y es sólo nuestro... que hay enfermedades peores y mejores, pero que todas ellas hay que combatirlas con la mejor de las sonrisas, buscando el lado positivo de las cosas.

—Por favor, Julio, no compares.

—No comparo. Jamás he pretendido comparar, sino todo lo contrario. Acepto que lo que para mí resulta un sacrificio, para ti no tiene por qué ser así. Con ello no les estoy quitando mérito, sino que

estoy dando el mismo valor tanto a su enfermedad como a tu tristeza. Cada uno supera lo que es capaz de superar, ni más ni menos. La vida nos pone a prueba constantemente, y cada una de ellas nos demuestra que la fortaleza que poseemos es mayor de lo que pensábamos en un principio. Así que entra ahí y demuéstrame que no estoy equivocado. Que tienes tanta fuerza como algunos de los niños que hay ahí —me reta abriendo una de las puertas, invitándome a entrar.

Tras oír sus palabras, no puedo hacer otra cosa que recoger la nariz del suelo, ponérsela otra vez y, después, ponerme la mía antes de entrar.

—Perdón —me disculpo antes de sentarme de nuevo en la silla—, he tenido que correr al baño porque tenía ganas de vomitar.

—La próxima vez, usa la palangana —me propone Fran, acercándome una.

—Así lo haré, gracias. Y bien, ¿ya tenemos fecha y hora para la operación? Porque estoy de acuerdo con...

—Saúl —me indica la madre de Julio.

—Estoy de acuerdo con Saúl en que la mejor forma de acabar con esta sensación de malestar es operar.

—Seguramente te pase igual que a mí. Debes de tener un agujero que hay que coser. Pero mis papás me han dicho que, después de la operación, podré jugar como los demás niños sin cansarme. Así que tú seguramente podrás volver a sonreír en cuanto te operemos —añade una niña que lleva unas gafas nasales para poder respirar mejor.

—Igual por ahí es por donde has perdido la sonrisa —añade Fran.

—Es muy probable —respondo con cariño.

—Entonces la encontraremos —responde ilusionado, mientras me guía hacia un rincón de la sala de espera que hace las funciones de sala de operaciones.

Me tumbo y me dejo hacer, y creo que, justo cuando esas pequeñas manos se ponen sobre mí, es como si me inyectaran parte de esa energía que se ve en sus ojos, esa fuerza que transmiten con sus manos y esa alegría que no pierde intensidad y que se observa en sus sonrisas. Cierro los ojos y mi mente se dispersa, se relaja hasta perder la noción del tiempo y de lo que pasa a mi alrededor... hasta que noto unos golpecitos en mi hombro y la voz de Julio cerca de mí.

—¿Cuánta anestesia le has puesto, Saúl? Ya debería de estar despierta, ¿no? —dice volviendo a darme otra serie de golpecitos en el hombro. Pero, justo cuando estoy a punto de abrir un ojo, oigo una aguda vocecilla que dice:

—Quizá tienes que darle un beso como el de la bella durmiente. Estoy segura de que yo sólo me despertaría con un beso tuyo.

Noto cómo las comisuras de mis labios se elevan sin poder evitarlo y mis párpados se abren lo justo para poder ver la escena, mientras espero divertida cómo el ingenioso Julio sale de ésta.

—¿Un beso? —pregunta éste.

—Ajá —responde la cría, afirmando con la cabeza que observo a través de mis pestañas.

—¿En serio debo besarla? —demanda Julio con cara de repugnancia, mientras me señala y mira a su alrededor.

—Piensa en mí mientras la besas. —Al oírla, Julio la mira tan sorprendido como yo y entonces añade—: Igual eso te ayuda. —Su respuesta consigue que no pueda contener la risa—. ¡Ya no hace falta que la beses, Julio, ya ha despertado, se está riendo! —anuncia ilusionada, señalándome y provocando que todos nos riamos.

—Menos mal —suspira Julio a la vez que muestra su encantadora sonrisa antes de besarla en la frente.

Al fin me levanto. Todos me miran expectantes, deseando que diga algo. Yo aspiro profundamente e inhalo ese entusiasmo que se respira en la sala para concluir:

—Enhorabuena, creo que todos habéis hecho un gran trabajo y que habéis logrado encontrar esto —digo estirando las comisuras de mis labios con los dedos índices y sacando la lengua mientras tuerzo los ojos hasta el punto de marearme.

—¡Oh, no! Ahora se ha vuelto loca —exclama Julio, poniendo una mano en su frente en plan decepcionado.

—Mejor loca que triste, Julio —le responde una chiquilla, encogiéndose de hombros.

Y al oír su respuesta, no puedo evitar comenzar a perseguirlos sin parar de reír. Julio coge en brazos al niño que estaba en la silla de ruedas, que contempla la escena desternillándose, y la niña que está loca por Julio grita: «¡¡A por ellos!!». Todos vamos en su busca, hasta que Julio se rinde, se tira al suelo en señal de derrota y todos se abalanzan sobre él. Yo no puedo más que contemplar la imagen extasiada. Entonces su madre se acerca a mí y me dice:

—Siempre terminan así.

—Da gusto observarlos y oír sus risas —respondo mientras todos los allí presentes disfrutamos de la escena.

—Este tipo de encuentros los relaja. Julio consigue desinhibirlos de la infinidad de miedos y problemas que tienen y, tras la sesión, se muestran un poco más permisivos y tolerantes a aceptar su vida diaria. Esperan con ilusión este día y eso los ayuda... tanto a ellos como a sus familias. Es muy complicado asumir que tu hijo tiene una enfermedad grave. Pero, bueno... no quiero aburrirte con ello.

—No me aburres, todo lo contrario —me apresuro a contestar.

—Esto que hace Julio entra dentro de la terapia cognitiva. No sé si has oído hablar de ello. —Ella continúa hablando tras comunicarle que no con la cabeza—. Consiste básicamente en ayudarlos a expresar sus emociones de la manera que sepan, y nosotros les intentamos dar directrices adecuadas para resolver esos problemas. Sabemos que, a nivel familiar, es duro pasar por una situación de este tipo, pero no deben dejar que el miedo les haga perder el control, ni que las emociones se apoderen de ellos. Son ellos lo que deben dirigir su vida y no sus sentimientos.

—Pero... ¿no es eso lo que caracteriza a las personas? Las emociones nos hacen ser más humanos y los sentimientos logran que empaticemos con otras personas.

—Cierto, pero no es bueno que nos dejemos llevar por ellas. Imagina una situación que te supera tanto, una enfermedad, por ejemplo —dice señalando alrededor con la mirada—, que no eres capaz de realizar las necesidades básicas. He conocido a familias a las que les es tan complicado afrontarlo que entran en una depresión, se encierran en su burbuja y, aunque cuidan de su hijo enfermo, no cuidan de ellos mismos; eso, en un momento puntual, no tiene mayor importancia, pero, cuando la situación se prolonga, se convierte en un problema muy grave, porque se consumen por dentro y la poca energía que les queda es para cuidar de la persona enferma. Llegan a sus casas y no se dedican un minuto a ellos mismos o a las otras personas que rodean su vida... o, si lo hacen, es para descargar su rabia, su resentimiento contra ellos. El miedo los domina y eso es un verdadero problema. Para empezar, porque no saben manejar las circunstancias, y su frustración es la que controla su vida. Lo bueno de su juventud es que no son totalmente conscientes de la gravedad de su enfermedad y, en cuanto su estado mejora un poco, se ponen a fantasear y a jugar. A fin de cuentas, no dejan de ser niños.

—¿Y qué pueden hacer? ¿Cómo evitar sentirte así?

—Nosotros no pretendemos impedir que se sientan como se sienten. Es más, comprendemos que se sientan así, tienen razones de sobra para ello y bastante hacen. Lo que nosotros intentamos conseguir es redirigir esa energía negativa y convertirla en algo positivo. Ya sé que suena algo idealista y casi imposible, pero, con las herramientas adecuadas, se puede lograr aliviar o mitigar esa desazón que sienten. Por ejemplo, María —dice señalando a una mujer de pelo oscuro— se apuntó a *kick boxing* y siempre tiene una sesión individual programada tras una consulta con el oncólogo. Si hay buenas noticias, la anula y se queda con su familia a celebrarlo, pero si las noticias no

son esperanzadoras, antes de llegar a casa se obliga a ir y descargar todo ese dolor contra el saco. Nos cuenta que, al principio, se veía ridícula y que lo último que le apetecía era ir al gimnasio. Lo único que quería era llegar a casa, encerrarse en su habitación, esconderse bajo las sábanas y no parar de llorar. —«Conozco esa sensación», pienso para mí—. Pero una amiga se lo recomendó y, tras probarlo varias veces, se siente liberada y con más fuerza para afrontar una nueva derrota. Ahora dice que es más reconfortante llorar mientras golpea con todas tus fuerzas un saco que sobre la almohada de su cama —comenta con admiración y con un brillo entrañable en los ojos —. Hay que encontrar la manera de encauzar las emociones, Sara, ésa es la única forma que tenemos las personas de no hundirnos en nuestro propio mar de lágrimas mientras nuestra vida navega a la deriva —añade con la mirada clavada en un punto fijo, como si estuviera recordando un momento similar. Al oírla decir eso, pienso en el *paintball*, en lo bien que me sentí cuando disparé repetidamente a la cara de Mario. Eso me hace entender lo que Julio pretendía y, al ser consciente de ello, no puedo dejar de mirarlo embelesada.

Las familias, con los niños, comienzan a irse hacia sus habitaciones y, al final, nos quedamos Julio, su madre y yo.

—Gracias por venir, Sara, espero volver a verte —me dice a modo de despedida—. ¿Te veo en casa? —le pregunta a Julio.

—No, seguramente me quedaré con Sara.

Al oír su respuesta, tan natural y tan sincera, noto cómo el rubor asciende por mis mejillas.

—Vale, entonces mañana nos vemos. Debo seguir trabajando — dice dándole un beso en la mejilla antes de marcharse.

—Tu madre es encantadora —declaro al quedarnos solos.

—Lo sé —responde convencido mientras caminamos hacia los ascensores.

—¿Siempre traes aquí a tus ligues? —le planteo cuando las puertas del nuestro se cierran. Nos colocamos uno frente al otro, con la espalda pegada a la pared del cubículo.

—No, sólo a las desquiciadas —responde con una media sonrisa, mientras me mira de forma abrasadora.

—Muy gracioso. Pues yo creo que nos traes aquí para que pensemos que no eres el capullo engreído que pretendes ser — contesto mientras nuestras miradas se cruzan en un espacio tan pequeño.

—Si fuese así, éste sería el último sitio al que traería a una chica con la cual estoy deseando acostarme. Primero, porque aquí me sería complicado adueñarme de su cuerpo como es debido y, segundo,

porque me gusta mucho más que sean ellas las que se sometan a mis deseos para poder saciar los suyos —susurra cerca de mi oído en voz baja, consiguiendo que mi garganta deba hacer un gran esfuerzo por tragar y que también mis manos se mantengan donde están—. Nunca he aparentado ser lo que no soy. Sigo siendo el capullo arrogante de siempre, lo que sucede es que ahora ese capullo te gusta cada vez más y no puedes evitarlo —responde agarrándome de la mano para irnos cuando las puertas se abren.

Por un momento permanecemos en silencio, pero, al entrar en el coche, lo rompo.

—¿Sabes...? Cuando mi padre estaba ingresado en este hospital, siempre subía por las escaleras para poder oír vuestras risas. Fueron días muy duros, pero también entrañables, sinceros, y los recuerdo con mucho cariño. Envidiaba esas risas que retumbaban en todo el hospital y ahora me doy cuenta de que, por una vez, la diosa fortuna no me tenía tan olvidada como yo creía, sino que, simplemente, reservaba a alguien que me enseñase que puedo conseguir todo aquello que he anhelado durante mucho tiempo.

—Creo que la diosa fortuna no sólo se ha acordado de ti, sino que te ha regalado un dios con una guía en el bolsillo —responde todo chulo, mostrándome esa sonrisa que me encanta.

—No seas tan creído, por favor —refunfuño antes de arrancar el motor—. Me pongo sería, te cuento lo que pienso y tú te burlas de mí —añado, ofendida.

—Está bien... lo siento. Si nos tenemos que poner serios, te contaré que ésta es una de las razones por las que quiero ser bombero. Me siento bien conmigo mismo cuando ayudo a otras personas. Siento que las protejo y que soy parte de la razón de cómo se sienten cuando las ayudo, de su felicidad, y eso me gusta.

—Gracias por no responder cualquier tontería. ¿Y cuál es la otra razón? Has dicho que ésa era *una* de las razones.

—La otra es el horario. Siempre he pensado que la rutina mata el ingenio y la creatividad. Y pienso que éstos son dos ingredientes básicos para fomentar la ilusión y llegar a creer que los sueños inalcanzables no son tan imposibles de conseguir y que la magia existe. El día a día, el exceso de trabajo y un largo etcétera de obligaciones que nos creamos nos impiden ver multitud de pequeños detalles que pasan desapercibidos delante de nosotros cada día. ¡Y me niego a perderme muchos de esos detalles! Los bomberos trabajan un día completo y libran cuatro o cinco. Y ése es el tiempo libre necesario para descubrir y saborear cada uno de esos pequeños detalles.

—Son dos buenas razones.

—Considero que son imprescindibles para ser feliz. Sentirse bien con uno mismo y tener tiempo suficiente como para disfrutar de todo lo que te rodea.

El silencio nos invade. Julio está absorto en sus propios pensamientos y yo conduzco tranquilamente escuchando los 40 Principales. Llegamos al parking, aparco el coche y apago el motor, pero ninguno de los dos hace amago de salir del vehículo. Pasan varios minutos hasta que decido romper el silencio.

—Vamos a quedarnos aquí el resto del día o tienes algo pensado.

—Créeme que, si te cuento lo que tengo en mente, preferirías quedarte aquí sentada.

—Sorpréndeme —respondo sin mucho convencimiento.

—Estaba recordando cada uno de los detalles que he percibido hoy, esos de los que te he hablado, y me he dado cuenta de que todos ellos tienen que ver con tu sonrisa, esa que pensabas que habías olvidado. ¿¡Sabes las diferentes formas que tienes de sonreír!? ¿¡Y sabes cómo me pone cada una de ellas!? —Inconscientemente y sin poder evitarlo, bajo la mirada a su entrepierna y ahí tengo la confirmación de lo que me dice. Entonces, Julio pasa una de sus manos por detrás de mi cuello y se apodera de mi boca mientras la otra se introduce dentro de mi camiseta, apoderándose de mi pecho. Yo me entrego a sus labios. El sabor fresco de su lengua es irresistible. Julio me ha mostrado que tiene mucho más corazón del que quiere enseñar a simple vista. Es sincero y creo que se puede confiar en él. De primeras tiene pinta de rebelde inconformista y algo canalla, pero, en cuanto comienzas a conocerlo, le es imposible ocultar su nobleza, y eso hace que mi lado más salvaje se despierte y que, por una vez, no tenga pudor en mostrarlo. Por mi educación, siempre he sido cohibida, y mojigata, como diría Lola, respecto al sexo. Pero últimamente hay algo dentro de mí que quiere salir y mi cuerpo quiere expresar tal y como siente las cosas. Por un instante sopeso la posibilidad de refrenarlo, porque sé que una vez que deje salir ese instinto que llevo tanto tiempo conteniendo, no seré capaz de detenerlo después. Pero estoy harta y reconozco que, mientras yo poseía parte del control, disfruté mucho con Mario. Mi perdición fue cuando le entregué el control absoluto, así que... «¡Al carajo!», me digo a mí misma y, sin pensármelo dos veces, me siento sobre sus piernas a horcajadas en un gesto rápido.

—Es lo que tiene ser pequeña —le digo decidida, mostrándole una nueva sonrisa a modo de explicación. Era él quien quería sorprenderme y me satisface saber que ha sido él el sorprendido. Eso me excita e intento hacer memoria de cuándo fue la última vez que

tome la iniciativa con un deseo lascivo de verdad y no con un sentimiento de culpa. No lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es cómo la adrenalina recorre mis venas cuando sé que podemos ser pillados por alguien en cualquier momento, y eso me enciende aún más. Creo que es lo único que debo agradecerle a Mario. Él consiguió destapar mi lado salvaje al ponerme en situaciones límite como ésta. Y debo reconocer que, en un principio, me fascinaba. Eran los preliminares más intensos que jamás había experimentado. El problema llegó cuando pasó de ser un juego divertido en el que yo era su juguete más deseable a sentirme un objeto sexual con el que desahogar su frustración. Fue entonces cuando dejé de ver excitante esta adrenalina que vuelvo a sentir hoy.

—Sara, me encanta esto, pero considero que deberíamos subir —dice con la respiración entrecortada al notar cómo mis manos comienzan a desabrochar los botones de su pantalón. Justo en ese instante me detengo en seco, avergonzada, y Julio, al ver mi expresión, añade, agarrándome la cara para obligarme a que lo mire a los ojos—: Créeme, esto es justo lo que imaginaba, pero no como lo imaginaba. Quiero mucho más que un polvo rápido e incómodo. Necesito ver cómo tu cuerpo se retuerce entre mis manos, torturarlo hasta que caigas extenuada. Y, si te soy sincero, aquí lo veo imposible —afirma acariciando mi cara con sus pulgares.

CAPÍTULO 29

Salimos del coche, Julio me rodea con un brazo para acercar mi frente a sus labios y me besa con ternura, mientras me regala una sonrisa ardiente. Pero mi excitación cae en picado cuando llegamos al ascensor y leemos un cartel en el que pone «Averiado. Disculpen las molestias».

—¡Otra vez! —alzo la voz con fastidio—. Lo siento mucho, Julio, es la tercera vez en dos meses.

—¿Te disculpas por una avería en el ascensor? —plantea incrédulo.

—Eso parece —respondo con tristeza al ver lo patética que debo resultar en este momento. Al contemplar mi cara, y como si pudiera saber lo que pienso, me sugiere:

—Haremos una cosa: te propongo una apuesta. El último que llegue tendrá un deseo que el otro deberá cumplir sin excusas, y te concedo doce escalones de ventaja. —Mi sonrisa aparece inmediatamente en mi cara y, divertida, acepto el reto pensando que soy la que va a ganar. «Con doce escalones de ventaja estoy casi en la primera planta; estoy convencida de que no podrá ganarme», pienso para mí mientras comienzo a subir peldaños.

—Desde aquí tengo unas vistas exquisitas de tu culo, bombón —me dice con deseo, y yo contoneo mis caderas exageradamente, provocándole una carcajada.

Cuando estoy en el duodécimo escalón, veo que sólo me quedan dos para llegar a la primera planta y, sin que él se entere, los subo antes de dar la salida.

—¡Ya! —grito echando a correr directa al segundo tramo de catorce escalones y, sin perder tiempo, los subo todo lo rápido que puedo uno a uno... pero oigo a Julio avanzar detrás de mí a toda velocidad. No puedo parar de reír y eso me impide ir más deprisa. Cuando lo tengo a mi altura, evito que me adelante bloqueándole el paso con mi cuerpo.

—No te va servir de mucho hacer trampas —me advierte divertido, mientras me aparta hacia un lado sin ningún tipo de problema—.

Pienso ganar esta apuesta y ya tengo pensada mi recompensa, bombón —añade seguro de sí mismo cuando me adelanta. Como me niego a perder, lo agarro de la cinturilla de su pantalón para intentar frenarlo, aunque me es imposible. Julio se deshace de mi mano en un segundo y desaparece de mi vista en el descansillo del segundo piso. Necesito recuperar el aliento y me detengo un segundo, sabiendo que me es imposible alcanzarlo. Subo lentamente el último tramo de escaleras mientras saco las llaves y él se hace a un lado, sonriente y orgulloso por su victoria.

—¿No vas a decir nada? ¡¿No hay regocijo ni recochineo por tu parte?! —pregunto extenuada.

—No —responde resplandeciente. No le hace falta añadir nada. En su cara se ve la felicidad más absoluta por haber ganado. Se echa a un lado para que abra la puerta y me escabullo para entrar primero.

—Gana el que antes entre en casa —digo sin parar de reír, pero, justo antes de que mis dos pies atraviesen el umbral, noto cómo uno de sus brazos rodean mi cintura y mi cuerpo se eleva, mientras con la mano libre saca las llaves de la cerradura y entra en casa como aquel que llevase una pluma en la palma de su mano. Una vez que cierra la puerta tras de sí, me deja en el suelo y yo hago un mohín, cruzándome de brazos.

—Eso ha sido trampa.

—¡Ah! ¿Yo soy el tramposo? —replica sonriente, señalándose a sí mismo.

—¡Sí! —respondo frunciendo el ceño.

—¿¡Y qué hay de tu placaje o de añadir una nueva norma en el último momento?! ¿Eso no es hacer trampas?

No respondo y hay un duelo de miradas entre ambos, pero al final me doy por vencida, porque tiene razón... y eso que no sabe que comencé con catorce escalones de ventaja en lugar de doce.

—¡Está bien! Tú ganas. ¿Qué es lo que has pensado esta vez? —me rindo.

Veo cómo se dirige al sofá mientras mira su móvil. Se sienta, coloca el teléfono sobra el baúl, apoya su espalda y pone los brazos detrás de su cabeza. De fondo comienzo a percibir una música que procede del móvil y, cuando al fin la identifico, mi semblante cambia por completo.

—¡Noooo! —suelto mientras noto cómo el rubor invade mis mejillas—. No pienso hacerte un estriptis, si es lo que has pensado.

—Sí que lo harás. —Sonríe satisfecho mientras, de fondo, se oye *You can leave your hat on*—.[*] ¡Venga, Sara, muéstrame ese lado salvaje que me has dejado vislumbrar hace breves instantes en el

coche! Sé que está deseando salir y yo tengo unas ganas infinitas de conocerlo —me anima con una mirada tentadora mientras se humedece los labios. Mientras tanto, permanezco ahí de pie, frente a él, durante unos segundos, meditándolo.

—Lo haré si tú después me haces otro a mí.

—¡Yo no he perdido! —protesta.

—Ya, pero estoy convencida de que tienes mucha más práctica que yo. Seguro que has hecho alguna vez alguno.

—Sí, pero esto no es una negociación.

—¡¿Ves?! Yo, sin embargo, no he hecho un estriptis en mi vida, y sé que me voy a morir de vergüenza.

Julio se incorpora un poco, alargando un brazo y ofreciéndome la mano. Al atrapar la mía, se deja caer de nuevo en el sofá, arrastrándome con él. Me rodea por la cintura y me susurra al oído:

—Estoy seguro de que eres mucho más atrevida y fogosa de lo que aparentas ser, Sara.

La respiración se me colapsa al oír sus palabras y dentro de mí comienza a crecer ese fuego del que habla. Noto cómo sus labios ascienden por mi cuello trazando un camino húmedo hacia mis labios. Al llegar a mi mandíbula, noto cómo sus dientes se clavan en ella y eso me estremece.

—¡¿Ves?! Sólo hay que saber dónde están los puntos necesarios para ello —dice con voz ronca, antes de que sus labios atrapen los míos y ese sabor fresco invada mi boca.

Me siento a horcajadas sobre él y Julio tira de la parte baja de mi camiseta hacia arriba; yo subo los brazos para que me la quite. Hago memoria de la ropa interior que me puse esta mañana y, por suerte para mí, llevo un conjunto sencillo pero muy bonito. Veo cómo sus pupilas se le dilatan al ver mi sujetador de encaje blanco y noto cómo mi cuerpo responde cuando Julio atrapa mi pezón a través de la fina tela. Un gemido ahogado sale de mi garganta al percibir cómo una de sus manos se desliza por mi espalda lentamente. Cuando alcanza su parte más baja, su mano impulsa con firmeza mi cuerpo para que sienta su erección entre mis piernas a través de nuestros pantalones. Es una sensación sumamente agradable y mis caderas comienzan a moverse sin previo aviso.

—Ven. Vamos a la cama —me propone ofreciéndome su mano.

Cruzamos la puerta, Julio se quita la camiseta y, al ponerse detrás de mí, coloca mi espalda contra su pecho. El calor que desprende es acogedor y me aporta una seguridad que con Mario jamás sentí. Introduce sus dedos por debajo de los tirantes del sujetador y los deja caer sobre mis brazos. Después besa lenta y meticulosamente uno de

mis hombros, provocando que mi espalda se arquee y eche la cabeza hacia atrás en busca de su boca. Noto cómo desabrocha mi sujetador, lo deja caer al suelo y, mientras cubre mis pechos con sus manos, siento cómo el pulgar y el índice comienzan a juguetear con mis pezones, provocando que mis entrañas se contraigan. Diestramente, se deshace de los dos primeros botones de mi pantalón con una sola mano, mientras la otra sigue centrada en uno de mis pechos sin dejar de torturarme y consiguiendo que mi excitación no disminuya, sino todo lo contrario. Introduce la otra mano entre mis piernas y doy un respingo. «Lo siento», digo mentalmente al notar mi vello incipiente bajo sus manos, pero eso a él no parece molestarlo y eso consigue que me relaje aún más.

—Eso es, Sara, déjate llevar —susurra tirando del lóbulo de mi oreja, mientras mis caderas comienzan a moverse instintivamente buscando mayor contacto con sus dedos. Noto cómo uno de ellos se introduce dentro de mí y me quedo perpleja al sentir la humedad que lo abraza. ¡Jamás había estado así de mojada! Al sentirme así, todavía me excito más. Julio lo percibe y añade otro dedo y otro más, provocando que un gemido de placer infinito surja de mi garganta.

Entonces me gira y me obliga a caminar hacia atrás, mientras me besa, hasta que la parte posterior de mis rodillas choca contra la cama. Me da un pequeño empujón y mi cuerpo cae desplomado. Rápidamente se deshace del resto de mi ropa. Doblo los codos y apoyo el peso de mi cuerpo sobre ellos para contemplar cómo se deshace de sus pantalones y de sus bóxers hasta quedar completamente desnudo. Admiro su cuerpo perfecto, su vientre plano y bien dibujado y... «¡Madre de Dios!», pienso al bajar un poco más la mirada y centrarla en sus caderas. Me es inevitable disimular mi sorpresa al ver el tamaño de su erección y Julio, al descubrir mi expresión, sonríe satisfecho al contemplarse a sí mismo en ella. «¿De dónde ha salido eso? ¡El otro día no me percaté de su tamaño!», me digo intentando recuperar la laguna mental que los nervios del momento provocaron cuando él se desnudó en su habitación la otra noche.

—No te asustes de mi culebrita, Sara. Ya la conoces. «¡¡Culebrita!! ¿Está de broma, verdad? ¡Eso es una anaconda!», pienso mientras se coloca encima de mí. En un acto reflejo, cierro las piernas y mi cuerpo se tensa. Julio, al notarlo, me susurra con cariño:

—Tranquila, no hubo ningún problema el otro día, recuerdas, y hoy tampoco, así que déjate llevar. Iremos despacio si eso te da más confianza, Sara.

«Sí, pero en tu dormitorio yo no era consciente de su tamaño», respondo para mí.

—Tengo lubricante —le comento con la respiración entrecortada, sin dejar de estar asombrada por el tamaño de la serpiente de un solo ojo.

—No nos va a hacer falta, y lo sabes —me dice pacientemente.

«¡¿Cómo que no nos va a hacer falta?! ¡Claro que nos va hacer falta! ¡¿Pero tú has visto su tamaño?!», replico mentalmente, removiéndome debajo de él.

—¡Chist! Confía en mí, Sara, te aseguro que no te haré daño. Estás permitiendo que tu mente tome el control, y sabes que a quien debes escuchar es a tu cuerpo —dice con palabras tranquilizadoras, mirándome a los ojos—. ¿Confías en mí? —pregunta agarrándome la cara para que lo mire a los ojos. Unos ojos sinceros y con ese brillo especial que él tiene y que tanto me fascina.

—Sí —respondo convencida, aunque en el fondo estoy pensando que una cosa es confiar y otra muy distinta dilatar y relajar los músculos de ahí abajo, que ahora mismo están más cerrados que la concha de una ostra.

—¡Chist! —me susurra antes de apoderarse de mi boca con voracidad. Al notar su sabor, consigue silenciar un poco la voz que hace breves instantes se desgañitaba en mi cabeza.

Muy despacio, abandona mis labios trazando un estudiado recorrido hasta mis pechos, que le responden instantáneamente, endureciéndose. Y mientras su lengua y sus dientes se apoderan de uno de mis pezones, el otro es torturado por la habilidad de sus dedos. No tiene prisa y eso me gusta, y noto cómo las comisuras de mis labios se elevan al comprobar que Julio no tiene nada que ver con el Chucho, como lo llamaría Lola. «Mario ya estaría poniéndose los pantalones y saliendo por la puerta —pienso mientras disfruto cada uno de los matices de este placer tan carnal—. ¡Olvídate de Mario y céntrate, Sara!», me riño interiormente al notar cómo sus dedos bajan por mi abdomen sin apenas rozarme, produciendo en mi interior un cosquilleo eléctrico. Siento cómo Julio repite la misma operación de antes, primero un dedo, después otro y otro más. Luego los mueve de forma rítmica y sin darme tregua. Advierto la humedad en la parte alta de mis muslos, y el fuego de mis entrañas aumenta mientras mis caderas comienzan a menearse de forma sistemática y sin control, exigiendo mayor contacto con sus dedos.

—No pares —le suplico con la esperanza de conseguir el orgasmo de mi vida.

Justo en ese instante, Julio entra dentro de mí, y eso hace que dé un respingo instintivamente, pero, por muy extraño que me parezca, mi cuerpo lo recibe con un grito ahogado de placer. Reconozco la

sensación de plenitud que sentí la otra noche en su casa cuando su cuerpo invadió el mío y percibí cómo Julio no sólo llenaba mi cuerpo, sino también mi corazón, y eso hace que me relaje, que disfrute del momento y que mi interior lo abrace con ansia, mientras mis caderas comienzan a convulsionar.

—No tan deprisa, bombón —me dice al notar mi deseo. Sale por completo de mí y siento un vacío desgarrador mientras contemplo, ahora fascinada, cómo se coloca un condón a lo largo de su grande, gruesa y potente anaconda. Esa que ya no me da miedo, sino que recibo con pasión cuando vuelve a mí. Julio retrocede unos centímetros, y yo rodeo su cintura con mis piernas para evitar que esto que siento desaparezca de nuevo. Él, al ver cómo mi cuerpo espera y desespera con cada acometida, me regala una sonrisa que consigue que no sólo mi ser vibre, sino también mi alma. Nuestras miradas se cruzan y, sin perder el contacto visual, siento cómo Julio entra cada vez más hondo dentro de mí, gira sus caderas sobre sí mismo y vuelve a salir una y otra vez, consiguiendo que todo mi cuerpo se tense debido a lo que experimenta. «¡No pares!», le suplico mentalmente, extasiada. Julio comprende a la perfección lo que mi cuerpo le reclama y, sin un ápice de duda, aumenta el ritmo y me lo da de la forma más desmesurada que jamás hubiera imaginado.

Sorprendentemente no sale de mí nada más terminar y eso es otra cosa que me encanta. Me besa mientras noto cómo presiona sus caderas contra las mías y me muestra esa sonrisa resplandeciente que tanto me gusta, poniendo la guinda en el pastel. Un pastel tierno, dulce y espectacularmente gratificante. Un pastel que jamás hubiera pensado que yo pudiera degustar. Después de un rato, sale de mí, hace un nudo en el preservativo, comprueba que no hay fugas y vuelve a mi lado. Me rodea con sus brazos y el silencio nos envuelve.

—Creo que me podría quedar así toda la vida —digo después de un par de minutos.

—Conformémonos con el resto del día —me responde con sinceridad.

A Julio no le gustan los compromisos y eso es algo que siempre he tenido claro, pero, después de descubrir lo que consigue mi cuerpo a través de sus manos, ¿cómo voy a seguir adelante? Quiero sentirme llena día tras día y no me refiero sólo al sexo, sino a todo en general. Con él me siento protegida, satisfecha y feliz. Me siento segura para decir y hacer lo que quiero, para ser yo misma. No tengo que meditar mis palabras antes de hablar para evitar una reacción inadecuada, como me ocurría con Mario. Ni tengo que medir mis pasos antes de actuar. Quiero ser yo, la chica que está entre los brazos de este

hombre que me vuelve loca.

—¿Tienes hambre?

—No mucha —respondo intentando prolongar el abrazo, pero el ruido de mis tripas me delata.

—Pues creo que tu estómago opina todo lo contrario —se burla haciéndome cosquillas para que me levante—. Venga, vamos a comer algo o desfalleceré —añade levantándose de la cama y poniéndose tan sólo los bóxers.

Lenta y con pereza, hago lo mismo: me pongo unas bragas básicas de algodón para estar cómoda y un vestido blanco del mismo tejido.

Cuando me acerco a la cocina, lo veo abrir y cerrar armarios.

—¿Qué buscas?

—Aunque no lo creas, la cocina se me da fatal y lo único que sé hacer bien son unos simples macarrones. Uno no es perfecto, aunque lo parezca, bombón —añade con esa sonrisa de gañán que hace que mi corazón aletee.

—Es un dato que tener en cuenta, pero que puedo pasar por alto mientras me alimentes sexualmente —respondo encogiéndome de hombros, quitándole importancia, mientras abro el armario donde está la pasta.

Oigo una gran carcajada tras de mí al agacharme para coger el bote de los macarrones... y noto cómo Julio me da una fuerte palmada en el culo que me obliga a enderezarme. Entonces siento su pecho pegado a mi espalda y me susurra con voz ronca:

—Parece ser que la señorita se ha quedado más que satisfecha. —Al oír sus palabras, busco su boca con una sonrisa pícara en los labios. Julio me regala un delicado beso y añade, meneando sus caderas tras de mí—: Tal vez la próxima vez debamos experimentar un poco más. —«¿Un poco más?», me pregunto a mí misma. Él percibe mi ignorancia y, a modo de explicación, acaricia la línea central de mis nalgas—. La próxima vez me voy a follar este bonito culo que tienes —me aclara con decisión.

Instantáneamente mis glúteos se contraen y Julio no puede evitar reírse al ver cómo se me resbala de las manos el bote de macarrones. Menos mal que él, en un acto reflejo, lo coge antes de que toque el suelo.

Yo sigo sumida en mis pensamientos. «¿El culo? ¿Ha dicho que me quiere follar el culo? No puede ser, he debido de entender mal. Sé que otras personas lo hacen, pero eso no puede ser. Eso es un orificio de salida y no de entrada», pienso nerviosa mientras imagino su anaconda detrás de mí y noto cómo mi cuerpo se tensa inconscientemente. Veo cómo Julio me mira divertido, pero yo aún

sigo en estado de *shock* por lo que me acaba de decir y él, al percibir mi preocupación, puntualiza:

—No vamos a hacer nada que no quieras hacer, Sara. Eso ya deberías saberlo. Tan sólo era una idea.

—Sí, pero... has hecho... alguna vez... — pregunto sin articular palabra.

—Sí, y te aseguro que es mucho más placentero de lo que te estás imaginando. Pero, tranquila, sólo pretendía ver tu reacción. Y te garantizo que pagaría por ver tu cara de nuevo —bromea divertido, soltando una carcajada mientras me da un beso rápido en la mejilla.

«Pero ¿qué es lo que no ha hecho? ¿A qué edad tuvo su primera experiencia sexual?», me planteo, atónita, sin saber qué decir. Noto cómo la tensión de mi trasero se mantiene, pero, al oír cómo Julio cacharrea en la cocina en busca de los demás ingredientes, reacciono y me pongo a cocinar. Cocemos los macarrones y sofrío un poco de cebolla, tomate y unos trozos de chorizo, ya que no tengo carne picada. Por último los gratinamos en el horno.

—Listo —anuncio cuando estoy sacándolos del horno, pero justo en ese momento suena el timbre de la puerta.

—¿Quieres que abra yo?

—Sí, por favor. ¿Quién será? —Y al hacerme esta pregunta, noto cómo mi cuerpo se encoje pensando que puede que sea Mario. Dejo corriendo la bandeja sobre la encimera y me acerco a ver quién es.

Veo que un repartidor le entrega una caja que Julio sostiene en las manos mientras firma el recibo de entrega.

—Es de Lola —me comenta mirando el paquete, mientras cierra la puerta.

—¿De Lola? —pregunto extrañada, mientras observo la caja antes de rasgar el papel. Un rubor asciende por mis mejillas al leer «LELO», el nombre de la empresa sueca que diseña y fabrica sofisticados juguetes eróticos. Reconozco inmediatamente lo que hay en su interior con sólo abrir un poco el envoltorio. Entonces, y sin perder ni un segundo, vuelvo a envolverlo rápidamente.

Julio, al percatarse de mi reacción, me pregunta qué es, y, al evitar responderle, su curiosidad aumenta y me quita de las manos la caja.

—Veamos qué te ha enviado esa mujer de mente retorcida — exclama levantando las manos y desenvolviendo el paquete.

Una carcajada estruendosa sale de su garganta y, mostrándome esa sonrisa de gañan que tiene, añade divertido:

—Esto tenemos que probarlo, Sara. Venga, vamos a comer, que luego tenemos un suculento postre —comenta mientras me rodea con sus brazos, apoyando su cabeza sobre mi hombro derecho y sacando el

objeto de su estuche para que lo contemplemos ambos.

Al observarlo no puedo evitar cabrearme y hacer una nota mental de matar a Lola... pero al parecer mi cuerpo no piensa de la misma manera que mi mente y noto un cosquilleo en mi entrepierna mientras mis pezones se endurecen y se muestran expectantes y curiosos a través de la fina tela de mi vestido. Julio se percata de ello y posa una mano sobre uno de mis pechos, centrando toda la atención de sus dedos en la punta que emerge por debajo de mi vestido. Mientras tanto, su otra mano rodea mi cintura y noto cómo su cuerpo me abraza de forma delicada.

—¿Impaciente por estrenar tu regalo o sólo me lo parece? —me pregunta con voz ronca, sabiendo que mi interior arde de deseo. Un deseo que hasta a mí me sorprende.

—Mejor vamos a comer —suspiro muerta de vergüenza, deshaciéndome de su abrazo, mientras él no puede contener su irónica sonrisa.

«¿Por qué coño me ha mandado eso Lola, sabiendo que esta semana Julio estaría conmigo? Tal vez por eso Sara, porque quería que él lo viese», me respondo a mí misma, aún cabreada.

CAPÍTULO 30

Julio deja el vibrador sobre la mesa mientras comemos en medio de un duelo de miradas que van de Julio al vibrador y del vibrador a Julio. Él no deja de contemplarme, con esa sonrisa insaciable y desafiante en el rostro. Veo cómo coge un pequeño trozo de pan y se lo lleva a la boca muy despacio, acariciando sus labios deliberadamente sin dejar de contemplarme con una mirada incandescente. Por un segundo presta toda su atención en el aparato que hay entre nosotros y que me observa amenazante, para, después, volver a mirarme de la forma más sexy y sugerente que jamás he visto. Es como si mentalmente estuviera tramando qué va a hacer con el juguete o como si visualizase la escena en su mente. Y pensar eso hace que me remueva en mi silla.

—¿No comes? —me pregunta con voz seductora.

—¿Qué? —planteo al sacarme de mis pensamientos.

—¿Realmente quieres que te diga lo que quiero que comas?

Abro los ojos como platos al entender lo que me está insinuando y comienzo a pinchar macarrones de forma mecánica. Julio intenta ocultar su risa al ver mi reacción y, sin dejar de mirarme e intentando ponerme aún más nerviosa, apoya su espalda contra el respaldo de la silla, alza las caderas y se contempla a sí mismo la entrepierna a través del cristal, mientras levanta las cejas a modo de señal para después volver a dirigir sus ojos hacia mí. Yo, al entender sin duda alguna lo que quiere que coma, bebo un gran trago de agua mientras intento controlar mi deseo y mi nerviosismo, pero Julio no me da tregua y, al ver que ni uno ni el otro comemos, se acerca a mí y me pregunta:

—¿En serio quieres comer esto? —dice señalando el plato. Yo no le respondo y él sigue hablando—: No lo creo. Creo que tienes tantas ganas como yo de usar esto otro —dice acercando el artilugio morado. Te mueres de curiosidad, lo sé. El problema es que te da vergüenza, pero conmigo no debes tener vergüenza de nada, Sara.

—No es por ti —balbuceo con timidez.

—¿Me estás diciendo que, si llegas a estar sola, no lo hubieras

usado? —pregunta sorprendido.

—No lo creo —reconozco encogiéndome de hombros—. Tal vez lo hubiese encendido, pero poco más. Me siento ridícula tocándome a mí misma —contesto con sinceridad, sin mirarlo a los ojos.

—¿Ridícula? Ridículo sería cerrar los ojos y no contemplar tu cuerpo mientras convulsiona sin control. Vergonzoso me parece que nunca antes hayas escuchado atentamente lo que éste te pide a gritos e indecente es todo lo que vamos a hacer ahora mismo —dice ofreciéndome la mano sin pronunciar una palabra más. Yo se la doy y nos dirigimos a la cama en silencio.

Al entrar por la puerta de mi dormitorio, Julio coge la parte baja de mi vestido y tira de él hacia arriba, dejándome tan sólo con las bragas.

—Eres preciosa, Sara —me halaga con dulzura sin dejar de mirarme.

Agacho la cabeza, incrédula tras escuchar su piropo, porque, en una puntuación del uno al diez, me doy un cinco raspado y estoy segura de que él ha estado con mujeres de un nueve e incluso un diez, como Lola. Explosivas y sugerentes hasta decir basta.

Entonces, como si pudiera saber lo que pienso, se sitúa detrás de mí, me coloca frente al espejo y me baja las bragas.

—¡Mírate! Tienes un cuerpo perfecto y que se estremece con sólo tocarlo —dice acariciando el contorno de mi cuerpo desde la axila hasta la base alta de la cadera con la punta de sus dedos. Observamos cómo, inmediatamente, mi piel responde a su sutil caricia—. No llego a comprender cómo nunca antes... —añade con voz ronca sin terminar la frase.

—Vamos a la cama —le propongo, dándome la vuelta para besar su boca.

—No, quiero que te observes. Quiero que veas lo mismo que veo yo. Eres mucho más sexual y atractiva de lo que tú te crees, así que mejor traigamos la cama aquí —concluye antes de arrastrar el somier y colocarlo frente al espejo.

Julio se quita el pantalón de deporte y se sienta frente al espejo, tendiéndome la mano para que yo haga lo mismo.

—¡Ven! —me ordena al ver que me mantengo a un lado. Él abre sus piernas y me deja un hueco entre ellas para que me siente. Estoy nerviosa, no me he visto nunca de esta manera y no sé si quiero hacerlo. Pone sus manos en mis rodillas y abre completamente mis piernas para poder observar mi sexo. Inicialmente miro lo que el espejo me muestra, pero después aparto la mirada de forma automática.

—¡Mírate! —vuelve a repetir Julio, colocando mis piernas sobre sus rodillas, exhibiendo lo que mi cuerpo esconde entre ellas. Yo centro de nuevo la vista por un segundo, pero después busco sus ojos, intentando encontrar la seguridad que me hace falta y cierro las piernas.

—Me da vergüenza, no me gusta, es feo —le acabo explicando.

—¡Que no te gusta! ¿Me lo dices en serio? Nena, te aseguro que tienes un conejito digno de una actriz porno. Es simplemente perfecto, y no te lo digo por regalarte los oídos. Te lo digo porque es verdad. Toda tú eres preciosa, pero lo que estás viendo ahí es la guinda del pastel —afirma colocando sus manos en el centro de mis piernas y separándolas lentamente para que lo observe en todo su esplendor. Y creo que, por primera vez, lo veo bonito—. Para que los demás apreciemos lo que tu cuerpo nos ofrece, primero debes apreciarlo tú, y eso es un tesoro digno de exponer en el museo El Templo de Venus de Ámsterdam, Sara —me susurra cerca del oído, consiguiendo con sus palabras que ese punto que hay en lo más profundo se alce y salga de su escondite para que yo lo pueda contemplar con detenimiento.

—¡¿Ves?! Te pide a gritos que le prestes atención.

Y vuelvo a sentirme como aquel día en el campo... exuberante, deseable e increíblemente atractiva. La única diferencia es que esta vez soy yo la que lo percibo y no a través de los ojos de otra persona. Soy yo la que contemplo mi reflejo en el espejo y veo un cuerpo hecho para el delito, para lo prohibido. Es algo que jamás había apreciado de mí. Noto cómo mi entrepierna se lubrica cuando Julio pone sus manos justo encima de mi sexo y, lentamente, desliza las manos por mis muslos hasta mis rodillas. La forma que tiene de tocarme es exquisita y yo arqueo la espalda en un acto reflejo debido a lo excitada que estoy... por lo que veo y por lo que siento. Y la fusión de ambas cosas consigue que mi mano derecha se dirija de forma instintiva allí donde todas las terminaciones nerviosas tienen su unión. Acaricio mi clítoris espontáneamente, sin que nadie me lo pida o yo me lo proponga de antemano, y eso es algo nuevo para mí.

—Eso es, Sara, escucha lo que te reclama tu cuerpo —me susurra con voz ronca, mientras los dos contemplamos extasiados cómo torturo con mis dedos esa zona. Creo que estoy a punto de llegar al orgasmo yo sola y eso me sorprende. Veo mi reflejo en el espejo y veo la imagen de mí misma más erótica y hermosa que jamás he visto. Me parece increíble reconocer que la mujer que hay en el espejo soy yo, una mujer atractiva y que desprende sensualidad por todos sus poros. Pero, por extraño que me parezca, es así y eso me hace sentirme orgullosa de mí misma, consiguiendo que me excite todavía más si

cabe. Julio percibe que mi cuerpo está a punto de alcanzar el clímax y dirige sus manos a mis pechos, provocando en mis pezones un dulce martirio con sus dedos justo cuando mis caderas convulsionan de forma sistemática y sin control, al tener el tercer orgasmo más gratificante de mi vida. Dejo caer todo mi peso sobre su pecho y siento una liberación total y un placer que sutilmente se mantiene a lo largo de todo mi cuerpo.

—Cierra los ojos —me ordena Julio bajándome de mi nube.

Le hago caso sin plantearme otra opción e, intrigada por saber qué está pensando, noto cómo mi cuerpo se mantiene alerta y en tensión. Percibo cómo las comisuras de mis labios ascienden y espero, divertida, cualquier tipo de acción por parte de Julio, pero él no dice ni hace nada, logrando que mis sentidos se agudicen al ciento veinte por ciento.

—No te muevas —me exige al ver cómo mi cuerpo comienza a impacientarse.

Entonces oigo un tenue zumbido y Julio vuelve a repetirme que no abra los ojos antes de que yo lo haga. Noto cómo el vibrador se posa en el centro de mis piernas y acaricia todo su contorno trazando pequeños círculos. Es espectacular lo que Julio puede obtener de mi cuerpo. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no gritar. Atrapo mi labio inferior entre mis dientes mientras mis manos se aferran a las sábanas de la cama, intentando canalizar las potentes descargas eléctricas que afloran desde lo más profundo de mi ser.

—Déjalo salir, Sara, no lo retengas —me susurra mientras introduce el vibrador en mi interior; siento cómo éste rota sobre sí mismo dentro de mí y cómo acaricia mis entrañas, amplificando lo que mi cuerpo percibe con cada estímulo. Julio posa sus dedos sobre ese punto donde se origina el placer y mis caderas comienzan a moverse de forma mecánica, reclamando mayor contacto con su mano y mayor profundidad. Es indescriptible, no sé explicar lo que mi cuerpo siente en estos momentos y creo estar al borde de otro orgasmo cuando mis manos se aferran a mis pechos con fuerza. Pero me parece imposible que pueda tener otro en tan poco tiempo y, con esa duda, mi cabeza comienza a funcionar, enmudeciendo lo que mi cuerpo le dice alto y claro. Julio nota que me disperso y, para hacerme volver y recuperar la conciencia de lo que estoy experimentando en estos instantes, me da una palmada rápida y contundente justo donde antes estaban sus dedos. Con esa mezcla de dolor y placer que siento, consigue que explote con tal intensidad que no puedo controlar las pequeñas sacudidas eléctricas que recorren todo mi cuerpo. Exhausta, me dejo caer a un lado de la cama, boca abajo.

—Podría correrme con tan sólo mirarte, Sara —declara Julio acariciando mi espalda con la yema de sus dedos. Levanto la vista para cruzarme con unos ojos que me miran llenos de admiración.

Y sin poder ocultar una sonrisa diabólica y satisfecha, un plan se comienza a fraguar en mi cabeza. «Sé lo que es quedarse a medias, lo he sentido muchas veces y, después de lo que Julio me ha regalado, debo hacerlo», me digo a mí misma, infundiéndome el ánimo necesario para hacer lo que tengo pensado. Lentamente me acerco a Julio y me tumbo sobre él, obligándolo a echarse por completo. Beso su boca saboreando cada uno de sus matices, deleitándome en la sensación que me produce la frescura de su lengua. Pero tengo algo en mente y estoy dispuesta a hacerlo. «¡Venga, Sara, puedes hacerlo! Lo has hecho infinidad de veces, pero en esta ocasión va a ser diferente, porque estoy segura de que ésta va a marcar la diferencia —me repito una y otra vez, aportándome valor—. Para empezar, porque esta vez sale de ti, no te exigen que lo hagas. Y, sobre todo, porque deseas que él sienta lo mismo que tú acabas de sentir. Quieres ser la responsable de su placer, y no porque necesites demostrarle que eres capaz de hacerlo bien, sino porque necesitas compartir esa sensación y sabes que no hay mayor satisfacción que compartir algo así», pienso comparando de nuevo a Mario con Julio.

Entonces, con una mirada maliciosa y provocativa, me deslizo por su cuerpo de manera sensual mientras mi lengua traza un sendero descendente desde su pecho hasta su ombligo y de su ombligo a...

—¡No! —me dice suavemente, agarrándome por debajo de los hombros para atraerme de nuevo a su boca.

—Quiero hacerlo, Julio —respondo degustando esos labios a los que me es imposible resistirme.

—No es necesario, Sara. Lo de antes era una broma. Yo no te lo voy a exigir.

—Lo sé, y por eso mismo quiero hacerlo. Necesito comprobar una cosa —contesto antes de volver a recorrer el mismo sendero.

Cuando me encuentro de rodillas frente a su anaconda, busco sus ojos y percibo el deseo, la veneración y el respeto hacia mí. Y de nuevo me es imposible no comparar su forma de mirarme con la de Mario, en la que yo sólo veía una imposición en este aspecto. Veía arrogancia y ganas de humillarme. Pensando en eso, cojo una gran cantidad de aire, sintiendo la rigidez de su sexo bajo mis manos.

—¿Estás segura? —me pregunta con cariño.

—Sí —respondo antes de dirigir mi boca al órgano más valorado por todos los hombres.

Siento cómo mis labios abrazan su miembro, la suavidad en mi

lengua y cómo mi boca se llena por completo. Por extraño que parezca, él no agarra mi cabeza. No me obliga a profundizar más, ni sus caderas arremeten bruscamente contra mi garganta. Julio se reclina sobre sus codos sin dejar de admirarme. De vez en cuando aprecio cómo cierra los ojos para centrarse en el placer que le produzco, pero al instante vuelve a mí. Y eso me llena de satisfacción y de entusiasmo, provocando que aumente más el ritmo y disfrute por completo de lo que hago. En eso pienso mientras admiro cómo Julio tiembla al llegar al clímax y su sabor salado inunda mi boca.

—¡Joder, Sara! Ha sido perfecto —exclama dándome un beso rápido en los labios, mientras yo aún mantengo su esencia.

Y ése es otro de los puntos que me gustan de él. Mario se negaba a besarme después. Ni siquiera tras haberme lavado los dientes. Eso lo recuerdo mientras me dirijo al baño para escupir y enjuagarme la boca. «Creo que, si no llega a ser por lo pendiente que estaba de hacerlo bien, me lo hubiera tragado», me digo a mí misma frente al espejo, satisfecha de mi trabajo.

Vuelvo a la cama, pero Julio ya se está vistiendo y yo, un poco decepcionada, hago lo mismo.

«Me hubiera gustado un poco de mimos y la compensación de acurrucarme entre sus brazos», pienso para mí.

—¿Tienes hambre? Porque yo estoy canino —dice ofreciéndome su mano.

—Pues ahora que lo pienso... sí —respondo al oír cómo mi estómago protesta.

Le entrego mi mano y Julio, en un gesto rápido, tira de ella atrayéndome hacia él. Me besa la frente y me susurra:

—Creo que no ha estado mal para una mujer que considera que es frígida.

—Nada mal —le confirmo buscando sus labios.

—Te dije que no hay mujer frígida, sino hombre incapaz de calentarla.

—¿Y tú eres todo un experto, verdad? —pregunto puntillosa, con una sonrisa mordaz, hincando mi dedo índice en su cintura. Julio se encoge y aparta mi mano para evitar que lo siga chinchando, y eso nos hace reír a ambos.

—Sé interpretar el lenguaje más antiguo del mundo, y perfeccionarlo —contesta entre risas, jactándose de ello y protegiendo su cintura para evitar que arremeta de nuevo contra ésta—. No, en serio —dice de pie junto a mí, esperando a que el microondas termine de calentar la comida—. Creo que estás demasiado pendiente de lo que debes o no debes hacer, de lo correcto o lo incorrecto, y de lo que

se supone que debes o no debes sentir. ¡Te pierdes, Sara! Lo único que debes hacer es tomar conciencia de lo que tu cuerpo experimenta —me recomienda Julio, borrando el sarcasmo de mi cara y cambiándolo por el color escarlata que aparece en mi rostro—. El sexo es algo instintivo si liberas la mente, Sara. Tu cuerpo siempre va a responder a ciertos estímulos; no juzgues si lo que percibes es decente o indecente, porque el sexo puede ser lo uno y lo otro —añade con voz ronca, mientras su lengua se apodera de mi oreja y sus dientes tiran de mi lóbulo a la vez que un cosquilleo recorre mi espalda—. Tú haces lo contrario: gastas mucha energía en ello y eso, sumado a un hombre inútil... blanco y en botella. —Justo cuando mi cuerpo comienza a reaccionar, Julio se retira bruscamente y el cosquilleo desaparece por completo—. ¿Ves a qué me refiero cuando te digo que te dejes llevar?

—Por asombroso que te parezca, reconozco demasiado bien esta sensación de abandono —le contesto sentándome en la mesa—. Mario solía practicarla a menudo conmigo. Él se corría, salía inmediatamente y desaparecía camino al baño, protestando porque odiaba hacerlo con condón. Creo que es en lo único que me he mantenido firme con él. Y no era porque yo no usase otro método, que sí que lo hacía... pero aprendí a mentir muy bien. Tuve un gran maestro o, mejor dicho, yo misma me obligaba a mentir por mi supervivencia. Yo sabía que Mario tenía relaciones con otras mujeres, o al menos con una más. Siempre he pensado que Daniela no era la única, pero sí a la que ha querido en exclusiva. Las otras hemos sido retales para parchear un descosido —le confieso encogiéndome de hombros.

—Bueno, eso ya forma parte del pasado.

—Así es —le confirmo mientras mi mente se traslada a esa época en la que estaba rodeada constantemente por una bruma tóxica que me impedía respirar aire puro como el que respiro estando con Julio.

—¿Corres? —me pregunta Julio sin previo aviso, rescatándome de nuevo. Esa pregunta casi me hace atragantar. «¡Otra vez!», pienso acalorada.

»¡Por lo que veo, es usted insaciable, señorita! —suelta con picardía al ver mi reacción—, pero no me refería a eso. He visto tus deportivas arrinconadas en tu dormitorio.

—¡Ah, eso! —contesto abochornada.

—Sí, eso —dice sin poder contener la risa.

—Corría. Hace tiempo que ya no hago nada. Me gustaba salir de madrugada, cuando la ciudad aún no había despertado.

—¿Y por qué lo dejaste?

Me encojo de hombros sin saber qué contestar. «¿Para qué? ¿Qué más le voy a decir sobre Mario?», pienso desanimada. Si soy sincera, sí

que tengo una contestación a su pregunta. Julio levanta las cejas esperando una respuesta, pero no lo quiero aburrir otra vez con mi patética vida anterior.

—Realmente no sé ni por qué lo hice —termino diciendo, aunque lo sé perfectamente.

Desde que Mario vino a vivir aquí, dejé de correr; lo despertaba y eso le enfurecía. Sus primeras quejas fueron muy sutiles y cariñosas: «Quédate a mi lado, nena. No vayas a correr hoy», para luego pasar a ser más directo: «¿Otra vez vas a ir a correr? ¡Joder, Sara, ¿es que me tienes que tocar los huevos todas las mañanas?», y acabar siendo una advertencia: «Mañana quiero dormir, así que ni se te ocurra poner el puto despertador».

—¿Quieres que salgamos luego? Un par de kilómetros tan sólo —propone animándome.

Al oír su pregunta, recuerdo cuánto me gustaba la sensación que me producía y me digo que sería gratificante volver a sentir esa liberación de nuevo.

—Nada me apetecería más que correr contigo, Julio —contesto pensativa.

—Eso ya lo sé, bombón, me lo dicen muy a menudo —me responde con sarcasmo, con ese brillo en los ojos que me vuelve loca. Yo le lanzo el trapo de la cocina a la cara, pero, con un gesto rápido, lo coge en el aire.

»Fallaste.

—¡Qué creído te lo tienes!

—Ya, pero hago méritos para ello, ¿no crees? —suelta con una media sonrisa.

Me levanto para recoger los platos mientras expulso todo el aire de mis pulmones. Julio se pone a mi lado para ayudarme a meter los cacharros en el lavavajillas y me dice:

—Alegra esa cara, Sara, vas a poder contemplar mi trasero durante varios kilómetros.

—Igual te sorprendes —replico con chulería.

—Eso estaría muy bien —responde provocativamente, echando una mirada rápida y descarada a mi culo—, pero que muy bien, sí, señor.

—Ya veremos quién mira las posaderas de quién durante más tiempo —contesto competitiva, empujándolo con mis caderas para que deje de mirarme así. Y mi reacción nos hace reír a los dos.

Terminamos de adecentar la cocina y no sentamos un rato en el sofá, cada uno a lo nuestro; yo aprovecho para responder a las chicas, pues desde ayer las tengo abandonadas. Quiero comentarles mis

pequeños avances y, por lo que se ve, ellas están deseosas por saber, deduzco al leer sus mensajes. No puedo parar de reír cuando leo los comentarios de Lola y, como si tuviera un tic nervioso o mejor dicho una vieja costumbre, miro hacia un lado para ver la reacción de Julio. Pero me quedo extasiada al comprobar que a él le importa un bledo lo que yo hago y eso es tranquilizador.

—¿Qué? —me plantea al sentir mi mirada.

—Nada, nada —respondo volviendo a mi móvil.

Inevitablemente comparo de nuevo lo conocido con lo desconocido y encuentro mucho más agradable, atractivo y encantador lo segundo. Con él me iría a ojos cerrados al fin del mundo. Sin embargo, con Mario ahora no me iría ni a la vuelta de la esquina. Sabía que Mario me leía los mensajes de vez en cuando, así que debía apañármelas para que no supiera con quién hablaba e ir borrando continuamente los wasaps. Resultaba agotador, pero era la única forma que tenía de no perder por completo mi relación con África y Lola. Por su culpa ya nos habíamos distanciado bastante y, aunque era una situación que yo permitía, no dejaba de apenarme.

África: ¿Qué es de tu vida, Sara? No sabemos nada de ti.

Lola: África, creo que Sara está demasiado ocupada con el yogurín.

África: Sara, no cometas el mismo error y centres toda tu vida en la otra persona.

Lola: África tiene razón, acuérdate de lo que ha pasado con el Chucho. Ya sabes: que no se te olvide lo de «Primero tú, después tú y, si sobra un poquito, para nosotras».

«Créeme, Lola, lo tengo demasiado presente —respondo para mí—. Mario es una especie de marea negra que cubre todo mi cuerpo y, sobre todo, mi mente. Aunque intento con todas mis fuerzas no acordarme de él, me resulta inevitable. Por una parte considero que es bueno tener presente a Mario, porque así recuerdo lo que no debo hacer, y, al comparar, veo la diferencia tan grande que hay entre lo que Julio me ofrece y lo que él me aportaba. Ésta es abismal. En esos momentos me gusta contemplar la horrible cicatriz que tengo en mi corazón, que no quiero que desaparezca nunca para que no se me olvide qué es lo que no debo permitir, pero en otras ocasiones son tan dolorosos los recuerdos... me parece tan despreciable y ofensivo mi comportamiento hacia mí misma que me avergüenzo de lo poco que me he respetado. ¿Por qué? Por nada, por nadie... ¿Y para qué?, para darme cuenta de lo desgraciada que puedo llegar a ser. No puedo deshacerme de esa idea, de lo estúpida que he podido llegar a ser.»

Lola: No te preocupes, seguro que está encantada.

África: Sí, lo sé. Julio no tiene nada que ver con Mario. Debe de ser el embarazo, porque estoy mucho más sensible de lo normal, pero me tranquilizaría saber que está bien y que está disfrutando. Y no me refiero sólo al sexo, Lola, que te conozco y sé por dónde me vas a salir.

Lola: De eso ya me he ocupado yo. Si no disfruta en compañía, lo hará sola... Ja, ja, ja.

África: Qué miedo me das, Lola. ¿Qué has hecho?

Lola: No te agobies, África, tan sólo le he regalado un juguete que a mi parecer le llamó la atención.

África: ¿Y cuándo lo enviaste?

Lola: Se supone que le tiene que llegar hoy, aunque no lo sé a ciencia cierta. Pero espero que Julio, con juguete o sin él, la haya secuestrado, la haya atado a la cama y no la haya dejado salir de la habitación. Porque ésa sería la única razón por la que yo, al menos, perdonaría su falta de comunicación. Es más, espero que no pueda cerrar las piernas en toda una semana, y yo sí me refiero al sexo... porque no encuentro otra razón para no responder a sus amigas.

Sara: No os sulfuréis. Estoy bien y puedo cerrar las piernas. No sé si debo darte las gracias por tu regalo o matarte, Lola. Fue Julio quien le abrió la puerta al repartidor. Casi me muero al ver lo que contenía el paquete.

Lola: Muy oportuno, el repartidor... Ja, ja, ja, ja. Hubiera pagado por ver tu cara.

Sara: Pues yo hubiera pagado para que estuvieras cerca en ese momento, pues te aseguro que te hubiese asesinado. ¡Qué vergüenza me has hecho pasar!

Lola: Bueno, vale... pero una vez que la vergüenza ha desparecido...

—¿De qué te ríes? —me pregunta Julio, contemplándome divertido. Por un momento mantengo todo el aire en mis pulmones, pero logro tranquilizarme al darme cuenta de la cantidad de matices diferentes que puede llegar a tener una pregunta tan simple como ésa. El tono de voz, el brillo de sus ojos y la resplandeciente sonrisa que me muestra logran que las mismas palabras tengan un significado completamente distinto, y eso me hace feliz. Enormemente feliz.

«¡¿Cómo voy a conseguir no enamorarme de ti, Julio?!», me pregunto a mí misma, sin encontrar la respuesta sin dejar de mirarlo.

—Hablo con África y Lola —contesto con tranquilidad.

—¡¡Uff!! ¡Que el cielo tiemble! —suelta mirando al techo.

Ése es su único comentario, tras el cual sigue cacharreando en su teléfono sin que desaparezca de su rostro esa sonrisa divertida. Y su desinterés hace que no pueda dejar de mirarlo.

—¿Qué? —me pregunta al ver cómo lo observo.

—Nada, perdón. Me he quedado en blanco —respondo pensativa, disfrutando de su reacción.

Sara: ¡¡¡Espectacular!!! Es lo único que os puedo decir.

Escribo con admiración por Julio. Al instante aparecen en mi móvil una variedad indecente de emoticonos. Palmadas, flamencas, confetis... Todos ellos celebrando mi respuesta.

Lola: ¡Bravo! Una cosa más que debemos tachar de la lista.

Sara: ¿De qué lista hablas?

Lola: De esa lista que nos visita todas las noches y nos obliga a repasar mentalmente los objetivos que debemos cumplir a corto plazo.

Sara: Yo no tengo esa lista que mencionas.

Lola: ¿Cómo que no? Eso es genético. Las mujeres poseemos la lista de objetivos cumplidos desde que nacemos, y en ella vamos tachando los que ya hemos cumplido.

África: Debe de ser que yo no la he terminado de desarrollar, porque lo máximo que he llegado a repasar mentalmente antes de dormirme es lo que debo recordar al día siguiente. Lo que debo comprar, lo que debo sacar del congelador... Y ahora ni eso, porque es tumbarme en la cama y perder el conocimiento. ¡Es asombroso! Puedo llegar a babear antes de que mi oreja haga contacto con la almohada.

Sara: Puede que de pequeña tuviera esa lista de la que hablas. Incluso que antes de que Mario llegase a mi vida fuese una lista laboral más que de objetivos. Pero mientras Mario estuvo viviendo conmigo, lo único que deseaba antes de acostarme era en recuperar al hombre que conocí. Aunque ahora pienso si realmente llegué a conocerlo o fue tan sólo un espejismo que se produjo en mi mente.

Tras mi confesión, África le pregunta a Lola sobre los preparativos de la boda para evitar que ella diga cualquier barbaridad con respecto al Chucho, como ella lo llama. Pero ambas sabemos que ese tema está zanjado y, a no ser que él se interponga en mi camino, yo no voy a ir a buscarlo. Hablamos un par de minutos más, dejo el móvil sobre el baúl y me recuesto un poco en el sofá.

—No cojas postura, que me vas a acompañar a correr.

—Humm... —contesto adormilada, estirando las piernas y poniéndolas sobre las suyas.

Los párpados me pesan y mi mente comienza a divagar. Con Mario nunca sabía a qué atenerme. Siempre estaba a la expectativa, calculando las probabilidades que tenía de que volviera del trabajo de buen o mal humor. Estudiaba sus gestos a la perfección para ajustar mi comportamiento a su estado de ánimo. Llegué a tener noches muy buenas... eran aquellas en las que se recostaba a mi lado, me abrazaba, besaba mi hombro y me susurraba al oído: «Gracias por regalarme una noche más». Esas noches solían coincidir con una anterior discusión.

Y, si no se dormía, Mario volvía a ser él. Me hacía el amor, mirándome a los ojos y pensando en mí en cada instante. En aquellas ocasiones creía sentir la máxima plenitud que sería capaz de experimentar. Atesoraba cada caricia y cada beso como si fuese el último, e intentaba con todas mis fuerzas que aquello que al parecer sentíamos los dos en ese instante tuviera la intensidad suficiente como para que ese Mario que estaba dentro de mí no se fuese al salir el sol. Pero no era así. Y al igual que los monstruos de la noche desaparecen con la llegada de los primeros rayos de sol, mi Mario, ese del que yo me enamoré, se esfumaba y se volvía a ocultar entre las sombras de nuevo. En otras ocasiones era completamente diferente. Solía coincidir con las noches que trabajaba en el bar. Era matemático que, cuando trabajaba allí, volvía con unas copas de más y, al entrar por la puerta, tenía claro que había dos opciones: o se acostaba conmigo pensando en Daniela y yo tan sólo le servía de desahogo o estaba cabreado porque alguna chica lo había rechazado. Estas últimas eran las peores, porque pagaba conmigo su irritación. Lo único bueno que había cuando eso sucedía era que me negaba a acostarme con él y, por extraño que parezca, él se apiadaba de mí. Quiero creer que mis ojos le mostraban a ese ser que Mario se negaba a reconocer que habitaba en él... a míster Hyde. Y detestaba verse a sí mismo de esa manera, aunque la rabia lo seguía consumiendo. Esas noches Mario terminaba saliendo de casa en busca de aquello que nadie le había dado. ¿Dónde lo conseguía? No lo sé, supongo que en cualquier antro de mala muerte. «¿Y por qué, cuando se acostaba contigo pensando en Daniela, no lo rechazabas también?», me preguntó Julio cuando lo conocí en el parque y le conté a un desconocido mi patética vida. Lo que le respondí es lo que sigo pensando hoy: porque, cuando me hacía el amor pensando en su ex, pese a todo, me hacía el amor, y yo intentaba recuperarlo desesperadamente. Le imploraba que me mirarse a los ojos, pero él no era mi Mario y ocultaba su mirada. Creo que creía que así me engañaba, aunque nadie puede fingir eternamente. Y a él nunca le dieron el Oscar por su representación en *Cómo conquistar el corazón de Sara.*

CAPÍTULO 31

Me despierto agitada.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que he tenido una especie de pesadilla.

—Pero si tan sólo has cerrado los ojos.

—Ya —respondo mirando al reloj—, pero es lo más parecido que he vivido a una pesadilla.

Julio me mira con cara extraña, intentando encontrar una explicación a mis palabras.

—Voy al baño. Ahora vuelvo. —Noto sus ojos clavados en mi espalda, observando mi inquietud.

Cierro la puerta tras de mí y abro el grifo de la ducha. Necesito desconectar mi mente. «¿Por qué vuelven a mí una y otra vez esos recuerdos? —me pregunto con tristeza—. ¿Por qué no reaparecen una y otra vez los que he vivido con Julio? Comparo a uno con otro y me doy cuenta de que las caricias de Mario estaban más vacías que cualquier pequeño detalle que Julio haya hecho o dicho y, sin embargo, no logro que salga de mi vida. Y eso es angustioso», reflexiono quitándome la ropa. Justo en ese momento Julio aparece en el baño.

—¿Te vas a duchar?

—Sí —susurro.

—¿No íbamos a salir a correr? —me pregunta a mi espalda, besándome el hombro—. Sara, no sé qué es lo que te ha pasado, qué has soñado o qué has recordado, pero creo que me lo imagino —dice girándome para que lo mire—. Correr te sentará bien, te ayudará a poner tus pensamientos en orden. ¿Quieres que salgamos ahora?

—Sí, tienes razón —acepto sin mirarlo a los ojos. Cierro el grifo y me dirijo a mi dormitorio a por la ropa de deporte de forma automática y nos cambiamos en silencio.

—¿Qué recorrido quieres que hagamos?

—Me da igual —contesto mecánicamente, poniéndome unas mallas negras y una sudadera fucsia.

—¿Por dónde solías correr? —pregunta intentando hacerme

reaccionar y sacarme de esta bruma tóxica que hay a mi alrededor.

—No sé —respondo encogiéndome de hombros—. Por el parque, normalmente —añado atándome los cordones de las deportivas.

—¿Quieres que hagamos ese recorrido o prefieres que te sorprenda? —me plantea llamando mi atención. Su pregunta hace que levante la cabeza y lo mire fijamente.

—Me encantan tus sorpresas. Me hacen sentirme viva.

—Me gusta oír eso —comenta mostrándome una de sus mejores sonrisas, una de esas que consiguen que los pequeños rayos de sol se filtren entre las nubes y que, poco a poco, van cogiendo fuerza hasta que logran hacer desaparecer las nubes en un día nublado.

—¿Quieres sentirte viva de verdad y que te lleve a un sitio espectacular?

Esa pregunta hace que mi interés despierte y, abriendo mucho los ojos ante una novedad que no tenga nada que ver con mis recuerdos, contesto que sí esperanzada.

—Perfecto. Déjame hacer una llamada antes. Estoy seguro de que te va a encantar —exclama ilusionado, saliendo de la habitación para impedir que oiga con quién habla, y ese toque de misterio me hace sonreír.

«Tu sonrisa es el recuerdo perfecto, Julio, y es el único que debería reproducir mi mente una y otra vez», pienso contemplando el movimiento de su cuerpo al alejarse. Y, sin poder remediarlo, agudizo todos mis sentidos para escuchar su conversación.

—Hola, guapa. Dile a Hugo que al final me lo he pensado mejor y que vamos a hacer lo que él me propuso. No, no nos esperéis. Nosotros iremos corriendo desde allí. Vale, perfecto. Nos vemos en una hora, entonces —oigo que dice. Pero ninguna de sus palabras me adelanta qué es lo que tiene pensado Julio.

»Necesitaremos el coche —me explica antes de salir por la puerta.

—¿A dónde vamos?

—Enseguida lo sabrás —anuncia tendiendo la mano para que le dé las llaves. Yo las dejo caer sobre su palma—. Gracias, bombón, pero quería tu mano, no las llaves —dice haciéndome reír.

Le ofrezco la mano y noto cómo su pulgar no para de trazar pequeños círculos sobre cada uno de mis nudillos. Y ese gesto me hace pensar que está más nervioso de lo que aparenta. Creo que le ilusiona enseñarme lo que ha organizado y eso me emociona. No dejo de contemplar su rostro. Esos labios carnosos que dibujan una boca exquisita, esa mandíbula claramente definida y esos ojos, que poseen un brillo que me enloquece, enmarcados por unas cejas que les dan mayor protagonismo si cabe dentro de su rostro perfecto, aportando

profundidad a su mirada. Son de un verde tan intenso que le proporciona ese misterio mágico y pícaro que envuelve todo su cuerpo. ¿Cómo una mirada puede conseguir tantas reacciones en una misma persona? Cuando sus ojos contemplan mi cuerpo, logra encender mi piel de tal manera que puedo llegar a sentir cómo las llamas recorren todo mi ser. Pero su forma de observarme va más allá, ofreciéndome un lugar donde resguardarme y un paraíso por descubrir; donde me siento tan segura que puedo ser yo misma sin miedo a ser juzgada, a meter la pata... o a encajar dentro de este mundo de ficción que hemos creado los mortales donde todos nos ocultamos tras una máscara, fingiendo ser lo que no somos; un lugar donde cada uno de los personajes se maquilla dependiendo del papel que interpreta, ocultando la amargura que alberga su interior tras una cara divertida, donde el odio y el resentimiento se caracterizan de tal forma que sólo aprecias la ternura que transmiten sus pinturas. Pero Julio me ofrece otro mundo completamente diferente al que conocía, con tan sólo mostrarme la pureza de su corazón a través de la profundidad de sus ojos. Esos en los que deseo perderme. Y acurrucarme entre sus brazos y contemplar la belleza de aquello que a primera vista parece insignificante.

—¿Qué? —me pregunta al percibir que no dejo de observarlo.

—Nada —respondo justo cuando las puertas del ascensor se abren.

Entramos en el coche y Julio conduce mientras en la radio suena una canción muy sensual.

—Sabes que me debes un estriptis, ¿verdad? No pienses que se me va a olvidar.

—Sí, y es algo que te deberé por mucho tiempo, porque no me veo capaz de hacer algo así —afirmo convencida.

—Eso ya lo veremos —replica sin apartar la mirada del camino.

—¿No es por aquí por donde está el campo de *paintball*?

—Muy aguda, señorita —me contesta con una sonrisa centelleante.

Minutos más tarde aparca el vehículo justo en el mismo sitio que la vez anterior. Pero en esta ocasión no hay nadie esperándonos. Tan sólo puedo ver a un grupo de personas disparándose unas a otras en el campo de *paintball*.

—Vamos —me indica Julio, con un gesto de cabeza, comenzando a correr hacia un sendero.

Yo lo sigo sin problema a buen ritmo. Siento el sonido de las hojas bajo mis pies y cómo el verde de la vegetación va siendo más abundante. Pasamos cerca de un arroyo y Julio aprieta el paso. Noto cómo las gotas de sudor comienzan a invadir mi espalda mientras mi cabeza empieza a liberarse de esa toxina que lleva demasiado tiempo

instaurada en mi mente. Esa que me impide pensar con claridad y me bloquea por completo a la hora de decidir qué es lo que quiero realmente; esa que me paraliza cuando creo reunir el coraje para dar el siguiente paso, y desprenderme de esos recuerdos que me oprimen el pecho. Es liberador sentir de nuevo esta sensación y comenzar a saber qué es lo que necesita Sara Jiménez, sin pensar en otra cosa que no sea yo misma. Desterrar momentáneamente toda esta porquería, esa carga que me impide avanzar, es muy gratificante. Y hacerlo de esta forma mucho más, porque no hay nada mejor que anular un mal recuerdo mientras elaboras uno que te aporta energía y entusiasmo para seguir luchando. Y, lo que es mejor, para creer en ti. Sorprendentemente, eso es lo que está logrando Julio que me descubra a mí misma, convirtiendo a la Sara diminuta e insegura en una mujer capaz de afrontar nuevos retos con ilusión, decisión y aplomo, pienso acelerando el paso y dejando atrás a Julio.

Después de veinte minutos más o menos, veo a un lado del sendero un puente y, a mitad de éste, a dos personas de pie junto a un todoterreno aparcado a su lado. Veo cómo Julio levanta una mano para saludarlos y eso me confirma que nos están esperando a nosotros. La altura que hay desde el puente hasta el pequeño río que pasa bajo sus cimientos es abismal, pero todo el conjunto conforma un paisaje relajante y tranquilizador.

—¿Quieres que apostemos? —me pregunta cuando vamos a entrar en el puente, incitándome a echar una carrera.

—¡¿Otra apuesta?! —planteo desconfiada.

—Venga, Sara, es por darle un poquito de emoción —me chincha con una sonrisa risueña.

—No voy a apostar más contigo. Eres un tramposo —digo riéndome, aumentando el ritmo de mis zancadas todo lo que puedo para salir pitando.

—¡¿Tramposo, yo?! ¿Y quién acaba de salir corriendo sin previo aviso? —oigo que dice detrás de mí.

«No mires hacia atrás; si lo haces, perderás tiempo, y estás decidida a ganarlo esta vez», me digo sin parar de correr. Estoy a punto de lograrlo pero, cuando me queda tan sólo un metro para conseguirlo, noto cómo Julio me rodea la cintura con su brazo y me eleva por los aires como si nada, igual que la vez anterior. Mis piernas no se detienen y patalean, intentando soltarme, pero no lo logro y, al final, los dos caemos al suelo, tendidos boca arriba y sin aliento.

—¿Ves como eres un tramposo? —le digo con la respiración todavía agitada.

Hugo se acerca a nosotros y tiende la mano a Julio para levantarlo,

mientras el otro chico que lo acompaña me la ofrece a mí. «Él es Sergio», me lo presenta Julio, pero yo no tengo fuerzas para moverme y levanto una mano indicándole que me dé un minuto para reponerme. Entonces los tres se dirigen a la parte de atrás del todoterreno mientras yo me siento para ir, poco a poco, levantándome. Cuando ya por fin reúno las fuerzas necesarias para lograrlo, me acerco a donde están ellos. Los tres se giran para mirarme y Julio me muestra una sonrisa resplandeciente.

—¿Para qué es? —pregunto sospechando su respuesta.

Hugo y Sergio instantáneamente fusilan a Julio con la mirada y él se defiende.

—¡¿Qué?! Si se lo hubiera dicho, no hubiese venido.

—¡Bueno, ¿y qué?! Ya sabes que para hacer esto hay que estar preparado. No es como el *paintball* —responde, enfadado, quitándole el arnés de las manos para guardarlo en el coche. Esa reacción me confirma lo que sospechaba.

—¡Venga, Hugo, no seas así! Al menos propónselo, ya que estamos aquí —le pide Julio alzando las manos.

Entonces me mira a mí y yo palidezco.

—¿Te gustaría hacer *puenting*? —suelta decidido.

Y, al escuchar lo que mi mente ya había deducido por sí sola, noto cómo la respiración se me colapsa, los músculos se me agarrotan y estoy segura de que mi sangre ya no baña mis tejidos, porque hace rato que he dejado de notar el latido de mi corazón. No soy capaz de articular palabra.

Entonces Hugo mira a Julio con desaprobación y le contesta:

—Ahí tienes tu respuesta. —Se da media vuelta y comienza a guardar el equipo en el vehículo.

Julio se acerca a mí, me agarra de la mano y, mirándome a los ojos, me pregunta:

—¿Te gusta correr? —Afirmo con un gesto de cabeza—. Bien. Y la razón por la que te gusta es por la sensación que te produce cuando lo haces, ¿verdad? —Vuelvo a asentir con la cabeza y él continúa intentando convencerme—. Perfecto. Sientes que dejas atrás todo aquello que te desagrada, que desaparece durante un rato esa angustia que te impide tomar la decisión correcta, disfrutar de lo que realmente te hace feliz y tanto tu cuerpo como tu mente se liberan. Por un corto período de tiempo, eres tú misma, sin ataduras, sin pensar en los demás, en las obligaciones o en lo que se espera de ti. Al correr, tu cuerpo genera una serie de hormonas que te ayudan a sentirte bien. Pues esto es igual, pero a lo bestia. Sé que te va gustar.

No respondo, mi cuerpo sigue bloqueado. Todos me miran

esperando que tome una decisión, pero estoy petrificada y mi cerebro intenta procesar toda la información. Veo cómo Hugo abre la puerta del coche y le indica a Julio que se van antes de montarse. Él se acerca a la ventanilla para hablar con ellos y pedirles unos minutos más para convencerme, pero no hace falta que Julio me convenza porque, justo cuando van a arrancar el vehículo, exclamo:

—¡Sí! —Todos me observan y veo en sus miradas la duda—. Quiero hacerlo —anuncio decidida.

—¿Estás segura? —me pregunta Julio, acercándose a mí ilusionado.

—Sí, llevo mucho tiempo subsistiendo a través de las experiencias de los demás y ahora quiero ser yo quien experimente en primera persona lo que se siente al hacer una locura. Quiero sentirme viva.

—Te garantizo que no te vas a arrepentir.

Hugo sale del todoterreno y me pregunta:

—¿Segura?

—Del todo —respondo sin dudar.

—Muy bien, vamos a preparar el equipo —anuncia.

Julio los ayuda a sujetar las cuerdas a la barandilla del puente y, mientras veo cómo lo hacen, noto cómo mi cuerpo ha pasado de estar en un silencio sepulcral a oír cómo la corriente sanguínea se apresura por llegar al corazón, cogiendo velocidad en cada tramo y provocando en mí un repentino estado de euforia y nerviosismo. Las comisuras de mis labios ascienden como si estuvieran tirando de ellas por unos hilos invisibles. Cuando Julio se acerca a mí con el arnés, una risa nerviosa surge de la nada.

—¿Estás bien? —me pregunta mirándome a los ojos mientras tira de cada una de las correas.

—Sí —es lo único que puedo responder—. ¿Tú ya has saltado?

—Sí, muchas veces. Por eso sé que te va a gustar —afirma mientras veo cómo se coloca su arnés.

Luego coge mi mano y me acerca a la barandilla del puente. Yo asomo la cabeza y, al ver la distancia que hay, el pánico me obliga a retroceder instintivamente. Todos me observan. Hugo no está muy convencido de que sea capaz de tirarme.

—Tienes que estar convencida, Sara. No importa lo que tardes o si al final decides no saltar, pero no olvides que la decisión debe ser sólo tuya —me indica Hugo.

—¿Quieres que salte yo primero? —me pregunta Julio para tranquilizarme.

—¡¡¿Tengo que saltar sola?!! —exclamo angustiada.

—No tienes por qué. ¿Prefieres que saltemos juntos? —añade

extrañado.

—Es que, si depende de mí, sé que no voy a saltar, y quiero hacerlo. De verdad que quiero hacerlo.

—Está bien. Hugo necesitaremos los arneses de tobillos y otros elásticos, vamos a saltar juntos —anuncia Julio.

Veo cómo sus agiles manos vuelven a comprobar los bloqueadores, los mosquetones y las correas para que todo esté bien sujeto. Rápidamente desliza sus manos por mis piernas y me coloca en los tobillos el otro arnés. Cierra las correas y une el arnés de los pies con el de la cintura. Después repite la misma operación, se coloca el arnés y tira de los listones para comprobar que todo está como es debido. Julio me da la mano y me acerca a la barandilla.

—¿Preparada?

—Sí —respondo sin creerme aún lo que estoy a punto de hacer.

Hugo comprueba el arnés de Julio de nuevo y sujeta el mosquetón con la cuerda. Veo cómo Julio pasa al otro lado de la barandilla y eso hace que mi estómago se contraiga.

—Nosotros te ayudaremos a pasar, Sara. Una vez que lo hagas, colócate con la espalda apoyada en la barandilla. Tranquila, no te vamos a soltar. Uniremos tus pies y Julio se colocará frente a ti. Abrázate a él. Cuando estés preparada, él se soltará.

Hago lo que me dicen sin dejar de mirar a Julio, porque, si miro hacia abajo, sé que me entrará el pánico. Nuestras miradas se cruzan y es como si hablasen un lenguaje que sólo él y yo entendemos.

—Agárrate a la parte de atrás de su arnés —me indica Hugo cuando Julio se coloca delante de mí.

—¿Confías en mí? —me pregunta animado, con una sonrisa en los labios.

—Sí —respondo sin poder contener la emoción.

—Entonces, ¿nos dejamos caer? —añade para saber si estoy preparada sin dejar de mirarme.

—Contigo, al fin del mundo —contesto sin dejar de mirarlo.

—Pues volemos para llegar hasta allí —dice antes de soltarse.

Nuestros cuerpos caen al vacío. Instintivamente cierro los ojos, entierro la cabeza en su pecho y me agarro a Julio todo lo fuerte que puedo sin dejar de gritar. La adrenalina baña mis tejidos a una velocidad vertiginosa, consiguiendo revolucionar mi corazón hasta tal punto que creo que me va a estallar. Son sólo unos segundos lo que tardamos en caer, pero, durante ese período de tiempo, siento cómo toda tensión desaparece... y mis pensamientos más oscuros se volatilizan. Julio me abraza con firmeza y sus brazos aportan paz a mi torturado corazón y claridad a mis pensamientos, disipando todos los

miedos que albergaban ambos. Noto cómo mi cuerpo se relaja, abro los ojos y contemplo la misma radiante sonrisa que siento que se ha instalado en mi rostro. El descenso ha cesado, pero nosotros seguimos suspendidos en el aire. Julio levanta los brazos sobre su cabeza y grita eufórico, soltando todo el aire que había en sus pulmones. Nuestras miradas se cruzan y, sin poder evitarlo, hago lo mismo. Es fantástico verlo así y es fantástico sentirme como me siento a su lado.

—¡¿Qué?! ¿Repetimos?

—Creo que por hoy no quiero más sensaciones fuertes, pero te aseguro que habrá una próxima vez. Ha sido alucinante —respondo extasiada.

—La próxima vez, sola.

—Vale. Aunque echaré de menos tu cuerpo rodeando el mío —contesto sin saber si seré capaz de sentir la confianza que él me transmite.

Me gustaría poder explicar exactamente lo que he sentido mientras caía, pero creo que es indescriptible. La tensión que genera tu cuerpo antes de saltar no es comparable con la que experimentas cuando tu cuerpo cae al vacío. Porque en esos instantes no es sólo tu cuerpo el que cae en picado, sino también tus ataduras, tus mordazas y tus pesados y enquistados razonamientos. Las excusas que tú misma inventabas para no hacer lo correcto, desaparecen. Esas a las que te aferras para convencerte de que es mejor mantenerte en los límites de seguridad que ya conoces que encontrarte perdida sin saber cómo debes comportante ni hacia dónde debes dirigirte. Aquellas que te impiden ser libre. Y eso exactamente es lo que he sentido. La libertad y la sensación de estar viva por completo. Es como si algo te obligase a abrir los ojos después de haberlos tenido cerrados durante mucho tiempo. Y, aunque te duelan debido a la intensidad de los rayos del sol cuando éstos atraviesan tus pupilas, contemplas extasiada la belleza que te rodea y descubres que es una imagen que no quieres olvidar jamás. Es prodigioso experimentar la sensación de poder observar con cautela un escenario que no conoces y que te sorprende a cada paso. Te hace darte cuenta de que caminar por este nuevo terreno que desconoces no es tan malo como pensabas. Es más, te percatas de que es mejor que moverte por un lugar en el que, incluso a oscuras, sabes desenvolverte, y por el cual estabas demasiado acostumbrada a caminar entre tinieblas sabiendo que el temor y la desconfianza eran tus únicos compañeros de viaje.

Julio y yo permanecemos suspendidos en el aire. Y así, colgada boca abajo, me siento más protegida y segura de lo que me he sentido caminando sobre el asfalto a lo largo de mi vida. Poco a poco vamos

perdiendo altura.

—¿Qué ves? —me pregunta.

—Árboles —respondo sin saber a qué viene esa pregunta.

—Sí, pero ahora la perspectiva es diferente, ha cambiado. A muchos de ellos no les ves el tronco y, sin embargo, sabes que son árboles.

—Sí —confirmo sin saber a dónde quiere llegar.

—Con los problemas pasa lo mismo, Sara. No van a desaparecer porque los mires desde otro punto de vista, pero, al mirarlos desde otro ángulo, puede que veas particularidades que antes no alcanzabas a vislumbrar y, al tener una visión más completa de la situación, seguro que te resulta más fácil encontrar la solución. Lo que quiero decir es que hay que cambiar la manera en la que observas las cosas, porque ellas por sí solas no cambian —razona antes de que nuestros cuerpos aterricen lentamente sobre el suelo.

No le contesto, no quiero que nada me estropee este momento, aunque sé que tiene razón... pero ya pensaré en eso más tarde. Ahora quiero contener el entusiasmo que todavía siento todo lo que pueda. Y, en cuanto Julio me quita por completo el arnés, me abalanzo sobre él como un pequeño mono.

—Gracias, gracias y mil veces gracias —le digo enmarcando su cara y dándole un sonoro beso en los labios.

—Si llego a saber que ésta iba a ser tu reacción, te tiro antes por un puente —contesta antes de apoderarse de mi boca por completo.

—No lo digo sólo por el *puenting*. Lo digo por todo en general. Has conseguido que me vuelva a ilusionar y, lo más importante, que me sienta viva.

—No creo que eso lo haya conseguido yo, eso ha sido cosa tuya. El cambio, la perspectiva desde la que ves las cosas y la manera de enfrentarte a los problemas es algo personal. Nadie te puede ayudar, si tú no quieres.

—Vale. Pero tú has sido el detonante.

—No creo que tus amigas se quedasen de brazos cruzados —responde quitándose importancia por primera vez.

—No, pero, como bien has dicho, yo no las dejé.

En ese momento llegan Hugo y Sergio con el coche.

—¿Qué tal, Sara? ¿Te ha gustado? —quiere saber Hugo.

—La palabra «gustar» se queda corta. ¡Ha sido increíble! —respondo sin poder contener mi alegría.

—¿Para repetir, entonces?

—Puedes estar seguro, Hugo —contesto mientras Sergio y Julio terminan de recoger el equipo.

—¿Os acercamos? —propone Sergio.

—No, iremos caminando —contesta Julio.

—Vale, nos vemos allí, entonces.

Comenzamos a andar en silencio y observo lo bonito que es este lugar. Cuando hemos venido corriendo apenas me he parado a ver la vegetación que nos rodea, la tranquilidad que se respira.

—¿Por qué no?

—Por qué no, ¿qué? —pregunto sin saber a qué se refiere.

—Porque no dejaste que África y Lola te ayudasen.

—Es complicado —respondo, y al oírme decir eso, no puedo contener la risa.

—¿De qué te ríes?

—Lola suelta siempre esa respuesta cuando quiere evitar hablar del tema.

—¿Y tú lo estás haciendo ahora? —dice levantando las cejas.

—Sí, supongo que sí.

Entonces cojo una gran cantidad de aire y comienzo a explicarle la razón por la que a veces la amistad, inevitablemente, no es tan sincera como me gustaría.

—Imagino que al principio lo hice por cabezonería. Aunque te parezca absurdo, envidiaba la vida que ellas han tenido. No me juzgues por ello. Las quiero mucho, pero vivir tan de cerca algo con lo que yo he soñado toda mi vida era algo que no me resultaba sencillo. Primero fue África: tenía la relación perfecta y ella la empujaba al fracaso con sus celos. Y eso, no sé por qué, me molestó, aunque tuviera algún que otro motivo siempre he pensado que ella inició la ruptura que después vivieron. Y luego estaba Lola, que tenía infinidad de posibilidades y no aprovechaba ninguna. Eso me cabreaba muchísimo. No entendía su modo de vida, supongo que la novela romántica hizo mella en mí —digo encogiéndome de hombros con una leve sonrisa—. Pero el colmo de los colmos fue cuando Yago apareció. Tanto África como Lola consiguieron aquello que yo siempre he deseado: la una no lo valoró hasta que lo perdió y la otra se atrevía a rechazarlo una y otra vez. Viví con demasiada intensidad sus relaciones y no de la manera que me hubiera gustado. Por supuesto, de todo esto ellas no saben nada. La cosa es que, cuando vi la posibilidad de lograr lo que ellas tenían y a mi parecer no apreciaban como debían, me aferré a ello como a un clavo ardiendo, pasando por alto todo aquello que me disgustaba, ignorándolo e incluso justificándolo. Es como si quisiera mostrarles lo que era valorar y luchar por el amor, como si necesitara darles ejemplo de lo que era amar de verdad. Pero eso no era lo que hacía. Porque lo que hacía, en

realidad, era cavar mi propia tumba. Resultaba extraño, no me entendía ni a mí misma. Me alegraba mucho por ellas, pero a la vez me sentía desgraciada por no tenerlo. Tenía la estúpida idea de que, si pasaba por alto y quitaba importancia a los caprichos de Mario, tal vez conseguiría tener una relación parecida a la que ellas poseían, o incluso mejor. Porque, a mi parecer, ellas no eran capaces de valorar lo que realmente tenían. Me obcequé tanto en ese pensamiento que obvié tantas cosas... Es algo despreciable pensar algo así de tus amigas, ¿verdad?

—No. Nadie debe censurar cómo te sientes. Todos tenemos derecho a equivocarnos. ¿Y después...?

—¿A qué te refieres?

—Has comenzando diciendo al principio...

—¡Ah! Después lo que me sucedió es que me sentí culpable por no haberlas escuchado. Además, había permitido que Mario me distanciase de ellas. Así que... ¿quién era yo para pedirles ayuda cuando había desconfiado de su palabra? Estaba avergonzada por mi comportamiento, pero sobre todo por permitir que Mario dominase mi vida. Así que intenté solucionar por mí misma mis propios problemas, hasta que ya no aguanté más.

—¿Y qué te hizo cambiar de idea?

—Primero fue la enfermedad y la muerte de mi padre. Pese a que nos habíamos distanciado, África y Lola estuvieron a mi lado en todo momento, cosa que no hizo Mario. Él se justificaba diciendo que tenía fobia a los hospitales y puede que así sea, no lo sé. Eso lo podía llegar a entender e incluso respetar. Lo que no comprendía era cómo podía llegar a cuestionar siquiera qué iba a hacer después de trabajar. «¿Hoy también piensas ir al hospital?», me preguntaba mosqueado. No me decía nada más, supongo que mi mirada en esos momentos era la respuesta más clara y firme que ha obtenido de mí. Porque, simplemente con oírle formular la pregunta, me ofendía, me crispaba y se me envenenaba la sangre. Luego tuve una conversación muy constructiva con mi padre antes de morir y, por último, tú. Que alguien a quien ni siquiera conoces te aporte tanta seguridad y sin decir nada dé la solución, es como si te dieran con una pala en toda la cara. Ya te he dicho antes que tú has sido el detonante de que mi vida haya cambiado.

—Me alegra saber eso.

—A mí también —le contesto estrechando su mano, ya a escasos metros del almacén.

CAPÍTULO 32

Cuando llegamos al almacén, Hugo y Sergio nos esperan con unas cervezas para celebrar mi primer salto. Todos comienzan a relatar experiencias y me sorprendo al oír decir a Sergio que a él lo tuvieron que empujar la primera vez.

—Estaba completamente bloqueado; estaba dispuesto y tenía muchas ganas de probarlo, pero en el último instante fue como si algo se apoderase de mí y todo mi cuerpo se agarrotase... así que les pedí que me empujasen. Como la primera vez no hay ninguna, lo que sientes en tu primer salto es brutal y no llegarás a sentirlo jamás, Sara.

Pasamos el rato riéndonos mientras escucho asombrada la cantidad de deportes de riesgo que han practicado. *Rafting, motocross*, descenso de cañones, rápel, escalada y un largo etcétera, y es difícil no contagiarse de su entusiasmo al oírles hablar.

—Son muy majos —le comento a Julio al subirnos al coche.

—Son auténticos —me confirma él antes de arrancar el vehículo.

—Me alegro de no haber saltado sola —le confieso.

—¿Por qué? —me pregunta apartando la vista de la carretera por un segundo para mirarme a la cara.

—Porque, si la primera vez es inolvidable, no quiero olvidarme de lo que he sentido saltando contigo.

—Eso es fácil, bombón, porque yo soy difícil de olvidar —me responde exuberante, seguro de sí mismo, con una sonrisa perversa.

—Pero ¡cómo te lo puedes tener tan creído! —Suspiro con irritación.

—Porque creo que voy encabezando tu lista de primeras veces con éxito.

—¡Yo no tengo una lista de ésas! —apostillo.

—Pues deberías. Porque así te darías cuenta de que mi nombre aparece en los primeros puestos.

—Eres imposible —le digo dando un portazo al salir del coche. Julio se ríe al ver mi reacción y eso es frustrante.

—¡Venga, va! No te enfades, Sara. Si sabes que lo digo para hacerte rabiar.

—Lo sé, y eso es lo que más me cabrea, que yo entro al trapo todas las veces.

—Y eso me encanta —susurra cerca de mi boca, saboreando mis labios justo antes de que las puertas del ascensor se cierren—. No pienses ni por un segundo que ahora te vas a librar de mí tan fácilmente —me amenaza repitiéndome las mismas palabras que días atrás me dijo, agarrándome el culo mientras me atrae hacia su boca, divertido. Yo sucumbo a sus labios y los saboreo con sumo placer, pero, una vez que ya me doy por satisfecha, le respondo.

—No pretendo librarme de ti, pero me he propuesto ser yo misma y por ahora mi culo es sólo mío —contesto con chulería, añadiendo una frase nueva a lo que le respondí aquel día. Retiro su mano de mi trasero y salgo triunfal del ascensor, regodeándome por mi respuesta.

Cuando entramos en casa, ya son casi las nueve de la noche, así que me ducho deprisa, me pongo mi pijama de Betty Boop y preparo algo rápido de cena mientras él hace lo mismo. Julio se pone una camiseta de manga larga y un pantalón de deporte. Cenamos y nos sentamos en el sofá, cada uno a lo nuestro. Julio enciende la tele y yo escribo a las chicas.

Sara: Me muero de ganas de contaros lo que he hecho esta tarde.

África: Y nosotras de que nos lo cuentes.

Sara: He hecho *puenting*.

Lola: ¿Que has hecho qué? Tú estás loca, Sara.

Sara: Pues ha sido fantástico y es algo que volvería a repetir con los ojos cerrados.

Lola: Los orgasmos se te están acumulando en el cerebro y te están afectando, Sara. ¿Cómo se te ocurre saltar desde un puente?

Sara: Si me llegan a preguntar hace una semana si estaría dispuesta a hacerlo, os aseguro que mi respuesta hubiera sido un no rotundo, pero os puedo decir que no me he sentido más viva en toda mi vida.

África: Me alegro mucho por ti, Sara, eso es estupendo. Aunque creo que hay formas más seguras de sentirte viva.

Lola: Como por ejemplo... ¡Tachán, tachán! Premio para la señorita Jiménez por su respuesta: ¡¡¡a través del sexo!!!

África: En serio, Lola, estás obsesionada. Deberías hacértelo mirar.

Lola: Cierto, no te lo voy a negar, pero es algo que me encanta y a lo que no le voy a poner remedio. Y mañana, ¿qué vais hacer?

Sara: No me lo ha dicho y tampoco quiero preguntar. Prefiero no hacerme castillos en el aire.

Lola: No, mejor no te pongas el buzo de albañil, que nos conocemos. Lo que tú haces no son catillos, Sara, tú directamente construyes imperios.

Sara: Que pava eres, Lola.

Lola: Precavida, una palabra que deberías tener en cuenta.

Sara: Con Julio no hay lugar a dudas, te lo aseguro. Sé que este cuento idílico que estoy viviendo sólo durará una semana, así que tengo los pies en la tierra. No te preocupes.

África: Tampoco debes pensar así, Sara. Lo que debes hacer es disfrutar el momento como si no hubiera un mañana.

Sara: Y eso hago, África, aunque sabiendo que sí lo hay.

África: Bueno... ¿y qué? Aunque lo haya, no es necesario pensar en él.

Sara: Tienes razón.

Lola: Y siguiendo el consejo de África, deja de hablar con nosotras y esta noche folla y quema las pilas del vibrador como si no hubiera un mañana.

Sara: Eres de lo que no hay.

Escribo sin poder aguantarme la risa.

Lola: Yo, por si acaso, eso haré.

África: ¡Venga, pues! ¡Fiesta! Mañana, si es que existe, que nos quiten lo bailado... Ja, ja, ja.

Lola: Por supuesto.

Sara: Estáis como cabras.

Lola: Perdona, pero las que no hemos saltado por un puente somos nosotras, guapa.

Sara: Cierto, pero a vosotras no os hace falta para sentiros vivas. Toda tú eres un deporte de riesgo que Yago practica día sí y día también. Y África, ahora, está en fase de precalentamiento, porque, en cuanto Alma nazca, lo suyo pasará a ser deporte extremo.

Escribo mezquina, riéndome sin parar.

Lola: Pero qué graciosa está usted hoy, señorita Jiménez.

África: Sí, yo también me he percatado de ello, señorita García. ¿O deberíamos llamarla señora García para que se vaya acostumbrando?

Lola: Para vosotras, Maléfica a partir de ahora, si no os importa.

La pantalla del móvil se llena de risas por parte de las tres y es estupendo poder disfrutar de un momento como éste en mi casa y en compañía de alguien.

—¿De qué te ríes?

—De estas dos, que son la bomba —le respondo rodeando su cintura con los brazos y apoyando mi cabeza en su pecho. Julio me regala una sonrisa magnífica y coloca su mano sobre mi hombro mientras los dos vemos la tele.

—Me voy a la cama —anuncio después de un rato cabeceando en el sofá.

—Sí, yo también. Hoy ha sido un día de emociones intensas, así que deberíamos dormir.

Entramos en el dormitorio y cada uno se desplaza hacia un lateral de la cama. Nos ponemos uno enfrente del otro y Julio me pregunta:
— ¿Vas a dormir así?

—¿Así?, ¿cómo? —Veo cómo me señala toda entera y le contesto —: Es mí pijama, ¿cómo quieres que duerma?

—No sé —dice encogiéndose de hombros—. Lo que sí sé es cómo voy a dormir yo —añade quitándose la ropa. Yo me quedo boquiabierta viendo cómo Julio, con toda la naturalidad del mundo, se mete en mi cama completamente desnudo—. ¿No te acuestas? —me pregunta apartando la sábana y dando unos golpecitos en el colchón. Pero me cuesta un poco reaccionar a su invitación y Julio añade—: Venga, Sara, ya te dije que me gusta dormir desnudo. El primer día guardé las apariencias por respeto, pero creo que, después de lo de hoy, hay confianza suficiente, ¿no crees?

—Sí, sí —respondo automáticamente, metiéndome en la cama.

—¿Por qué duermes con pijama? —me pregunta confuso, apoyándose sobre un codo para mirarme.

—¡¿Y cómo quieres que duerma?! ¿Desnuda?

—Sara, vives sola y no encuentro razón para que uses esto en tu propia casa. No hay mayor placer que dormir como viniste al mundo.

—No lo sé. Nunca lo he probado.

—¡¿En serio?! —exclama sorprendido.

—En serio —contesto rotunda.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. ¡Me gusta dormir con pijama!

—Entonces hoy deberías quitártelo —anuncia con decisión.

—¡¿Cómo?! —digo perpleja.

—Tenía pensado que me pagases tu deuda de otro modo, pero creo que prefiero que sea así. Quiero encabezar esa lista de las primeras veces en todo tipo de circunstancias y ésta es una de ellas —afirma tirando de los pantalones de mi pijama hacia abajo—. Además, ya te has negado a pagar una deuda y no voy a consentir acumular ni una más.

—Está bien, está bien. Pero que conste que en tu última apuesta la victoria no ha sido muy legal —contesto apartando sus manos de mí y deshaciéndome de la ropa—. ¿Contento? —le pregunto cuando arrojo mi pijama y mis bragas al suelo.

—Mucho, gracias —responde sin hacer caso a mi comentario y dándome un beso rápido en los labios antes de apagar la luz.

Él adopta posición fetal y yo me tumbo boca arriba y contemplo la tenue luz de la luna que se filtra por mi ventana, dejándome llevar por mis pensamientos.

—Julio...

—Hummm... —me responde emitiendo un sonido con la garganta sin abrir la boca.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —planteo sin dejar de mirar el resplandor de su halo mágico.

—Dime —acepta con voz adormilada.

—¿Qué es lo que te gusta de mí?

—¿Que qué es lo que me gusta de ti? —repite incorporándose y encendiendo la luz para mirarme a los ojos—. ¿A qué viene eso ahora, Sara? —demanda confuso.

—No sé. Supongo que me cuesta entender cómo alguien como tú prefiere estar aquí en mi cama en lugar de en la de otra mujer.

Dicho esto, veo cómo se levanta de la cama, sale de la habitación y, después de un rato, viene con un rotulador de punta fina en la mano.

—Te voy a explicar qué es lo que me gusta de ti y por qué —me anuncia señalándome con el rotulador, antes de destaparme.

Julio se tumba a mi lado y apoya el rotulador sobre uno de mis pechos.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto apartándome un poco de él y del rotulador.

—Voy a darte mis razones y tú deberás estarte quieta —exige con firmeza y sin dejar lugar a la duda con su mirada.

Yo hago lo que me pide, aunque es complicado cuando el rotulador no deja de hacerme cosquillas. Aun así, permanezco quieta y Julio comienza a escribir sobre mi cuello.

—Me gusta tu boca porque mides cada una de las palabras que salen por ella, evitando dañar al que las escucha —susurra con voz ronca—. Me gustan tus pechos —declara comenzando a escribir sobre uno de ellos mientras la respiración se me acelera—, porque aquí guardas todo tu cariño y dulzura, pero también porque es donde nace tu sensualidad. Me gustan tus manos —manifiesta girando éstas y escribiendo en la cara interna de mi antebrazo— porque son sinceras y cálidas cuando me tocan, pero sobre todo porque, la inocencia e inseguridad que demuestran al hacerlo, me hacen pensar que es tu primera vez en muchos aspectos ¡Y eso me encanta! —«En otras circunstancias mi inexperiencia me hubiera avergonzado, pero en estos momentos es algo de lo que no sólo se enorgullece Julio, sino también yo»—. Me gusta tu vientre —continúa escribiendo justo encima de mi pubis—, porque hay más fuego del que piensas dentro de él. —Noto cada trazo que surca mi piel y siento en mis entrañas ese calor del que habla Julio—. Me gustan tus muslos —confiesa

apoyando el rotulador muy cerca de mi ingle y consiguiendo que mi interior se humedezca—, porque son la entrada a un placer prohibido y puro. Y me gustan tus pies —expresa escribiendo en mi empeine—, porque nunca dejaron de caminar pese a las ataduras que te creaste y los obstáculos que te encontraste en el camino. —Julio se detiene, se acerca a mi cara y me besa con ternura los párpados antes de decirme —. Me gustan tus ojos, porque en ellos se puede apreciar la ilusión y el deseo. —Nuestras miradas se cruzan y por un segundo espero que aprecie lo que acaba de decir, porque yo anhelo sus brazos, su cuerpo, sus labios y todo su ser. Pero, si lo percibe, no lo demuestra, porque me pide que me dé la vuelta y, rotulador en mano, sigue escribiendo en mi piel como un artista sobre un lienzo en blanco—. Me gusta tu espalda, porque refleja la dureza de tu espíritu y, sin perder su grandeza, reclama unos brazos que la arropen cuando tiene frío y un cuerpo que la proteja de las adversidades. Y, por último, pero no menos importante, me gusta tu culo, porque, sencillamente, me vuelve loco y no veo la ocasión de probarlo —añade con una mirada perversa, comenzando a escribir justo en la línea central de mi trasero mientras introduce el pulgar de la mano izquierda en mi interior y abraza con el resto de sus dedos todo mi sexo, masajeando con su dedo corazón ese punto donde se concentran todas las terminaciones nerviosas. Instantáneamente mi cuerpo convulsiona y todo aquello que he intentado contener desde la primera palabra que escribió en mi cuerpo explota de manera inesperada. Sin darme tiempo a reaccionar, Julio me da la vuelta, se estira para coger un condón de mi mesilla y se lo pone rápidamente. Segundos más tarde, siento cómo me llena por completo con una estocada certera y sus caderas comienzan a menearse rítmicamente hasta que esta vez los dos compartimos un orgasmo perfecto y contundente. Julio se echa a un lado con la respiración agitada y la mirada perdida, paladeando este instante. Su mano se posa en uno de mis pechos y nuestras miradas se cruzan sin poder dejar de sonreír ninguno de los dos, mientras ambos nos evadimos en nuestro propio mundo.

—Hazme una foto —le pido risueña después de un minuto.

—¡¿En serio?! —dice sorprendido, saliendo de su trance.

—Quiero guardar este momento para recordarlo cuando sea mayor y la memoria me falle —le explico acercándole mi móvil y poniéndome de pie sobre la cama, posando con brazos y piernas extendidos para que se pueda leer claramente cada una de las palabras que poseo en mi cuerpo. Pero la emoción del momento nos envuelve y Julio comienza a hacerme un reportaje fotográfico, mientras yo poso como una auténtica modelo, sexy y atrevida. Al final Julio tira de mi

mano, obligándome a caer encima de él, y entre risas devora mi boca, antes de que el cansancio se apodere de nosotros.

Apago la luz y, justo cuando la respiración de Julio comienza a ser más profunda, le digo: —Acabo de decidir que quiero hacerme un tatuaje.

—Me parece perfecto, mañana llamo a un amigo que conozco —me responde somnoliento.

Satisfecha y tranquila, contemplo la serenidad de la luna, que hoy descansa tan plácidamente allí arriba como yo aquí abajo, confirmando lo sencillo que sería vivir al lado de Julio. «Él posee la seguridad y madurez de un hombre de cuarenta y cinco años encerradas en un cuerpo de veintitrés», pienso fascinada mientras mis párpados se van cerrando.

CAPÍTULO 33

A la mañana siguiente, el olor a tostadas y café recién hecho me despierta. Salgo de la cama y, antes de dirigirme a la cocina, estoy tentada de ponerme el pijama que abandoné ayer al pie de la cama, pero hago caso omiso de él y, decidida, camino en dirección hacia el lugar del que procede ese agradable aroma.

—Bonita imagen —le digo desde la puerta, disfrutando de la desnudez del cuerpo perfecto que se pasea grácilmente por mi cocina.

—Cierto. No se me ocurre mejor imagen al despertar que la que ahora mismo contemplo —responde al girarse y observarme, apoyando su cuerpo en la encimera.

—*Touché*. Me ducho en cinco minutos y desayunamos —le anuncio dirigiéndome al baño.

—Perfecto.

Salgo de la ducha y todavía tengo restos de las razones por las que le gusto a Julio. Es imposible borrar el rotulador. «Aunque tengo que reconocer que tampoco me he esmerado mucho en eliminarlo», pienso contemplando el mapa que hay sobre mi cuerpo. Me pongo lo primero que pillo en el armario: unos *leggins* negros y una camiseta blanca con unos labios rojos de lentejuelas mordiéndose el inferior. Cuando vuelvo, Julio ya está vestido con unos vaqueros y una camiseta negra ajustada con la que está guapísimo.

—Muy sugerente, tu camiseta —dice imitando el dibujo.

—La compré hace tiempo, pero todavía no la había estrenado. Mario debió de pensar lo mismo que tú —le digo sentándome en la mesa.

—Es que esos labios tienen un lugar privilegiado —añade fijándose en mi pecho.

—Quiero hacerme un tatuaje —digo cambiando de tema, sin dar importancia a lo que me dice.

—Pensé que lo había soñado, pero ya veo que no.

—Estoy decidida —contesto convencida, mientras unto mantequilla en mi tostada.

—¡¿En serio?! —responde sorprendido, mirándome a los ojos.

—En serio. Y quiero hacerlo antes de que me arrepienta. Siempre me han gustado, pero nunca me he atrevido a hacerme ninguno. Para empezar, porque mi padre me hubiera matado si llego a aparecer con uno. Ya montó en cólera cuando Nieves se puso un pendiente en el ombligo y estuvo a punto de arrancárselo cuando se lo vio. Así que no quiero ni imaginar lo que me hubiese hecho si llego a entrar en casa con un tatuaje. Seguramente hubiera sido capaz de borrármelo a base de estropajo y juego de muñeca. Y puede que ahora se remueva en su tumba, pero, aun así, quiero hacérmelo —anuncio ilusionada.

—A mí me los ha hecho un amigo y, si estás segura, lo llamo. Con un poco de suerte hoy mismo te tatúa. Pero ten en cuenta que un tatuaje es para toda la vida y debes hacerte algo que para ti tenga significado.

—Quiero tatuarme lo mismo que tú, si no te importa. Pero no sólo porque me gusta el significado de esas frases, sino porque, para mí, representan el principio del fin. A partir de hoy voy a serme fiel a mí misma, a lo que quiere y le gusta a Sara Jiménez. Y, si en algún momento se me olvida, quiero tener algo que me lo recuerde.

—Me parece una razón estupenda, Sara. Pero, aun así, debes meditar sobre lo que quieres tatuarte —dice levantándose a dejar la taza en el fregadero—. Voy a llamarlo.

—Perfecto —le respondo antes de terminar de desayunar tranquilamente, mientras lo oigo hablar por teléfono.

—Tiene un hueco a las doce, si estás convencida —me informa sin colgar.

—Dile que allí estaremos.

No está muy lejos, así que Julio me propone ir andando y, cuando pasamos junto al banco donde comenzó todo, mi mente hace una recapitulación de lo que ha pasado desde que Julio me habló por primera vez y descubrió en mí a esa chica que yo no era capaz de ver en aquellos momentos. Esa chica que, aunque se había propuesto ser la pareja perfecta, estaba pagando un alto precio por ello, porque estaba perdiendo parte de la esencia que le permitía ser ella misma. Esa esencia que había entregado a un hombre que no había sabido apreciar el valor que tenía aquella mujer con la que convivía. No sabía ver que esa mujer ya no se estremecía bajo sus manos. No sabía ver el esfuerzo que hacía para recuperar algo que creía que entre ellos dos había existido. Pero, al recordar eso, ahora me permito reconocer que la única persona que no veía todo aquello no era él, sino yo. Porque era yo la que vivía en una mentira; era yo la que cerraba los ojos y apretaba los dientes cuando él invadía mi cuerpo y yo deseaba que ese momento acabase lo más rápido posible para poder seguir soñando

con un hombre de verdad. Un hombre que, aunque no me amase como yo deseaba, me hiciera sonreír cada día como lo hace Julio. Uno que volviera a conseguir que la ilusión se instalase en mi corazón de nuevo y me enseñase a disfrutar de los pequeños detalles de la vida. Esos detalles con los que tantas veces había soñado y tantas veces me habían arrebatado.

Media hora después llegamos a la calle. Una vez allí, nos dirigimos a la tienda, donde en el escaparate se puede leer «Tatoo».

—Miguel es un crack con las agujas, ya lo verás —me comenta emocionado mientras esperamos a que nos abra.

—¿Las has conseguido? —le pregunta Miguel a Julio a modo de saludo.

—¿Alguna vez te he fallado? —le responde entregándole unas entradas del Cirque du Soleil.

—No.

—Entonces... ¿por qué dudas de mi palabra?

—Porque eres un niñato malcriado —le responde agarrándole la cabeza con su brazo tatuado y frotándole el cuero cabelludo con los nudillos de la otra mano de forma amistosa—. Hola, soy Miguel —se presenta mirándome sin soltar a Julio—. Imagino que eres Sara.

—Sí, así es.

—¿Qué tal Clara?

—Mejor que nunca, Julio. No veas la ilusión que le va a hacer —dice alzando las entradas—. Pasad por aquí —nos pide cerrando la puerta con llave.

Lo primero que me llama la atención es que Miguel es mayor que yo y, aun así, se nota que entre ellos hay una amistad muy cercana. Tiene la cabeza rapada y lleva menos tatuajes de los que yo hubiera imaginado para alguien que se dedica a esto. En la muñeca derecha lleva tatuado una especie de dibujo azteca o maya, nada sobrecargado. Es un dibujo bonito, de líneas definidas. Cuando Julio mencionó que tenía un amigo tatuador, pensé que sería más o menos de su edad. Y tengo que reconocer que verlo más mayor me tranquiliza, pues, aunque estoy decidida, no deja de asustarme el no saber si me dolerá o no y si seré capaz de soportarlo.

Es una tienda pequeña. Hay un mostrador frente a nosotros; en un rincón veo un sillón orejero de múltiples colores que resalta con las imágenes que aparecen en la pared de los diferentes tatuajes. Junto al mostrador veo una puerta, hacia la que nos encaminamos.

Miguel va delante, y eso me permite ver el tatuaje que lleva justo en la parte alta de la nuca, unas letras en sánscrito.

Entramos en una sala más amplia que la anterior y en la que hay

una camilla articulada con reposabrazos, una encimera con un lavabo, un espejo y un pequeño sofá. Julio lo señala y, desde el marco de la puerta, me pregunta:

—¿Quieres que me quede o estarás más cómoda si me voy?

—No, quédate. De todas maneras, esto surgió por ti.

—Julio me ha dicho que quieres que te haga los mismos tatuajes que le hice a él, aunque yo no te lo aconsejo —dice Miguel, sentándose en un taburete que hay junto a la camilla.

—¿Por qué lo dices? — pregunto confusa, sentándome en ella.

—Un tatuaje simboliza algo importante para la persona que se lo hace. Con eso no digo que lo que Julio lleva tatuado no te sirva, pero creo que debes encontrar algo con lo que te identifiques. Si no, con el tiempo puede que te canses y te arrepientas de él.

—Eso le he dicho yo también —interviene Julio, sentándose en un sillón que hay junto a la puerta.

—Os aseguro que peores decisiones he tomado. Pero de camino aquí he estado reflexionando sobre todo lo que he vivido hasta ahora y tengo claro que quiero una frase que signifique lo mismo o similar a lo que él lleva, aunque no hace falta que sea el mismo texto.

—¿Y qué has pensado?

—No lo tengo claro. Me gustaría algo que me recordase esta mala etapa que he pasado para que no me olvide de mí y de que debo aprender de ella. Hay una frase de Walt Disney que me ha gustado mucho desde niña. Es algo que nos dijo una vez mi madre, y mi hermana y yo lo repetíamos todas las noches que mis padres discutían. Era como un rezo para alejar esa pesadilla que estábamos viviendo en la vida real y que nos permitía pensar que, en el país de los sueños, éramos libres para ser y hacer lo que quisiéramos. «No duermas para descansar, duerme para soñar. Porque los sueños están para cumplirse.» Pero, aunque la frase me gusta para mí, no tiene relación con esta etapa de mi vida, así que no me sirve.

—¿Qué te parece... «Recréate en tus errores, pero no para autocompadecerte, sino para hacerte más fuerte»? —me propone Julio desde el sillón.

—«Asume, acepta y aprende de tus errores, porque, cuando lo hagas, resurgirás con más fuerza, y esa fuerza te permitirá ser libre para soñar» —recita Miguel.

—¡Ya la tengo! Se me acaba de ocurrir la frase perfecta para mí —anuncio ilusionada.

—¿Y cuál es? —plantea Julio, curioso.

—«Para vivir un sueño no basta con rozarlo o creer alcanzarlo. Para ello debes sentir la magia de cada pequeño detalle día tras día y

aprender tanto de tus errores como de tus aciertos, porque ellos serán los que te llevarán a descubrir el auténtico nirvana.»

—Me gusta —afirma Miguel.

—Y a mí —respondo contenta.

—Es perfecta, Sara —me dice Julio con admiración, acercándose a mí.

—Muy bien. Entonces pongámonos a ello. ¿Dónde te gustaría hacértelo?

—En un costado, en el izquierdo.

—El texto es largo, por lo tanto debo comenzar bastante arriba. Por aquí exactamente —me explica indicando el lateral de mi pecho —, a no ser que quieras resumir la frase.

—No la quiero resumir —niego convencida—. Ahí me parece perfecto.

—¿Tipografía?

—Quiero el mismo tipo de letra que lleva Julio.

—Muy bien.

Veo cómo Miguel escribe el texto en una plantilla y, mientras lo hace, Julio se recuesta sobre mí y me susurra al oído:

—Es cosa mía o hablas de mí en el texto.

—Por supuesto que es cosa tuya —respondo firmemente, intentando ponerme seria.

—¡Ya! —contesta con una sonrisa de satisfacción, sabiendo perfectamente que forma parte de él.

—Listo —anuncia Miguel enseñando la plantilla.

Me quito la camiseta, me recuesto en la camilla y Julio desabrocha mi sujetador para que Miguel pueda trabajar mientras yo me sujeto el pecho con una mano.

—¡Quieres apartar tus manos de ella! Siéntate ahí y no la pongas nerviosa —le indica.

Miguel impregna una gasa con alcohol y la arrastra por toda la superficie de mi piel, para limpiarla.

—Esto está frío —anuncia aplicándome un líquido para transferir el texto de la plantilla a mi costado—. ¿Qué tal ahí? —me pregunta. Yo me pongo de pie y me contemplo frente al espejo, emocionada.

—¿Te gusta? —me dirijo a Julio, girándome hacia él para que pueda observarme.

—Me encanta; estoy deseando pasar la lengua por esas letras. — Oírle decir eso hace que en mi interior crezca más ilusión si cabe.

—Te recuerdo que vas a tardar días en poder hacer eso —lo advierte Miguel, levantando su dedo índice, pero él no le hace ni caso y sigue mirándome.

Me recuesto de medio lado en la camilla sin perder la conexión con Julio y él me regala una sonrisa de esas que iluminan mi día, mi alma, y que consiguen hacerme sentir esa magia de la que habla mi tatuaje.

—Vamos allá —anuncia Miguel con sus manos enfundadas en unos guantes negros y sujetando la máquina de tatuar en la derecha y una gasa en la izquierda—. ¿Preparada? —me pregunta para asegurarse de que no cambio de idea.

—Más que nunca.

—Muy bien —responde.

Oigo el sonido que emite la máquina y tengo que reconocer que el estómago se me contrae ante el eminente dolor, pero eso no me hace cambiar de idea. Ni eso, ni sentir cómo la aguja atraviesa mi fina piel una y otra vez, desgarrándola en cada trazo, para marcar ese texto que tanto deseo llevar en mi cuerpo y repetirme, cuando mis fuerzas flaqueen y mi ilusión desaparezca. «Quiero que me recuerde lo que soy, lo que he sido y lo que no quiero volver a ser.» Ese pensamiento me lleva a hacer un pequeño análisis de lo que me ha llevado a esta situación.

Yo siempre he soñado, o envidiado mejor dicho, lo que mis amigas poseían. Ahora me doy cuenta. De pequeña admiraba a sus familias. Lola tenía un padre y una madre maravillosos y África, una familia que la adoraba. Es cierto que, con el tiempo, Lola se quedó sola y los padres de África nunca la han comprendido como ella desearía, pero eso lo ves a largo plazo. Mi padre, como buen militar que era, siempre estaba dando órdenes y exigiendo que se cumplieran. Encontró a la mujer perfecta, esa que supo aguantar sus excentricidades con paciencia y comprenderlo, tanto a él como a sus hijas. Pero es ahora cuando me doy cuenta de que, a su manera, nos han querido más de lo que en aquellos tiempos pensaba. Luego, cuando crecimos, Lola era la que deslumbraba, África la divertida y yo... simplemente era yo. No llamaba la atención ni por lo uno ni por lo otro. Con el tiempo acepté mi papel y creo que me convertí en la dulce y comprensiva Sara. Un rol en el que me encuentro muy a gusto y considero que forma parte de mí, pero hay momentos en los que tengo tan asumido ese papel que me olvido de que existo, me olvido de mí misma, anteponiendo los deseos de los demás a los míos propios. Más adelante, África conoció a Juan, y yo anhelaba poder tener una relación como la que ellos poseían o a alguien en quien apoyarme, como tenía Lola con Marcos, aunque no entendía muy bien su relación. Y, al aparecer Yago, yo necesité o creí necesitar a alguien a mi lado a cualquier precio. Creo que pensaba que, de esa manera, alcanzaría la felicidad de la que ellas disfrutaban. Como amiga me alegraba de lo afortunadas que eran y

por eso me empeñé en que debía conseguir lo mismo sin importarme el precio que debía pagar a cambio. Me esforcé tanto en desarrollar ese aspecto de mi personalidad que he permitido que personas como Mario se aprovechen de mí. Me olvidé de mis propios sueños y de ser feliz. A veces me engañaba; me convencía diciéndome que, disfrutando de los sueños de los demás, era como vivir los míos. Pero eso sólo me permitía rozar o incluso alcanzar la felicidad de forma efímera, porque esa felicidad se esfumaba rápidamente cuando la realidad me ponía en mi sitio... para darme cuenta de que eso que estaba viviendo no era un sueño, sino una pesadilla. Aun así, me obcecaba y me esforzaba más aún en tener algo que, a mi parecer, debía tener. Y es que muchas veces nos dejamos arrastrar por la sociedad y, si llegamos a una edad en la que todas nuestras amigas comienzan a tener una vida estable, nos sentimos como el bicho raro... y no nos percatamos de que ese bicho raro sólo está en nuestra cabeza, porque peor es vivir una vida que no te corresponde... adoptar un papel por el cual no te van a dar un Oscar, pero que consideras que es la mejor interpretación que has hecho nunca. Nos engañamos a nosotros mismos tan sólo por sentirnos un poco más integrados en esta sociedad de locos, donde el más cuerdo es aquel que va contracorriente, porque es el único que realmente está siendo dueño de su vida y, sin embargo, por extraño que parezca, es al único al que tratamos de demente.

Y ésta es a la conclusión que he llegado después de muchos años de fracasos y gracias a un hombre que me hace sentir esa magia que sienten aquellas personas que son amadas. Un hombre de veintitrés años que es más hombre que muchos de más edad que he conocido y que es tachado de loco simplemente porque hace lo que realmente le hace feliz, sin importarle lo que opinen los demás o lo que se espera de él, porque, como él dice: «Al único a quien tengo que dar explicaciones sobre mis acciones, es a mí mismo y hoy por hoy tengo la conciencia tranquila». Julio me ha obligado a mirar en mi interior y me ha ayudado a rescatar aquellas cualidades que se me había olvidado que poseía, porque con el paso del tiempo yo misma permití que alguien las enterrase muy profundo. «Tal vez no me ofrezca lo que yo siempre he soñado, pero ¿vivir un sueño no es aquello que te hace feliz? —me pregunto—. Entonces, qué más da si lo has soñado o no anteriormente. La cuestión es que te haga sonreír a la vida y que te enseñe a ver luz donde antes sólo veías oscuridad. Y en la actualidad eso es lo que me está ofreciendo Julio. Así que, ¿por qué no aceptarlo?», pienso mientras Miguel termina de dar los últimos retoques a mi cuerpo.

—Lista —anuncia acercándome un espejo para que contemple cómo ha quedado.

—Es perfecto, Miguel, muchas gracias —digo entusiasmada al leer cada una de las palabras.

Tengo la piel enrojecida e hinchada y la mandíbula me duele de tanto apretarla para soportar el dolor sin rechistar, pero este dolor me llena de gozo y estoy orgullosa de haber sido capaz de aguantarlo.

—Te lo voy a tapar con un plástico y debe estar así veinticuatro horas. Después debes aplicarte esta crema tres veces al día durante varios días.

—Trae, de eso me encargo yo, no te preocupes —interviene Julio cogiendo el tubo de crema que Miguel tiene entre las manos.

—Es muy importante hidratar y limpiar muy bien la piel, ya lo sabes —le recuerda Miguel a Julio.

—Sí, ya lo sé. No te preocupes —le responde en tono cansino.

—Te dejo en buenas manos, Sara. Ha sido un placer conocerte —me dice mientras se quita los guantes y se lava las manos.

Yo me levanto y observo orgullosa, frente al espejo, mi tatuaje. Con cuidado, me pongo la camiseta. Noto cómo mi piel se resiente con cada movimiento, pero estoy tan satisfecha de lo que acabo de hacer que mi mente acalla sus quejidos al instante.

Cuando salimos, Julio se acerca a mí con sumo cuidado y me susurra al oído:

—Sabía que eras una luchadora, pero no pensé que te ibas a convertir en mi heroína.

—¿Heroína? —pregunto sorprendida.

—Has aguantado estoicamente y sin rechistar ni un solo momento. ¿Tú sabes lo que me quejé yo? —dice tocándose el pecho—. Lo hemos estado comentando Miguel y yo, pero tú parecías estar en trance.

—Estoy acostumbrada a soportar el dolor. Tan sólo es eso —contesto restándole importancia.

—Pues eso debe cambiar. A partir de ahora vas a rebelarte contra el dolor, porque a partir de este preciso instante debes acostumbrarte a sonreír. Te lo acabas de tatuar, ¿recuerdas? —comenta con una sonrisa centelleante de oreja a oreja. Una de esas sonrisas contagiosas que dan alas a tu corazón y hacen que crezca la ilusión y las ganas de vivir intensamente.

—Esta tarde quiero quedar con África y Lola, me apetece enseñarles mi *tatoo*. ¿Te apetece venir?

—Claro. Aunque igual después quedo con Fer para ver lo que han hecho estos días en la academia.

—Si habías quedado con tus amigos, por mí no tienes que cambiar

tus planes, ¡¿eh?! —le aclaro.

—Qué poco me conoces, Sara. Si no me apeteciera ir, no iría, eso te lo aseguro. No acostumbro a hacer ni decir lo que se espera de mí, sino todo lo contrario: suelo salirme con la mía muy a menudo, si me lo permiten —me responde colocándose frente a mí y uniendo su frente con la mía—. Además, debo asegurarme de que te curas bien el tatuaje —añade antes de darme un beso rápido en los labios.

—Creo que se te permite demasiado —respondo riéndome.

—Hay veces en las que, para conseguir ciertas cosas de ciertas mujeres, hay que cruzar una delgada y fina línea con pies de plomo. Sin embargo, si se logra realizar con éxito esa incursión, se deben olvidar las ñoñerías e ir directamente al grano, que es lo que más me gusta a mí —comenta apoderándose por completo de mi boca y rodeándome con sus brazos, mientras una de sus manos se comienza a perder dentro de la parte trasera de mi pantalón.

—Demasiada experiencia tienes tú en estas cosas, me parece a mí —le contesto retirando su mano de mi culo, pero deseando que llegue el momento de sentir toda su maestría de nuevo.

CAPÍTULO 34

Sara: ¿Os apetece que quedemos esta tarde?
África: No tengo ningún plan, así que perfecto.
Lola: Cómo se nota que no estáis trabajando.
Sara: Me gustaría contaros mis avances a las dos, pero, si Lola no puede, lo dejamos para otro día.
Lola: Estoy muy liada, pero eso no me lo pierdo por nada del mundo. Tiene usted mucho que contar, señorita Jiménez.
Sara: Demasiado, diría yo.

Respondo tocándome mi tatuaje por encima de la ropa con suavidad.

Lola: Esto promete y eso me encanta. ¿Hora?
África: ¿A qué hora saldrás de trabajar, Lola?
Lola: Yo calculo que, si como en el hotel, para las seis estaré fuera.
África: Perfecto. A esa hora entonces.
Sara: Allí estaremos.
Lola: Nos vemos luego.

—Hemos quedado a las seis —informo a Julio.

—Entonces igual quedo antes con Fer y luego acudo a casa de África, ¿te parece?

—Por mí, bien. Así me echo la siesta un rato. —De camino a casa, pregunto—: ¿De qué conoces a Miguel?

—Es el padre de una de las niñas del hospital. Por suerte, a Clara hace tiempo que no la vemos por allí.

—¿Y las entradas?

—Miguel quiere llevarla a ver el Cirque du Soleil. Tenemos unos fondos en los que las familias que quieren participar ingresan una cantidad simbólica al año. Es voluntario. Todo aquel que entra en el proyecto en el que participo con mi madre se puede beneficiar de ese

dinero que recaudamos.

—¿Y para qué se emplea ese dinero? ¿Para investigación?

—No, esa pasta sólo se emplea para crear ilusión. Para los tratamientos médicos están las campañas solidarias y las asociaciones. Nosotros queremos que los niños no dejen de ser niños tan sólo por estar enfermos. Ellos, más que ningún otro, deben seguir siéndolo y por ello cada año se compran juegos, películas, libros, etcétera. También se sortean, entre todas las familias que han pasado por la sala, unas entradas para un espectáculo, un concierto, salidas al aire libre... La actividad que se sortea depende del dinero del que disponemos cada año.

—Entonces, ¿a Miguel le han tocado las entradas?

—No. Otra de las tareas de las que nos ocupamos es de conseguir descuentos y lugares privilegiados para esos espectáculos —me responde abriendo la puerta de mi piso y dejándome pasar.

—¡Ah, ya entiendo! Me parece un proyecto muy bonito, Julio. Y eso explica por qué en muchos aspectos te veía demasiado sensato para tu edad.

Julio me mira con cara extrañada y me pregunta:

—¿Te acuerdas que te conté que mi madre me otorgaba ciertos privilegios si yo cumplía ciertas obligaciones?

—Sí —respondo.

—Pues ésta es una de ellas —me aclara—. Cuando mis padres se divorciaron, mi madre me obligó a colaborar en este proyecto para ayudarme a encauzar mi vida, a asimilar mejor la separación. Al principio sólo acudía como oyente, pero poco a poco fui conociendo a los niños, observando sus reacciones y empatizando con ellos. Así que, sin pretenderlo, me fui involucrando hasta las cejas, llegando a ser una parte importante en sus vidas, y eso es algo maravilloso. Fue en esa época cuando conocí a Miguel. Ahora, como comprenderás, no es una obligación, sino un privilegio.

—¿Podría colaborar? —pregunto animada.

—¡Claro! Estaríamos encantados, toda ayuda es poca.

Durante toda la comida hablamos del proyecto y de los niños, y veo la ilusión en sus ojos cada vez que me cuenta una anécdota o hace un comentario de los muchos críos con los que ha estado. Se le nota que le fascina la idea de ser, de alguna manera, alguien esencial en la vida de esos pequeños, alguien que aporta color a sus oscuras vidas.

Julio se acaba de ir y yo aprovecho para dormir un rato antes de ir a casa de África.

A las seis menos cuarto llego a su casa.

—Pensé que Julio vendría contigo —me dice ella al abrirme la

puerta.

—Ha quedado con un amigo, vendrá luego.

—Bueno, mejor, así hablamos más tranquilas —comenta justo cuando el timbre suena—. Es Lola —anuncia África dejando la puerta del piso abierta para no tener que volver a levantarse cuando ésta llegue—. Bueno... cuenta, ¿qué tal con Julio? —pregunta intrigada.

—Alucinante —respondo con ilusión. Justo entonces entra Lola.

—¿No estaréis hablando del yogurín sin mí, verdad? —suelta Lola mirando hacia todos los lados, asegurándose de que Julio no está y ella no ha metido la pata.

—Aún no. ¿Y Yago? —responde África.

—Lo he dejado trabajando. Pasará luego a buscarme. He traído palmeras de chocolate, así que voy a preparar café —anuncia Lola dirigiéndose a la cocina.

—Yo no quiero café, Lola. Tráeme agua, por favor —le pide África.

—Espera, Lola, te ayudo —me ofrezco levantándome del sofá y andando con las piernas exageradamente abiertas. Las dos me miran con los ojos como platos y la boca entreabierta, y en sus mentes sé lo que están pensando. Entonces, sin poder aguantar más la risa, comienzo a dar saltos sin poder parar de reír.

—Te juro que pensaba que el semental te había dejado escocida —exclama Lola contagiada por mi risa.

—Queréis parar ya, que, si me río mucho, tengo escapes —nos riñe África, poniéndose las manos entre las piernas. Pero su comentario empeora la situación y las tres nos reímos a carcajadas. Lola entra en la cocina y yo me vuelvo a sentar.

—Ni se os ocurra hablar una palabra hasta que yo me siente con vosotras —amenaza Lola, trayendo las tazas mientras se prepara el café.

—¿Dónde está Juan? —pregunto al no verlo.

—En la oficina. Tenía que terminar no sé qué y, como veníais, ha preferido hacerlo allí. Así que estamos solas —anuncia África, frotándose las manos, nerviosa y ávida de información.

—¿Y bien? Cuéntanos qué es lo que habéis hecho estos días —interviene Lola cogiendo una palmera.

—Julio es increíble. No os podéis ni imaginar lo bien que me siento a su lado. Es divertido, cariñoso, comprensivo...

—Bueno, bueno... eso sí que nos lo podemos imaginar. Lo que queremos escuchar es cómo se maneja en horizontal, Sara —me corta Lola—. ¿Cómo os fue con mi pequeño detalle? —pregunta con una mirada sucia y chispeante.

—Estuvo bien, pero los he tenido mejores —contesto

diabólicamente, sin poder contener la risa.

—¿Cómo que los has tenido mejores? ¿Cuántos exactamente?

—No los he contado, Lola, pero puedo decirte que, a cada cual, mejor, y que en todos me he sorprendido. Julio es exquisito —añado mientras saboreo mis recuerdos.

—Mientes como una bellaca. No me creo que no los hayas contado —suelta Lola, escéptica.

—¡Bueno, vale! Los he contado, pero sólo porque me parece increíble.

Entonces levanto mi mano, extendiendo cinco dedos sin poder contener una risa nerviosa mientras el rubor se instala en mis mejillas.

—¡Cinco! —exclama Lola alegremente—. Cinco en menos de tres días no está nada mal. Pero, mírala, si ahora nos va a tener que dar clases —bromea riéndose mientras le da un codazo a África, que no reacciona.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, pero según formulo la pregunta veo la respuesta.

—Pensaba que se me había escapado pis al reírme tanto, pero creo que esto ya no es pis —responde alarmada.

— ¡Joder, África, has roto aguas! —exclama Lola asustada.

—Tranquilas. ¿Tú estás bien? ¿Te duele algo? —le pregunto intentando controlar la situación.

—No, no. Estoy perfectamente... pero no me tocaba hasta dentro de tres semanas.

—No pasa nada. Lola, llama a Juan, dile lo que sucede y que la llevamos al hospital. África, ¿necesitas qué llevemos algo? Pijama, zapatillas... no sé...

—Sí, sí. Lo tengo todo preparado en la habitación de Alma.

—Perfecto —digo dirigiéndome hacia allí.

—Juan no me coge el teléfono —anuncia Lola, nerviosa—. Voy a enviarle un mensaje.

—Voy a cambiarme de ropa —dice África señalando su pantalón mojado mientras se dirige a su habitación.

—Vale, te esperamos aquí. Si necesitas algo, nos lo dices.

Lola vuelve a llamar a Juan, pero éste sigue sin cogerlo.

—¿Por qué tarda tanto? —me pregunta Lola, histérica.

—Creo que se está duchando.

—¡¿Cómo que se está duchando?! ¡Pero ¿para qué se ducha ahora?! Voy a llamar a Marcos y que lo tengan todo preparado para cuando lleguemos.

—Lola, tranquilízate —le ordeno a punto de perder los nervios yo también.

—Está bien, está bien, ya lo hago —acepta sentándose en el sofá.

Cuando al fin África se decide a bajar, cogemos las cosas y nos vamos para el hospital. Una vez allí, la pasan a monitores y suena el teléfono. Es Juan.

—Todo está bien, cariño; estamos ya en el hospital. Alma y yo estamos perfectamente, así que tranquilo. Yo también te quiero —oigo que dice antes de colgar—. Ya viene para aquí —nos informa aliviada —. ¿Debería llamar a mis padres, no?

—¿Estás segura? —duda Lola.

—No, por eso os lo pregunto —responde con el móvil en la mano.

—Yo creo que deberías avisar a tu madre, aunque le puedes decir que no vengan de momento.

—Parece que no la conoces, Sara. Su madre se presenta aquí en menos que canta un gallo y se pone a empujar con ella.

—Aun así, debería saberlo. Pero, si lo prefieres, también puedes esperar a que Juan esté aquí y sea él quien los llame.

—Sí, mejor haremos eso, que se ocupe él de mi madre.

En menos de un cuarto de hora, Juan ya está aquí y nosotras salimos a la sala de espera. Veinte minutos después llegan los padres de África y de Juan.

—Al final los han avisado —me dice Lola entre dientes antes de ir a saludarlos.

—Es normal, Lola, ¿qué esperabas? —le respondo en voz baja acercándome a ellos.

Después de las formalidades, consideramos que somos demasiada gente, así que decidimos irnos.

Lola: Acaban de venir los abuelos de Alma, así que nosotras mejor nos vamos. ¿Cómo vas?

África: Bien, muy bien. Me acaban de poner la epidural.

Sara: Bueno, ya verás qué pronto la tienes en brazos. Y nosotras, mañana.

África: Sí, ya estoy deseando que os conozca.

Lola: Y nosotras a ella. Queremos la primera foto.

África: Eso está hecho.

Sara: Ya nos irás informando. Un beso y hasta mañana.

Lola: Que te sea leve y descansa. Un beso.

África: Se intentará. Gracias por todo.

Justo antes de salir por la puerta del hospital, suena mi teléfono. «¡Mierda!», pienso antes de descolgar.

—Hola, Julio. Se me ha olvidado avistarte. Ya lo siento, pero es

que África ha roto aguas y estamos en el hospital.

—¿Y está bien? —me pregunta dejándome desconcertada.

—Sí, sí. Juan está con ella, y Lola y yo en la sala de espera.

—Vale, entonces mejor me quedo a dormir en mi casa. Y si eso mañana me llamas y quedamos, ¿te parece?

—Perfecto —le contesto aún perpleja.

—Bueno, ya me irás contando cómo va todo. Buenas noches, bombón.

—Buenas noches, Julio —me despido sorprendida.

Al colgar, mi mente vuelve a reproducir la conversación que acabo de tener, y observo que no hay ningún tipo de enfado, reproche ni contestación fuera de tono. Lo peor de todo es que, al ver la llamada, me preparaba para mi primera discusión con Julio y su reacción me ha dejado tan asombrada que Lola me pregunta: —¿Qué sucede?

—Nada, esperaba que Julio se mosquease porque no lo había avisado de que estaba en el hospital.

—¿Y?

—Pues que no lo ha hecho —respondo alzando los brazos, desconcertada.

—¿Y eso es malo?

—No, pero es lo que hubiera hecho Mario y me he dado cuenta de que estoy tan acostumbrada a su forma de comportarse que me sorprende cualquier otra reacción diferente —contesto pensativa.

—Una se acostumbra fácilmente a lo bueno, te lo digo yo, así que no te preocupes, eso forma parte del pasado.

—Sí, mejor no darle importancia.

—¿Quieres que nos tomemos algo? —me pregunta Lola al subir al coche.

—Por mí, bien. No tengo a nadie esperándome en casa y, aunque te parezca raro, eso me gusta.

—Aunque, si tuvieras al yogurín, tampoco te importaría, ¡¿eh?!

—No, a decir verdad, no me importaría, pero, como no está, tampoco voy a ir a casa corriendo como haría antes.

—Buena chica —dice Lola riéndose—. Voy a llamar a Yago para decirle que vamos a El Cultural.

Cuando entramos por la puerta, nos acercamos a la barra y le decimos a Luca que África y Juan están a punto de ser papás. Luego nos sentamos en uno de nuestros rinconcitos preferidos, con nuestras copas. Las horas pasan volando y no puedo recordar cuál fue la última vez que estuve así, tan relajada.

—Bueno, y ahora ya en serio, ¿cuánto ha llegado a cambiar tu forma de ver las cosas Julio?

—Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados, Lola.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso. Pero estoy intrigada, imaginé que, al decirte que te cogieses vacaciones, pensaba llevar a algún lugar y sin embargo...

—Sí, yo también lo pensé, pero te aseguro que no he tenido tiempo de aburrirme.

—No, eso ya me lo imagino. No hay más que ver tu cara.

—No me refiero sólo al sexo, Lola.

—Yo tampoco —responde fingiendo estar ofendida.

—Julio me hace sentir viva, Lola. Me incita a hacer locuras, como el *puenting* o como ésta... —digo levantándome la camiseta y mostrándole mi *tatoo*.

—¡¡Te has hecho un tatuaje!!

—Os lo pensaba enseñar esta tarde, pero Alma tiene prisa por asistir a nuestras reuniones —le comento entre risas—. ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

—¡Me encanta, Sara! Es muy bonito lo que pone —dice leyendo en voz alta el texto—: «Para vivir un sueño no basta con rozarlo o creer alcanzarlo. Para ello debes sentir la magia de cada pequeño detalle día tras día y aprender tanto de tus errores como de tus aciertos, porque ellos serán los que te llevarán a descubrir el auténtico nirvana».

—Habla de nosotras, de Julio y de mí.

—Es precioso, Sara.

—¿Qué es precioso? —pregunta Yago, que acaba de llegar—. Hola, Sara.

—Hola —lo saludo mientras veo cómo se acerca a Lola para darle un beso.

—Hola, princesa —le ronronea cerca de la oreja, a lo que Lola responde con una amplia sonrisa rodeando su cuello.

—Sara se ha hecho un tatuaje —lo informa poniendo fin a su acalorado saludo.

—¡¿Ah, sí?! —dice prestándome atención ahora a mí.

—Sí —le confirmo levantándome la camiseta de nuevo.

—Es muy chulo. Creo que tú también deberías hacerte uno. «Sólo soy tuya, Yago», deberías ponerte.

—Sí, claro, cuando tú te pongas «Propiedad de Lola García» —le contesta entre risas.

La noche pasa volando y poco antes de irnos nos llega la foto de Alma. África está bien y la niña pesa tres kilos cuatrocientos diez gramos y mide cincuenta y dos centímetros y medio.

—¡Qué bonita es! —les comento sin dejar de mirar la foto.

—Pero ¿qué dices? No hay bebé guapo al nacer. Ninguno tiene la

cabeza redondita y todos están arrugados como los abuelitos —suelta Lola.

—Perdona, pero mis sobrinos eran todos guapísimos —replica Yago, observando la foto con detenimiento—. Y Alma también lo es —termina diciendo.

Lola expulsa todo el aire de sus pulmones.

—Sois los dos unos merengues glaseados —nos espeta, cruzándose de brazos y echándose hacia atrás bebiendo de su copa.

Yo me río al darme cuenta de que Lola no va a ser la mamá en esta pareja el día de mañana.

Al entrar en casa noto una sensación confortable. Ya no se respira ese ambiente rancio que se percibía cuando Mario formaba parte de mi vida, ni tampoco siento cómo los brazos de la soledad me dan la bienvenida, y eso me gusta.

Pienso en Julio y le mando un wasap con la foto de Alma para darle las buenas noches, pero él no me contesta e imagino que estará dormido. Eso pienso antes de tumbarme en la cama, desnuda.

CAPÍTULO 35

A la mañana siguiente, el sonido de mi teléfono me despierta.

Julio: Cada amanecer es el nacimiento de un nuevo día, la oportunidad de mejorar el anterior y una nueva ocasión para disfrutar de los pequeños detalles. Pero lo que me niego a perder cada vez que sale el sol es la posibilidad de hacerte sonreír durante siglos. Buenos días, bombón.

Sara: No sé si lo conseguirás durante siglos, pero te aseguro que lo consigues cada día. Buenos días, Julio.

Le respondo percatándome de cómo las comisuras de mis labios ascienden.

Julio: ¿Has desayunado?
Sara: No, me acabas de despertar.
Julio: Perfecto. Paso a buscarte, me invitas a desayunar y te doy la crema.
Sara: Vale. Voy a preparar café, entonces.

Suena el timbre y me doy cuenta de que me he dormido. De un salto, salgo de la cama, pregunto quién es y, al oír a Julio, le abro la puerta de la calle y dejo la del piso entreabierta. Rápidamente voy al dormitorio y busco algo que ponerme, pero justo en ese momento oigo cerrarse la puerta.

—¿Acabas de salir de la cama o estás deseando entrar de nuevo? —me pregunta con una mirada perversa desde el marco de la puerta.

—Acabo de salir. Me he dormido —respondo poniéndome mi pijama de Betty Boop.

—¿Y qué haces poniéndote el pijama, entonces?

—He dormido desnuda —respondo con naturalidad.

—¡¿Tú, desnuda?! Alguien está corrompiendo tu dulce e inocente alma, bombón —dice acercándose a mí con voz ronca, posando sus labios en mi hombro y deslizando la yema de sus dedos por mi columna. Noto cómo todas mis terminaciones nerviosas responden a su caricia y siento cómo mi piel se eriza al suave contacto de su mano.

—Siempre me ha atraído el peligro, lo prohibido, pero no pensé que, entre los depredadores más corruptos, iba a encontrar a aquel que es capaz de enseñarme a vivir intensamente el riesgo y disfrutar libremente del pecado —susurro con la cabeza baja, antes de girarme para saborear su boca.

Sus manos se pierden por mi cuerpo y, sorprendentemente, las mías hoy se muestran más agiles y hábiles que de costumbre.

—Aprendes deprisa, bombón.

—Tengo un gran maestro —digo al quitarle la camiseta y deslizar mi lengua de manera provocativa de abajo arriba por todo su torso, manteniendo el contacto visual.

Me deshago de sus pantalones y de sus bóxers, encontrando aquello que busco y, hambrienta, lo abrazo con mis labios. «Es sorprendente cómo los sentimientos nos influyen y te pueden llevar a que aborrezcas algo por completo o bien a desearlo con todas tus fuerzas», pienso al comparar la sensación que me producía este mismo gesto con otro protagonista. Julio me da la mano para que me ponga de pie y me guía hasta la cama. Allí me hace suya de nuevo y mi cuerpo se queda saciado entre sus brazos una vez más. Tendida en la cama, vuelvo a comparar lo uno con lo otro... a Mario con Julio, y tengo claro por quién quisiera ser rescatada de las tinieblas, porque uno me ha demostrado ser una nueva amenaza, y el otro, un héroe de verdad.

Después de desayunar, Julio y yo nos dirigimos al hospital. Cuando llegamos, África está dándole el pecho al bebé y es una imagen preciosa la que contemplamos.

—Es perfecta, África —le digo acercándome a ellas y dándole un beso en la mejilla, mientras no dejo de observar ese cuerpecito tan pequeño y que despide tanto amor.

—Sí que lo es, ¿verdad? —acepta África sin poder apartar la vista de la niña.

—Y tú, ¿cómo estás? ¿Qué tal te encuentras?

—Estupendamente. No me acuerdo con precisión de todo, pero guardo un recuerdo entrañable de su llegada —confiesa embelesada.

Justo en ese momento suena mi teléfono.

—Perdón —me disculpo al ver cómo Alma se remueve—. Dime.

—¿Vienes al hospital? —me pregunta Lola al otro lado del

teléfono.

—Estoy aquí ya. ¿No dijiste que por la mañana no podías venir?

—Al final sí. Vamos para allá.

—Muy bien, aquí estaremos —le digo antes de colgar—. Era Lola, viene para acá —informo a África.

—Tus tías están impacientes por conocerte, cariño —le dice con voz dulce, frotando su nariz con la de la criatura al retirársela del pecho—. Toma, cógela.

Me la ofrece para que la coja en brazos y la ayude a expulsar el aire.

Julio me contempla con admiración mientras acaricia su pequeña mano y mi mente vuelve a comparar la gran diferencia que existiría si esta situación la tuviese que haber vivido con Mario y, al compararla mentalmente, me alegro enormemente de la decisión que he tomado al respecto. «Si cuando conocí a Julio tenía pocas dudas, ahora no tengo ninguna», me digo sin dejar de mirarlo.

—¿Qué? —me pregunta al sentirse observado.

—Nada —respondo en paz conmigo misma—. Gracias por estar aquí —añado en voz baja, a lo que él me contesta con una espléndida sonrisa y una mirada resplandeciente, mientras sigue jugueteando con los pies de Alma.

Minutos más tarde entran por la puerta Lola, Yago y Juan, con un ramo de flores tremendo.

—No había ramo más grande en la floristería, ¿no, Lola? —se queja Juan.

—Pequeño es para el significado que tiene —responde ésta abrazando a África.

—¿Y qué es esto que pone en la nota? —pregunta Juan leyendo el texto. «Con mucho cariño. De parte de tus chicas de plata. Enhorabuena.»

—¡Tus chicas de plata! ¿Qué es eso de tus chicas de plata? —le pregunta África, tan extrañada como yo.

—Ayer, cuando nos fuimos de El Cultural, estuve pensando en todos los años que llevamos juntas. Intenté recordar algún momento importante que no hayamos compartido y no encontré ninguno. Y pensé que tenemos algo muy valioso entre nosotras. Algo que no es muy común y que debemos preservar para que siga tal como hasta ahora. Así que he pensado que, al igual que en los matrimonios se celebran esos años que llevan de unión, nosotras deberíamos hacer lo mismo. Y tal vez, en un futuro, lleguemos a ser como las protagonistas de aquella serie sobre cuatro abuelas que compartían piso.

—«Las chicas de oro» —intervengo.

—¡Exacto! No encuentro mejores compañeras de habitación en una residencia que vosotras. Y, llegado el momento, seremos las chicas de oro, así que ahora somos las de plata.

—¡Qué bonito, Lola! ¡Me encanta! Llegado el momento, estamos seguras de que tú serás nuestra mejor compañera —dice África recogiendo las lágrimas que asoman por sus ojos—. Son las hormonas —se excusa sonriendo mientras Juan acaricia su espalda con ternura.

—¿Puedo? —me pregunta Yago pidiéndome al bebé.

—Por supuesto —respondo yo, observando cómo se acerca a Lola con Alma entre los brazos.

Lola no la coge. La contempla con cariño y roza su mejilla con la parte externa de su dedo índice, pero no la coge. En su mirada hay una combinación de ternura mezclada con una pizca de tristeza... recuerdo de una herida que ya cicatrizó, pero que aún permanece en su memoria. Yago percibe lo mismo que yo y veo cómo uno de sus brazos rodea la cintura de Lola y la besa en la frente sin dejar de mirarla mientras mantiene entre ambos a Alma.

Es una imagen especial la que se aprecia en esta habitación de hospital. Pero no sólo por la esperanza que se ve en los ojos de Lola y Yago. Ni por el amor que llegas a sentir cuando África y Juan miran con tanta devoción a Alma, ese amor te llega a envolver. Ni siquiera por la confianza que experimento en este mismo instante y que he llegado a encontrar gracias a Julio. Lo que hace especial esta imagen que contemplo es que todos en nuestro fuero interno deseamos vivir intensamente lo que nos depare el futuro. Detalle que se distingue claramente al contemplar la felicidad que expresan cada una de las caras que me rodean.

*

«Mis días de vacaciones terminan. Y eso significa que mañana vuelvo al trabajo y recupero mi vida en solitario», pienso mientras una sonrisa diabólica se instala en mi cara al visualizar lo que estoy tramando mientras escribo en un papel: «¡¡¡Estoy en el dormitorio». Minutos más tarde, suena el timbre.

—¿Quién? —pregunto por el interfono.

—Julio —responde desde el otro lado.

—Sube. Dejo abierto —anuncio nerviosa, colocando el pequeño

cartel en el pomo de la puerta. Luego corro a esconderme rápidamente en el baño antes de que llegue.

Oigo el ascensor y cierro la puerta casi por completo, dejando sólo una pequeña ranura para observar lo que hace.

—¿Sara? —pregunta tras cerrar la puerta al contemplar que todo permanece en penumbra—. ¡Oh, bombón! Espero que estés desnuda sobre la cama, porque esto promete —añade tirando por encima de su hombro el papel; después se quita la camiseta y se descalza por el camino mientras comienza a desabrocharse los pantalones.

Pasa justo frente a la puerta del baño y yo me retiro para impedir que me vea y, cuando estoy segura de que está en mi dormitorio, enciendo la música. Joe Cocker y su voz desgarradora se apoderan de mi casa y la canción de *Nueve semanas y media, You can leave your hat on*,[*] invade la estancia. Oigo cómo Julio se ríe a carcajadas debido a la sorpresa, y yo aparezco en mitad de la puerta, uniformada con un perfecto traje de colegiala picante, cortesía de Jessie y su tienda erótica Tu Placer es mi Placer: medias, liguero, minifalda demasiado corta, camisa blanca y, por supuesto, un sombrero. Julio se gira hacia mí y, sin poderse creer lo que estoy a punto de hacer, comienza a aplaudir con esa sonrisa pícara y sensual que tanto me enloquece.

—Siéntate en la cama, bombón —le ordeno seductora.

Cuando lo hace, se da cuenta de que sobre ésta no está sólo él, sino que lo acompaña nuestro querido Elise, el vibrador que nos regaló Lola... y nuestro amado Tor, un anillo vibrador para él de la misma marca, del que estoy profundamente enamorada.

—Veo que hoy vamos a jugar fuerte, bombón —suelta al darse cuenta de que tenemos compañía.

Y al oírle decir eso, un fugaz recuerdo aparece en mi mente. Tan sólo hace unos días que me dijo esa frase y fue cuando me propuso ir los dos juntos al *sex shop*. Aún me acuerdo de cuánto me divertí en la tienda. Y lo excitados que salimos no sólo con nuestra adquisición, sino con todas las posibilidades que aparecían en la mente de Julio con cada uno de los artículos. «Él siempre consigue que viva cada momento con la mayor intensidad», me digo a mí misma al evocar esa situación. Lo que Jessie trajo a mi casa fue una nimiedad comparado con todo el universo de juguetes sexuales que hay en el mercado. Y ahora entiendo perfectamente a Lola cuando me dice que ella es adicta a experimentar diferentes formas de usar cada uno de ellos.

La música me trae de vuelta a la realidad. Entonces me doy la vuelta, sacudiendo el trasero, y noto cómo el borde de mi falda roza la parte más alta de mis muslos, justo ahí donde las piernas pierden su frontera. Separo un poco los pies y pongo, decidida, ambas manos a

cada lado de mis posaderas, trazando una sugerente circunferencia con mis caderas antes de deslizarlas lentamente por mis piernas sin flexionar las rodillas y permitiendo que Julio contemple aquello que mi pequeña falda ocultaba. Vuelvo a ponerme de pie y me giro para que vea cómo desabrocho uno a uno los botones de mi blusa mientras contoneo como un flan todo mi cuerpo. Cojo un puño de mi camisa y deslizo la manga por el brazo para liberarlo de la ropa. Después, de forma provocativa, le pido a Julio que sujete el puño de mi camisa. Él lo coge con la mano y se lo lleva a la boca para apresar la tela entre sus dientes, mientras no deja de mirarme con deseo. Su gesto me hace reír y, manteniendo su mirada, giro sobre mí misma para deshacerme de la blusa, dejando al descubierto mi sexy sujetador de tul y satén negro. Mis pezones se endurecen debido a la excitación y así lo demuestran sin ningún pudor a través de la fina tela. Entonces Julio, sin abrir la boca, tira con fuerza de la camisa y, desesperado, se cubre la cara con ella emitiendo un grito ahogado para contener su deseo antes de arrojarla a un lado.

—Hoy voy a lamer cada una de las letras —me amenaza con lujuria, refiriéndose a mi tatuaje, a lo que mi cuerpo le responde humedeciéndose al oírlo.

Agarro los dos extremos de mi falda y doy un brusco tirón, logrando que los corchetes se suelten con facilidad. Me giro rápidamente y muevo de un lado a otro la prenda que tengo entre las manos al ritmo de la música, antes de dejarla caer al suelo y mostrar el entrelazado que lleva la parte de atrás de mi tanga. La canción me pide que me quite los zapatos, y así lo hago: lanzo por los aires cada uno de ellos y veo divertida cómo Julio esquiva uno para evitar que le dé en la cara. Pongo un pie en una de sus rodillas y sus manos, rápidamente, se posan en mi muslo. Entonces, con mucho desparpajo, le pongo el pie en el pecho y lo empujo hacia atrás mientras con el dedo índice le digo que no, indicándole que no puede tocarme. Julio se deja caer por completo sobre la cama y se tapa los ojos con el brazo, resoplando. Un gesto evidente de que le va a costar horrores no hacerlo y eso me hace reír al comprobar que tengo el poder.

Vuelvo a poner mi pie sobre su rodilla y meneo mis caderas al ritmo de la música. Mis manos comienzan a ascender lentamente por la pierna, buscando la parte alta de mi media. Pero, antes de soltar el elástico del liguero que sujeta la media, de forma premeditada y con picardía, mi mano pone rumbo hacia mi trasero. Introduzco mis dedos debajo de la goma y estiro el liguero al máximo. Éste, al soltarlo, emite un sonido muy excitante al chocar contra mi piel. Justo en ese instante nuestras miradas se cruzan, consiguiendo aumentar nuestra

libido de manera abrasadora. Julio no puede parar de sonreír y eso me encanta.

—Me matas, Sara. Como sigas así, me vas a matar —dice disfrutando de la tortura.

Suelto los corchetes que sujetan la media y deslizo mis manos por la pierna mientras me la quito. Primero una y después la otra. Veo fuego a través de sus ojos y eso hace que me vuelva mucho más descarada y diabólica de lo que tenía pensado. Me cubro el pecho con el sombrero y suelto mi sujetador con una mano. Me lo quito y trazo círculos en el aire con él por encima de mi cabeza, antes de soltarlo. Éste sale volando y, como por arte de magia, cae justo sobre su entrepierna. Julio lo mira sorprendido y después me regala una mirada traviesa y divertida, consiguiendo que los dos nos riamos de manera provocativa. Entonces me siento sobre él y le pongo el sombrero, mostrando así mis pechos.

—Creo que te falta una prenda por quitar —me dice con voz ronca y mirada lujuriosa.

—Ésa te dejo que me la quites tú, bombón —contesto poniendo punto y final a esta semana fantástica.

*

Pasan las semanas y tanto Julio como yo volvemos a nuestras vidas, a la rutina. Los mensajes de buenos días persisten, consiguiendo que mi sonrisa aparezca cada mañana, como me había prometido. Nuestros encuentros se distancian debido a que las obligaciones nos absorben, pero eso no significa que, cuando quedamos, no vivamos el momento con la misma intensidad que aquella semana que compartimos. Unas veces disfrutamos de una sesión tórrida y pasional; otras, lo acompaño al hospital o quedamos para practicar algún tipo de deporte de esos que me ayudan a quemar adrenalina, y otras muchas, como la de hoy, tan sólo quedamos para charlar. Suena el timbre. «Julio ya está aquí», pienso levantándome del sofá para abrir.

—Hola, bombón —me saluda como de costumbre, dándome un beso rápido en los labios antes de entrar.

—Hola, Julio —le respondo dejándolo pasar—. ¿Qué quieres tomar? —le pregunto dirigiéndome a la cocina mientras él se sienta en el sofá.

—Una cerveza, si tienes.

Saco dos cervezas de la nevera y le ofrezco una.

—Y bien... ¿Qué es eso tan importante de lo que querías hablar? —me pregunta intrigado.

—He estado pensando en nosotros —comienzo a decirle nerviosa. Julio levanta una ceja con expresión de sorpresa, y yo bebo un gran trago para decirle lo que llevo varios días meditando—. La cosa es que me encanta compartir contigo cada minuto, pero, seamos realistas, tú y yo no buscamos lo mismo.

—¿Qué intentas decirme, Sara? —me pregunta incorporándose para prestarme más atención.

—Lo que intento explicarte es que yo necesito poner unos límites en nuestra relación. No quiero perderte, eso me mataría, pero tampoco quiero dejarme arrastrar por algo que no existe en realidad. Seamos sinceros: te gusto, me gustas, pero ahí acaba todo. No nos queremos como para formalizar una relación. Para empezar, porque tú no buscas formalizar nada. Sé que, a excepción de nuestra semana idílica, quedas con otras chicas. Nunca me lo has ocultado. Sé lo que hay y me parece bien. Pero yo necesito dar un giro a nuestra relación y de momento no mezclar la cama en nuestra amistad. Creo que el compromiso que tenemos como amigos es mayor que el que tenemos como pareja, y ése es el que me niego a perder.

—¿A qué viene esto ahora, Sara? ¿Necesitas mi consentimiento para salir con alguien? Sabes que eso no es necesario —dice estudiando mis palabras e intentando buscar una explicación a cada una de ellas.

—¡No! No hay nadie. —respondo con sinceridad.

—¿Entonces? ¿Qué más da que nos acostemos o no? La cuestión es que, hagamos lo que hagamos, juntos siempre lo pasamos bien.

—Lo sé —le contesto francamente.

—¿Entonces? Dime la verdad, Sara. Sabes que puedes confiar en mí, se supone que siempre vamos a ser sinceros —añade al ver que no contesto, respetando el espacio que hay entre ambos.

—El problema es... —comienzo a decirle, titubeando—... es que eres demasiado bueno para ser real, Julio. No quiero enamorarme de ti y, si seguimos como hasta ahora, no habrá nada que impida que eso suceda —le suelto por fin.

—Entiendo —me dice pensativo.

—¿No vas a decir nada? —planteo esperando una respuesta tras mi confesión.

—¿Qué quieres que diga?

—No sé... lo que piensas al respecto —respondo encogiéndome de

hombros y agachando la cabeza.

—Te dije una vez que no agachases la cabeza por ningún hombre —me recuerda posando su dedo índice en la base de mi barbilla y levantándola para que lo mire a los ojos. Cuando lo hago, él contesta a mi pregunta—. Si eso es lo que has decidido, a mí no me queda otra opción que aceptarlo. No voy a negar que te voy a echar de menos entre mis brazos, pero, como dices, me importa mucho más tenerte a mi lado —acepta dándome un casto y dulce beso. «El último beso», pienso con tristeza al relamer mis labios intentando extraer todo el sentimiento que Julio ha dejado con ese tierno beso.

—Reconocerás que, en este aspecto, la que sale perdiendo soy yo —le digo con nostalgia.

—Siempre puedes arrepentirte —declara mirándome intensamente —. Bueno, y dicho esto, ¿qué película vamos a ver hoy? —me pregunta cambiando por completo de tema y recuperando el buen rollo que existe entre ambos.

Lo que tenía que pasar, pasó. Julio me regaló una semana inolvidable, que nunca olvidaré y por la que le estaré agradecida el resto de mi vida.

Y es ahora cuando entiendo lo que es el nirvana. África creyó tocarlo cuando se rencontró con Juan, pero cuando de verdad lo encontró fue cuando los dos compartieron el nacimiento de Alma. Lola lo alcanzó cuando se enfrentó a sus miedos y permitió que el amor entrara de nuevo en su vida con el nombre de Yago. Y yo lo he descubierto al darme cuenta de que sentirse feliz, completa, sensual y segura de una misma no depende de nadie, sino de ti, y que no se puede llegar a amar intensamente si primero no amas a la persona más importante en tu vida: tú misma.

EPÍLOGO

Pasa el tiempo... Alma tiene dos años, Lola está embarazada y yo sigo soltera y sin compromiso, pero con una visión completamente diferente a la que tenía años atrás. Julio y yo seguimos quedando. Y, sobre lo que hablamos aquel día, no nos duró mucho. La atracción que existe entre nosotros es evidente y él siempre será mi debilidad, porque ha conseguido contagiarme el entusiasmo por la vida que lo caracteriza, convirtiendo pequeños momentos en grandes oportunidades. Pero, al menos, la época que estuvimos sin mezclar la amistad con el sexo, a mí me sirvió para darme cuenta de que hay sentimientos que son muy fáciles de confundir. Entre la amistad y el amor hay una delgada línea y, si no tienes claro dónde empieza y dónde acaba, puedes dejarte arrastrar por un círculo vicioso y nocivo, llegando a consumir esa amistad. Sin embargo, desde que delimitamos esa línea, tuve claro el tipo de relación que tenemos Julio y yo. He conocido a otros hombres después de él, pero ninguno me ha interesado lo suficiente como para empezar algo por lo que luchar. A Mario lo veo de vez en cuando, amargando la vida a alguna pobre diabla que, como yo, se deja seducir por ese brillo peligroso que tiene en la mirada... aunque después te percatas de que ese brillo no resplandece como imaginabas. Sé que Daniela y él lo volvieron a intentar, pero acabó de forma catastrófica y ahora ya ni se hablan.

«Han cambiado muchas cosas en muy poco tiempo, pero lo único que permanece intacto es la amistad que África, Lola y yo mantenemos», concluyo mientras camino con paso firme hacia El Cultural.

—Llego tarde, lo sé —me disculpo nada más verlas.

—Muy tarde. Exactamente veinte minutos tarde —contesta Lola—. ¡¿No habrás quedado con Julio?! —me pregunta ofendida.

—¡Qué va! Mi jefe, que necesitaba unos papeles sí o sí.

—¡Ah, bueno! Porque antes te lo hubiéramos perdonado, estabas muy necesitada, pero ahora es todo lo contrario. ¡No le das respiro desde que sales con tus nuevos amigos! —contesta Lola entre risas, señalando mi entrepierna.

«Y la verdad es que es cierto, porque, cuando salgo con Sam, conozco a hombres muy interesantes. Y cuando salgo con Julio y sus amigos, siempre acabo o con alguien tan loco y espontáneo como él o con Julio», pienso sin poder contener una sonrisa perversa al acordarme de lo bien que lo pasé el último fin de semana con un amigo de Samira.

—¡Déjala! Que disfrute ahora que puede. Luego, con los hijos, es imposible. ¡Te absorben! —responde África alzando las manos y sacándome de mi ensoñación.

—¡Ah, no! Pues yo me niego a que me priven del sexo. Si es necesario, contrataré a una canguro para disfrutar de un poco de tiempo para nosotros. ¡O mejor! —añade Lola anunciando la idea que se le acaba de ocurrir—: Lo que debemos hacer es dejarlos con la tita Sara una noche al mes mientras nosotras disfrutamos de nuestros hombres. El resto del tiempo ya iremos robando momentos al día para ello.

—Ya sabéis que, por mí, encantada. No tenéis más que pedirlo —acepto bebiendo de mi Malibú.

—¡Cómo se nota que no sabes de lo que hablas, Lola! —comenta África.

—¿Por qué no?

—Para empezar, a quien primero debes convencer es a la pareja. En mi caso, de momento, Alma no ha dormido ni un solo día fuera de casa y, si fuese por él, aún dormiría con nosotros. Se vuelve loco con su niña y a mí me encanta verlos, la verdad, así que veo difícil eso de la noche al mes.

—Juan no es como Yago —sentencia Lola.

—Tienes razón. Yo creo que va a ser peor —contesto—. No hay más que verlo jugar con Alma. Tiene devoción por los críos. Además, ya sabes que él proviene de familia numerosa, así que no se va a conformar con uno solo, Lola. De hecho, yo me miraría bien si llevas uno o dos ahí dentro —le digo divertida, chinchándola.

—¡Sabéis que me estáis comenzando a agobiar, ¿verdad?! Lo digo por si no os estáis dando cuenta —responde seriamente, a lo que nosotras no podemos evitar reírnos sin parar—. A mí no me hace gracia —añade molesta.

—¡Venga, Lola! Si sabes que te lo decimos en broma. Ya verás cómo cambia tu forma de pensar en cuanto lo tengas en brazos —interviene África, intentando calmarla—. Encontrarás un equilibrio entre la maternidad y la vida en pareja, ¡ya lo verás!

—Eso espero o me volveré loca. —Suspira—. Y si no es así, siempre nos quedarán estos momentos para recuperar la cordura —

dice alzando su cerveza sin alcohol a modo de brindis.

—¡Venga, vamos a brindar! —les propongo animada, alzando mi copa y sacando mi nariz de payaso.

—Pero ¿es qué ahora siempre llevas esa nariz o qué? —me pregunta Lola, sorprendida.

—Es mi amuleto de la suerte. Me recuerda que nunca hay que dejar de sonreír —respondo al ponérmela.

—Entonces deberíamos tener todas una —comenta África.

Al oír su comentario, abro mi bolso y rebusco entre mis cosas. Saco una para cada una. Nos las ponemos y África declara, alzando su copa:

—Por que no perdamos nuestras reuniones de chicas.

—Por que no nos falten los días de sexo lujurioso e indecente ni a los ochenta años —agrega Lola.

—Por que llenemos la vida de instantes mágicos como éste —termino diciendo yo, pensando en todo lo que he vivido en este período de tiempo.

Me doy cuenta de que no cambiaría ni un solo instante, porque hasta los momentos más duros de mi vida me han enseñado algo, y cada uno de ellos ha forjado la mujer que soy ahora mismo, reflexiono bebiendo de mi copa.

AGRADECIMIENTOS

A esas personas desconocidas que han pasado a formar parte de mi vida viviendo mis historias como si fuesen suyas. A esas lectoras que se han convertido en amigas. Y esas amigas que se han transformado en parte de mi familia.

A todas ellas: muchas gracias por todo vuestro apoyo.

Pero sobre todo a mi hijo David por poseer la cualidad de crear momentos mágicos a través de su sonrisa.

BIOGRAFÍA

Nací en Tudela-Navarra el 5 de septiembre de 1977. Desde bien pequeña me ha gustado fantasear y crear en mi mente mi propio mundo imaginario. Algunas de esas historias con las que soñaba las plasmaba en papel, pero no solía acabarlas y las escondía para que nadie las leyera.

Hasta que un día como muchos otros comencé a escribir Rozando el Nirvana. Poco a poco las líneas se fueron convirtiendo en párrafos y los párrafos en capítulos, y sus personajes cobraron vida.

Cuando por fin lo terminé, quería más. Me había divertido tanto

escribiendo que no podía parar. Las ideas seguían quitándome el sueño (como aún hoy lo hacen) y me negaba a renunciar a todo aquello, así que me marqué una nueva meta: conseguir ver mi libro publicado.

Es difícil de explicar lo que siento cuando escribo, pero puedo decirte que me hace pensar que el Nirvana, ese estado de felicidad supremo que predican los hinduistas o los budistas, existe.

Desde entonces, los pasos que he dado supongo que son como los de cualquier autora novel que persigue cumplir su sueño. Ver que la gente disfruta leyendo sus historias tanto como ella ha disfrutado escribiéndolas.

En la actualidad soy dueña de un centro de estética en Tudela.

Encontrarás más información de la autora y su obra en twitter ((@ArantxaAnoro)) y Facebook https://www.facebook.com/profile.php?id=100006331098315&fref=ts

NOTAS

[*] *Corazón partío,* WM Spain, interpretado por Alejandro Sanz. *(N. de la e.)*

[*] *You can leave your hat on,* Parlophone UK, interpretada por Joe Cocker. *(N. de la e.)*

[*] Véase nota 2.

Descubriendo el Nirvana
Arantxa Anoro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Volodymyr Tverdokhlib / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Foto Alfredo

© Arantxa Anoro, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17358-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!